

LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO 1

BUENOS AIRES 4 DE MAYO DE 1930

NÚMERO 44



ESPECIAL PARA LA NACION

DEL BUEN TIEMPO VIEJO

Por Leonie Matthis

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

*"He permitido presentar...
...mis dignas compañeras"*



DULCES INGLESÉS
Bágley elabora, en Pailas de Plata y por proceso especial, las siguientes mermeladas de frutas:
FRUTILLA
FRAMBUESA
NARANJA
DURAZNO
DAMASCO
CIRUELA COLORADA
CIRUELA VERDE
JALEA DE MANZANA
GUINDA

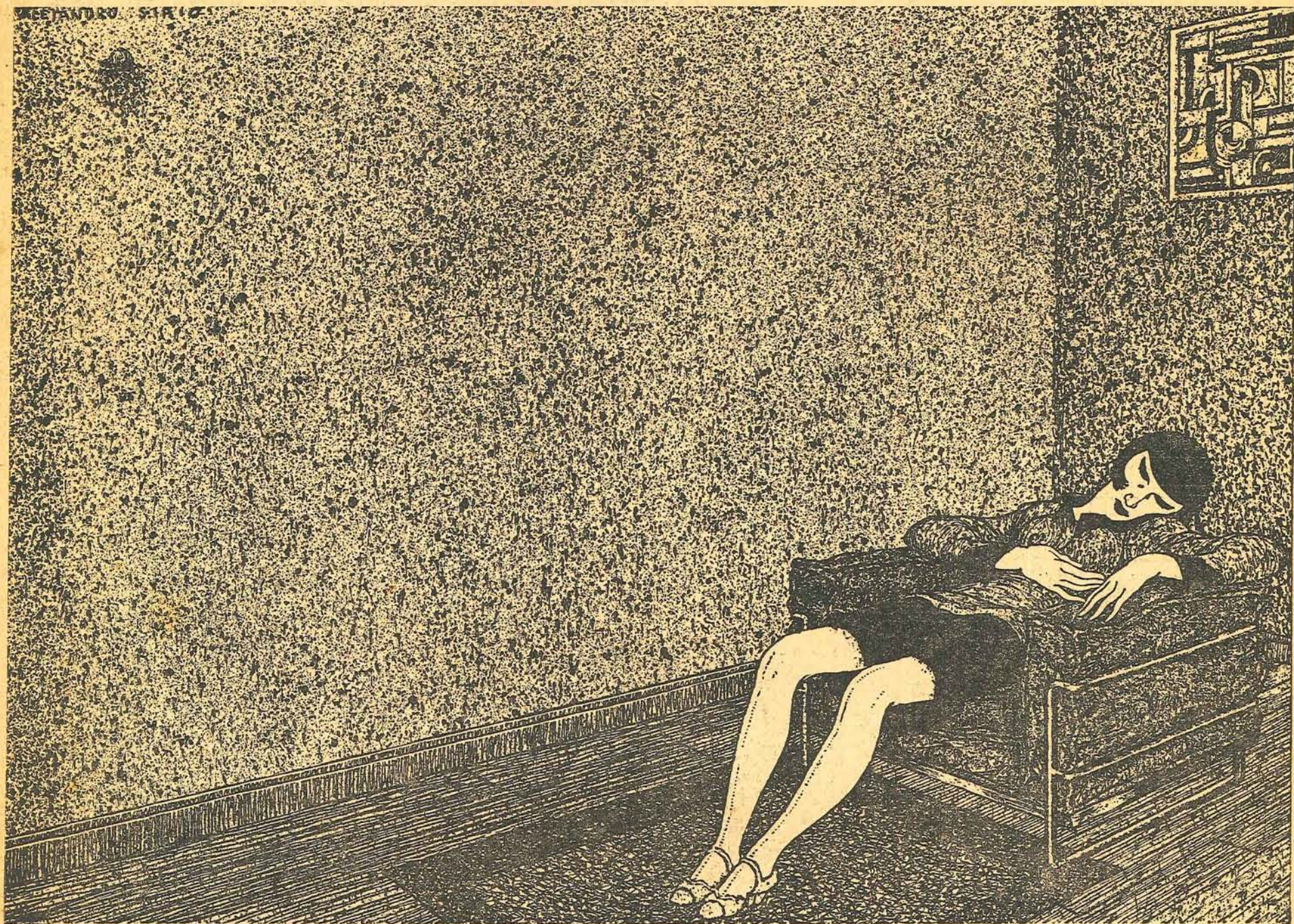
LA señora Mermelada de Frutilla de Bágley, proclamada Reina de los dulces finos del país, tiene el agrado de presentar sus dos dignas compañeras, las ricas Mermeladas de Naranja y Ciruela.

TODO el mundo conoce el rico gusto sorprendente del Dulce de Frutilla Bágley, pero debería saber que los dulces de Naranja y Ciruela, que cuestan menos (porque sus frutas son también menos costosas), son igualmente deliciosos.

ESTOS productos Bágley están elaborados en la fábrica de mermeladas más grande y moderna del Continente, siendo cocidos en Pailas de Plata para conservar toda la fragancia y el gusto de la fruta natural.

POR su salud y especialmente por el bien y la alegría de sus niños, usted, señora, debería servir una u otra de estas deliciosas mermeladas por lo menos una vez al día.

SIENDO DE *Bágley* **ES BUENO**



CREO que fué en febrero último cuando noté por vez primera esa mancha sobre el muro. Me ayudará a precisar la fecha el recuerdo de los objetos que me rodeaban entonces. Vuelvo a ver un fuego, una raya de luz inmóvil y amarilla sobre las páginas de mi libro, y en la chimenea, ante una vasija redonda, tres crisantemos. Debía ser en invierno, después del té. A través de la humareda de mi cigarrillo yo contemplaba vagamente los carbonos que ardían, y la perspectiva de una torrecilla, donde flotaba un estandarte escarlata, se mezclaba en mi espíritu con la de una cabalgata de jinetes rojos escalando las rocas negras. Súbitamente, con gran contento mío, la vista de la marca sobre el muro vino a librarme de esta pesadilla familiar, de esta obsesión de mi infancia... A seis o siete pulgadas encima de la chimenea la marca destacábase pequeña y redonda, era negra sobre el muro blanco.

Nuestros pensamientos poseen una velocidad febril para concentrarse sobre un nuevo objeto, se apoderan de él o se desvían, a la manera de las hormigas, que después de haber transportado febrilmente una hebra de paja, la abandonan...

Si esa marca fué hecha por un clavo, yo creo que debió ser destinada más bien a una miniatura que a un cuadro. Era quizá la miniatura de una dama con cabellos rizados y empolvados, con mejillas alinadas, con labios parecidos a los claveles rojos. Pero mi sueño no tiene nada que ver con la realidad, pues los antiguos propietarios debieron, ya sea por principios o por gusto, poner un cuadro antiguo en una habitación vieja. Con frecuencia yo me pongo a pensar en estos lugares extraños, en esas gentes que no se volverán

a ver nunca y de las que se ignorará siempre el destino...

El deseo de cambiar el estilo de su mobiliario es lo que les indujo a vender esta casa. Y el marido estaba explicándome que, en su opinión, el arte debía ser sostenido por una idea, cuando bruscamente fuimos separados, a la manera como el viajero, arrastrado por la velocidad del tren, es separado de la vieja señora que estaba a punto de servirle el té, o al modo del jugador de tennis que va a recuperar la pelota en un jardín de las afueras.

En realidad, desconozco de dónde procede esta marca. No creo que haya sido hecha por un clavo, pues es a la vez demasiado grande y demasiado saliente. Yo podría, evidentemente, levantarme y observar la más de cerca, pero hay muchas probabilidades para que no llegue a adquirir una certeza. Desde el momento en que un acontecimiento ya ha tenido lugar, es imposible saber lo que ha pasado. La vida es un misterio imposible de aclarar con los conocimientos humanos, lo que prueba cuán débil es nuestro dominio sobre las cosas que nos pertenecen y cómo, a pesar de todas las civilizaciones, nuestras existencias son juguetes del azar, es el número de los objetos perdidos en el espacio de una vida. Pienso, ante todo, en la extraña desaparición de tres cofres azules llenos de útiles para encuadernar; se ignora

todavía qué gato los ha roído, qué rata les ha masculado. Y después, esas jaulas de pájaros, esos aros de hierro, esos patines de acero, un balde para carbón del tiempo de la reina Ana, un pequeño billar, un organillo de música. Todo ha desaparecido, sin contar los ópalos y las esmeraldas, que ahora yacen en cualquier sitio en la tierra, en torno a raíces de nabos. ¡Cuán irritante busca de certidumbre! Me encuentro casi asombrada de tener vestidos sobre el cuerpo y de estar sentada en muebles sólidos. Me parece que vivir es ser precipitada en un túnel a una velocidad de cincuenta kilómetros por hora para resurgir al otro extremo, desmelenada, desnuda, a los pies de Dios. Nos hundimos en los prados de asfodelos del mismo modo que los paquetes caen en los buzones de cartas, y nuestros cabellos flotan al viento como la cola de un caballo de carreras... De esta manera me represento la brevedad de la vida, su perpetuo balanceo de pérdidas y ganancias, su marcha tan imprevista y azarosa...

Pero la otra vida: un debilitamiento lento de los tallos espesos y verdes y de las flores con las corolas invertidas que nos inundan de rayos escarlata. Nosotros naceríamos ahí, quizá, lo mismo que hemos nacido en este mundo: miserables, mudos, ciegos, repantando en la hierba a los pies de los gigantes. Y necesitaremos, al menos,

cincuenta años de esa nueva vida para diferenciar a esos gigantes de los hombres o de las mujeres. No habrá más que espacios de luz y de sombra estriados de tallos espesos, y un poco más arriba, quizá, manchas en forma de rosas y con colores neutros—azules pálidos y rojos apagados—, que se precisarán poco a poco para transformarse en no sabría decir qué...

Sin embargo, esa marca sobre el muro no debe ser un agujero. Es posible que sea algo redondo y negro, quizá alguna hoja de rosa dejada ahí desde el verano último. Yo no soy un ama de casa lo suficientemente vigilante; lo prueba el polvo de la chimenea: ese polvo que, según se dice, sepultó la ciudad de Troya entera, excepto algunos fragmentos de vasijas que, sin duda, se negaron enérgicamente a volver a la nada.

Ante la ventana, un árbol golpea suavemente el vidrio. Quiero reflexionar en paz, con calma, a mi gusto, sin interrumpirme. Quiero deslizarme sin esfuerzo de una idea a otra, no temer ninguna hostilidad, ningún obstáculo.

Quiero hundirme siempre más hondamente, lejos de la superficie de las cosas, lejos de la brutal e incoherente realidad. Para regular el curso de mis pensamientos voy a apoderarme de la primera idea que se atraviese... Shakespeare... ¿por qué no? Este lo mismo que otro. Hele aquí, igual que yo, cómodamente instalado en su butaca. Mientras contempla el fuego se siente alucinado por un mundo de imágenes caídas de algún lejano Paraíso. Apoya la frente en su mano y las gentes le contemplan por la puerta abierta, pues la escena sucede en estío... Pero, ¡cuán fastidiosa es esa ficción histórica! Me gustaría dar a mis sueños un giro apacible y embriagarme con esos sueños secretamente halagadores que hacen las delicias de todos los hombres, aun de aquellas personas anodi-

LA MARCA EN EL MURO

POR VIRGINIA WOOLF

ILUSTRACION DE ALEJANDRO SIRIO

nas ingenuamente persuadidas de que son insensibles a los elogios. Tales clases de sueños no son halagos brutales, y de ahí proviene su encanto. Es algo como decir: "Entonces entré en la habitación. Se hablaba de botánica. Dije que había advertido una flor sobre un montón de basura en el lugar de una antigua casa de Kingsway, una flor grande con hojas purpúreas. El grano, agregué, debió ser sembrado bajo el reinado de Carlos I (no me acuerdo de lo que se me respondió)... y así por el estilo.

Amorosamente y sin descanso, moldeo mi personalidad, pero con cierta discreción, porque, si me idolatrara claramente, extendería el brazo para tomar un libro, cambiar el curso de mis ideas y protegerme contra mí misma.

Observo con asombro que instintivamente somos impulsados a defender nuestra imagen contra un narcisismo excesivo, contra lo que podría ridiculizarla o idealizarla hasta el punto de tornarla desconocida.

Quizá en el fondo esto no sea muy extraño. De todas maneras, es una cuestión de interés capital. En efecto, si el espejo se rompe en mil pedazos, si nuestra imagen se desvanece, y con ella la profundidad verdorosa de los bosques que la rodean, si solamente subsiste nuestra envoltura carnal, el mundo queda reducido a un borbollón frágil, inhabitable y desnudo.

Cuando los hombres se observan entre ellos, en subterráneo o en autobús, miran al espejo; eso es lo que explica el vago, el vídrioso resplandor de sus ojos. Estoy convencido de que los novelistas del porvenir comprenderán mejor cada día la importancia y la infinita diversidad de esas imágenes reflejas. Explotarán esos abismos. Serán condenados a perseguir esos fantasmas. Abandonarán paulatinamente las descripciones realistas, y para ellos, lo mismo que para los griegos, y quizá para Shakespeare, lo real será un supuesto conocido.

Por lo demás, tales "generalizaciones" son vanas. El aire belicoso de esa palabra bastaría para probarlo. Evoca los artículos de fondo, los ministerios, todo un conjunto de cosas que nuestra infancia consideraba como realidades universalmente admitidas, y cuyo desconocimiento era penado por una eterna condenación. Esas "generalizaciones" me hacen recordar los domingos de Londres, los paseos y las reuniones dominicales, una manera especial de hablar de los muertos, una manera de vestirse, de vivir, la costumbre de agruparse en una misma habitación a la hora prefijada, y a pesar del inevitable aburrimiento que implica esa costumbre. En aquella época cada objeto obedecía a una ley. La ley sobre los manteles prescribía que habían de ser hechos de tapicería y adornados con pequeños cuadrados amarillos, al modo de las alfombras del pasillo de los palacios reales en las tarjetas postales. Los manteles que diferían de tal modelo no eran verdaderos modelos. Resultó a la vez terrible y delicioso descubrir que los almuerzos del domingo, los paseos del domingo, los manteles y las casas de campo no eran cosas reales enteramente, sino semifantasmas, y que el temor de la condenación experimentado por los incrédulos no era en el fondo más que el sentimiento de una libertad prohibida...

Me pregunto por qué cosas fueron reemplazadas esas realidades típicas de antaño. Quizá el amor sea una de ellas en lo que concierne a las mujeres. El punto de vista masculino gobierna nuestras vidas, establece el punto de referencia, confirma ese código de prelaciones de Whitaker, que después de la guerra ya no es más que un espectro olvidado. Esperamos que ese código será pronto arrojado, con una carcajada, en el vacío donde han caído ya los espíritus, los armarios de caoba, las estampas de Landseer, los dioses, el diablo, el infierno y lo demás... Su fracaso nos proporcionará una impresión embriagadora de libertad prohibida, si en todo caso la libertad existe.

Bajo una luz determinada, la marca sobre el muro me parece realmente arrebatadora. La marca no es completamente circular. Tengo la impresión de que la marca proyecta una sombra perceptible y de que, si mi dedo recorriera la pared de arriba hacia abajo, subiría y caería un pequeño túmulo muy liso, semejante a esas pequeñas colinas que se encuentran en medio de las dunas, al sur de Inglaterra, y que son, según se dice, vestigios de campamentos o de viejas tumbas. En la duda me inclinaria por las tumbas, porque la instintiva melancolía de nuestra ra-

za nos induce a soñar, durante nuestros paseos, en los osarios dispersos bajo las praderas... Debe haber algún libro sobre ese tema. Esos huesos debieron ser desenterrados por algún arqueólogo. Yo me pregunto qué cosa es un arqueólogo. Probablemente un coronel retirado que, a la cabeza de una cuadrilla de viejos obreros, examina atentamente las piedras y los terrones de tierra. El arqueólogo debe entrar en relaciones con los pastores de los alrededores y éstos dan al sabio una importancia ilusoria durante las charlas de sobremesa. La comparación de las puntas de flechas requiere frecuentes viajes a través del campo hasta las ciudades del condado. Esos pequeños viajes constituyen una obligación tan agradable para el arqueólogo como para su digna esposa. La señora aprovecha esas ausencias para hacer confituras de ciruela o limpiar el escritorio, y por ello tiene interés en dejar largo tiempo suspendido el grave problema de la tumba y del campamento. Por su parte, el coronel se siente feliz al darse aires de filósofo, acumulando argumentos a favor de dos tesis opuestas. A decir verdad, se resuelve siempre en favor del campamento y, a fin de responder a sus antagonistas, publica un fascículo que se dispone a leer en la reunión trimestral de la sociedad local cuando es sorprendido por un ataque. Sus últimos pensamientos conscientes no se dirigen a su mujer o su niño, sino al campamento y a esa flecha que, después de su muerte, se deposita en el museo del lugar, no lejos de un pie de criminal chino, de un puñado de clavos pertenecientes al tiempo de la

reina Elisabeth, de varias pipas de arcilla que se remontan a los Tudor, de un desecho de alfarería romana y de un vaso que utilizó Nelson; singular colección cuya finalidad se ignorará siempre.

No, no se puede probar nada. No se sabe nada. Y si yo tuviera que levantarme ahora mismo para definir la naturaleza de esa marca sobre la pared, descubriría quizá un enorme clavo hundido ahí hace siglos, que atravesara la capa de la pintura para conocer la vida moderna y que contemplara esta habitación blanca iluminada por el fuego. ¿Qué ganaría con ello? ¿Materia para nuevas especulaciones? Sentada, puedo pensar tan bien como en pie. Por lo demás, ¿qué es la ciencia? Nuestros sabios sólo son los descendientes de los hechiceros y de los eremitas que se ocultaban en las grutas y en los bosques, que confundían a los cándidos, interrogaban las musarañas y anotaban el lenguaje de las estrellas. Nosotros honramos a los sabios cada día menos, a medida que nuestras supersticiones vacilan y que acrece nuestro respeto por la belleza y la salud del espíritu... Si; uno podría imaginarse un mundo inmenso y apacible, con grandes flores rojas y azules sobre los campos; un mundo sin profesores, sin especialistas, sin amas de casa con perfil de policía; un mundo que todos podrían atravesar con sus pensamientos, lo mismo que el pescado corta el agua con sus aletas, cuando desflora los nenúfares que flotan sobre los nidos de erizos marinos blancos. ¿Cuánta calma reina en esas profundidades! Ligada al centro de la tierra, se contempla el mundo desde abajo, a través del agua gris, a través de



TONADAS DE LA TARDE

El agua que brinda al paso
la aguadora del lugar
es cordial;

da sosiego al alma inquieta
y a los corazones paz,
pues no hay sed que no mitigue
su milagroso caudal;

que sed de gloria,—unos pocos,—
o de amor,—tal vez los más,—
de verdad,
de fortuna o poderío,
bien soñado o cosa real,
se ve satisfecha al punto
en quien la llega a gustar.

Ricos y pobres, paisanos
y grandes de la ciudad
al par,
asedian a la aguadora
por eso, por donde va,

¡y el cántaro, al prodigarse,
se hace todo caridad!

(Junto con la noche llega
la joven a mi portal).

—“Piadosa Samaritana:
bien poco implora mi afán
frugal,
porque no en anhelos vanos
tiene origen mi ansiedad:
tanto amé y sufrí por ello
que mi sed es de olvidar!”

Me tiende el ánfora, urgente,
la aguadora, en ademán
filial,
y a los labios que en el ansia
de olvido se abrasan ya,
¡llevo un cántaro vacío
de milagro, agua y piedad!

J. L. FERNANDEZ DE LA PUENTE

ILUSTRACION DE ALEJANDRO SIRIO

claridades súbitas y de reflejos... Pero existe el almanaque de Whitaker y el código de prelaciones...

Es preciso que me levante y que averigüe resueltamente lo que es esa marca sobre mi pared: un clavo, una hoja de rosa, una desgarradura de la madera...

La naturaleza se dispone a representar una vez más su papel de eterna protectora. Percibe que ese giro de pensamientos amenaza ser la causa de un desperdicio de energía o la ocasión de una lucha estéril contra la realidad. ¿Quién será nunca capaz de elevar su dedo menique con el código de prelaciones de Whitaker? El arzobispo de Canterbury es seguido por el gran Canciller; a éste le sigue el arzobispo de York. Todo el mundo sigue a alguien: esta es la filosofía de Whitaker. El gran asunto es saber quién seguirá al otro. Whitaker lo sabe y la naturaleza nos aconseja que nos sometamos a sus decisiones sin protestar. Si a pesar de ello nos negamos a ser consolados, si queremos perturbar esta hora de paz, volvamos a la marca del muro.

Observo la maniobra de la naturaleza, su rapidez para detener por medio de la acción todo pensamiento que amenaza exaltar o haga sufrir. De ahí viene, creo yo, ese matiz desdichoso respecto a los hombres de acción; dudamos casi de nuestra aptitud para pensar. Sin embargo, no veo ningún mal en que se ponga término a los sueños penosos mirando una marca sobre la pared.

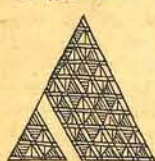
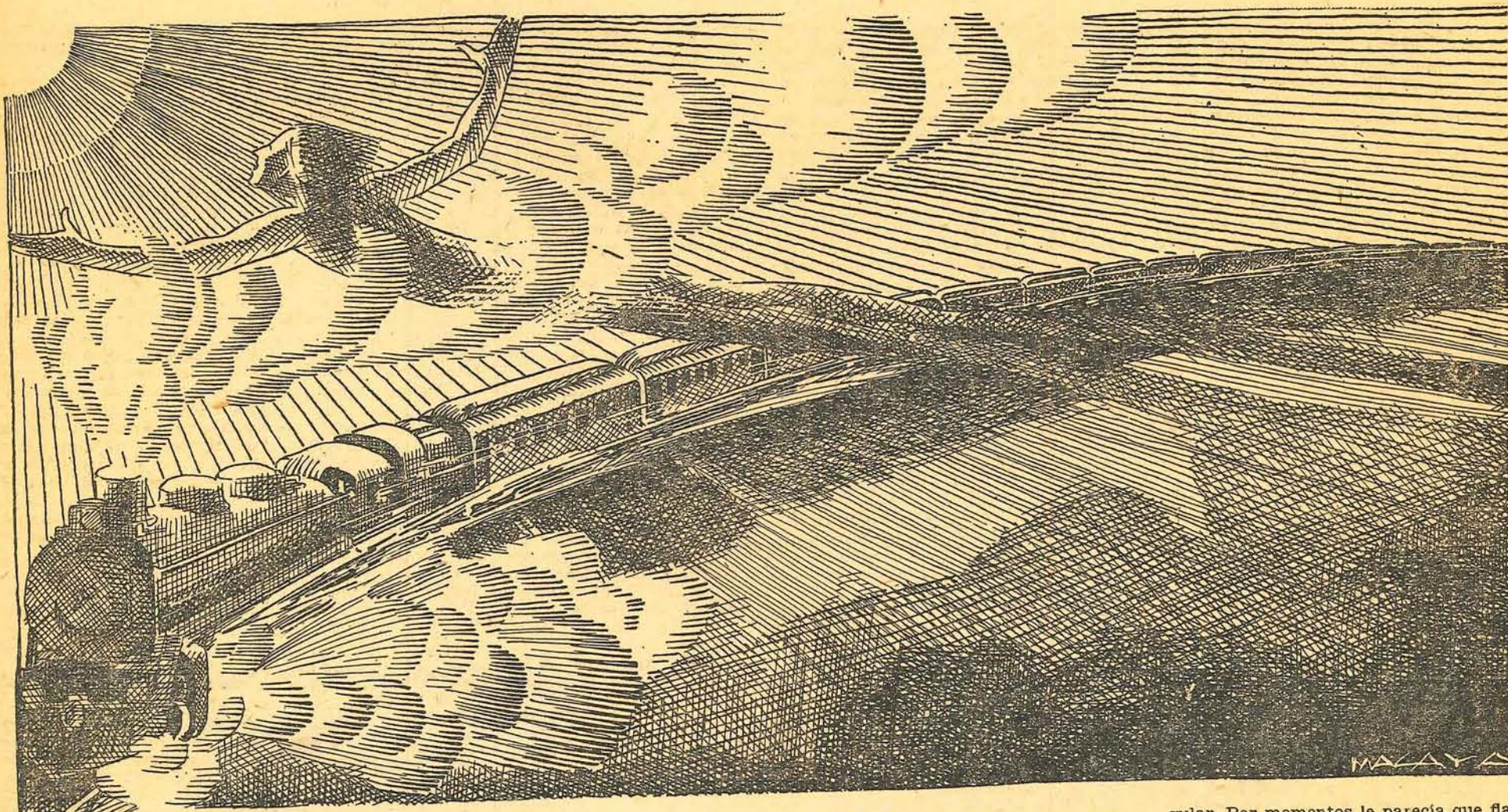
Ahora que tengo los ojos fijos sobre esa marca experimento verdaderamente la impresión de haber arrebatado una plancha en medio del océano. Siendo la reconfortante impresión de asir una realidad, relacionada con la cual se transforman en fantasmas de sombra los dos arzobispos y el gran Canciller. Del mismo modo, después de una pesadilla nocturna, cuando enciendo apresuradamente la lámpara, siento adoración por mi armario y mi mesa de madera, adoro todas las realidades de un mundo en el que espero apasionadamente descubrir la prueba de una existencia exterior a la nuestra. Por lo demás, la madera es un objeto agradable para soñar. La madera viene del árbol. Los árboles brotan y no sabemos cómo. Crecen durante años y años sin hacernos caso, en los prados, en los bosques, al borde de los ríos; cosas todas ellas en las que es grato pensar. Cerca de los árboles, las vacas se azotan los flancos con su cola durante las cálidas siestas. Los árboles pintan de verde el agua de los ríos, y cuando uno ve sumergirse los patos, casi se espera verlos salir teñidos de verde. Me gusta pensar en el pez, que se balancea en la corriente como una bandera inflada, y en el escarabajo, que edifica domos de barro en lo más profundo del río. Me gusta imaginarlo en las noches de invierno, erguido sobre el campo vacío, cuando todas sus hojas se repliegan sobre sí mismas para que nada tierno quede expuesto a las flechas aceradas de la luna. Entonces es como un mástil desnudo, sobre una tierra que rueda sin fin en la noche. ¿Cuán agudo debe parecer el canto de los pájaros en junio! ¿Cuánto frío deben tener los insectos en las patas, mientras efectúan sus laboriosas excursiones a lo largo de los surcos de la corteza, bajo el menudo colgajo de las hojas mientras miran hacia adelante, con sus ojos de facetas encarnadas... Una a una las fibras van cediendo bajo la presión inmensa y fría de la tierra. Después, sobreviene la última tempestad, las más altas ramas se debilitan y se hunden de nuevo en el suelo. Pero el árbol no ha dejado la vida. Todavía existen para él millones de existencias pacientes y atentas en las habitaciones, en los barcos, sobre las calzadas, en las piezas donde hombres y mujeres se reúnen para fumar después del té. Ese árbol está lleno de sueños apacibles, de sueños felices. Me gustaría saborearlos uno a uno, lentamente. Pero algo se ha movido. ¿En qué estaba yo? ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Un árbol?... ¿Un río?... ¿Las dunas?... ¿El almanaque de Whitaker?... ¿Los campos de asfodelos?... Ya no me acuerdo de nada. A mi alrededor todo se mueve, cae, se desliza, se desvanece. Gran rebelión de la materia. Un hombre se yergue ante mí y dice:

—Voy a comprar el diario.

¡Ah!

¿Para qué comprar un periódico, puesto que nada llega nunca? ¡Maldita guerra! ¡Sucia guerra!... ¡Hola!, ahora me pregunto por qué tenemos un caracol en la pared.

—¡Ah, esa marca en el muro! Era un caracol.



QUEL hombre tenía muchas cosas importantes que decirse a sí mismo. Y nada, o casi nada, para los demás. Al llegar a los treinta años sólo sabía palabras de retorno. No era sabio pero vivía nostálgico, llevaba tristeza. Así, podía decirse que sabía mucho. Recapitaba sobre el tiempo perdido. Perdió por una sola razón: por no haber numerado sus pasos. Y esta sensación, nueva a su edad, la sintió una noche, mientras marchaba en un tren, por la Pampa.

La noche quería entrar por las ventanillas. Y la luz del interior arrastraba clarores rectangulares sobre la tierra. Pero aquel resplandor tenía una mancha circular: la sombra de su cabeza pensativa. El tren la arrastraba por los campos. Sombra inmóvil, empuñada a veces, en los montículos de tierra próximos a las vías. Agrandada, estirada, al caer en los pozos, abismada repentinamente.

Aquel hombre llevaba su alma como su sombra. Aquel hombre ajustaba su alma al ritmo del tren. El ruido se ahuecaba al cruzar los puentes. Pero pasaba, seguía. Se apagaba el ruido al traspasar la floresta tupida. Pero pasaba, seguía. El alma de aquel hombre en marcha cruzaba puentes, se detenía en las estaciones, pero seguía, seguía. Si aquel hombre levantaba los ojos de su sombra, hallaba la obscuridad en un amplio y compacto horizonte.

Aquel hombre conocía el itinerario de su corazón. En los puertos y en las estaciones dejaba fechas. La última fecha suya era una rosa. Venía de una frase clara, dicha en la claridad de una lágrima. E iba por su claridad, como el tren por los rieles. Llevaba una rosa. Las rosas tienen nombre.

Aquel hombre recuperaba la memoria. Alimentaba su tristeza. Se sentía sabio en el aprendizaje de su propio misterio.

Aquel hombre sólo sabía palabras de retorno. No ignoraba que alguien podía llorar sus besos. Quizá los llorase en aquel momento quien sabía que es pecado estar triste. El había dicho: demasiado triste.

Aquel hombre tenía muchas cosas importantes que decirse a sí mismo. Se acusaba de todo. Bondad. Maldad. Si reprochaba a una mujer empalidecida de amor, el reproche hacía un sesgo en el aire y volvía a su conciencia como un "boomerang". Y se quedaba sin conocer los ojos del culpable.

Aquel hombre seguía la sombra circular de su cabeza, enmarcada en el resplandor rectangular de la ventanilla. La luz de los demás vagones proyectaba clarores vacíos de sombras.

Aquel hombre creía en la inmovilidad de otra sombra, de la cual necesariamente se iba alejando. Y aproximándose a su vez, a medida que recobraba la memoria. Aquel hombre que conocía

AQUEL HOMBRE

el itinerario de su corazón, si alzó los ojos al cielo, en el oscuro telón, vió repetirse su sombra. Inconfundible. ¿Acaso podía creer en una aparición quien venía de una frase clara? ¿Acaso podrían adueñarse de sus ojos fantasmagorías inútiles quien hablara con las manos puestas en plegaria? ¿Qué error podría entrar en su corazón si la verdad desnuda acababa de cerrar su corazón para siempre?

Aquel hombre quería entrar en amistad con las sombras para sentirse solo. Detenido el tren en una estación, perdió su intimidad. Vió abrirse un paréntesis de luz. Lo cerró una campana cuyo tañido se fué por los campos buscando el vellón de una oveja para caer dormido.

El tren siguió. Siguió la sombra circular de su cabeza, dibujada en el resplandor rectangular. Y los otros resplandores vacíos, sin sombras. Recuperó su intimidad aquel hombre del cual unos ojos quizá lloraban sus besos.

El tren ¿no arrastraría otra sombra? ¿Quién más tiene otra sombra semejante? ¿Alguien que pasa en otro tren, en sentido contrario, corriendo hacia el sitio donde la sombra inmóvil recoge las lágrimas que lloran sus besos? No. Nadie deja arrastrar su som-

Cancionero Hueya

Una moza que busco,
mi anda cuerpiando;
si me ve, si hace trote
su sobrepaso.

A la hueya hueya,
hueya di un querer;
gasto la esperanza
sin comprar la fe.

China que yo enderiezo
pega patadas;
si le busco el hocico
me da las ancas.

A la hueyita hueya,
hueya... pa otros;
que pa mí cangrejales,
cardos y abrojos.

Mis triunfos se parecen
con la redota,
como tientos sacados
de misma lonja.

A la hueya hueya
de su querencia,
dicen que da el camino...
(pero es de vuelta).

Que cosita le pido
que no me niegue.
Dispuestita la moza
pal encogerse...

A la hueyita hueya
de los desdenes:
p'algunos n'és de nunca,
pa mí de siempre.

Me mira cuando l'hablo,
con unos ojos,
igual que ven los sapos
al di otro pozo.

A la hueya hueya
de las rodadas;
vizzachera q'encuentro,
meto las tabas.

D. Novillo Quiroga

bra por la llanura. En la Pampa sólo sus ojos pierden la noche y recuperan en claridad su memoria.

Aquel hombre no sabía esperar. Conocía cuatro clases de seres: los que llegan a las estaciones con anticipación, los que llegan a la hora justa, los que siempre pierden el tren y los que, llegados con retraso, reciben la buena noticia de las partidas atrasadas.

Aquel hombre quiso ser de estos últimos, pero estuvo incluido en una quinta categoría: la de los hombres a los cuales, al llegar a la estación, se les entería de la suspensión definitiva de todas las partidas. Por esta razón creía tan sólo en un viaje: en el que no se hace. Por eso, asimismo, trataba de agotarlos. ¿Los tendría agotados a los treinta años?

Aquel hombre, durante su vida, tuvo felicidad en los sueños. Allí recibió las mejores noticias, allí recibió las más bellas cartas, pero tenía que despertarse para leerlas. Entonces la luz de las mañanas dábale la lección que no se olvidaba y que jamás se aprende: la del heroísmo, la de la abnegación. Se sentía muy joven para sacrificarse. El sacrificio era para la decrepitud.

Aquel hombre seguía atento la carrera de su sombra sobre la tierra irre-

gular. Por momentos le parecía que flamease como una negra bandera fatídica. Una ola aparecía ante sus ojos: su sombra. Una ola que tenía, en su ir y venir, fragor de máquinas y quejas de engranajes. El viento, de repente, velaba la visión, enturbiaba su sombra.

El tren iba desgarrando la noche. La noche no era un túnel para el viaje de aquel hombre que seguía el aprendizaje de su propio misterio. Al llegar a los treinta años, el hombre quería pesar sus palabras en la balanza del viento. Sus palabras de amor, de piedad, de recuerdo.

Por las estaciones de turbias luces cansadas raudo el tren pasaba. En los cristales opacos el hombre vió, una y otra vez, la sombra pensativa de su cabeza. Entonces volvía a ser un alma perdida; recuperaba su misterio en la próxima obscuridad como un ladrón recupera su coraje al ocultarse en la penumbra. Seguía, seguía...

¿Qué nostalgia, qué recuerdo crecía con el fragor de las ruedas? ¿Qué viaje agotaba a aquel hombre, capaz de todas las partidas, y que se hubiese quedado, no obstante, en una estación, quieto, sosegado, si hubiese sabido que un tren sin horario, sin fecha, sin nombre, le podía llevar a un sitio sin estaciones, sin puertos, reposado como un carcomido casco adonde las aguas ya no llegarán? ¿Cómo se llamaba aquella promesa de viaje que le infundió miedo? ¿Acaso en el repetido partir está la mayor inmovilidad?

Unos ojos podían llorar sus besos. Otros ojos tenían sus besos. No los aceptaban quizá los que mejor podían recibirlos. El tren marchaba, seguía.

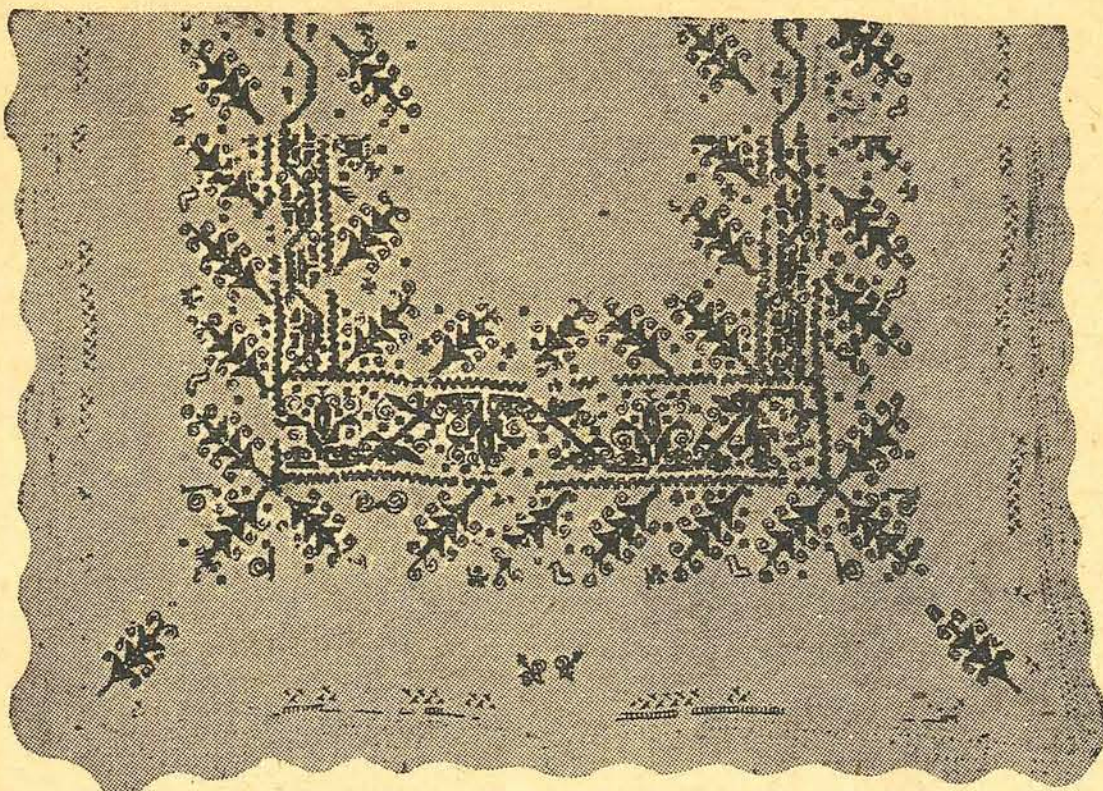
El amanecer dejó el trayecto salpicado de cantos. Poco a poco el hombre fué perdiendo, con la luz, su misterio. Poco a poco se fué apagando su sombra. Con las primeras luces se iluminó el campo, la Pampa. Las luces parían bestias de labranza y casas y árboles y vehículos y pájaros. Su sombra dió entonces una vuelta. Apagadas las luces del vagón, en la portezuela de su compartimiento, comenzó a temblar su sombra. Era la sombra de aquel hombre más pequeña. Y abriendo la portezuela cayó como herida por un síncope, como cae rodando la cabeza de un reo.

Afuera la luz. En el compartimiento la sombra se juntó al cuerpo, cansada de rodar por la Pampa. En el sueño se prepararía para otro viaje sobre las aguas de mares lejanos, en un buque iluminado, capaz de proyectar una sombra mayor sobre las olas.

Aquel hombre, cada vez que se acercaba al aprendizaje de su misterio tenía un amanecer que le enseñaba a volver, a volver para ir agotando sus viajes. Aquel hombre que se hubiese quedado en una estación, un puerto. Aquel hombre que tenía muchas cosas importantes que decirse a sí mismo. Y nada, o casi nada para los demás.

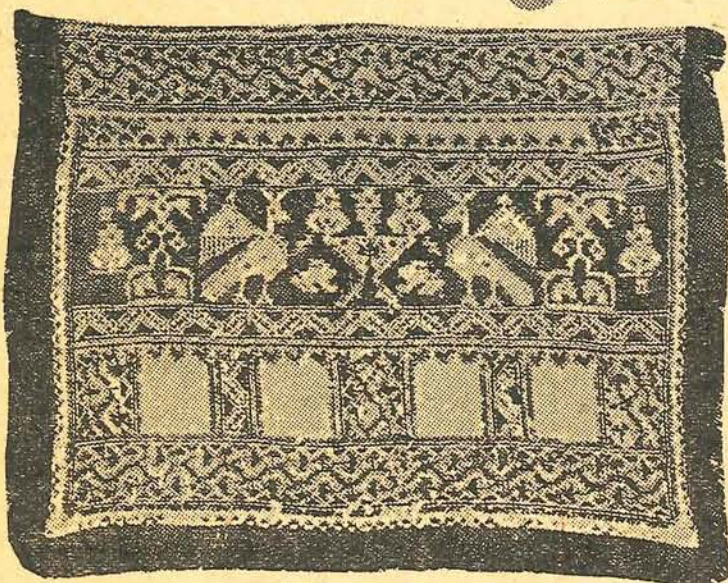
ENRIQUE AMORIM
ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

HACE unos ocho años, mi discípula doña Concepción Alfaya, profesora de historia en la Escuela Normal de Segovia, me comunicó la grata noticia de que su hermana María Paz, inspectora de primera enseñanza de aquella provincia, había descubierto ejemplares de bordados populares antiguos que hacían confiar en la existencia de un rico filón de este arte, inexplorado aun. Añadió el propósito que ambas hermanas tenían de emprender una investigación sistemática guiada por el doble interés pedagógico e histórico. Les animé a persistir en ese camino y hablamos de procedimientos de trabajo para el mejor conseguimiento de aquella finalidad. Desde entonces sigo paso a paso el proceso de la benemérita labor emprendida por las hermanas Alfaya y enriquecida, año tras año, por nuevos descubrimientos y una visión cada día más clara del cuadro general y la cuna histórica del



riedad de nuestra historia, es condición que conocen bien los especialistas. Una vez más, la mezcla de civilización y razas de que surgió andando el siglo la civilización y el tipo "español" explica esa, como muchas otras cosas de nuestro pasado y de nuestro presente. Las hermanas Alfaya conocen esta cuestión y le conceden toda la importancia que le corresponde.

Viniendo ahora a las láminas — es decir, a los ejemplares reunidos —, conviene decir que su total clasificación histórica no está todavía hecha. Con respecto a no pocos paños suscita aún problemas delicados y complejos. Lo que si afirman las autoras, es que los bordados más antiguos encontrados hasta ahora, se remontan tan sólo al siglo XVI (láminas 30 y 31). Los más, entre los buenos, pertenecen al XVII (láminas 62, 63, 64 y sus semejantes). Del XVIII hay algunos plenamente caracterizados (láminas 31, 113 y 114). Esos citados y muchos otros, son de belleza, a veces, emocionante para quienes sean capaces de la emoción artísti-



Paño de Zarzuela del Monte
(Rojo, blanco y azul obscuro)

LOS BORDADOS DE SEGOVIA POR RAFAEL ALTAMIRA

(Para LA NACION)
MADRID, marzo de 1930.

Ejemplar tipo
común a va-
rias provin-
cias (Segovia,
Avila, Tole-
do) (Blanco y
siena)

Ejemplar de
paño de ofren-
da, de Canta-
lejo (Blanco y
negro)



bordado popular en la región de Segovia.

Coronación de esa obra de entusiasmo y de fe son la reciente exposición de los referidos bordados, patrocinada por los Amigos del Arte, y el espléndido volumen en folio mayor, de ciento treinta magníficas láminas y cuarenta y una páginas de texto, que acaban de publicar Concepción y María Paz Alfaya, con el título de "Los bordados populares de Segovia" (Madrid 1930). Puede afirmarse desde luego que ese volumen es una de las más acabadas publicaciones de carácter artístico hechas en España, digna de figurar al lado de los soberbios "Catálogos" que editan los Amigos del Arte.

La primera cualidad — substancial, sin duda — de aquella obra, consiste en su escrupuloso respeto a la realidad, es decir, a la verdad histórica y artística. Las autoras han evitado, salvo casos de absoluta necesidad en que se trata de salvar un ejemplar de mérito, toda copia y restauración peligrosa para los restos encontrados. "Sólo en contadísimos casos — dicen ellas refiriéndose a las láminas que contiene el volumen —, en que el ejemplar antiguo estaba materialmente deshecho, hemos acudido a la copia; algunos paños figuran en fragmento, y salvo una minoría exigua que son eje de sugerencias múltiples y repetidas, los demás son ejemplares únicos; por ello, hemos querido facilitar el conocimiento de estos trabajos, coleccionándolos y dándolos a la publicidad". Para los historiadores del arte y para los buenos aficionados parece ocioso subrayar la frase de "ejemplares únicos" que contiene el párrafo citado; pero no es ocioso hacerlo para fijar desde ahora la atención del gran público acerca de la importancia considerable de la colección

que ahora puede admirar y estudiar.

El respeto a la realidad, de que antes hablaba, no sólo se expresa en la renuncia a substituir lo auténtico por la copia. Se revela también en el procedimiento seguido para obtener las láminas. No proceden éstas de fotografía de los objetos, sino, directamente, de los objetos mismos. La deformación inevitable, aunque a veces sea mínima, que se produce a través de la fotografía misma y de su traducción en grabado, queda así eliminada, y los colores naturales han podido conservar en mayor medida todas sus cualidades.

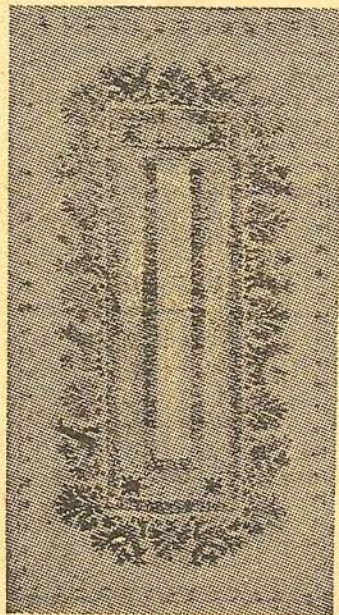
Bien se adivina que para llegar al considerable resultado que representa el volumen publicado ahora, las hermanas Alfaya han tenido que vencer muchísimas dificultades. A las que por su propia índole lleva consigo toda investigación histórica y artística, se unieron, en este caso, la enorme dispersión de los ejemplares y el recelo bien conocido de los aldeanos a franquear casas que, por el interés que otros demuestran en conocerlas y adquirirlas, les parecen "ipso facto" de un valor económico desmedido. Las autoras relatan con todo pormenor su odisea en el capítulo IV del texto, ligándola estrechamente al estudio técnico de la materia.

Es de grandísimo interés observar, al través de ese y los otros capítulos, la oscilación y a la vez el engranaje (muy natural, por de contado) de los tres motivos de interés que han inspirado a los autores desde el comienzo de su labor y las inspiran hoy en cuanto a sus consecuencias docentes. Se perciben muy bien, de un lado, la ardiente e iluminada curiosidad que el puro aspecto artístico — el de la belleza de los bordados — despierta en almas de sensibilidad aguzada por la cultura; de otra parte, el in-

terés genuinamente histórico, distinto y en pura intelectualidad, indiferente a la belleza de los objetos, dado que persigue otros elementos de la realidad; en fin, el amor a la escuela y el pensamiento netamente profesional (es decir, pedagógico) de hacer servir historia y arte a la suprema finalidad de la educación popular.

La discriminación que acabo de hacer y cuya percepción constituye, a mi juicio, uno de los encantos que ofrece la lectura del libro, no obsta a la unidad de aquellos tres motivos en una síntesis que los engloba y los enlaza a la vida común y corriente, en función de la cual debe considerarse todo estudio para salvarle del peligro de un confinamiento en la consabida torre de marfil del edonismo, tan frecuente en los intelectuales. Esa unidad, que

Paño de ofrenda de Cuéllar
(blanco y azul) del siglo XVIII



no puede, sin embargo, calificarse de superior, sino relativamente al punto de vista profesional que se adopte, la representa esta vez la escuela, es decir, la educación. Por ello dicen bien las autoras, con profundidad que excede a la misma expresión verbal de su pensamiento, que: "Nuestro norte ha sido la 'escuela nacional' en su mismo ambiente: popular y español". Sólo quienes poseen un concepto amplio, a la vez nacional y humano, y como tal abarcando el problema entero de la formación de los espíritus para todos los fines esenciales de la vida, comprenderán la enjundia que encierra la frase antes copiada.

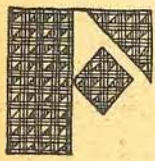
Parte de esa finalidad pedagógica está naturalmente representada — y no en manera alguna contradictoria, como quizá se viesen tentados a creer algunos lectores —, por el razonable deseo de resucitar las industrias artísticas populares. Precisamente lo único que puede salvar a éstas de un utilitarismo egoísta que, en fin de cuentas, las embastece y degenera, es que la iniciación profesional de ellas se produzca en el ambiente educativo de una escuela primaria, cuyo maestro o maestra sienta la función que le está encomendada y sepa realizarla con aquel arte y aquella unción que no se aprenden en los libros.

En el capítulo primero, las autoras tratan de la razón de existencia del arte popular en España. Bien sabido es que somos uno de los países de más rica y antigua historia en ese arte. Por esa historia o, lo que es lo mismo, por esa tradición, como dice el texto, sigue cultivándose, aunque oscurecido, en muchas de sus manifestaciones, y, sobre todo, es capaz de una resurrección y gloria. Su origen y entronque con la tradición general del arte entero y con la vivacidad y va-

ca, más o menos ligada con la histórica.

En cuanto a las influencias de artes extranjeras que las hermanas Alfaya han comprobado, parecen culminar la oriental y la italiana. Por lo que toca a la derivación de otras ramas del arte, se perciben bien las que proceden de la cerámica, de los tejidos y de las miniaturas. Y de nuevo, la observación del modo como esas influencias y derivaciones actuaron sobre el espíritu español, prueba el singular poder de reelaboración y reducción a modalidad propia que aquél ha demostrado desde muy remotos tiempos. Refiriéndose a las influencias orientales (musulmanas, españolas puras, mudéjares, marroquíes, bizantinas), escriben las autoras: "Nunca la labor es copia servil de estas normas; la personalidad castellana, el ambiente circundante, no se borran nunca; no son, pues, copias de obras ajenas importadas, sino reabsorción de influencias extrañas y de estímulos locales".

Y para terminar — dejando al lector que por sí mismo aprecie los ejemplares de que ofrecemos grabados adjuntos — una observación muy exacta, que afirma el valor singular de los bordados en nuestra historia artística. "De todas las artes populares españolas, la que presenta mayor riqueza es el bordado, perfeccionado y desarrollado extensamente, al par que los tejidos, desde remotos tiempos". Sirvame esta cita para justificar la sugerencia que hago a mis lectores, de que, una vez leído y estudiado el libro de las hermanas Alfaya, acudan al magnífico "Catálogo de la Exposición de Tejidos Españoles anteriores a la introducción de Jacquard", que en 1917 publicó D. Pedro Mg. de Artiñano. La comparación entre ambas artes está llena de frecuentes observaciones.



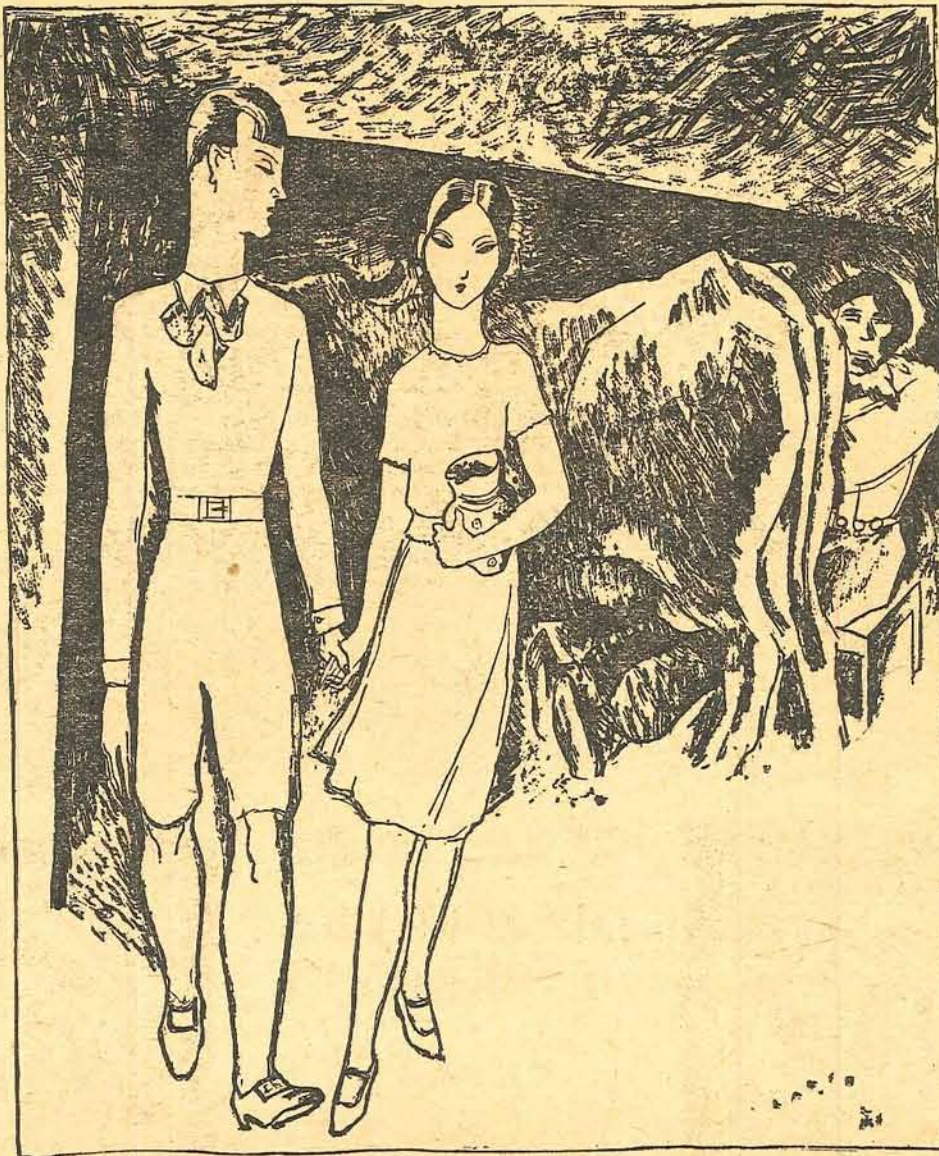
UI sin duda alguna el muñeco inconsciente de una ensoñación conductora. De otro modo no podía ser que hubiese llegado hasta frente mismo de aquel caballo a quien no veía hacia treinta años. Era un doradillo dorado, vibrante de buena voluntad corredora, que no concluía de salir del muro a través del cual se abría paso, junto a una ventanita cortada en el mismo muro... Ver la fachada de la caballeriza aquella y exclamar: "¡Mercedes Candia!", todo fué uno. La dama que me tenía intrigado había sido Mercedes Candia.

¡Qué no hubiera dado en ese momento por estar junto a tan bella mujer para decirselo! "¿Cómo no habría de recordarla, señora, si fué usted mi primer ídolo, la novia de mis siete años?" Con esas palabras, con tan breve confesión, habría vuelto a fulgurar en sus ojos la alegría magnífica de la primera pregunta. Porque fueron tres las veces que me preguntó: "¿Me recuerda usted?", la primera; "¿Es posible que no me recuerde usted? ¡Haga memoria!", la segunda; "¿Que se haya olvidado usted de mí! ¡Parece mentira!", la tercera. Y en ésta vi velarse el fulgor verde oro de sus ojos color marrón, desapareciendo de ellos por completo la alegría. "¡Las veces, sin embargo, que mi mujer me lo tiene referido!", agregó el señor que iba con ella, quien si a la primera pregunta había fruncido celosamente el ceño, a la tercera compartía ya el disgusto de su consorte y parecía reprocharme el olvido en que la tenía.

Los tres breves diálogos en la rambla, frente al mar, con la bella no reconocida, me persiguieron como implacables acusaciones de descortesía, hasta el venturoso cuanto inesperado encuentro con el caballo del muro.

¡Ah mi doradillo de las veinticinco leguas sin castigar! ¡Corcel de mi primera y nunca jamás igualada aventura de amor! ¡Y qué fiel, después de treinta años, esperándome siempre en el mismo sitio, para renovar la aventura!

Yo fui un niño turbulento. No me juzgarán así quienes sólo conocieron de mi infancia esas melancolías contemplativas en que permanecía sumido horas enteras. Pero, ¿vive todavía la señorita Adela, maestra de mi iniciación en la escuela primaria? Ella podría hablarles del revoltosoito aquél. El revoltosoito aquél, no pudo continuar en la escuela mixta después del primer grado, con ser que había varones que cursaban el quinto sin haber dado motivos para pensar en separarse de las niñas. ¿Las niñas? Para mí eran las mujeres, las mismas mujeres que hoy me erizan con sólo proyectar aunque sea de paso, su sombra en mi feliz solteronería. A veces pienso que si fui tan bruto con ellas debióse a que presentía deberles finezas y cortesías que cumpliría más tarde a contragusto. Instintivamente me cobraba por anticipado y a buen precio. Verlas jugar en el patio al san celerí o a la rueda e irme por detrás de la más comadrita, tomarla de las faldas o de las trenzas y llevarla retrocediendo, constituía mi diversión menos salvaje. La niña sin poderse defender, concluía trastabillando sobre sus talones. Yo la mantenía en ese grotesco y temido trastabilleo el mayor tiempo posible, mediante sus trenzas o su falda "a media rienda", hasta que caía sentada por propia gravitación o porque yo, al verla equilibrarse y propensa a recobrar el dominio de sus pies, le daba el tironcito final. Aprovechaba las mayores confusiones y algaradas del recreo para que los gritos de la víctima no atrajeran a la maestra, que me hacía pagar terriblemente la travesura. Gozaba repeliendo con manotadas y puntapiés a las otras, que me atacaban para defender o vengar a la que había caído esa vez en desgracia. Porque muchas ya habían caído y las otras caerían a su turno. Todas, completamente todas. Todas menos una. Esta una era única. La gracia de sus juegos la revestía de tal dignidad, que siempre me había paralizado. No se debía, no, ese calambre anulador de mis salvajadas, a que la niña llevara el cabello ceñido en dos rodeteitos como dos medallas de bronce bajo la nuca. Toda su persona se me imponía. Pues si viéndola de atrás no recibía el mirar de sus incomprendibles ojos de almen-dra y tenía ahí, a falta de trenzas, el ruedo de su vestido para atraparlos y tironear, no podía olvidar que momento antes esos ojos me habían mirado. ¡Y eso bastaba! Merceditas Candia llegó



a ser mi domadora: domadora por obra y gracia de ser quien era. Sobre mi ánimo pudo lo que jamás podría la cruel señorita Adela, llevándome tan a menudo tras del pizarrón y dejándome allí a que mirase horas enteras la pared a media cuarta de mi nariz; retorciéndome las orejas, durante esa conducción, hasta sangrármelas; reteniendo-me preso después de las clases, una, dos y más horas, hasta que, entrada la noche, me horrorizase tremendamente el pensar que se cumplirían los inquisitoriales tormentos a que habría de ser sometido e implorase largamente perdón llorando a mares. No. Todas las rigideces de la señorita Adela, la implacable, la furibunda señorita Adela, nada valdrían en el sentido de curarme del prurito de vejar y dañar a las niñas. Merceditas, por ser quien era y como era, lo pudo en cambio todo. Una vez, hallándose sin saber yo cómo junto a mí, me ofreció con tal naturalidad un dátil, que lo tomé y me lo comí extrañadísimo. Aquella niña, que venía siendo testigo de mis tropelías con todas, ni me temía ni me odiaba. La miré largamente a los ojos; los tenía color del dátil saboreado y más dulces que esa fruta, y advertí que su fulgor verde oro difundía una nobleza no vista en los demás ojos de las gentes. La nobleza de esa mirada era siempre la misma, inalterable, como su condición vital de ver. Sin propósito de acusarme, me acusaba, venía a ser mi mejor juez en el castigo, cada vez que yo, olvidado del papel de caballerito de esa dama, volvía a mis atropellos con las demás. Yo indagaba entonces en el rostro de Mercedes. Ese rostro no me decía nada. Pero sus ojos, a quienes debía constantemente una secreta reverencia, me declaraban en falta, en falta momentánea de ese culto, puesto que mal podía haber estado reverenciando yo la belleza espiritual de mi damita mientras mortificaba de aquel indecente modo a las demás.

No concurrió de pronto Mercedes al colegio. Imposible que pasase el segundo día de ausencia sin que quisiera yo averiguar a qué se debía. Las veces que después de clase había deseado juntarme en la calle con ella, me había encontrado con la hermana mayor. Esta me imponía miedo. Mucho mayor que yo para meterme con ella, era un

dragón cuidador de mi diosa. Desde las galerías altas en que tenían recreo las del quinto grado que ella cursaba, halló ocasión de ser testigo de mis maldades y también de que, a pesar de ellas, su hermanita me atendiese y asistiésemos siempre juntos. Ambos espectáculos debieron alimentar su odio contra mí. Me miraba terriblemente y yo no me acercaba a Merceditas. Pero eso no impidió que la siguiese el segundo día de ausencia de mi dama y siguiéndola descubriese la caballeriza. ¡Qué extraño me pareció! ¡Mi Mercedes viviría allí? Sí, porque su hermana no salió. No aguanté, no pude sufrir ya las clases sin Mercedes. Al cuarto o quinto día raboneé. Me estuve sentando la tarde entera mirando a la ventanita. ¡Nada! ¡Nada! ¡Qué pena la mía! A veces deseaba que el caballo, que no terminaba de salir del muro, se encabritase y desmoronara a coces el frontispicio, para ver qué hacían detrás con mi Mercedes. Seguí raboneando día tras día. No había otro medio de llevar a efecto la averiguación. "La maestra me manda preguntar por qué falta la niña Mercedes

Candia", le pregunté a un enzecado hombre que volvía de herrar a un caballo. "Está enferma", me respondió con tosquedad. El iba a continuar llevando de la sogá a su caballazo corralón adentro, cuando: "¡Oye!", me gritó, "te he reconocido ahora. Tú eres el rapaz que se ha estado las tardes mirando desde allí a mi ventana: ¡descuida! Como mañana te vuelva a ver, sabrás el gusto que tiene mi correa". Yo quise excusarme no sé cómo. Pero él agregó: "¡Ya lo sabes, borrico!" ¡Qué vergüenza, tratarse así! Y de yapa, en esas que llegaba yo al final de la calle, ahí está que la hermana de Mercedes, volviendo del colegio, quiere atraparme de una manotada que a mí me pareció zarpazo de tigre. Salté a la calle. Casi se me caen libros y útiles.

¡Rabonero, desfachatado! ¡Ya verás el castigo que te dará la señorita Adela!" A eso repuse: "¡No voy más al colegio!" Y eché a correr a casa, donde mi madre, más enérgica para tomarme de las orejas que la misma terrible maestra, zarandé mi cabeza de foragido como un despreciable melón y dió luego en mis cómodas posaderas de largo contemplador de ventanas, los

chicotazos que me había prometido ¡caballerizo. Todo lo cual era el resultado del aviso escolar. Yo faltaba hacía una semana. Mis condiscípulas ¡víctimas dieron en decir a la señorita Adela que Mercedes y yo raboneábamos juntos. Las envidiosas de nuestro inmenso amor imaginaban algo muy verosímil: el que en vez de concurrir a aburrido colegio dilatasemos en algún jardín público o en las soñadas afueras de la ciudad nuestro idilio de Pablo y Virginia. Fué llamada por mi maestra la hermana de Mercedes, que reveló la verdad. Y, ¿qué se consiguió con eso y con la soba que me dió mi madre? Volví a la escuela, cierto. Pero me ingení en robar tiempo y escapar de casa matinalmente, para merodear por la caballeriza. Me vi así todos los días con mi Mercedes, cuando, metida en su blusita rosada, iba por leche a la vuelta. ¡Ah, su jarrita de loza con flores azules! La leche cantaba en ella al caer. Era como la música de nuestros corazones, mientras tomados de la mano contemplábamos la faena del ordeñador y la rumia de la vaca. El olor a tambo ha sido desde entonces para mí el perfume de la completa felicidad.

Un día Mercedes me dijo que no volvería a la escuela. Faltaba sólo un mes para terminar el año y el médico aconsejaba esa retracción. Oyendo aquello pensé que me la querían robar. Menudeé los paseos por frente a la caballeriza. Mi adorada asomaba a la ventanita que, enmarcándola como un cuadro a la Virgen, hacía mi adoración más perfecta. Hasta que vino a destruir el mutuo arrobo la madre. Deduje que lo sería. Una señora que, bruscamente quitada Mercedes de la ventanita, la reemplazó en el vano y me estuvo amenazando con gestos decisivos. Eché a correr temiendo la correa del caballerizo. Luego temí una nueva rapa de mi madre; por lo que anduve errante todo el día, sin comer, sin beber, destrozado por la pena de que encerrasen para siempre a mi Mercedes o la cambiasen de casa. Esta última imaginación me infundió enorme coraje y volví a sentarme frente a la ventanita. La tarde caía. Sudoroso, afebrado, no quité yo la vista de aquel cuadrado obscuro y vacío que se iluminó de pronto débilmente, como por lámpara distante. ¡Y nada, nada! Vi por fin inovertirse el caballo del muro. El doradillo había resultado coscojero y nerviosísimo. "¡Quieto!", le ordené. "¡Esperese mi doradillo, que ahora sale su amita!" Sostuve de las riendas de plata al caballo. También eran de plata los estribos; también el mango del talero que yo empuñaba. Mi flete estaba apeado como el tordillo inmóvil de la lomillería. "¡Pronto, pronto, Mercedes! ¡Adiós a tu casa! ¡Adiós a la mía!" Mercedes había salido cuando yo montaba. Me agaché, la tomé de las manos y salté a las ancas, prendiéndome del cuello con un abrazo de hierro, porque el caballo agarró en seguida el galope tendido. Mercedes volvía la cara atrás, diciéndome: "¡Todavía la veo!"... Yo le respondía: "¡No la ves, no la ves!" Porque no podía ser que siguiera viendo la ventana de su casa cuando al través del desierto ennochecido habíamos hecho más de diez leguas. En el horizonte no quedaba una sola lucecita de la abandonada ciudad. Y galopamos, galopamos. Nos apeamos junto a un ombú. En el gran hueco de su tronco hallamos asilo. Y al amanecer seguimos galopando hasta llegar a un país de chozas floridas y habitantes bondadosos que nos aclamaron sus reyes.

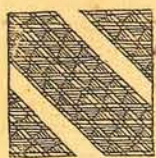
Todo esto aconteció en mi casa. Mi padre me había hallado frente a la caballeriza, volviéndome al hogar, donde se juzgó castigo suficiente el meterme por el momento en cama, ya que venía pálido, demacrado, temblando de frío y con la cabeza ardiendo. Allí realicé el rapto de mi bella, y allí, renovado el delirio, reanudé mi vida feliz con Merceditas, reinando muchos años en el país de las chozas floridas.

Se acerca el día en que la señora Mercedes Candia de... de ese señor con quien la vi, vuelva, según promesas, al balneario. Mañana quizá ya esté allí. Hoy mismo, pues tomo el tren. —¿Cómo no habría de recordarla, señora? —exclamaré al verla.

Y supongo que su esposo se alegrará también, disgustado como estuvo de que yo hubiese olvidado a Mercedes, cuando ics dé al fin la mejor prueba de mi excelente memoria, leyéndoles el relato que aquí dejo escrito. Y tendré como premio, seguro estoy de ello, el ver en la mirada de la mujer de hoy, el noble fulgor verde de sus ojos de niña.

LA BELLA QUE YO RAPTE POR EDMUNDO MONTAGNE ILUSTRACION DE JORGE LARCO

MACHIAVELLI TEMA PERPETUO



UNCA debemos sorprendernos si, de tanto en tanto y a intervalos muy variables, remontan a la actualidad los espíritus eminentes a quienes se debe la impulsión o la renovación de las ideas circulantes en Europa, porque tales espíritus son siempre contemporáneos del pasado y del porvenir.

Antes de su "reencarnación", diremos así para ser gráficos, existían dispersos los gérmenes de su genio, así como las influencias que expanden en el mundo les pertenecen aún después de muertos.

Comprendido de este modo, el pensamiento superior puede decirse que no tiene cuna ni tumba. Es preparado, suscitado desde mucho antes de su formulación concreta. Después de una existencia las más veces pobre y desesperada — la "via crucis" perenne del genio — el hombre se extingue; sus allegados y parientes le olvidan por completo al cabo de la semana, como lo ignoran en vida o lo renegaron por sus rarezas; tan sólo un poco de tierra le cubre ahora; a veces una lápida recuerda su nombre. ¡Ah!, pero su pensamiento queda.

Largo tiempo, no años, sino siglos, después de la desaparición del ser frágil, doliente y miserable a quien fué confiado el divino tesoro del pensamiento superior, tronos se derrumban, credos desaparecen, revoluciones trastocan la faz del mundo, nuevos pueblos entran en la escena de la historia, naciones se forman, instituciones seculares caen en polvo y otras se organizan. El pensamiento del hombre de genio queda invariable, permanece indestructible, alimento inagotable de las inteligencias.

No cometamos, pues, la tontería de muchos de decir: "Machiavello vuelve a estar de moda", porque a la animada biografía de Machiavello por Jean Dubreton, vieja ya de varios años, ha seguido la escrita por Giuseppe Prezzolini, de gracia algo pesada, a la italiana, más chabacana que espiritual, traducida hoy al francés y que todo el mundo lee; y porque después de la de Prezzolini, F. Alderisio nos ha dado, este mismo año de 1930, una nueva biografía del secretario florentino, y el francés Gautier Vignal un elocuente estudio sobre el mismo personaje; porque reeditan, en Italia y en Francia, el "Príncipe" y otros textos machiavélicos con comentarios, explicaciones y notas; y porque hasta entre nosotros, ¡quién lo iba a decir!, un seminario de estudios jurídicos, en las clases del Dr. Mariano de Vedia y Mitre en nuestra Facultad de Derecho, dedicó a Machiavello largo y minucioso trabajo.

Era de pensar que después de los copiosos volúmenes de Pasquale Villari, a los que siguieron los más copiosos de Tommasini, nada había ya que decir de la persona ni sobre la doctrina del autor de la "Madradora". No es así, a lo que parece, y Machiavello es un tema perpetuo, como lo es, y de constante actualidad, el problema de las relaciones entre la política y la moral.

Sabido es cómo resuelve Machiavello, en su tratado del "Príncipe" origen de todo el tole tole, ese problema. ¿Quién puede dudar hoy que la política y la moral se excluyen? A lo menos la gran política, la política grande es, de toda evidencia, el imperio de la inmoralidad absoluta. Recordad a Napoleón, un monstruo desde el punto de vista de la moral. ¿Podemos pensar sin horror, sin espanto, en el sacrificio de quinientos mil alemanes ante los muros inexpugnables de

Verdun, sacrificio resuelto con frialdad y obstinación verdaderamente satánicas al solo objeto de sostener el prestigio militar del Kronprinz? Se olvida demasiado, en estas discusiones, que las leyes morales son normas de un mundo ideal, mientras que las necesidades políticas son leyes de un mundo real, y lo ideal y lo real habrá momento, circunstancial acuerdo, pero siempre irreductible oposición.

Lo curioso es que el intrínseco maquiavelino quedó definitivamente planteado al día siguiente, como quien dice, de

POR
MARIANO
ANTONIO
BARRENECHEA

logo de los libros prohibidos, y esta prohibición fué renovada en 1564 en el "Index".

En 1576 el tole pasa a Francia, donde aparece el conocido "Anti-Machiavello", obra anónima del calvinista Innocencio Gentile. El primer jesuita que arremete contra Machiavello fué Posevino, en 1592. Hasta este momento todos sus detractores

principes una peligrosa política; porque, al contrario, son los principes quienes enseñan a Macchiavelli lo que ha escrito. El estudio del mundo y la observación de lo que pasa en él, y no una vacía meditación de gabinete, han sido los verdaderos maestros de Machiavello. Que se quemen sus libros, que se los refute, que se traduzcan, que se comenten, nada tiene que hacer ello con relación al gobierno de los pueblos. Es menester por una desgraciada y funesta necesidad, que la política se eleve por encima de la moral; ella no lo confiesa, mas,

aplaudieron porque había tenido la valentía de descubrir los secretos que Tácito llama "Arcana Imperiorum", elogio que también le había hecho Bacon. En fin, para los franceses, para su traductor Amelot de la Houssaye, el "Príncipe" es un archivo de máximas la mayor parte absolutamente necesarias a los principes, los cuales, decía Villeroy, secretario de Enrique IV, "querrán antes ofender a la conciencia que al Estado".

Fueron, pues, gentes de iglesia y los clientes reales y políticos de Machiavello, quienes le ganaron su fama horrenda de apologista del crimen político y a su libro la reputación de evangelio de la inmoralidad.

Leamos una vez y con atención el "Príncipe". No hagamos como el jesuita Posevino que lo hizo condenar, sin haberlo leído jamás. (En esto, agrega Dubreton, de quien recogemos el dato, fué Posevino menos concienzudo que el monje alemán que pasó toda su vida refutando los libros heréticos y ya a la vejez pidió, como premio de sus servicios, que se le dejara leer, a lo menos una vez en su vida, los libros heréticos que había refutado con tanto ardor y aplicación). Y si leemos el "Príncipe" sin pasión, es decir, sin prejuicios, veremos inmediatamente que la mezcla de virtudes y de vicios de que se compone el libro famoso, lo hace un tratado mecánico de reinar, en el cual el autor, sin consideración alguna del bien y del mal moral, ha recogido todos los medios, así loables como detestables, a fin de que cada uno, según su modo de obrar, escoja los que juzgue más a propósito para adquirir y conservar el dominio de un Estado grande o pequeño, nuevo o viejo, legítimamente adquirido o usurpado, así como en un libro de arquitectura se hallan reglas para toda clase de fábricas, que sean chozas, casillas, casas, templos o palacios.

Al leer o al juzgar a Machiavello no debemos considerarlo como un hombre por encima de su época, o fuera de su época. Arrastrado por la tradición de su casa, por su situación y por su educación, a los 29 años de edad encontró una plaza secundaria entre los servidores de la República, sueño de todo joven culto, educado y pobre, entonces como hoy. A los 43 años, en plena fuerza de la edad, después de haber honorablemente ocupado honorables empleos y servido a la República con celo y desinterés, Machiavello bruscamente se vió anulado. Estaba cesante. Su vida pública había terminado. Nadie le necesitaba; nadie se acordaba de él. Impotente, por su exclusiva cultura intelectual, para ganarse la vida con algún oficio, se vió reducido a la miseria, y para olvidar su pena, mitigar su honda desesperación, para paliar su irremediable inutilidad social, de 1513 (había nacido en 1469) a 1521, se hizo escritor. El "Príncipe", los "Discursos sobre las décadas de Tito Livio", la mayor parte de las obras menores, fueron hijos de su miseria y de su forzosa ociosidad; no nacieron de su corazón, esto es bien digno de tenerse en cuenta, y por ello tal vez sus obras, sobre todo el "Príncipe", que sin ser la mejor de ellas hizo su terrible gloria, revelan una crueldad fría, impasibilidad ante el crimen aceptado; revelan el desmayo de su corazón, la tristeza, el profundo desaliento de un hombre desencantado de los hombres y que ve la muerte próxima sin ningún consuelo, sin esperanza alguna, sin fe.

En sus andanzas diplomáticas había visto bien que, en efecto, "la cal que une los muros de los Estados es la sangre

Continúa en la pág. 31)



Niccolo Machiavelli
(Retrato de autor desconocido)

la muerte de Machiavello. Si; en términos que no variaron más.

Machiavello murió en 1527. Sus obras se imprimieron por vez primera, en 1531, en Roma, con privilegio concedido por Clemente VII, un Medici, hijo natural de Julián de Medici, es decir, primo de León X. En 1535 salió a campo de batalla el primero de los infamadores de Machiavello, Reginaldo Polo. En seguida Gerónimo Osorio trató a Machiavello de impío y enemigo de la ley evangélica. Después de éste, el dominico Ambrosio Catarino, produciendo como cuerpo de delito el solo capítulo XVIII del "Príncipe" en el cual se dice que el Príncipe no debe mantener la palabra dada, lo trata de atea, impio, perverso, malvado, necio e insigne maestro de perfidia. Con todo, las obras de Machiavello corrieron sin estorbo hasta el año 1557, en el cual Pablo IV las puso en el catá-

son hombres de iglesia, de los cuales alguno, como Posevino, ni siquiera ha leído el "Príncipe".

Esta obra fue traducida al francés sólo en 1686. La traducción de Amelot de la Houssaye, en su tercera edición, fué juzgada por el autor de las "Noticias de la República de las Letras", enero de 1687, quien, entre otras cosas, dice muy discretamente: "El prefacio está lleno de reflexiones atinadas. Entre otras cosas se lee este pensamiento de M. Wiquefort: "Machiavello dice por todas sus páginas lo que los principes hacen, y no lo que deben hacer". (Lo mismo que M. de Wiquefort lo dijo antes el filósofo inglés Bacon). "Es sorprendente — continúa el crítico de las "Noticias" — que hayan tan pocas personas que no crean que Machiavello enseñe a los

sin embargo, hace como Aquiles "jura negat sibi nata".

Esta sensatísima opinión, que Bayle reprodujo en su diccionario de donde la traducimos, no se abrió camino, no prevaleció, no obstante que la historia no es más que la confirmación repetida de las inmorales máximas del "Príncipe", y tanto que bien puede decirse con Séneca el trágico, que por el solo ejercicio de la realeza (es decir, del poder político), los más inocentes aprenderían con rapidez la práctica del crimen, sin ayuda de ningún preceptor.

Cuando el "Príncipe" pasó los Alpes, halló en algunos ultramontanos acogida muy favorable, porque encontraban en él la justificación teórica de sus prácticas políticas. Tomás Cromwell, consejero íntimo de Enrique VIII, Catalina de Medici, reina de Francia, lo tomaron como quien dice por preceptor. Los filósofos y escritores políticos, como Lipsio y Nandín, lo

GAUDI



El templo de la Sagrada Família es uno de los hitos en que debe reparar el turista que visita Barcelona. Después de su-

bir unos trescientos y pico escalones en espiral y tras otear la urbe catalana de uno a otro confin, la vista desentraña el barroquismo gótico de la decoración escultórica de esta inmensa mole de cemento.

"Rien n'est plus laid, plus incohérent, plus absurde, que ces gigantesques quenouilles de ciment", dice Francis Carco, bajo la impresión torturadora que la presencia de esta construcción causó en su ánimo.

Carco, preocupado con el descubrimiento de otros aspectos barceloneses, menos macerados por la afectación premeditada, exageró un poco su concepto, deformándolo con la rapidez de un enjuiciamiento hecho, sin duda, con desgana. Gaudí fue un gran preocupado de originalidad, circunstancia que le hizo abocar en la extravagancia, pero tuvo rasgos esenciales del genio. Su aptitud creadora fue considerable, aunque acompañada de un prurito disgregador y desequilibrante, que da por resultado el desasosiego plástico en el contemplador.

Asombra pensar cómo ha podido prosperar en un ambiente mediterráneo y, por tanto, saturado de clasicismo helénico, un arte tan alejado de la ponderación y de la gracia, y henchido de estridencias formales.

Reconocido el fondo de valor que posee esta gran figura catalana que se llamó Gaudí y después de visitar lo que hay construido de la iglesia, el proyecto íntegro y la cripta, más otras obras gaudianas desparrramadas aquí y allá, se impone un cambio de visión.

Ya en la Gran vía Layetana se hunde uno por la calle de la Platería, a cuyo final, Santa María del Mar, maravillosa e impecable de estructura, viene a proporcionarnos un remanso; es como un regalo de pureza ojival, ungido de elegancias provenzales e italianas.

Dentro de sus naves, el siglo XIV nos aleja de las muecas un tanto asparentosas de un arte que, por la desorientada concepción de su creador no dió la nota culminante y estilista con que Gaudí pudo llegar a Barcelona.

EL PUEBLO ESPAÑOL

Los vehículos de juguete hacen graciosa competencia a los autobuses que dejan a la puerta del Pueblo Español a todas las gentes pacatas en la andadura o que tienen un desmesurado concepto de las distancias en el recinto de la exposición.

La puerta de San Vicente, de Avila, con su tono gris de acero, pone cielo transparente encima de este pórtico del pueblo español y hasta lleva fino airecillo helador a las taquillas que facilitan el acceso al bello amasijo hispano que hay adentro. Porque estamos en presencia de un verdadero rompecabezas arquitectónico, de piezas dispares, aunque unidas en un resultado armónico y rotundo.

La impresión que produce cada rincón es grata. La transición de unos elementos arquitectónicos a otros, de unos estilos a otros; el repaso de los más genuinos caracteres constructivos regionales se hace sin disonancias.

La plaza Mayor nos llama; sorprende tanta sensación de pueblo. Aquello tiene ambiente. Hasta la oficina de correos adonde volveré más tarde para echar unas postales con la vista de la calle del Príncipe de Viana, para la familia y también para algunos amigos "jatorras".

Un rincón sombrío. Es el rincón del Triste. La calle del Alcalde de Zalamea. Las Gradas de Santiago, que nos ponen ca-

ra a cara con una modesta y sabrosa fachada de iglesia turolesca. Y después la plaza Aragonesa, con su pintoresca y enjaezada torre mudéjar arrancada al pueblo de Utebo por los gnomos inquietos, constructores de esta macanuda retacería. Campañadas. Las doce.

Por una puerta sale olorcillo a manzanilla. Unas cañitas, unas aceitunas y unos monda-dientes amorosamente envueltos en un reclamo de Domecq completan el aperitivo. Tra-ve-si-a del Buen Aire. Estamos en las afueras del pue-

nes, españoles, ingleses... de ambos sexos. Por todos lados elementos del arte popular hispano: telas, cacharros, muebles... distribuidos con buen gusto.

La carta. La leemos con esa atención que siempre ponemos

mi propósito de volver al Baztán en la próxima primavera.

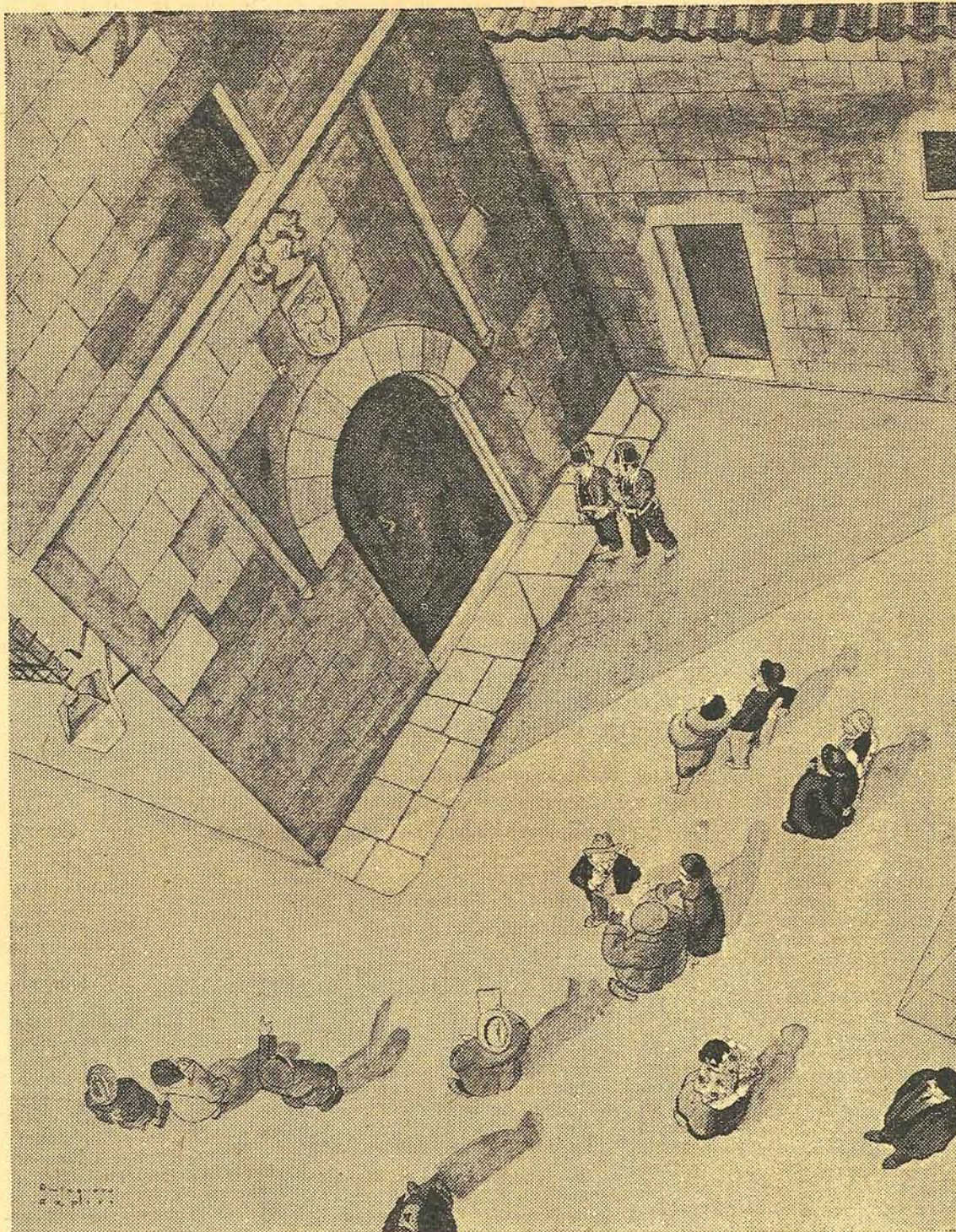
Santillana del Mar, Segovia, Ayllón... dicen a un lado y a otro cosas de sus auténticos terruños, solicitando nuestra visita, siquiera sea meramente turística.

En la plaza Castellana siguen ofreciendo las muchachas pintorescamente vestidas, el piropo de unas florecillas a

cambio de una correspondencia pecuniaria, mientras los mozos de Escuadra pasean sus chisteras escarapeladas a los pies mismos de la casa solariega

TARACEAS
CONTRASTES

en todas las cartas que nos comunican nuevas interesantes y que nos afectan íntimamente. Las noticias son, empero, impresionantes. Un comensal pró-



blo y, efectivamente, el aire del campo dilata nuestra apatencia, pero las reservas nos llevan todavía hasta el Monasterio románico. Una figura de

pantocrátor nos bendice y mira nuestros sombreros por encima, con esa mirada bizantina conservada por la pintura románica, tan alucinante. Parece acentuar más la dureza de la mirada para que nos demos cuenta de lo irreverente de nuestra permanencia, cubiertos, en el santo lugar. Pero no vemos trazas de consagración al culto; hace fresco y seguimos cubiertos.

Penetramos en el claustro, en donde los capiteles, bellos y vaciados con arte, tienen ese hábito que falta en los del museo del Parque, y que sólo da la atmósfera libre y vibrátil.

Y llegó, fatal, el momento "du plaisir de la table". Lograda "mise en scène" nos rodea. Una muchacha típicamente ataviada recoge mis prendas más externas y superficiales. Comensales noruegos, alema-

ximo irruce el ceño, examinando las cifras que bailan ante sus ojos, también un poco bizantinos. Pero yo no me asombro de nada, curado por el aire

de los Ovando Solís, de Cáceres.

ARTISTAS REUNIDOS

Es un rincón que se ofrece confidencial al visitante. Constituye como un aparte de la gran tramoya exposicional. Es breve; es también reidor sin

desgarre. Es un rincón de arte vivo.

Los bellos oficios, cuando son tratados con amor incondicional, pueden cristalizar en obras de arte absolutas, sin esas reservas con que los clasificados perennes, insensibles por lo general a la emoción auténticamente estética, gradúan la escala de la producción artística.

Hay oficios que no poseen envergadura esencialmente artística, pero que los vemos resplandecer al lado de aprestos de índole bella y creadora, y en este conjunto de los "Artistas Reunidos" es muy fácil que a más de un simple industrial se le hayan despertado inquietudes de cierto nervio creador al mero conjunto de una colabo-

ración circunstancial originada por la concurrencia a esta pequeña y substancial manifestación.

Algo tan insospechadamente artístico como los radiadores de la calefacción surge aquí con ciertas facetas decorativas en la estructura que alejan toda ocultación vergonzante de su función orgánica.

Un horizonte amplísimo se inicia en este maridaje del material sanitario y la decoración en las sabias distribuciones de piezas de los "parquets", en las instalaciones eléctricas...

Pablo Gargallo—Pau, de los catalanes—preside esta depurada asamblea, con una bailarina en palastro, aguda y rítmica, de una espiritualidad que resbala por sus diedros, y que es recuperada por la gracia de su movimiento y de sus formas, limitadas en el éter y apoyadas en su armadura de hierro substancial.

Hay unas deliciosas esculturas de Angel Ferrán—el madrileño barcelonés, como Bagaria es el catalán madrileño—este delicado escultor estilista que siente latir la materia entre sus manos.

Emilio Store. En la calle de Bonavista hay una tiendecita; la tiendecita se adorna con un escaparate lleno de joyas artísticas y abalorios; modesto, pero en el que se ve la mano del artista. Se abre la puerta y una anciana con los brazos cruzados os mira; es la madre del artífice. Una mesa hace de mostrador. En el muro que cierra la tienda se abre un ventanal calado con un enrejado de madera, tras del cual se adivina la mirada escudriñante, cada vez que la puerta hace sonar el timbre de llamada. Una puerta interior, tras de la que se siente el hogar. Cuadros de corte cubista; un azulejo popular con la efigie de San Jorge.

En esa tiendecita de la calle Bonavista tiene su taller Emilio Store, uno de los expositores de los Artistas Reunidos.

Fué discípulo de Gargallo, y bien se ve esto en sus trabajos de escultura metálica. Pero él tiene, naturalmente, su personalidad. Los relieves de simbolismo sintéticos que está terminando para Martínez Sierra bien lo patentizan; y algún motivo, como el de la música, llega a lo definitivo.

Tiene un "danzarín" en la exposición que es un prodigio de dinamismo plásticamente conseguido y que lleva fundidos en el subconsciente de su autor todas las manifestaciones que han dado por resultante ese arte escultórico que Gargallo ha llevado a la hiperestesia. Reminiscencias del arte de las máscaras de la "Côte d'Ivoire", de los forjadores catalanes de crucifijos góticos y de las decantaciones geométricas del cubismo...

Pero no estoy haciendo un examen crítico. Ha mediado el conocimiento y la amistad: una amistad de buena inteligencia artística. Ha llegado el nombre de Store y la pluma se ha detenido en él. Lógico, perfectamente lógico.

Otros nombres. Señora Benigain, Sarsanedas, Togores, E. Casanovas, Obiols, Busquets... ¿Y por qué no citar a todos? Todos, absolutamente todos, cada cual en su medida, ha hecho su aporte a esta obra de conjunto, encantadora, del pa-

(Continúa en la pág. 39)

TEXTO E ILUSTRACION DE
ANTEQUERA AZPIRI

BARCELONA, marzo de 1930.

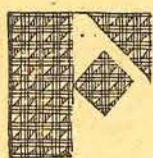
de exacción suntuaria que se respira. Además, una perdiz bien aderezada, después de un arroz sabroso y unos lenguados, compensan de todo si han sido acompañados por ese vino rosa de Alella que anima el tiro de la "cheminée" del "laboratoire" de Brillat-Savarin, y también del mío.

★ ★ ★

La plaza de la Fuente está animada, si bien se deja notar la falta del asno que abreve propiciamente. Me injerto en un grupo que mira cómo soplan y hacen botellas unos típicos vidrieros.

Unas casas de volados aleros y aires norteños nos recuerdan a la familia, a los amigos vasco-navarros y las postales. El arco de Maya me refirma en





FRANCIA ha sido la nación que más calor prestó a los grandes ideales humanos, y, como vive a plena luz, sin sombras ni silencios de tumba, es un país donde fácilmente se aprecia su psicología y por tanto sus amores predilectos.

EL AMOR A SU PUEBLO

Este amor está sintetizado en aquel simpático rey, el gran bearnés Enrique IV, cuya obsesión consistía en que sus labradores comiesen pollo todos los domingos.

"Allez mon vieux" dice el agente policial en las calles de París encauzando al "chauffeur" que olvidó leyes y reglamentos. Esta blandura (sin debilidad) de la policía; la no dureza de los jueces con los delincuentes (sin que peligre el ministerio de la justicia); todo lo que allí abarca la fiesta de los domingos, hecha resueltamente para el holgorio del "sabot"; la simpatía con que son mirados los "poilus" y sobre todo los marineros de la Armada (los fandifios de España), no es otra cosa que el amor que Francia tiene al que calza "sabot" o es hijo del que lo calza.

La mujer del pueblo de París y en toda Francia es muy sensata, se defiende del frío y de la lluvia sin preocuparse para nada de su estética femenina. Las vendedoras de flores y de periódicos en sus respectivos quioscos, la vendedora de castañas asadas o de almendras y manís al lado de los cafés o de las "brasseries", las cobradoras de los tranvías (con su gorreta típica encajada hasta las orejas), usan medias fuertes y zuecos de cuero. Para esas mujeres y sus familias, para el "poilu", para el marinero, para el obrero y aun para el delincuente tiene Francia blandura, tolerancia, amor.

En el Museo de Cluny, en la sala del calzado romano, egipcio y francés (entre cuyos ejemplares hay algunos de tacones tan altos que más que tacones parecen bastones), en el centro, como sitio de honor, debiera figurar un "sabot", por lo mucho que ese calzado significa en la psicología y aun en la historia de Francia.

EL AMOR AL AMOR

A la entrada de las galerías del Metro, en la estación de la Opera, vi una pareja joven pegada a la pared para no estorbar el paso. Besábanse amorosamente los dos, como arrumacos de ternura, como si nadie los viera o estuvieran escondidos. Por ser la hora de mediodía, bajaba por allí la gente como baja el agua en los despeñaderos. Miles y miles de parisienenses iban presurosos a tomar el tren que los llevase a sus barrios para almorzar. Los muy abstraídos lo veían a la pareja, tampoco la veían los indiferentes, y los otros que la veían formaban en la comisura de sus labios una especie de letritas que agrupadas y ordenadas querían decir: "vo os ben-digo", y así en todo París, en los bulevares, en las plazas, en los parques, en los "impasses".

La ceremoniosa acogida que en París tiene una pareja joven, en un restaurán o en un teatro, es mucho más intensa que la que tiene una pareja de viejos o un hombre solo. Se espera mayor propina, no hay duda, pero mucho puede también: el amor al amor.

EL AMOR AL NIÑO

La presencia de un niño en París produce una pequeña conmoción. El hombre y la mujer han nacido para proteger al niño, y, como esa fuerza protectora está restringida en Francia (actualmente también lo está en Alemania, Inglaterra y Austria), el hombre y la mujer se conmueven sin darse cuenta cuando ven un niño.

LOS AMORES DE FRANCIA

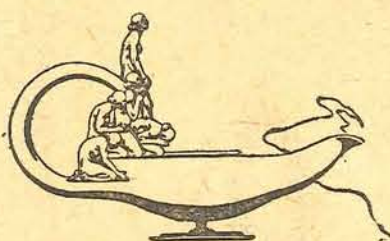
POR
LEOPOLDO
BASA

Francia, la que nunca la deja hundirse ni ahogar.

Hasta los cajeros en los bancos, cuando pagan, agradecen complacidos los remanentes que les dejan, aunque éstos sólo sean de dos "sous".

¿De dónde ha salido la frase francesa "bâtir des châteaux en Espagne" que indica un proyecto quimérico?

Los franceses no construyen castillos en España, los construyen cuidadosamente en las cajas de ahorros y de ahí su amor al "sou". Pero como el límite justo en esto es imposible y el trasponerlo ciegamente no es simpático, el pueblo



Adiós

El símbolo perfecto del adiós,
De la despedida que separa a dos,
Y que señala el rumbo del Olvido,
No es el blanco pañuelo extendido:
Es una puerta cerrada
Detrás de la cual ya no hay nada.

Es, en la noche fría y desierta,
Aquel seco cerrarse de una puerta,
Que queda allí, implacable, como una piedra muerta.

Es eso, y nada más.
Una maciza puerta, de ébano negro y fiero
Que nadie podrá abrir nunca, jamás.

Rosa García Costa

francés no es todo lo imponderable que debiera de ser, a causa de su amor al "sou".

EL AMOR A LA TINTA GRIS

El tono y armonía de conjunto en la Ciudad Lumière, en la antigua Lutetia, es cosa misteriosa. La tinta gris, tan amada por Velázquez, es la del tocado de la Gran Dama del Sena. Quizás por sus tintas acordes, acordes entre sí y acordes con el cielo, suele adentrarse tan fácilmente en el alma cuando allí se vive sin prejuicios ni impaciencias.

Detrás de Notre Dame, equilibrada maravilla del arte ojival francés, hay unos jardines de plácido estar. La catedral los ampara, las flores los perfuman; mirlos, gorriones y palomas con sus amigos los niños, los embellecen. Es un rincón simpático y señor; el que a mi juicio suma más tono parisino. Allí, simbólico como en ninguna otra parte, vese el color grisáceo oscuro con las vetas armoniosas de los mármoles claros. Allí la niebla con sus pinceles menguados que reparten la nota gris; allí las aguas del Sena que no musitan y en su mudez archivan tragedias.

Las reinas antiguas de Francia al quedarse viudas vestían de blanco: envolvían en la albura su dolor. Así París, bella reina del mundo, envió un día y vistió blancura. El tiempo y la humedad hicieron su

traje gris, pero no del todo y por eso las vetas blanquizas de tan soberbio tocado. Al recordar sus varias siluetas grises sobre un cielo también gris, parece se está soñando con bellos y enormes camafleos de ágata-ónix. Y ese amor al gris edilicio, no anuncia un gris medular, no descubre la menor tinta gris en el patrimonio moral de aquel gran pueblo.

EL AMOR AL ARBOL

Todos los caminos de Francia tienen árboles; los del Bearn son soberanos. Así como en esas grandes copas de fino cristal, más grandes que cálices, se columpia el chorrito del viejo coñac para que suelte su perfume y cause deleite después del café, así en Pau, soberbia copa fabricada con piedras de los Pirineos, el aire pasea en todo momento su pureza singular, acariciando las entrañas de los que allí viven, y columpiándose en las ramas de los árboles más bellos del mundo. Sus hojas parecen felices y no lo son. Parece que musitan cantos, aprendidos de los pájaros, y lo que hacen es llorar. Lloran porque están presas. Quisieran volar como las aves, como las mariposas y las falenas, como los insectos, pero la cadena de su tallo las humilla. Liega el viento y las sacude prometiendo llevarlas a tierras soñadas y todas a una le gritan: "¡llévame, llévame!". Pero el viento, después de engañarlas alegremente con sus pitidos, flautas, ocarinas y caramillos, se rie y las deja prisioneras, como estaban, colgadas en las alturas.

¡Y ese susurro, triste o desesperado en los árboles hojosos, lo han cantado los poetas como cosa melodiosa que enfrentara la dicha!

El camino era recto, largo, bellissimo; podría llamarse el camino de los doradores, porque parecía que por allí habían pasado todos los del mundo, dorando con los mil tonos del oro, las hojas de aquellos árboles.

Caían esas hojas vencido ya el otoño; caían haciendo piruetas alegres, piruetas que estaban pidiendo el repique de unas castañuelas de marfil; caían viviendo su ansiada libertad, pero ésta sólo duraba el tiempo empleado en el trayecto de la rama al suelo, porque en éste, y por haber llovido, quedaban nuevamente prisioneras, hasta su muerte ignorada. Entonces no era el viento el que reía, eran el agua y la nieve de los montes circundantes; y ellas, putrefactas o arrastradas por la escoba, suspiraban por la limpieza y el cariño que, inadvertidas, habían tenido en los brazos del padre árbol. Así en los caminos, así en los jardines, así en los grandes y pequeños parques. ¡Qué bellos los árboles de Francia! ¡Qué grande el amor que para ellos tienen los franceses!

EL AMOR A PARÍS

Todas las naciones tienen amor preferente por su capital. La ansiosa, magnífica y asimilativa Buenos Aires, es amada

por los argentinos; el frívolo y conñado Madrid, nudo principal de la España de las contradicciones, es ciegamente querido por los españoles; el limpio y monumental Berlín apasiona a los alemanes; pero ningún ciudadano del mundo tiene más motivos que el francés para sentir preferencia extrema por su París. Esta preferencia la tienen también muchos extranjeros, pues el que por gusto vivió algún tiempo allí, no deja evaporar su quinta esencia, llamada "La Parisina".

Aunque París no está situada en una montaña y más bien se ahonda en tierra ampliamente abierta, vésele erguida, columbrando lejanías y horizontes que otras ciudades más altas no columbran. Ve París lo que otras no ven y a la vez ofrece en su tierra llana delgadas perspectivas de emoción. Es el fruto del genio francés y es también el fruto de los ríos de Francia cuyas aguas van como los hombres quieren, regando y fecundando, siendo fuerza o camino. París es la suprema irradiadora de liberalismo y de espíritu universal. Por esto, principalmente, los franceses todos la adoran, estando ahora muy preocupados por una grave enfermedad que en la actualidad padece y que al atardecer tiene gravísimo recargo. Esa enfermedad consiste en un paréntesis de hierro, de enorme gigantismo, que aprieta implacable sus calles y sus plazas, ahogándolo, al parecer sin remedio: se llama, "tráfico".

EL AMOR A ESPAÑA

Ante título tan francamente abierto, veo el asombro de mis compatriotas que, en general, sólo esperan malas andanzas de atrás de los Pirineos.

El juzgar sin prejuicios equivale a hacer la luz para poder marchar sin tropiezos. Lo contrario crea la sombra orimero y la obscuridad después. Entre países vecinos, esto último es frecuente. Sin embargo, yo siempre encontré en Francia una leyenda blanca favorable a España y como, generalmente, sólo se habla de la leyenda negra, voy a contar lo que yo veo allí.

La mujer francesa admira en la mujer española la intensidad de su poder femenino y le concede poderes mágicos en la coquetería. ¿Por qué esta admiración entre seres que casi en su totalidad desconocen España? ¿Influye en esto la farsa teatral que se llama "Carmen", el recuerdo de la imperial Eugenia o la impresión que dejan artistas como la Raquel?

Francia cree de modo exagerado en la belleza de nuestra raza, y del sol de España habla en todo momento entusiastamente. Estaba yo en la estación "du quai d'Orsay" y llegó un pasajero dando tumbos (borracho) y diciendo que iba a España. "Es un español", me dijo un amigo francés, que me acompañaba; "no me parece", le contesté, y, rápidamente, rectificó: "tiene Vd. razón, es muy feo".

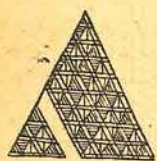
Charlaba yo con unas damas francesas en Pau, un día de insistente lluvia, y me decían señalando los Pirineos: "¡Pensar que ahí detrás está España con su hermoso sol!" A esto les dije que el país vasco-español estaba bajo la lluvia hacía treinta días, lo cual no obstó para que quince minutos más tarde volvieran a suspirar por el sol de España.

Entre los estudiantes de París, los que más y mejor fraternizan con los franceses son los estudiantes españoles. Las mujeres que entre ellos persiguen la diversión, ésta es a base de dinero, buscan a los estudiantes chinos, pero si es a base de alegría, los buscan a los españoles en franca "camaderie" con los franceses.

Todos o casi todos los franceses radicados en España, estudian de ésta sus virtudes mu-

(Continúa en la pág. 41)

RETABLO DE LA NUEVA SENSIBILIDAD: LOS PENSADORES



DEMÁS de hojalatero, don Pascasio era un señor bastante gordo; pero a su hija, la poetisa, no la preocupaba tanto lo segundo como lo primero. Ella conocía un retrato de Renán y deducía que la obesidad, si bien no es signo típico de distinción personal, tampoco es condición incompatible con un talento claro y un nombre decoroso. En cambio, aquella otra condición de hojalatero que cuelga tachos y jaulas para cotorras en la puerta de su casa, ¿qué concepto podría merecerle a un poeta de la nueva sensibilidad como aquel de quien la poetisa se encontraba totalmente enamorada? ¿En qué sentido reaccionaría el poeta cuando topase con la realidad?

Durante algunos meses, la poetisa temió fundamentalmente sobrecogida al pensar en el momento en que se produciría el choque, ya que era moralmente inevitable la llegada de un momento en que el poeta se enteraría de que el padre de su novia había hecho su fortuna golpeando latas y calafateando cacerolas. Hasta entonces, el peligro del choque, aunque latente, había sido soslayado por la poetisa con relativa comodidad, porque de los hemisferios sociales en que ella desarrollaba su existencia había conseguido que el poeta conociese tan sólo el universitario; un plano en que la hija del hojalatero se agitaba con absoluta autonomía individual, completamente libre y desvinculada de ligaduras domésticas.

Nunca hablaba de su casa ni de su gente. Sólo alguna vez, cuando el poeta le expuso la necesidad de descender del mundo de las ficciones para desembocar en algo práctico y contundente, ella dijo bajando la mirada.

—Tendré que hablar con papá.

Pero ahí terminaba el asunto y tomaba otro camino con buen golpe de timón, porque la poetisa iba aprendiendo que el amor es muy audaz y temía que el poeta, dando su golpe correspondiente, le contestase de pronto:

—Con tu papá hablaré yo.

Finalmente, un día dejó que los acontecimientos se precipitasen, a ver lo que Dios quería, y entonces la poetisa tuvo la inmensa satisfacción de poder rectificar su oscuro prejuicio con respecto a la reacción de un poeta de la nueva sensibilidad ante la perspectiva de un suegro hojalatero.

Faltaba ver otra cosa: cómo reaccionaría un hojalatero ante la perspectiva de un yerno perteneciente a la nueva sensibilidad. Según pudo comprobar la poetisa, el poeta reaccionaba con una amplitud de espíritu que probablemente no sería correspondida ni comprendida por don Pascasio, habituado a debatirse en un ambiente de soplete, remache y tente tieso.

—Temo mucho, Ismael, que no te entienda — decía la novia al poeta.

La verdad era que el hojalatero empezaba por no entender a su propia hija. Pero este antecedente, lejos de obstaculizar la solución deseada por todo el vecindario, lo que hizo fué facilitar sencillamente, pues don Pascasio tenía su filosofía bien afincada en refranes de una pieza y a lo último se dijo, decidiéndose:

—¿Qué va uno a hacer! Dios los cría y ellos se juntan.

De manera que dejó que se juntaran el poeta y la poetisa. Se juntaron legalmente, alquilaron un pequeño departamento y vivieron empujando los regalos de la boda. Como éstos habían sido numerosos, porque el hojalatero era persona de vastas y cordiales relaciones, hubo sustento para varios meses. Después, un día, el matrimonio comenzó a decirse:

—Tenemos que ir pensando en lo que hacemos.

La poetisa opinaba que era el poeta quien debía pensar.

—Yo pensaré — dijo él —, pero de acuerdo contigo.

En consecuencia, cuando las posibilidades se agotaron, la poetisa mandó a llamar al hojalatero. Hombre griton, francote y campechano, don Pascasio entró en la casa hablando en alta voz, preguntando qué ocurría. La poetisa le salió al encuentro, toda alarmada, con un dedo colocado sobre los labios.

—¡Habla bajo, por favor! — le suplicó.

Y le señaló al poeta, que aparecía en la penumbra del comedor, profundamente abstraído, con el codo apoyado en la mesa y el mentón en la palma de la mano. El cabello le caía sobre los ojos, cuya vista clavaba en el suelo. Don Pascasio se detuvo sorprendido.

—¿Qué? ¿Está enfermo?

La poetisa andaba sin zapatos, por evitar el ruido, y hacía grandes aspavientos con las manos. Le contestó misteriosamente, acercándose al oído.

—Enfermo, no; está pensando.

Luego agregó, llevándose a su padre por un brazo a otro lugar de la casa:

—Cuando está así, hay que dejarlo. La menor interrupción le produce un gran trastorno. Está pensando.

—¿Y tú?

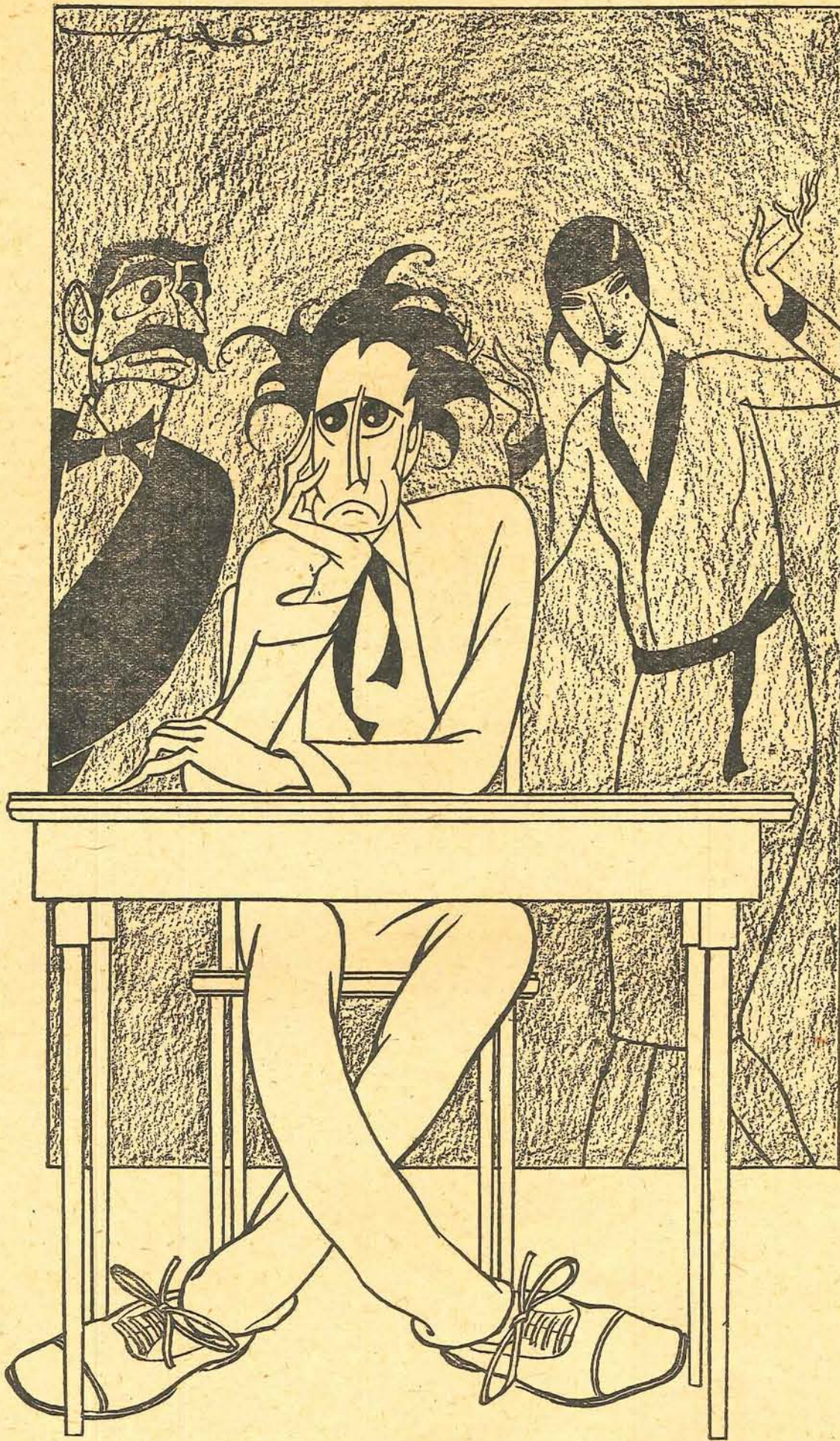
—Yo te he llamado para rogarte que nos socorras con algunos pesos. Treinta o cuarenta.

BOY

(Para LA NACION)

MONTEVIDEO, abril de 1938

ILUSTRACION DE
JUAN CARLOS HUERGO



ta o cincuenta. Lo indispensable para ir tirando mientras que nos liquidan la segunda edición de "El loro mudo". Ya sabrás cómo va eso.

El hojalatero no sabía nada, pero el semblante de la poetisa denotaba tal apremio, que en seguida sacó la cartera y le entregó los billetes. Esto transformó el semblante de la poetisa, cuyos ojos ya brincaban de alegría cuando acompañó a su padre a despedirle en la puerta. El cronista no sería bastante justo si omitiese acentuar que don Pascasio no logró retirarse de la casa sin volver la mirada a la penumbra donde el poeta proseguía pensando, absolutamente ajeno a lo que ocurría en el mundo.

★

Transcurrieron dos semanas. Al comenzar la tercera, don Pascasio, liado con el soplete y el soldador, recibió otra llamada de su hija. Ya era cosa de sa-

cudir un poco la cabeza, pero no había más remedio que acudir. Aunque al llegar a la casa se abstuvo de entrar gritando, la poetisa, por si acaso, salió al encuentro del viejo con los mismos misteriosos ademanes de la otra vez.

—¡Por favor, que no nos oiga! ¡Está pensando!

Efectivamente, en la misma penumbra del comedor, sentado al mismo extremo de la mesa, con el mentón sobre un puño y la mirada en el suelo, el poeta reaparecía a la vista de su suegro como si hubiera permanecido sin moverse desde quince días atrás. El viejo no dijo nada. Se dejó conducir por su hija a otra parte de la casa, y allí ella le informó de que necesitaba un nuevo auxilio porque los fondos correspondientes a la liquidación de "El loro mudo" no habían llegado a su tiempo. Don Pascasio, de pronto, fué a decir: "Nunca he creído en loros que no hablan"; pero se tragó la frase y prefirió tirar de la cartera, aunque la poetisa pudo observar que lo hizo bastante más perezosamente que la primera vez. Ella, en cambio, acentuó sus expresiones de cariño y le sacudió de las solapas con sus manos de marfil esa caspa que siempre ha de tener un hojalatero gordo y bien plantado.

Cuando se iba, le besó diciéndole:

—Pronto te pagaremos la visita.

Hay que creer, sin embargo, que las cosas siguieron presentándose de manera intempestiva, porque ocurrió que a los pocos días, en lugar de la visita prometida, lo que el hojalatero recibió fué una nueva llamada de la poetisa.

No vaciló don Pascasio. Acudió prestamente a la cita y entró en la casa sin hacer ruido, seguro como se hallaba de que el poeta estaría pensando, sumergido en la penumbra del comedor, con el codo apoyado en la mesa y el mentón en la palma de la mano. Así lo encontró, por supuesto. En vista de lo cual, el hojalatero avanzó hacia la penumbra, se apoderó de una silla, ocupó el otro extremo de la mesa, adoptó la actitud de su yerno y así permaneció sin decir nada hasta que apareció la poetisa. Esta, al verle, sufrió una gran sorpresa, y tuvo ese ademán inconfundible de quien no sabe lo que va a exclamar; pero el padre alzó los brazos y le contuvo diciendo con una voz terminante:

—¡Silencio! No me interrumpas. Yo también estoy pensando.

El desenlace inmediato de aquella escena resultó demasiado confuso para describirlo aquí con la necesaria precisión. Lo que puede registrarse exactamente es que aquella misma tarde, aprovechando un descuido de la poetisa, el poeta tomó el tren nocturno para la frontera y prosiguió con rumbo desconocido.

Ahora, sin soltar el soplete ni el soldador, don Pascasio suele decir explicando el caso:

—Eramos dos pensadores.

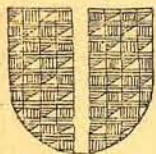
Cansancio del estómago

Producto de los abusos que cometemos con el estómago, excesos de toda clase, etc., éste se relaja y entonces comienzan las malas digestiones, dolor, ardor, acidez, flatulencia, etc.

Estos malestares consecutivos a toda comida se van agravando paulatinamente, convirtiendo la vida en un infierno. Hay que saber ponerle remedio rápido y seguro. Tómese después de cada comida media cucharadita de bicarbonato cálcico disuelto en un poco de agua, el cual calma al instante todo dolor, neutraliza el exceso de acidez y procura la digestión normal.

Un interesantísimo folleto que trata de las propiedades de este científico producto es enviado gratis al que lo solicite a Laich & Rey, calle Belgrano 2544, Buenos Aires.

SOBRE LOS LIBROS DE VERSOS Y LA POESIA



N amigo me ha traído esta tarde un libro de versos. Yo he vuelto a sentir, al comenzar a leerlo, esa expectativa vehemente que nos gana en la víspera de las citas inesperadas.

Otra vez me ha conmovido la premiosa ansiedad que precede a los largos viajes y nos desvela al llegar a extraños países. La cercanía de un libro de versos ignorado es semejante a la de las ciudades desconocidas.

¿Por qué? ¿Acaso porque más allá de sus tapas, como más allá de los puertos, existe un círculo vital ignoto y franqueable? ¿Quizá porque en los dos hay idéntica posibilidad de sorpresa? No sé. Lo cierto es que yo he intentado explicármelo muchas veces y no doy, todavía, con las razones satisfactorias.

Tan sólo una justificación advierto, y ésta es meramente exterior, de carácter empírico y condicional, y tal vez ni merezca el comentario. Un libro de poesías, como este que tengo entre las manos, ni narrativo, ni épico, ni dramático, es una ininterrumpida serie de comienzos. Empieza en la primera página y vuelve a empezar en las siguientes. Cada poema posee una perfecta autonomía. En el cuenco de las tapas se acumulan, sin ligarse, diez, quince, veinte piezas dislocadas. El libro muere y renace sin cesar, hasta que al fin fenecer en la última página como podía haber fenecido en la primera. Se disuelve y reconstruye y en cada poema asistimos a una nueva partida. Comienza; termina; resurge: puede concluir en cualquier parte.

Desde que pisamos tierra extraña a nadie es dado prever nuestra marcha. Quizá un amor, una empresa o un hallazgo nos detengan. Quizá el odio o el tedio nos ahuyenten. Ese día cesa el curso ordinario de nuestra vida. Por obra de la voluntad o del azar hemos transpuesto las lindes familiares y ahora damos la cara a un conjunto de perspectivas inéditas. ¿Quién podrá decir el rumbo de mañana, la futura dedicación? En la ciudad desconocida mil aventuras, en acecho, nos aguardan. Y la aventura también puede concluir en cualquier parte. Este riesgo fatal es el secreto de su maravilloso encanto.

Meditando, en ocasiones de soledad y recogimiento, al cabo de leer algún libro de versos favorito, bajo la sugestión de sus líneas mejores, me ha ocurrido detenerme a reparar en la distancia que separa a esta reverencia, que ante la gracia de los versos nos inclina, y la admiración que despiertan otras actividades humanas. Yo sé muy bien por qué amo a los poetas. Quién no conoce estas palabras de Frac: "Ils mettent la lumière en même temps que la parole sur nos joies confuses et sur nos obscures douleurs; ils nous disent ce que nous sentons vaguement; ils son la voix de nos âmes. C'est par eux que nous prenons une pleine conscience de nos voluptés et de nos angoisses". Pero recién ahora caigo en la cuenta de cuán insólita es nuestra devoción por su reino, el reino de la gracia lírica.

Escribir un poema es realizar una obra humana. Decir que es excelso o dejarlo escrito o pensarlo es juzgarla laudatoriamente. Pero hay incontables obras humanas, infinitamente diversas, que nosotros juzgamos, asimismo, con alabanza. Están las revelaciones de la ciencia. Están los inven-

tos útiles. Están los profundos sistemas de la filosofía. Están las leyes sabias. Están los gobiernos eficaces. Están las sentencias justas. Están los actos heroicos y los generosos y los leales. Para todos ellos entonamos loas. Frente a todos ellos aplicamos un calificativo elogioso a una obra humana. Sería empresa utilísima para la filosofía realizar un estudio prolijo del repertorio completo de los juicios laudatorios del obrar. Nosotros vamos a considerar el tema en una sola derivación.

Las obras que acabamos de mencionar, ajenas, sin excepción, al dominio de la poesía, contienen, no obstante la aparente diversidad, un rasgo común. Cualquiera sea su finalidad o beneficio, para sortear peligros, para multiplicar el poderío, teóricas o prácticas éticas, científicas o políticas, todas ellas representan el sometimiento de una dificultad contra la cual se han estrellado, en vano, otros hombres. En la ciencia como en la filosofía hallamos una larga serie de problemas y enigmas que, desde hace siglos, renovadas legiones vienen atacando. Quien consigue debelar alguno se lleva lauros y gloria. El ha podido lo que otros intentaron estérilmente. Después de sucesivas derrotas logra vencer. En la valoración de su acto pesa tanto como la magnitud de la valla depuesta la conciencia de su superioridad sobre el conjunto. Otro tanto acontece con las excelencias políticas. Cuanto más difícil de reparar la injusticia que la ley resuelve, mayor es el mérito de su progenitor. Por eso, también, la máxima gloria irradiaba sobre el gobernante eficaz en tiempo de borrasca y la política suprema es la que consigue remediar situaciones extraordinarias. Restan los actos heroicos. ¿Qué fuerza adversa, podrá decirse, es la que somete al héroe? Pues la más grande de todas, nada menos que el instinto de conservación personal, el más entrañable, vigilante y enérgico freno para un individuo sin taras. Por eso el heroísmo ocupa la cima de los actos humanos.

En todos estos sucesos, ubicuo e invariable, aparece el mismo fenómeno: la desproporción entre las fuerzas del sujeto y el obstáculo vencido, un triunfo, una proeza. El mundo exterior, erizado de flaquezas y riesgos, parece sólo un pretexto para que aquellas vidas puedan justificarse. Héroes, sabios, filósofos, políticos, cuantos buscan gloria y renombre en estas faenas, semejan, vistos desde aquí, un largo cortejo rebelde ubicado al pie de montañas que deben escalar a pie o al borde de una mar indócil que fueran a transponer nadando.

POR
CARLOS
ALBERTO
ERRO

Reparemos un poco, ahora, en la labor poética. El gran poeta es un hombre que conquista nuestra admiración con sólo lucir su gracia. Conmovido por una emoción profunda, un entusiasmo o una pena, escribe una bella canción. Nos encantan su novedad, su elegancia, la delicia enigmática de sus palabras, el brio de los



LA CASA

*Esta es la casa de la lluvia gris.
Queda bien en sus muros
mi sombra verdecida de canción.
El tiempo en sus paredes ha calcado el crepúsculo;
y a su amparo benigno crecerán mis palabras
en una primavera suavizada de musgos.
Había que cantar la casa de la lluvia.
Por eso vine al mundo.
He llevado la pena remansada en mi voz
para que en este día sea el verso maduro.
Araño mis pupilas agria luz de los campos.
¡Qué bien hace este otoño de los colores húmedos!
Mi tristeza es dichosa
como un llanto llorado sobre un cuerpo desnudo.
Yo soy el encendido en la niñez del día,
el que iza la bandera de los celestes júbilos
y ahora permanezco a tu sombra mortal,
en tu sueño de invierno, bajo plantas de humo.
Pienso en tu lluvia gris para cantar.
Aquí hallaré, como almas que olvidaron el mundo,
diseños extraviados en cuadernos de infancia
y algún rostro que llora, porque el recuerdo es justo.
Hoy miro a estas paredes como mirar al cielo:
la luz en sus colores tiene un lento transcurso;
y cumplen el milagro que esperé en mis vigiliat:
a veces pasan ángeles apegados al muro.
No vengo a tu piedad para morir,
vengo a nacer para los días únicos.
Esta es la casa de la lluvia gris.*

CONZALEZ CARBALHO

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

movimientos. El universo, bajo su hechizo, se purifica y resplandece. Un paréntesis de libertad y de audacia, imprevisible y encantador, implanta en la marcha ordinaria de nuestros pensamientos. Enseña una nueva manera de mirar, una nueva manera de entusiasmarse o entristecerse. O nos ilumina los sentimientos que confusamente albergábamos. ¿Por qué nos deleita, por qué merece nuestros elogios? Apenas si se nos ocurre responder que porque tiene un don natural hechicero. Quizá nadie osó otra vez confesar tales visiones. Acaso nadie escogió antes ese tema. No sabemos qué escollos ha debido vencer, ni nos interesa. Al contrario, todos los buenos cantos parecen escritos sin ninguna dificultad. ¿Qué lejos estamos de los fundamentos sencillos de los otros méritos! Una cosa, por lo menos, aparece, ahora, como incontrovertible: la explicación de la inmensa mayoría de los juicios laudatorios del obrar es sumamente fácil. La explicación de

nuestras alabanzas a la poesía es infinitamente difícil.

En cuanto proseguimos el análisis, otra peculiaridad sugerente nos intriga. La admiración por los bellos poemas es muy semejante a la que provocan ciertas presencias que no son obras humanas. Por ejemplo, la belleza de las mujeres. ¿Por qué me gustaba aquella muchacha de partido cabello obscuro y ojos victoriosos, que ignoraba a Shakespeare, pero que cuando nombraba las estrellas, los parques, las ciudades, parecía suscitarnos con su palabra y sacudir de júbilo el contorno? ¿Y aquella otra, temerosa y esquiva, a quien hacía palidecer el resplandor intenso de las lámparas? ¿Y

Laura, una permanente inclinación sobre los resquicios vacilantes de nuestro espíritu, un desafío y una sonrisa? ¿Y Berta, la de cierto pensar, tramo de claridad y descanso, el dominio, la medida, la marcha imperturbable hacia un objeto reflexivamente madurado, en cuya compañía el mundo parecía descargarse de sombras y los caminos emerger rectos, inconfundibles, en lontananza? ¿Y tantas! ¿Por qué? Pasan las mujeres a nuestra vera, envueltas en un nimbo de simpatía, de desdén o de ensueño, y se llevan, algunas, nuestra admiración, como el viento las frágiles hojas, por influjo de una fuerza prepotente; cae en nuestras manos un libro de versos, un libro de versos virgen y desacostumbrado, y cualquiera sea su tono o carácter, satánico como Baudelaire, católico como el Dante, sensual y escéptico como Byron, purísimo como Shelley, enérgico y libre como Whitman, difícil y exacto como Mallarmé,

arranca nuestras alabanzas con la magia de su arte; al cabo descubrimos que aquellas mujeres ambicionadas tienen un óvalo más perfecto, los ojos más profundos, el carácter más personal o más cálido que las otras; por fin caemos en la cuenta de que los poetas de nuestra predilección lucen una manera de metaforizar o de rimar o de evocar las cosas y los sentimientos más diestra y más noble que los demás, y vendrán veinte comentaristas a exponer otras tantas interpretaciones; pero el primitivo impulso que nos llevó a admirar aquellas, como alabar a éstos, fué un arrebato, un transporte, un deslumbramiento, impuesto por su gracia irresistible. Nuestra admiración por los grandes poetas, como nuestra admiración por las mujeres hermosas es, en principio, irracional.

Pero la humanidad no acepta de buen grado las admiraciones irracionales. Si bien se mira, esta malquerencia es harto justificada, pues nada hay tan parecido al pecado. Se ne-

cesitaria ser un Dios todopoderoso e irresponsable para poder admirar irracionalmente sin inmutarse. Mientras tanto, la costumbre, entre los hombres, es ensalzar aquellos actos mediante los cuales una dificultad rebelde cede y se rinde.

Y la costumbre — potencia absorbente y formidable — es la que termina siempre por imponerse. Con su rasero nivelador elimina resistencias, acalla protestas, y, al cabo, dicta las normas. Para no contrariarla, los poetas han debido inventar un cúmulo de tercetos escollos. Se han impuesto, deliberadamente, el metro, el ritmo sincrónico y la rima, duros e insobornables rigores. Así la humanidad podía admirarlos confiadamente. Así en las obras poéticas, como en las heroicas, científicas y políticas, aparecía, públicamente, una valla depuesta. Por eso, cuando se estudian esos tópicos con espíritu filosófico, uno no puede menos de sorprenderse ante la generalidad con que se encuentra, en los versos de todos los idiomas modernos, el metro y la rima.

Son, quizá, el único ingrediente extranjero, la única sustancia que no es esencialmente poética en un bello poema. La poesía los ha creado, a imitación de las otras hazañas humanas, para poder ostentar, ella también, el consagrado trofeo — un obstáculo vencido — y ganarse de este modo, con entera seguridad, el visto bueno de los hombres. "Mais je ne puis m'empêcher d'être intrigué par l'espèce d'obstination qu'ont mis les poètes de tous les temps, jusqu'aux jours de ma jeunesse, à se charger de chaînes volontaires", dice Paul Valéry (1).

El metro y la rima son, como acaba de verse, elementos extraños a la lírica pura, de carácter coercitivo y convencional, que los poetas han aceptado voluntariamente. Si se han de eludir o utilizar es problema que cada poeta resolverá a su albedrío, según la disposición natural de su ingenio. De mi parte sé decir, que llegar a la conclusión de que deben abolirse porque son forasteros en el área de la poesía, me parece tan absurdo como convertirlos en elementos esenciales. La inspiración pronunciará siempre la última palabra.

Uno de los hechos más significativos para una indagación filosófica del temperamento poético, es el de que, entre los poetas de todos los tiempos — por lo menos en Occidente — no ha habido ni un verdadero pesimista ni un utopista. Schopenhauer profesaba la filosofía. Bellamy, autor de "El año 2000"; Fourier, apóstol de los falansterios; Tomás Moro, que en 1516 escribió "La Utopía", eran economistas. El descontento de Byron y los románticos se parece tanto al auténtico pesimismo como una sangrienta batalla a una partida de caza.

Así debía ocurrir. Pesimismo, utopía, aunque a primera vista pueda parecer extraño son, cabalmente, el reverso del espíritu poético. El pesimista es por definición, una criatura tan exigente que no encuentra, en su medio, ningún valor legítimo (2). Siervo de innumerales admiraciones, el poeta ama, entrañablemente, ciertos aspectos del mundo. Y como todos los enamorados quiere la eternidad del objeto de su amor. Una estrella, una calle, un cargado momento, justifican, para él, la vida. Podrán acosarlo desgracias, herirlo mil asperezas; siempre quedará retornar a contemplarlas. La utopía, por su lado, aspira a subs-



PRESENTAR cumplidamente ante el público argentino al eximio profesor del Colegio de Francia que ha venido a honrar-nos con sus enseñanzas, equivaldría a reseñar la evolución sufrida en los últimos decenios por el Análisis, por la Geometría, por el Álgebra, por la Mecánica y la Física matemática.

Difícil es, en efecto, encontrar una sola teoría verdaderamente importante, en la que no haya dejado huellas indelebiles, a modo de zarpazos del genio. Ante obra tan original como variada, que coloca a su autor en lugar preeminente entre los matemáticos de todos los tiempos, resulta innecesario recordar cuáles son sus títulos honoríficos y los cargos docentes que ocupa y los numerosos premios que ha recibido; pues los premios, los cargos y los títulos honran solamente a los mediocres, pero son honrados por las figuras sobresalientes. Al historiar el Colegio de Francia o la Escuela Politécnica; al reseñar las fundaciones de la Academia de Ciencias de París será el momento oportuno para hacer resaltar la importancia de estos centros, substancialmente unidos a la historia científica del mundo, haciendo mención de las altas figuras que por ellos pasaron, entre las cuales ocupa puesto de honor el profesor Hadamard.

Una ojeada a la copiosa lista de sus publicaciones originales deja en el ánimo una desconcertante impresión de multiplicidad y dispersión. Inadecuada al lugar y a la ocasión sería una enumeración, ni siquiera compendiada, de temas o capítulos; baste afirmar que apenas si queda algún sector importante del horizonte matemático que no haya sido explorado por nuestro egregio huésped, cosechando en todos los campos frutos importantes, cada uno de los cuales sería bastante para labrar una sólida reputación.

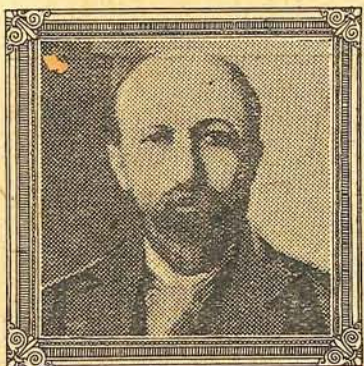
Ningún emisario podría representar más brillantemente las gloriosas tradiciones de la matemática francesa, que durante el siglo XVIII monopolizó casi con caracteres de exclusividad el culto a la filosofía natural, inaugurada por Newton; y que en la centuria subsiguiente continuó recogiendo opima cosecha en los surcos profundos que abriera Cauchy con su teoría de las funciones.

Caracteriza a estas cumbres de la ciencia francesa la extensión inmensa del horizonte que dominan. Lejos de limitarse cada matemático a profundizar en una teoría determinada, como suele acontecer,

H A D A M A R D

POR
J. REY
PASTOR

Con clarividente criterio histórico, ha salido al paso de quienes, de plano y sin apelación, rechazaban las concepciones amplísimas de Cantor y Zermelo, con estas palabras de cordura: "No se olvide—dice—que el progreso esencial de las matemáticas, a partir de la invención misma del cálculo in-



El sabio matemático francés profesor Hadamard, cuya visita a la Argentina ha sido acogida con profundo interés en los círculos científicos

finitesimal, ha consistido en la anexión de nociones sucesivas que unas a los griegos y otras a los geómetras del Renacimiento, parecían "extrañas a la matemática", porque era posible expresarlas con los símbolos usuales".

Esta concepción dinámica de la ciencia que abre las puertas hacia posibles rumbos, insospechados no es incompatible con su posición antilogística; mas no por principios, sino más bien por temperamento y aun quizá por gusto estético.

Mentalidades antípodas, situadas en el hemisferio filosófico opuesto al del gran maestro francés, son, por ejemplo, entre los más grandes matemáticos de los últimos tiempos, Jordan en Francia, y más aun, Cantor en Alemania. "La esencia de la matemática—proclama repetidamente éste—reside en su libertad absoluta". Para esta escuela logística, cuyo más genuino representante viviente es Hilbert, esta ciencia es una cadena ininterrumpida de silogismos, independiente de toda preocupación cósmica: la única traba que coacciona la libertad creadora del matemático es la

no contradicción de sus hipótesis o postulados y la rigidez apodictica de sus deducciones.

Por el contrario, para Hadamard como para Lord Kelvin, la matemática es, sobre todo y ante todo, ciencia esencialmente objetiva y, en cierto modo, disciplina auxiliar de la filosofía natural. Sin desdeñar el análisis lógico de sus fundamentos, sin menoscabo del rigor de sus deducciones, la matemática debe tener como eterno modelo a la naturaleza infinita y proteiforme.

Mas para Hadamard, si la matemática es todo esto, es mucho más que esto. Alternando con sus valiosas contribuciones a la física y teorías matemáticas afines o propedéuticas, se ocupa, como antaño Gauss, con especial complacencia, de cuestiones puramente abstractas y desinteresadas de toda ulterior aplicación, dedicando sus desvelos a la reina de las matemáticas, como Gauss llamó a la aritmética superior, parte la más abstracta, la más pura y también la más difícil de todas las ciencias exactas.

Calcular la densidad con que aparecen los números primos en una criba de Erasóstenes parecerá a todos cuestión pueril y a muchos problema fácil. ¿Qué bachiller adocenado no recuerda la simplicísima ley con que se van tachando en el cuadro de los números los que son divisibles por 2, por 3... a la manera como el gran geodesta griego iba agujereándolos en la placa metálica donde había hecho grabar todos los números, hasta no dejar sino aquellos que carecen de partes alicuotas, o sea los números llamados primos absolutos?

Cuestión falaz es ésta que plantea, no ya uno, sino muchos enigmas, que sólo en mínima parte han logrado contestar los más geniales matemáticos de la edad moderna. Especialmente interesante es el de averiguar la ley de crecimiento de los números primos. ¿Cuántos de ellos hay en el primer millón? ¿Cuántos en el primer billón? Y no se crea que las exigencias eran muy grandes al plantear el problema. Por contentos se daban con tener una ley aproximada, pero general, que permitiese calcular directamente el número primo de lugar prefijado, suficientemente avanzado, contentándose con tener de él sus primeras cifras, a la manera como los astrónomos calculan las distancias interplanetarias o siderales. Pero todos los esfuerzos resultaban estériles y el propio Gauss, "princeps mathematicorum", fracasó en la empresa.

Los poderosos instrumentos ideados por el segundo coloso de Gottinga y puestos al servicio de la ciencia permitieron, al fin, dar cima a la empresa de titanes, demostrando el ansiado teorema fundamental de los números primos, cuya verdad, largo tiempo sospechada, contemplaban, incierta y temblorosa, a través de sus cristalinos razonamientos cuantos se desvivían por asirla, narcisos atormentados a orillas del arroyo. Cupo a Hadamard la gloria de alcanzarla, demostrando de modo impecable la verdad sospechada y, a veces, por momentos, sospechosa; y la misma gloria alcanzó por varias veces, al confirmar apodicticamente otras tantas grandes leyes, sospechadas proféticamente por Riemann, genio entre los genios.

Inadecuado es el lugar para entrar en mayores explicaciones, cuya inteligencia exigiría conocimientos técnicos. ¿Qué eficacia admirativa tendría el citar sus investigaciones sobre los sistemas no holónomos, que un día hicieron época en la mecánica? Más claro lo entenderá el lector si aclaramos que a ellos pertenecen esos sencillos mecanismos rodantes que se llaman el aro, la bicicleta, la bola de billar...; pero es probable y temible que esta aclaración concite contra él las consultas de aficionados ventajistas, en busca de una receta segura para hacer gran número de carambolas.

Podríamos insistir asimismo sobre sus trabajos acerca de las líneas geodésicas de las superficies; pero más de un lector, con la natural propensión a despreciar lo que no se entiende, nos atajaría con el acostumbrado ¿para qué sirve? Podríamos, ciertamente, contestarle que el problema de las líneas geodésicas, en esencia, el mismo de la estabilidad del sistema solar, tremebundo interrogante suspendido sobre nuestras cabezas; pero también la justificación resultaría excesiva y acarrearía el tremendo riesgo de desencadenar y dar libre cauce a las consultas de timoratos y agoreros.

Peligros de otro orden tendría el reseñar los clásicos trabajos de Hadamard sobre la propagación de las ondas, si agregáramos que contribuyeron a determinar la posición de los invisibles cañones enemigos durante la gran guerra. Preferible es conformarnos con haber reseñado, con toda la superficialidad que el lugar impone, cuál es el teorema fundamental de los números primos, del cual ni se ha obtenido ni se espera ninguna aplicación útil, y por esto precisamente, por su belleza pura y desinteresada, tiene, como decía Jacobí, mucha más importancia que todo el sistema del universo.

tituir nuestro mundo por otro infinitamente diverso y mejor. (3). Pero el poeta, como todos los amantes, no puede aceptar que lo amado se transforme y tome en algo distinto. Si el objeto de su amor es una mujer, por ejemplo, ha de anhelar que arraiguen en ella ciertas exquisitas cualidades ausentes; pero a condición de que permanezca la misma, igual, a través del cambio. Si mañana encontrásemos un enamorado que quisiera que su amante se transformara en una mujer diferente de sí misma, deberíamos encerrarlo en una jaula y exhibirlo en los paseos como un monstruo maravilloso.

(1) La opinión de Valéry sobre este problema tiene señalado interés. Como nadie ignora, siguiendo las huellas de Mallarmé, encabeza el movimiento moderno contra espontaneidad y libertad en poesía, y representa, hoy, sin duda, el máximo valor de esta tendencia. Su dictamen es, pues, el de un apasionado partidario de todos los rigores. Véase Au Sujet D'Ado-

nis y su carta a Jean Royère sobre Mallarmé.

(2) No debe confundirse el pesimismo con la desesperanza. Quien se lamenta de la fugacidad de la vida y las cosas, y tal es el caso del desesperanzado, afirma, con ello, el valor supremo de ambas. Pesimista es aquel que reniega de la vida y ambiciona la muerte. Byron como Leopardi y casi todos los poetas griegos fueron grandes desesperanzados. El caso de Byron es singularmente interesante. Este temperamento ardido y pagano, escéptico y aventurero, terminó la existencia con el acto más antipesimista que cabe imaginar, como es jugarse la vida en aras de un ideal, representado en Byron por la libertad de Grecia. Su posición es idéntica a la de aquellos que se ha dado en llamar pesimistas griegos. Amanando la vida completa con ardiente pasión, fustigan nuestra existencia que a ellos se les aparece como inválida y trunca. Sus lamentos, sus apóstrofes y sus lágrimas, representan, en realidad, una espléndida afirmación del valor de la vida. Nietzsche en "El Origen de la Tragedia"; Creuzer, Schelling,

Burckhart, y recientemente Adriano Tilgher en "La Visione Greca de la Vita", han abordado este tema luminosamente.

No conozco la poesía oriental como para poder opinar; pero el caso de Omar Jayyam es por demás sugestivo. Este famoso desesperanzado no tiene rival en el elogio de las cosas agradables.

(3) Advuértase que empleamos la palabra utopía en un sentido un tanto diferente del que le atribuye el diccionario. Para éste, utopía es todo plan irrealizable, por donde no hay modo de distinguirla de la quimera, que de acuerdo con el diccionario resulta perfectamente sinónimo. En mi concepto, utopía es toda concepción de otro mundo infinitamente diverso y mejor. La quimera, en cambio, supone algo superior, pero de la misma naturaleza. La primera fracasa porque nosotros somos de distinta modalidad. La segunda porque no alcanzamos tanta perfección. Más o menos quimérico es todo poeta. Utopista, ninguno. ¿Sutilezas? Sí; pero estas sutilezas son el único medio de pensar con precisión.

¿ESTA USTED HERNIADO?



Si Ud. está herniado es seguro que habrá usado bragueros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe Ud. desear esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puedo darle inmejorables referencias de personas respetables y bien conocidas que han sanado con su aplicación sin sufrir ninguna molestia.

No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme. Escribame sin demora, y a vuelta de correo, recibirá gratis mi precioso ALBUM-FOLLETO que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Pídale ahora mismo, a **S. MORASSUT (ESPECIALISTA)**
SARMIENTO 1584 ROSARIO (Argentina)

LA VUELTA DE CHILDE HAROLD

HACE dos siglos que Voltaire descubrió a Shakespeare en su viaje a Inglaterra. Pero el continente sigue desconociendo a menudo los valores poéticos ingleses. Los nombres de Milton, de Wordsworth, de Tennyson y de Browning le llegan envueltos en una nebulosa. Con todo haber sido tan vasta la difusión académica de un Macaulay y de un Taine, puede citarse el caso reciente de Shelley, poco menos que revelado al gran público por la narración de André Maurois.

En cuanto a Byron, fué la suya la existencia más célebre y novelesca de poeta que registran los anales modernos.

Su talento eclipsó la fama universal de Walter Scott como lírico; él mismo fué el más sorprendido, aquella mañana del 10 de marzo de 1812, en que acababa de cumplir 24 años y aparecieron los dos primeros cantos de "la Peregrinación de Childe Harold", que a duras penas le arrebatara su amigo Dallas, entusiasmado con su lectura y decidido a publicarlo de preferencia a una pálida sátira horaciana contra sus enemigos literarios, en el estilo tradicional de Pope. "Me desperté un buen día y descubrí que era ilustre", escribió Byron.

Ningún bardo se vió consagrado, en vida, con su gloria. Su renombre, sus aventuras y su leyenda llenaron el mundo, hasta el día no menos glorioso de su muerte, en Missolonghi, como paladín de la libertad de Grecia. Ejerció influencia sobre todos los poetas del romanticismo francés, llegando ésta hasta Espronceda y Puchkine. Goethe, desde Weimar, le dedicaba sus obras. El pincel dramático de Delacroix se emparaba en el colorido violento de sus escenas, concebidas bajo el cielo de Oriente. Producía el autor de "Don Juan" con la misma fiebre, ansia sublimada de sentir o de destruirse, que enardecía sus pasiones. Desaparecía a los 37 años, dejando una obra de fecundidad pasmosa. En pos de él, toda una generación de hombres iba a embriagarse de "mal del siglo", en su afán de sensaciones y de infinito, copiando su sarcasmo y su actitud de trágico desaliento ante la vida.

Más tarde, estuvo de moda juzgar con severidad a Byron. Se le encontraba retórico, cuando no convencional. Le perjudicaba la presencia de artistas más consumados del verso. La justicia póstuma enalteció a Shelley, que hoy ha perdido algo de su prestigio. Y el auge de su fama implicaba como un tónico reproche hacia su coetáneo, por haber acallado con la propia resonancia aquella etérea melodía de poeta, que aspiraba a confundirse con la esencia del Universo. Las tendencias estéticas de mediados del siglo XIX, el prerrafaelismo prescindían de Byron y acudían a otras fuentes de emoción artística.

Hoy día el recuerdo byroniano vuelve a fascinar a la posteridad. Lo había anunciado el poeta en su soberbio apóstrofe a las ruinas del Coliseo del canto IV de "Childe Harold": "... mi espíritu puede perder su fuerza, mi sangre su fuego y mi cuerpo perecer en su mismo esfuerzo por sobreponerse al dolor; pero hay en mí algo que fatigará al Tiempo y al sufrimiento y que alentará todavía cuando yo muera."

Asistimos a un renacimiento del interés que suscitó Byron. Son sus fuentes de estudio los volúmenes de correspondencia publicados por Murray—Byron tiene el brillo de una inteligencia volteriana y es un maestro

nato del género epistolar—, la clásica biografía de Thomas Moore y las más recientes de Ethel Colburn Mayne y de Lord Lovelace, descendiente directo de Byron. Por último, tenemos sobre ese tema de actualidad dos libros extranjeros, el "Byron" de André Maurois y "Byron ou le besoin de la Fatalité" de Charles du Bos.

Hay en la poesía de Byron dos grandes corrientes de inspiración. Su cerebro, prodigiosamente organizado para crear, poseía en grado poco común el equilibrio del juicio, el buen sentido. De ahí provienen el vigor de su expresión, vaciada de una vez por todas en molde definitivo, su poder para abarcar una vasta visión de los acontecimientos y para describir los móviles de las acciones humanas. Esas facultades se unen al escepticismo y a la ironía para formar el caudal desbordante de fuerza satírica, que corre en "Bepo" y en "Don Juan" con la fluidez y la gracia de las sinfonías de Mozart y comunica a sus páginas un soplo de universalidad digno de Shakespeare.

Pero, bajo otro aspecto, Byron es el prototipo del genio que, a fin de expresarse, reproduce hasta la monotonía, en sus diversas obras, el tema de su yo y el conflicto interior que agita su alma. En ello estriban su grandeza y su debilidad. "Lara", el "Corsario", "Manfredo", "Cain", no son sino personificaciones del mismo ser bajo distintos disfraces. Ya dijo uno de sus biógrafos ingleses, aludiendo a esa imposibilidad de evadirse de su personalidad y a esa tendencia a transformar su existencia en substancia mítica, que Byron es "una naturaleza inmutable". El mismo se ha definido en "Lara" al hablar de "una locura que no procede del espíritu, sino del corazón". La emotividad de Childe Harold se desborda, a pesar suyo, de su cauce tempestuoso. Ese atormentado individualismo ha impuesto su sello romántico a la mayor parte de su obra y, según la bella frase de Barrés, ha hecho sufrir y ha torturado a todo el mundo a su alrededor.

George Gordon Byron, nacido en 1788, iba a heredar el título de Lord, desde los diez años, y sería Par del Reino a su mayoría de edad. Pero por los Gordon, de una violencia de temperamento rayana en el crimen, y por los Byron, disipados y sensuales, pertenecía a una raza marcada con un signo trágico, como esa gótica Abadía de Newstead, su mansión solariega, fundada por el temor religioso de rudos monarcas y que se decía visitada por aparecidos. La pobreza de su infancia, al lado de una madre solícita en sus cuidados, mas un tanto ridícula y de un genio irascible, es la primera herida a su orgullo. Nada presuntuoso, ni en amor ni en sus éxitos literarios, está afectado, al contrario, de una timidez natural que agrava todavía su defecto físico, la cojera del tendón de Aquiles. Se oculta de ello como de una tara. En 1821, al pasearse, en su jardín de Génova, con su fiel compañero Hobhouse, lo increpa de pronto: "Heos, aquí de nuevo mirando mi pie." Y Hobhouse, para suavizarlo: "Bien sabe usted, mi querido Byron, que uno no se fija sino en su semblante". De estatura media, era su

porte más bien desairado. Mantenialo delgado la dieta de alimento a que se sometía de miedo a engrosar y que no abandonaba sino por los peores excesos de bebida; sin perjuicio de recurrir después al agua de Selz, de la que consumía hasta quince botellas, en noches de insomnio, con sus inseparables pistolas cargadas a la cabecera de su lecho. En cambio, la belleza del rostro era extraordinaria y no se la podía olvidar, después de advertida. Su palidez era "un alabastro iluminado por dentro", sus ojos azul obscuro irradiaban fulgores en la conversación, el cabello rizaba sobre la frente alta, la voz era de un timbre acariciador. Cuando el éxito de "Chil-

so, ello hubiera bastado para hacer del liberal sincero, del "whig" que ya era en sus convicciones políticas, un rebelde frente al espíritu reaccionario de su patria y el inolvidable proscripción que se lanza a la gran aventura del genio, a través del mundo de la belleza.

Los ocho años que pasa en Italia, repartiendo sus ocios entre la producción incesante y desordenada, la vida de placeres que le brinda Venecia, sus amores más apacibles de Ravenna y de Pisa con la joven condesa Guiccioli, las conspiraciones políticas, son el período más fecundo de su carrera. Y no olvidemos que ese noble Lord cansado de la existencia, presa de una melancolía que era la saciedad de la gloria y de todos los goces, es el que enrostraba su reto a los déspotas, el que ridiculizaba las glorias intangibles y la hipocresía británicas y el que alimentó en su pecho el culto más alto y más profético por la libertad de los pueblos.

El cautivante estilo de André Maurois lo ha seguido en sus peregrinaciones. En el viaje de su juventud por Oriente y el Archipiélago, lo vemos atravesar en compañía de guerreros y bandidos Sultos los salvajes desfiladeros de Albania, zozobrar en un naufragio, detenerse en Delfos y en Atenas y cruzar a nado el Helesponto, hazaña que pone por encima de su reputación literaria y de sus triunfos de orador parlamentario.

Y durante el período italiano, compartimos la atmósfera moral que lo determina a poner a contribución los restos de su fortuna y de su salud, para realizar el heroico propósito de ir a combatir, como un Tirteo y un Jenofonte, en las aldeas turcas y las ciénagas del golfo de Patras, mostrando esa contextura de un gran carácter que Lady Blessington había adivinado en él.

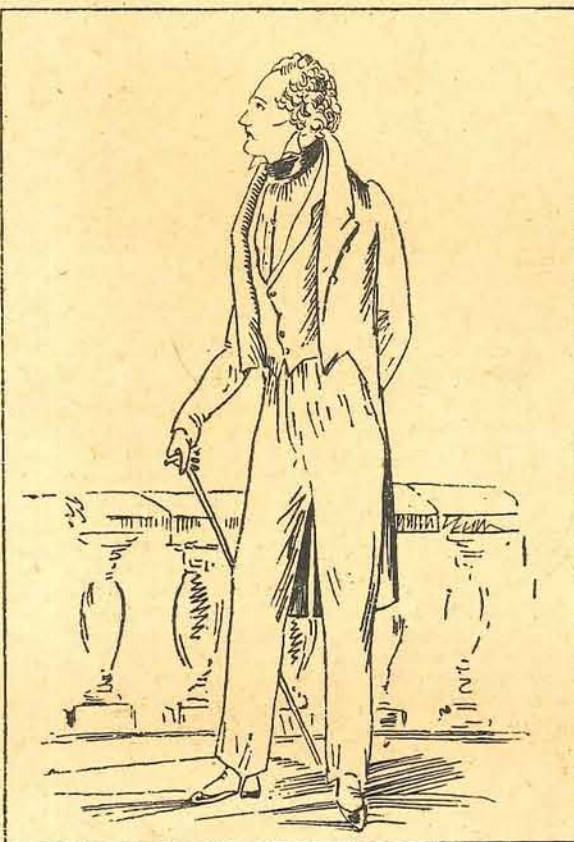
Uno de los momentos más felices de la novela de Maurois es aquel en que nos pinta la vida de Byron en la villa Diotati, cerca de Ginebra, donde convivió con Shelley, durante el año 1816, al poco tiempo de abandonar por siempre a Inglaterra. Son las orillas del lago Lemán, rodeado de imponentes montañas que se espejan en la transparencia de sus aguas. Es Clarens que vio nacer a "La Nueva Eloísa". La meditación frente a la naturaleza le inspira a Byron esas sublimes estrofas del canto III de "Childe Harold", cuyo lirismo suena como un eco de la armonía de Wordsworth, sin perder su originalidad propia. El autor de "Ariel o la Vida de Shelley" no ha resistido a la tentación de esbozar un paralelo entre los dos ingenios. El ateísmo de Shelley repugna al idealismo de Byron y sobre todo a ese sentimiento del pecado, que lo llevará en "Manfredo" a desafiar la divinidad, para erigirse en el administrador de su propio castigo. Para Shelley, que sueña con la redención de la humanidad, el mal depende del hombre. Byron considera el mal como una fuerza misteriosa contra la cual el esfuerzo del hombre viene a estrellarse.

El intenso y patético libro de Charles du Bos profundiza ese carácter demoníaco de Byron. Ha llegado a creer en la fatalidad como un elemento inseparable de su destino, siempre a la espera de una gran desgracia. "Manfredo" es el drama revelador de esa angustia. En ese poema fantástico, cuyo escenario son las cumbres nevadas de la Jungfrau, hay algo del "Fausto" y del "Brand" de Ibsen. Byron se pinta en el personaje de Manfredo como el hombre cuyo amor y cuyos sufrimientos han sido fatales a él mismo y a los demás. Expía el crimen de haber arrastrado al abismo a la mujer que más ha querido, a Astartea, que no es otra que Augusta. "Su corazón, nos dice, miró el mío y se marchitó."

El conocimiento de la vida de Byron, único propósito perseguido por André Maurois y por Charles du Bos, traerá el deseo de familiarizarse con sus obras. Hay en ellas grandes audacias de pensamiento, bellezas perdurables y el ritmo de un alma que tenía la grandeza del mar. Ese gran cosmopolita, en su viaje a través del mundo clásico y de la historia, se conmueve ante la fragilidad de los imperios y se lamenta sobre las ruinas, donde el "tiempo embellece la muerte". No debemos olvidar que ha entonado un himno a España, en sus virtudes, en la gracia de sus mujeres. Anuncia en sus cantos la unidad italiana. Y en cuanto al continente sudamericano, lo presenta a cada paso como la verdadera cuna de la libertad, en el siglo que empieza después de Waterloo. Bolívar es el héroe por antonomasia, Colombia ha surgido toda armada para conquistar su independencia, y si España se vuelve libre, dará con su ejemplo la libertad a más naciones de las que los Pizarros lograron encadenar.

No era tan desacertado el juicio de Goethe cuando afirmaba que una personalidad tan eminente como la de Byron no había existido nunca y no volvería probablemente a aparecer nunca más. "Los ingleses, agregaba, podrán pensar lo que quieran de Byron. Lo cierto es que no pueden presentar otro poeta de su talla."

Un gran crítico inglés, Matthew Arnold, llevó más lejos el análisis y asignó a Byron el primer puesto entre los poetas ingleses modernos. Reconoce en él, como en Wordsworth, a uno de esos inspirados a quienes, dice con admirable imagen, la Naturaleza ella misma parece haberles quitado la pluma de entre las manos y haber escrito por ellos sus obras. Toda gran poesía puede reducirse, para el criterio de Arnold, a una sola cosa: sondear el significado de la vida. Byron tiene grandes deficiencias como artista. Pero la pasión le ha dado el sentimiento profundo de las bellezas naturales y de la belleza de la vida y de los sufrimientos del hombre. Nadie lo igualó en "sinceridad y en fuerza", dice Arnold, haciendo suyo el juicio de Swinburne, que le otorgó esas dos grandes cualidades. Shelley mismo, ese espíritu excelsio, habría reconocido en Byron un poder poético más grande que el suyo y, además, carecería del equilibrio, de la salud moral de Byron. No tiene su poesía tanta substancia ni interés vital. Hay un gran fondo de exactitud en las observaciones de Arnold. Y, después de leerlo, se nos ocurre pensar en el equilibrio de Keats, gran poeta trunco, que ya es de una índole superior. Es el equilibrio estético un milagro.



LORD BYRON

(De un croquis del Conde d'Orsay)

de Harold" lo convierte en el "león" de Londres, y la alta sociedad se lo disputa, ejerce esa seducción sobre víctimas amorosas como Lady Caroline Lamb, gran dama, un poco preciosa y sentimental, a quien no escatima crueles marcas de desdén una vez que sus persecuciones lo han cansado. Son célebres sus amores con aquella belleza de vida un tanto licenciosa, Lady Oxford, a quien ha comparado al encanto otoñal y luminoso de un cuadro de Claude Lorrain. Vino después la pasión por su media hermana Augusta Leigh y su desgraciado casamiento con Annabella Milbanke, gran heredera y noble linaje. Unión de conveniencia por parte de Byron, de inclinación en ella. Pero que, al terminar, antes del año, en el divorcio y en el escándalo de lo que se ha llamado su incesto, iba a decidir su destino y a constituir, con la amargura y el remordimiento que depositaría en su alma, el incentivo más poderoso de su genio de poeta.

Byron no tenía verdadero arraigo en esa aristocracia que lo expulsaba de su seno. Tenía el título, sin las vinculaciones y los halagos materiales del rango. En un ser tan orgullo-

HECTOR
DIAZ
I, EGUIZAMON

NOTAS DE UN "RAID"
POR LAS DOS AMERICAS

Vista de Oaxaca

poderes de este santo en particular, por más que su nombre me parecía familiar; a lo cual me hicieron saber que San Ignacio es el patrono de los viajeros, que él los protege y "encanta" los ríos.

Así las cosas, y medio convencido Angel de su presunto

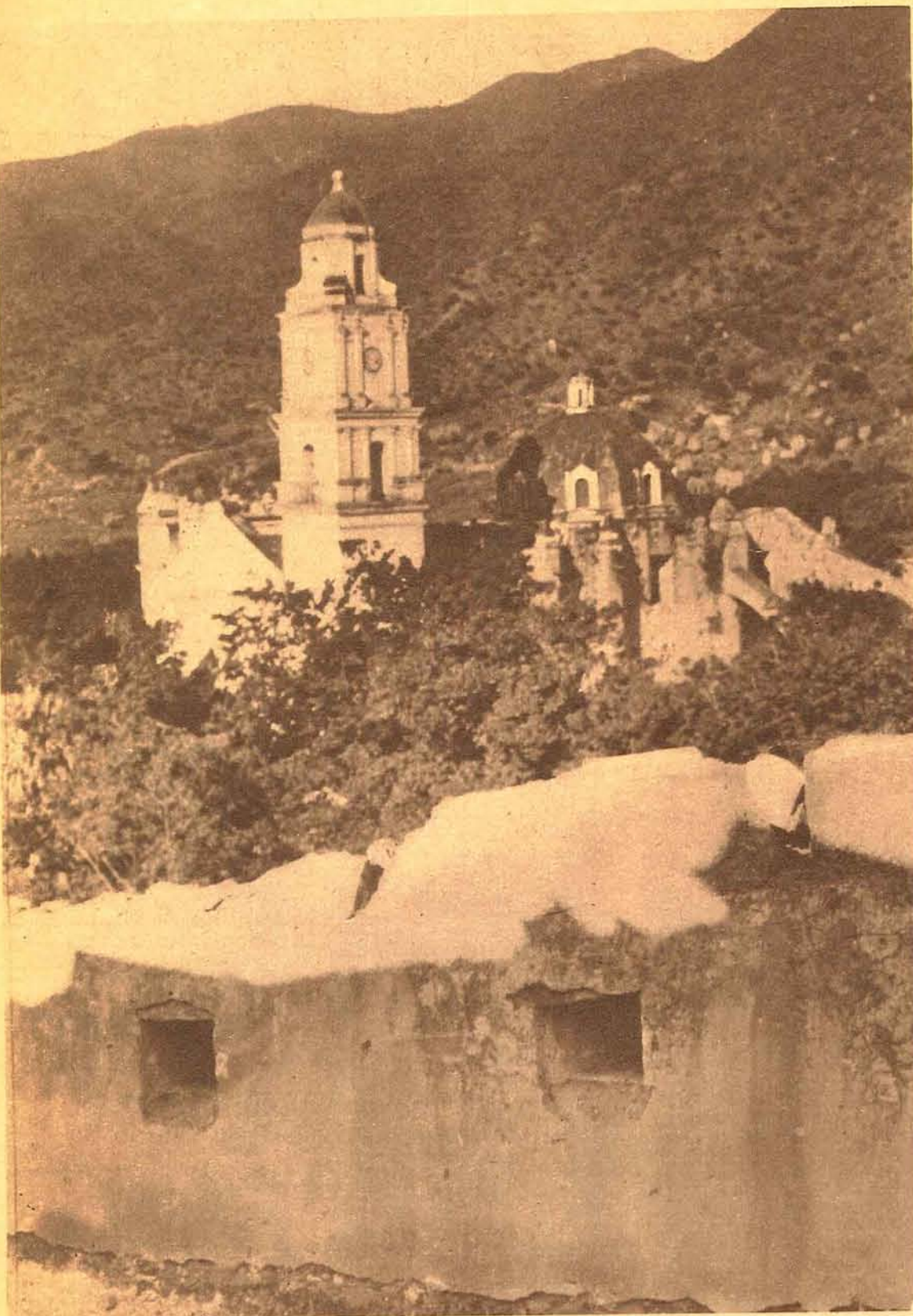
descuido, sacó fuerzas de flaqueza y volvió a prender las velas. Repitió la ceremonia de introducción, ahora con mayor cuidado, y diciéndole a la Virgen de Guadalupe que, como no le era posible dirigirse directamente a San Ignacio, como correspondía, por no tener una imagen suya, le pedía humildemente a ella que tuviese la bondad de hablarle en su nombre

Los signos de la edad
más bien los traza
el descuido

NO es la edad, sino el descuido, el que deja esas crueles marcas en las comisuras de los ojos y de la boca. Evítelas usted por un sencillo método: el cuidado diario y constante de su cutis. ♦ ♦ Durante muchos años estudió Dorothy Gray el rostro femenino y así llegó a saber por qué se arruga y se ve envejecido aún en el caso de mujeres jóvenes, y pudo descubrir tratamientos y preparaciones para quitar o prevenir estas crueles señales. ♦ ♦ Siga usted estos simples tratamientos científicos en su propio hogar y retenga durante muchos años más su juventud. En el librito que le mandaremos al solicitarlo se describe el tratamiento adecuado para cada caso y en las mejores tiendas de la república consigue usted las preparaciones de Dorothy Gray que necesite.

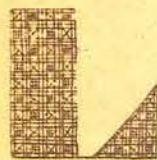
DOROTHY GRAY

	DOROTHY GRAY, Casilla de Correo 2492, Buenos Aires	
	Sirvese enviarme un ejemplar de "Nuestro Patrimonio de Belleza". Estoy especialmente interesada en los siguientes tratamientos: ☐ Contra las líneas y arrugas. ☐ Contra la papada. ☐ Contra la flajedad de los músculos y la garganta marchita.	
	Sra. o Srta. _____ Calle y No. _____ Ciudad _____ Provincia _____	



MEXICO

EL VADO DEL LAGARTO MALO

Por AIME F.
TSCHIFFELY

A lluvia fué tan fuerte que temprano tuvimos que parar en un villorrio de nombre Huehuetán. Son varios ranchos techados de paja, y como Angel Riso tenía allí amigos, nos ofrecieron albergue en uno de esos ranchitos.

Era de construcción baja, de una sola pieza, que servía a la vez de cocina, comedor y dormitorio, y lo habitaban una viejita, su hijo, dos mujeres más y varias criaturas.

El fogón quedaba en un rincón, y mientras yo miraba cómo una de las mujeres aderezaba una iguana sobre el fuego, con arroz y porotos, me dió en pensar cómo haríamos para dormir tantas personas juntas en una piecita tan chica.

Parecía llover cada vez más fuerte. Al oscurecer, que fué temprano, todos se fueron arremando al fogón; primero a comer y luego a contar historias de ríos peligrosos, de bandidos y lagartos (cocodrilos). Las

criaturas, con sus pupilas dilatadas por el miedo, buscaron refugio en el regazo de las mujeres, sentadas en cuclillas en el piso de tierra.

Los caballos estaban afuera a la intemperie; los recién comprados, atados a los árboles, y Mancha suelto. Debía haber buscado reparo del lado del rancho, pues de cuando en cuando se sentía un sordo golpear de vasos. Cada vez que esto sucedía, los chicos, cuya imaginación había sido llevada al paroxismo del terror por los cuentos macabros, se estremecían y se aferraban más aún a las mujeres.

En la estancia no había otra luz que la que proyectaba a golpes la lumbre del fogón.

El dueño de casa nos contó que al día siguiente tendríamos que cruzar un río donde andaba un lagarto particularmente grande, fiero y astuto, que hasta había llegado a atacar a hombres montados en mulas al cruzar éstos el vado por donde debíamos pasar. Y agregó que entre los vecinos habían organizado repetidas cacerías, siempre infructuosas, para dar cuenta del reptil.

Entonces mi guía también comenzó a mostrarse inquieto. De improviso se levantó y, uniendo las manos sobre su ca-

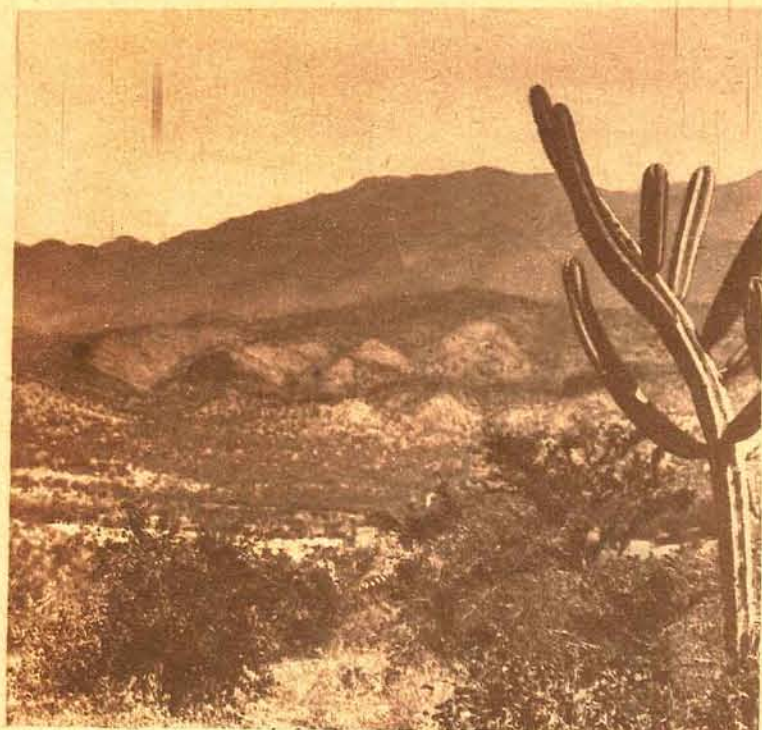
beza, exclamó en voz falsete y trémula:

"¡Santísima Virgen María!". Después se inclinó y se persignó. Las mujeres lo imitaron, y guiando luego las manos a las criaturas, les hicieron ejecutar el mismo signo de la cruz.

A continuación Angel me pidió dos velas, y bajando de la pared una imagen maltrecha y descolorida de la Virgen de Guadalupe, patrona de Méjico, la colocó entre ambas sobre un cajoncito de kerosene. Comenzó a ejecutar unos movimientos muy raros, pidiendo finalmente a la Virgen que intercediera ante San Ignacio para que nos tuviese en gracia y nos preservara de accidentes y desgracias en el viaje y cruce de los ríos.

Un repentino golpe de viento que entró por las rendijas de la puerta apagó las velas.

Hubo un grito de angustia en el ranchito. Luego, un silencio pesado. Al rato, alguien, expresando el sentir de los moradores, confesó que San Ignacio nos negaba su ayuda. Los demás fueron terciando en la conversación, y todos empeñados en hallarle una explicación y una disculpa a la fatal decisión del Santo. Finalmente, a Angel se le ocurrió que a lo mejor se había olvidado de algún detalle en su invocación preliminar a la Virgen de Guadalupe. Entre miedoso y resentido me apostrofó, lamentando que entre los requisitos de viaje yo no llevara una imagen de San Ignacio. Confesando mi bárbara ignorancia en estas cosas, admití que desconocía los



Paisaje del estado de Chapas
(México)

a dicho santo, exponiéndole nuestro caso—aquí hubo largos detalles—para implorar su protección y eficaz ayuda. Terminada esta peroración, hecha en los términos más floridos y sentidos que pudo hallar el buen Angel, la cerró con un ceremonial parecido al preliminar, apagó las velas y repuso la imagen maltrecha y descolorida en su sitio en la pared.

Contenta la gente ante el desenlace y las perspectivas— a la sazón ciertamente felices—, se tendieron cueros y pilchas por el suelo y pronto todo el mundo estuvo dormido.

La humareda del fogón me despertó temprano, y al mirar en derredor mío, noté que todos andaban ya levantados, aunque afuera era noche cerrada todavía. La lluvia había cesado, y cuando sali, Mancha, que estaba pastando, me saludó con su pequeño relincho habitual.

Después de un jarrón de sabroso café les hicimos la "toilette" a los caballos y partimos.

La huella, casi irreconocible, viboreaba entre fachinales, donde era imposible cabalgar. Hojas y ramas obstruían el paso y muchas veces el guía tuvo que abrir camino con el machete. Por largos trechos marchamos entre greda y barro o entre el agua. Felizmente, Angel conocía la región, pues de lo contrario nos habríamos perdido irremisiblemente. Con todo,

hubo momentos en que el hombre dudó de si seguíamos el buen camino, y varias veces tuvo que adelantarse para hacer reconocimientos. Entre juramentos e imprecaciones discutíamos sobre "el paso del lagarto malo", como habíamos bautizado al vado de que tan mal nos habían hablado la víspera.

Al cabo de varias horas de lento y penoso andar, mojados y embarrados hasta la cintura, llegamos a un río ancho de aguas lerdas y sucias, que más se parecía a un grandísimo pantano. Lujuriosas plantas acuáticas de anchas hojas crecían por doquier, cerrándonos el paso y la vista, y los mosquitos nos envolvían en verdaderas nubes. Poco tardamos en hallar el punto que, a estar al cuento de la víspera, debía ser el vado maléfico.

Para mojar lo menos posible las alforjas, las levantamos, asegurándolas al tope de la carga por medio de una sogá, cuya punta la até en la barriguera del carguero. Le dije a Angel que hiciera lo mismo del otro lado, pero, por una razón u otra, se olvidó de seguir mis instrucciones.

Todo listo, nos internamos en el río. El guía iba adelante y yo cerraba la marcha arreando al carguero. Al llegar a la barranca opuesta, que tenía unos tres metros de altura, el agua les daba a los caballos hasta la mitad del costillar. Buscamos salida por un corte de la barranca, angosto y muy resbaloso. Buen trabajo le cos-

tó al montado de mi compañero zafarse del barro que formaba el lecho del río, pero finalmente salió airoso del paso. Ya subía también el carguero cuando, de repente, la carga se le corrió de un lado, pero, como ahí quedaba asegurada por medio de la sogá, quedó colgando de costado. El caballo se espantó y de pocos saltos ganó la altura. Apuré a Mancha y pronto llegamos arriba para ver cómo el carguero iba a los corcovos y saltos entre los árboles y arbustos, arrastrando la carga preciosa tras de sí y pateándola cada vez que se le ofrecía la oportunidad para ello.

Como la gente en esta región acepta únicamente monedas de plata, yo llevaba una provisión respetable de tal dinero. Iban, además, varios instrumentos, un catalejo, medicinas, ropas, etcétera. Con cada patada salía de las alforjas una humareda blanca, y se me ocurrió pensar que habían reventado la caja de talco o la lata de bicarbonato de soda. De improviso el pobre caballo, loco de espanto, me atropelló, con lo que Mancha se llevó tal julepe que se levantó como arbolito, reculó, resbaló, y allá fuimos los dos rodando barranca abajo. Dos o tres tumbos y nos sumergimos en el agua del río. Me acordé del lagarto malo, y hasta hoy no comprendo cómo pude quedar montado, pese a que durante varios segundos estuve bajo el agua con Mancha encima mío.

Cuando ganamos nuevamen-

te altura y tierra firme encontré al carguero tirado en el suelo, enredado entre maletas, sogá, lazo y cincha. Pronto lo desenredé, y con malos presentimientos comencé a investigar el daño sufrido. Las alforjas estaban rotas en varias partes; un aparato fotográfico—el tercero que había sido roto hasta entonces durante nuestro viaje—había recibido de lleno una patada y estaba desconocido. Instrumentos, medicinas, azúcar, porotos, etc., todo formaba una mezcolanza bárbara, con un olor indefinido de "civet" de liebre, choucroute y queso de Limburgo. Para colmo de desgracia, casi todas mis monedas de plata se habían perdido. Tiré lo que había quedado inútil, lavé algunas cosas y las tendí al sol para que se secaran.

Angel quedó de pie, rascándose la cabeza y pidiendo disculpas, pues sabía muy bien que era el responsable del desastre.

—¡Qué suerte — exclamó— que el lagarto no estaba cerca cuando Vd. cayó al agua!

Luego nos pusimos a buscar

Rancherío típico del sur de México

las monedas perdidas. El rastro del polvo blanco y las plantas aplastadas nos ayudaron bastante a seguir las andanzas del carguero y poco tardamos en recobrar parte del tesoro perdido. En eso, no sé por qué, recordé días de mi infancia cuando buscaba huevos de pascua, y ante el asombro del guía estallé en una risa sonora.

El atardecer nos halló aún revolviendo entre plantas y pastizales, y cuando el hambre comenzó a apretar, lavé unos porotos para quitarles la sustancia medicinal que los cubría y me puse a cocinarlos con cebollas.

Bien de madrugada seguimos viaje al día siguiente. Siempre faltaban unos sesenta pesos, pero me resigné fácilmente, pensando que al fin de cuentas la aventura del vado del Lagarto Malo bien valía esa pequeña pérdida.

Despacho de carnicería



EL CHOCOLATE
NESTLÉ

NO FALTA NUNCA
NI EN LAS
EXCURSIONES
EN YATCH

ES
INSUSTITUIBLE

LAS ETIQUETAS SE CANJEAN POR JUGUETES - ALBUMS Y REGALOS ÚTILES

NACIÓN, 4/5/30.

CASA NESTLÉ - Balcarce, 327 - BUENOS AIRES

Sírvanse enviar una lista de premios a:

Nombre

Calle

Ciudad



Fiesta bávara

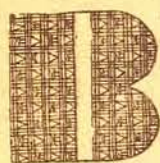
VARIEDADES BERLINESAS

LOS ÚLTIMOS ESTUDIANTES ALEMANES Y
LOS PRIMEROS MERIDIONALES EUROPEOS

POR

CORPUS BARGA

(Para LA NACION)



BERLIN y febrero. Estábamos en la taberna de la casa del cuerpo de estudiantes Cheruscia, de Berlín, en una de esas reuniones anacrónicas de estudiantes alemanes a las que alguna vez tiene que asistir todo extranjero. No se ha conseguido todavía en Alemania, no lo han conseguido todavía los ministros y los estudiantes republicanos, aunque les han quitado sus privilegios, acabar con las organizaciones de los estudiantes reunidos en cuerpos, en órdenes casi militares, cuya tradición se hace remontar al final de la guerra de los Treinta Años, cuando los estudiantes decidieron no dejarse desarmar. ¡Otro desarme que aun está por concluir! Muchos estudiantes alemanes, si no la mayoría, y cada vez en menor número, continúan armados clandestinamente con armas de panoplia para darse los vistosos tajos estéticos en el rostro ejercitando la esgrima con arma tajante y a cara descubierta. No es esto lo malo, no está mal el peligro en el deporte. Lo malo es que semejantes corporaciones estudiantiles no parecen tanto tener por objeto la invitación al riesgo en el ánimo juvenil como, al contrario, el engañar a los instintos jóvenes en libertad, el darles la libertad de una pista de circo. En sus clubs, no sólo se conciertan lances; es también donde los estudiantes celebran sus "comercios" o juergas castas, fiestas chocarreras de una irreverencia convenida, académica, y que deja a salvo todos los prestigios, siendo, eso sí, por lo mismo, paradójicamente, una escuela beocia de exquisita educación. La obra social de estos clubs, cuando era obra viva, ha debido consistir en proporcionar una derivación inoperante al ímpetu romántico, destructor, de todo joven bien nacido. Hoy es una su-

pervivencia que está llamada, pero no tan pronto, a desaparecer, superada por la acción de las organizaciones republicanas, socialistas, comunistas, nacionalistas. Ya he dicho que estábamos en una reunión anacrónica.

Estábamos todos—estudiantes e invitados: el profesor Alberini, en cuyo honor se daba la fiesta, y la señora de Alberini; el ministro de la República Argentina en Berlín y la señora de Restelli; el Sr. Baffico, secretario de la Legación; el Sr. Artayeta, cónsul agregado; otras personas conocidas, cien personas—sentados a una mesa larga y estrecha; teníamos cada uno delante un libro cerrado que lucía el blasón del club en la encuadernación de piel, y un bock de cerveza sin tapa, los invitados, y los estudiantes, con su tapa artística, personal, como un escudo en miniatura, que a la muerte del dueño se conserva en un armario después que el presidente bebe en el bock del muerto y rompe el vidrio. "Silencium"—gritaba el presidente-estudiante, dando un gran golpe sobre la mesa con una espada que tenía delante, además del bock y del libro. Y en un latín macarrónico ordenaba que cantáramos una canción. Todos abrimos los libros por la página indicada, se ponía al piano un estudiante y cantábamos una canción, siempre lírica y graciosa. Terminada la canción: "Coloquio"—gritaba otra vez el presidente. Y empezaban las conversaciones, interrumpidas con discursos, en los que no faltaba la exclamación: "¡Komilitonen!", que no quiere decir más que compañeros. O el presidente castigaba a un "komilitone" a beberse varios bocks seguidos. La presencia de las señoras impedía los bautizos y otros vejámenes. Frecuentemente, se ponía en pie un estudiante cualquiera, se quitaba la gorra en un saludo y empuñaba el codo, levantando el bock ante otro estudiante o un invitado y diciéndole: "Permitame usted que beba a su salud". Los bocks se renovaban sin interrupción.

Repetidas veces habían bebido a mi salud dos estudiantes

que estaban sentados en frente de mí. Llevaban smoking, como los demás estudiantes, pero llevaban gorra y banda diferentes, escarlatas y con una raya negra de luto nacional, según dijeron, por una provincia perdida en la guerra, como si llevaran luto por una hermana de su madre patria. Tenían tipo eslavo. No eran alemanes, eran búlgaros. En un coloquio, me contaron las desdichas sabidas y locales de su patria, y yo oía y veía en ellos la tragedia íntima y universal de las generaciones nuevas de todas las naciones sin grandes medios de vida y que quieren vivir, ser algo en Europa, ser "komilitonen". Los búlgaros de Voltaire, los búlgaros clásicos, son ya compañeros de los últimos estudiantes alemanes que no estudian, de los todavía "estudiantes de Heidelberg", románticos y sentimentales, bajo la frialdad de sus aceros, esto es: románticos en período agónico.

★ ★ ★

Sin embargo, hay de nuevo un romanticismo que no es una supervivencia, un romanticismo moderno, iniciador, como lo fué el romanticismo antiguo. Los clásicos son ahora, en el teatro como en la vida, bajo la rigidez de su cartón-piedra, clásicos y pintorescos, esto es: castizos. El mediodía clásico se hace pintoresco como el romántico norte se hace sentimental. Entre el Norte y el Sur, la cuestión del oriente. Todavía se halla bastante desorientado el nuevo sentido que le salió románticamente al hombre hace cosa de un siglo, el sentido histórico. La invasión del Asia en Europa fué por el Norte porque, en el Sur, levantóse la barrera del imperio persa, gracias a Ciro el Grande, el cual es el responsable, según Gobineau, de que París y Londres estén a orillas del Sena y del Támesis en vez de estar a orillas del Eufrates y del Tigris. No es que deba tomarse al pie de la letra a Gobineau que, si tenía sentido histórico, tenía conocimientos inexactos de la geografía humana. Los hombres hoy del Norte podían no haberse contentado con el Tigris ni con el Eufrates y haber ido hacia el Norte en busca de su destino, si bien hay que tener en cuenta que el destino de los pueblos, como la vocación de los hombres, no se lee claramente ni a posteriori; y los normandos parecen haber tendido hacia el Sur y hacia el Oriente, parecen haber sido normandos a la fuerza.

Pero el hecho es que el Oriente entró en Europa por el Norte y que ahora el Norte es lo más occidental de Europa. La vinculación del Oriente en el mediodía se puede explicar por el sol: explicación mágica. Admitido el hecho general de que el mediodía de Europa es menos occidental o más oriental que el Norte, queda por explicar el hecho particular de que el sur de un país situado encima de otro es más meridional que el norte de este se-

gundo país. Por ejemplo: Toluca es más meridional que Turín, Marsella es más meridional que Bilbao (¿hay algo en el mundo más meridional, más oriental que Marsella?) Aquí entra ya la explicación geográfica. En realidad, llamamos Norte en cada país europeo, no tanto a la parte norte como a la parte aun lejanamente atlántica, mientras que llamamos mediodía a la parte mediterránea. Si el Mediterráneo llega por alguna parte a Alemania no es con las naranjas por Hamburgo, es por la proximidad de Italia a Baviera. Munich es más oriental que Koenigsberg, como Barcelona es más meridional que Burgos. Los problemas orientales de Alemania no están en las fronteras alemanas orientales. Estos son problemas completamente occidentales y europeos. Son los problemas fundamentales que le quedan por resolver a Alemania, en definitiva, con Francia e Inglaterra.

El problema oriental del separatismo o la mirada de reojo, por lo menos, lo que es el meridionalismo en Italia y el catalanismo en España, corre en Alemania a cargo de Baviera. Y también llega de Baviera a Berlín el tipo indolente, el "napolitano" o "andaluz" alemán. El sombrerillo bávaro con la brocha tiesa en la cinta es, en las calles de Berlín, como

Un grupo de estudiantes entonando el himno alemán

el sombrero cordobés en las de Madrid o el gorro napolitano con borla en las de Roma. En los teatros, en los cabarets berlineses, la nota "andaluza", la nota "napolitana" es la nota bávara. Hay una Baviera de carnaval como hay una Andalucía de pandereta y un Nápoles de mandolina. Se llama "Nuevo Mundo" en Berlín, a un colmado colosal, para millares de personas, que naturalmente es bávaro y también naturalmente de cartón. En una sala están representadas las montañas de Baviera, montañas practicables para dedicarse, bajo techado y al sol artificial, a una jira campestre de comestible y cerveza. El baile es en la sala, en la llanura de al lado, y todo el edificio es una feria cubierta, una kermesse, en donde el pino del Norte se siente flamenco. Si no existieran los holandeses, los meridionales alemanes, los bávaros serían los primeros meridionales, los más altos de Europa. Y los primeros orientales. Los primeros neutralizadores del Oriente.

Aunque algún opio de Oriente debe tener ya la kermesse del "Nuevo Mundo" cuando atrae hasta a los chinos que tienen sus restaurantes en la calle de Kant.



1.40
el tubo en la Capital

Es un Obsequio...

Solo envíenos el cupón por una muestra para 7 días y le demostraremos que es una revelación en lo que se refiere a afeitarse cómodamente.

Nuestro éxito está basado en la aprobación que un millón de hombres le dan a nuestra crema cada mañana. Si no logramos agradarles y si la calidad de la crema no es la misma, perdemos amigos. Y hemos encontrado que amigos son nuestra mejor ganancia.

Obtenemos amigos por medio de esta singular oferta. Antes de pedirle a usted que compre nuestra inmejorable Crema de Afeitar Palmolive, le ofrecemos la prueba gratis por una semana.

Con justicia para usted—y para nosotros que tratamos de agradarlo en una semana—envíe este cupón hoy por la prueba que ofrecemos.

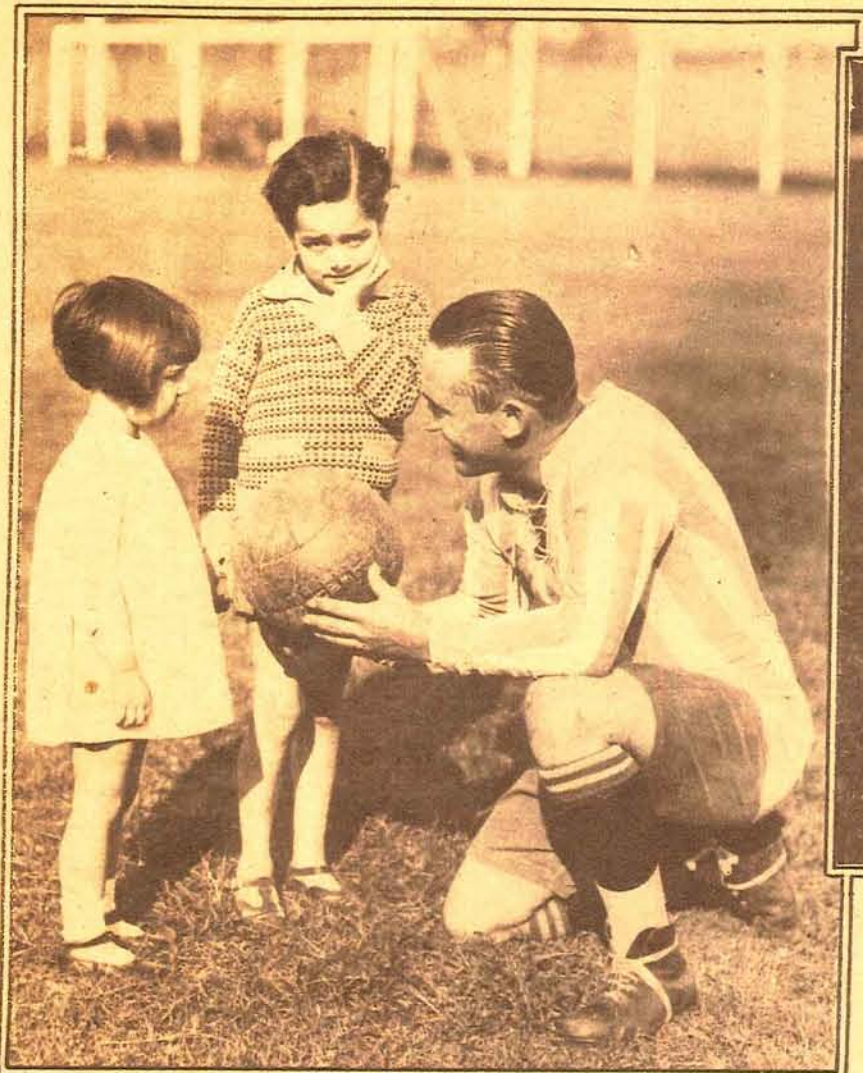
5 Superioridades

1. Su espuma se multiplica por sí misma 250 veces.
2. Ablanda la barba más dura en un minuto.
3. Su untuosa espuma se conserva fresca en la cara por 10 minutos.
4. Sus fuertes burbujas soportan los pelos para cortarlos.
5. La mezcla de sus aceites de palma y oliva obra como una loción después de afeitarse.

Colgate - Palmolive - Peet Ltda.
Sgo. del Estero 1997 - Bs. Aires
Sirvanse enviarme 1 muestra gratis de Crema de Afeitar Palmolive. Incluyo 5 centavos para franqueo.

(Escribase claro)

CREMA DE AFEITAR PALMOLIVE



Ya se sabe que los jugadores de football son los héroes inmarcesibles de la gente menuda. Por eso estos dos pequeños "hinchas", por más que Pedro Tilhet se lo explique, no alcanzan a comprender cómo se las arregla el capitán de Excursionistas para hacer filigranas con esa enorme pelota de football



Que las extremidades inferiores son la mayor preocupación de los sprinters lo prueba la escrupulosa atención con que las atiende Rodolfo Borzini, vencedor de la carrera de 200 metros llanos en los recientes campeonatos metropolitanos de atletismo

MOJICO PORTIVO



La solicitud de los encargados de los botiquines para los jugadores de football adquiere siempre cariñosas proporciones. En un alto de la lucha, el "conejo" Scopelli, eficaz insider de Estudiantes de La Plata, se reconforta con un trago de agua fresca, ofrecida con la más cordial de las sonrisas



Cada día renace su belleza al contacto de la espuma del Jabón Heno de Pravia. Rostro lozano, manos exquisitas, cutis con suavidades de terciopelo, juventud y belleza renacientes, cada mañana, son los resultados del uso de este jabón puro, fabricado con aceites finos de las mejores calidades empleadas para el consumo doméstico. El Jabón HENO DE PRAVIA deja libres los poros y da vida a la tez. Perfume inconfundible y único.

\$ 0,70

En Tiendas, Farmacias y Perfumerías de toda la República.

Perfumeria Gal. -- Madrid.

Sucursal en la Argentina:
Maure, 2010-14. - Buenos Aires.

Proveedores de SS. MM. los Reyes de España.



Las señoritas Inés Peró Dorado y M. Elena del Solar Peró.



La señorita María Carlota Gowland Peralta Alvear en el paseo de la Recoleta.



Da. Carmen Velar Irigoyen de Maschwitz, pintando en el jardín de su residencia.



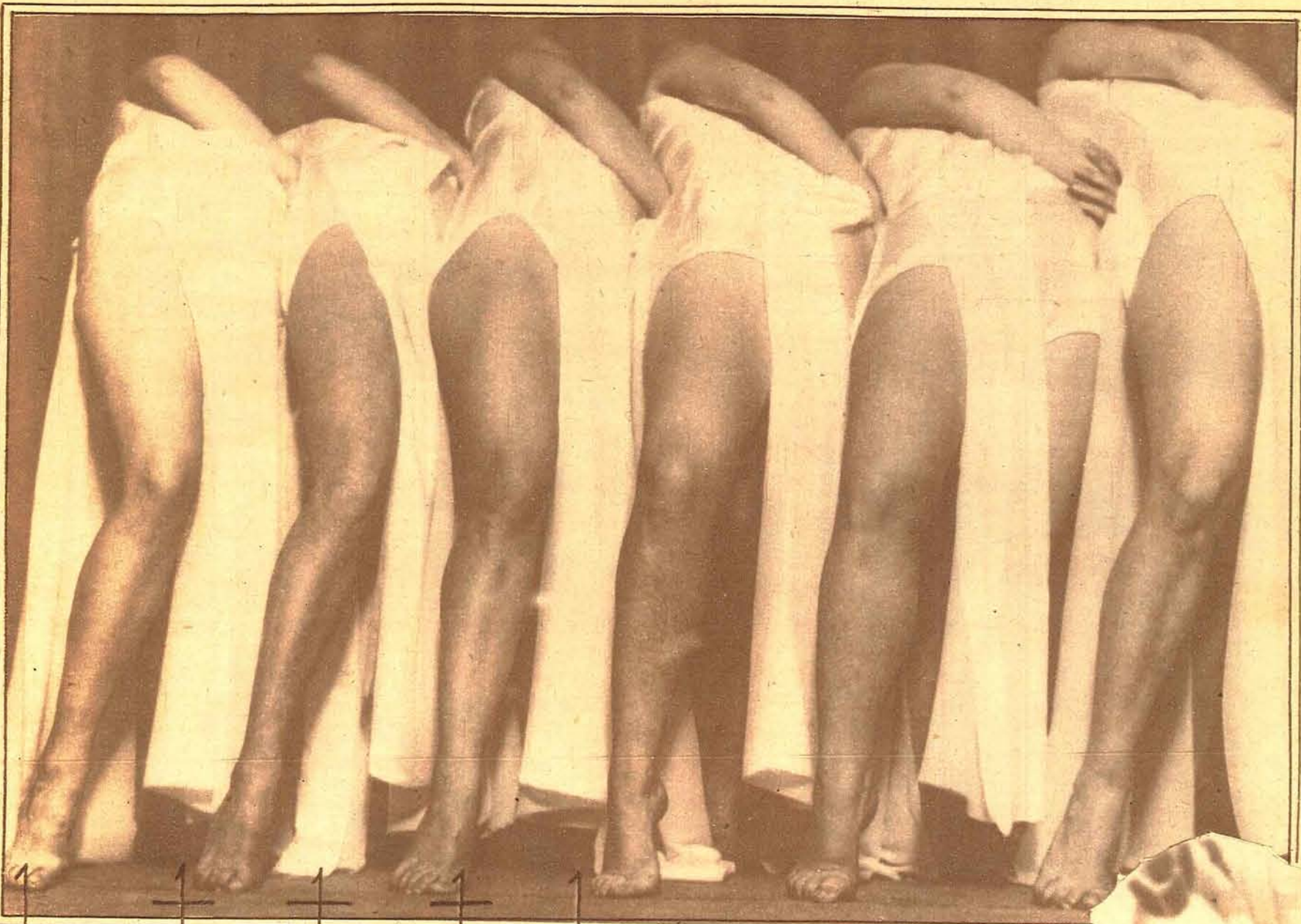
Da. Josefina Bustillo de Dieckmann, en su "atelier".

FILM SOCIAL



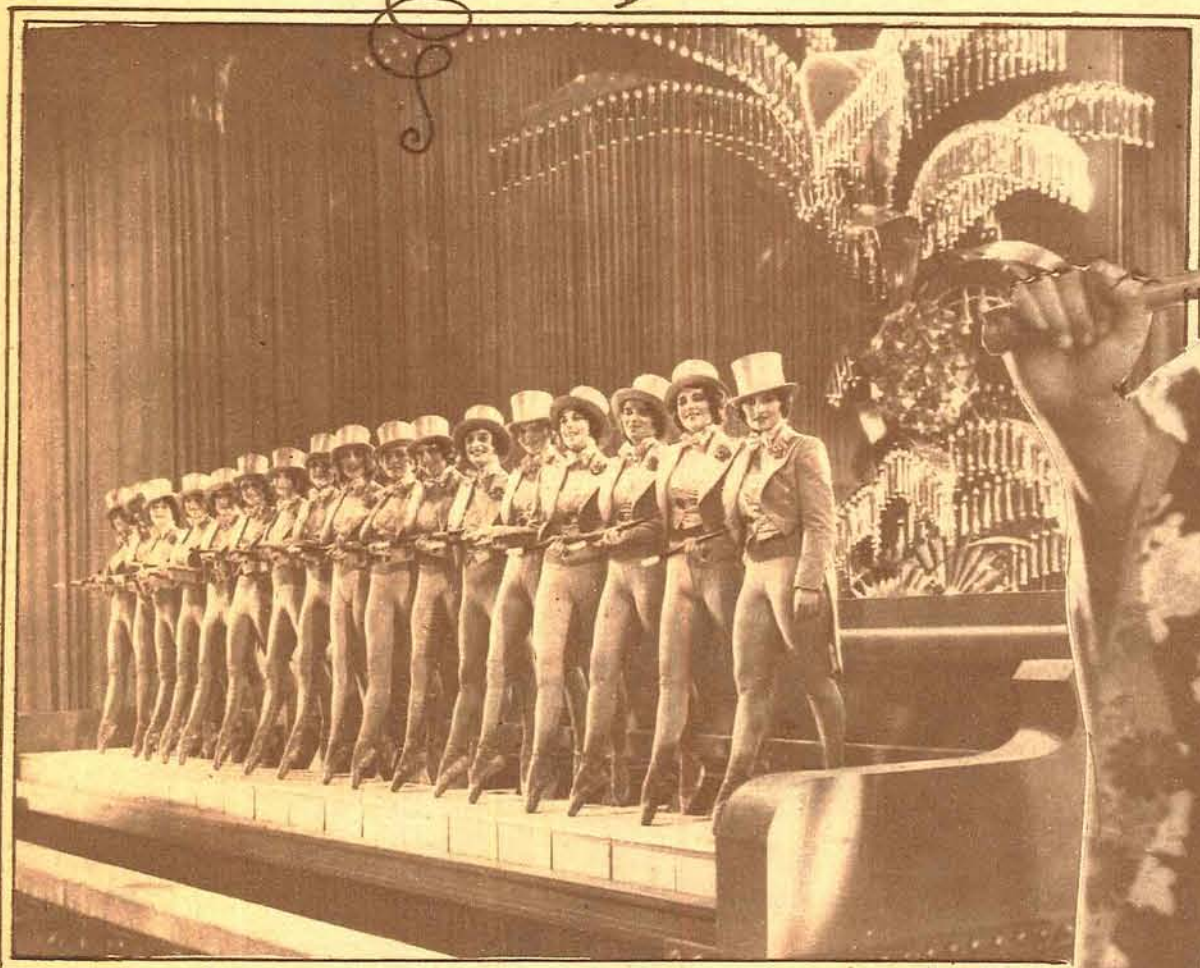
En el Yacht Club Argentino. Carmen Llavallol, Santiago Sánchez Elía, María Amelia Schindler, Josefina Artayeta, Ricardo Quirno Lavalle, Carmen Cossio, Luisa De Bary, Elvira Ayerza, Horacio Tedin, Mercedes Cossio, Ernestina Larreta Llavallol y Manuel Rodríguez Alcorta.





Arte teatral coreográfico

Un curioso aspecto de los ejercicios coreográficos que realizan las alumnas de la famosa escuela de baile de Mira Holzbach, en Praga.



El cuerpo de bailarinas que acompaña las composiciones de Paul Whiteman, realizando uno de sus números sobre las teclas del piano gigantesco que sirve de trono al "Rey del Jazz".

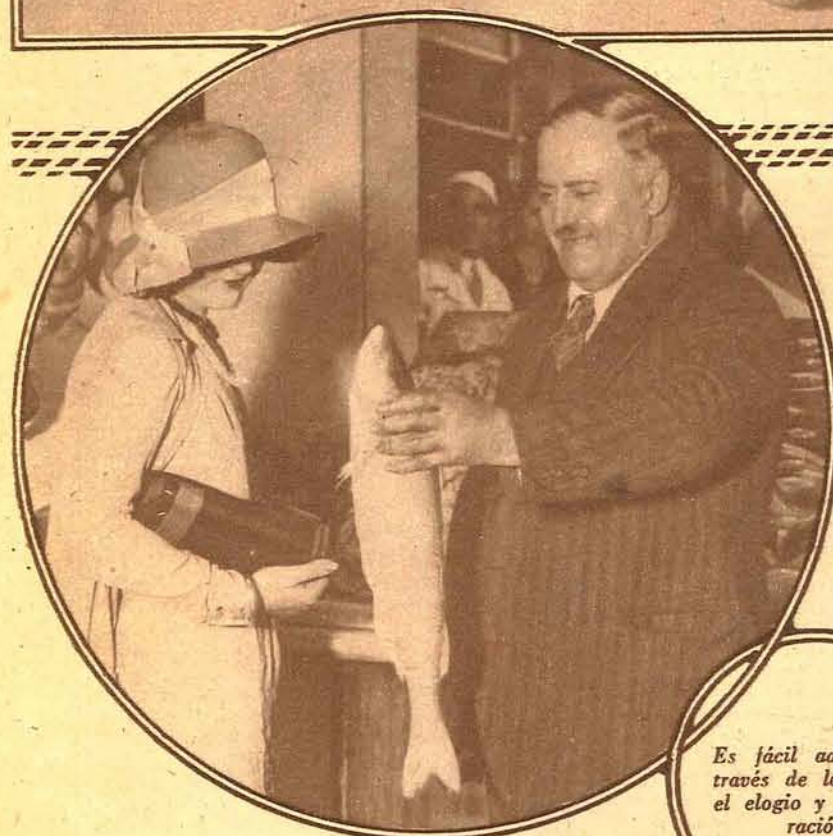


Ishi, linda bailarina japonesa que actuó recientemente con gran éxito en el teatro de los Campos Elíseos, de París.



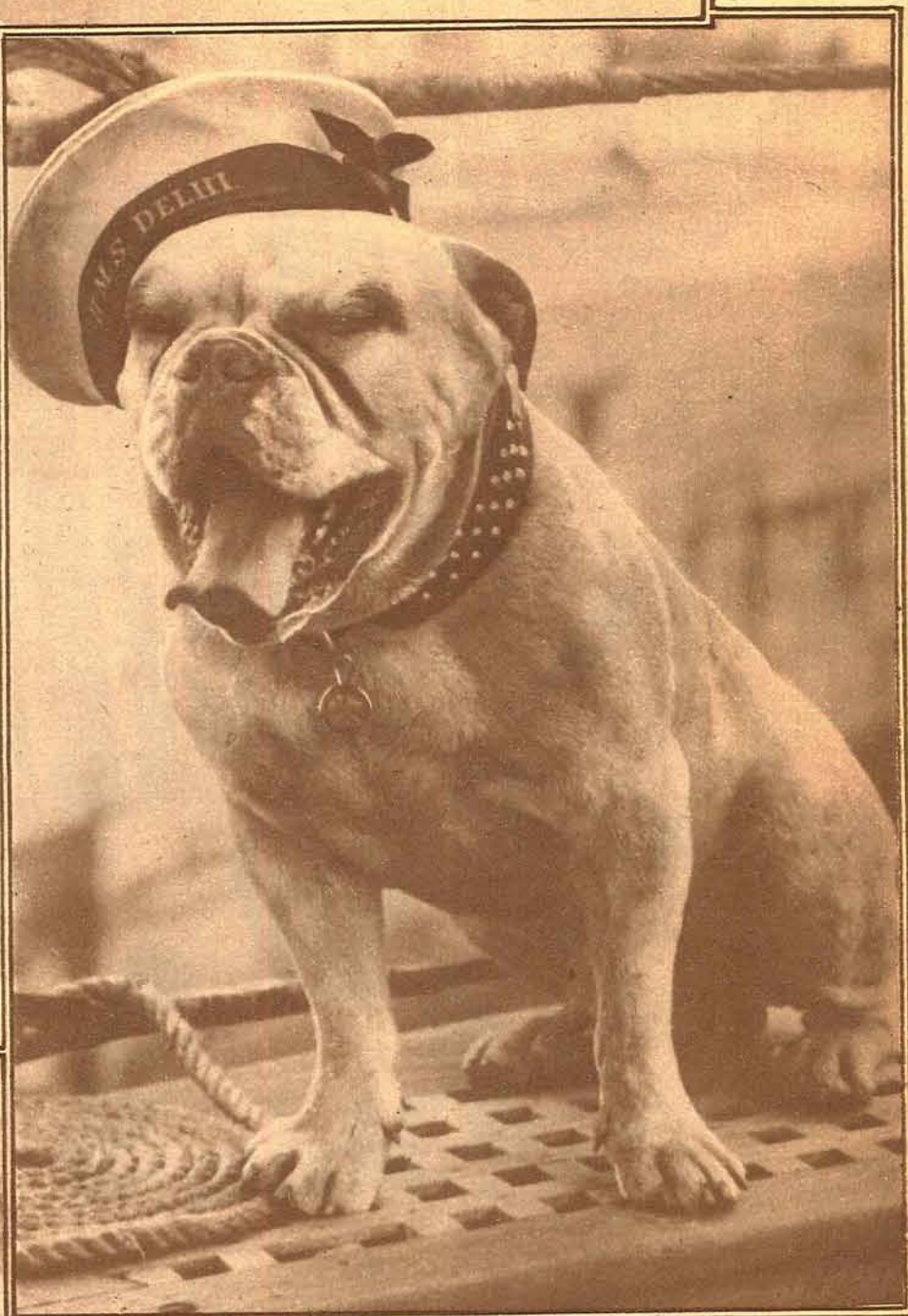


Una escena de místico recogimiento sorprendida en la basílica de Santo Domingo.



Es fácil adivinar a través de la sonrisa el elogio y la admiración.

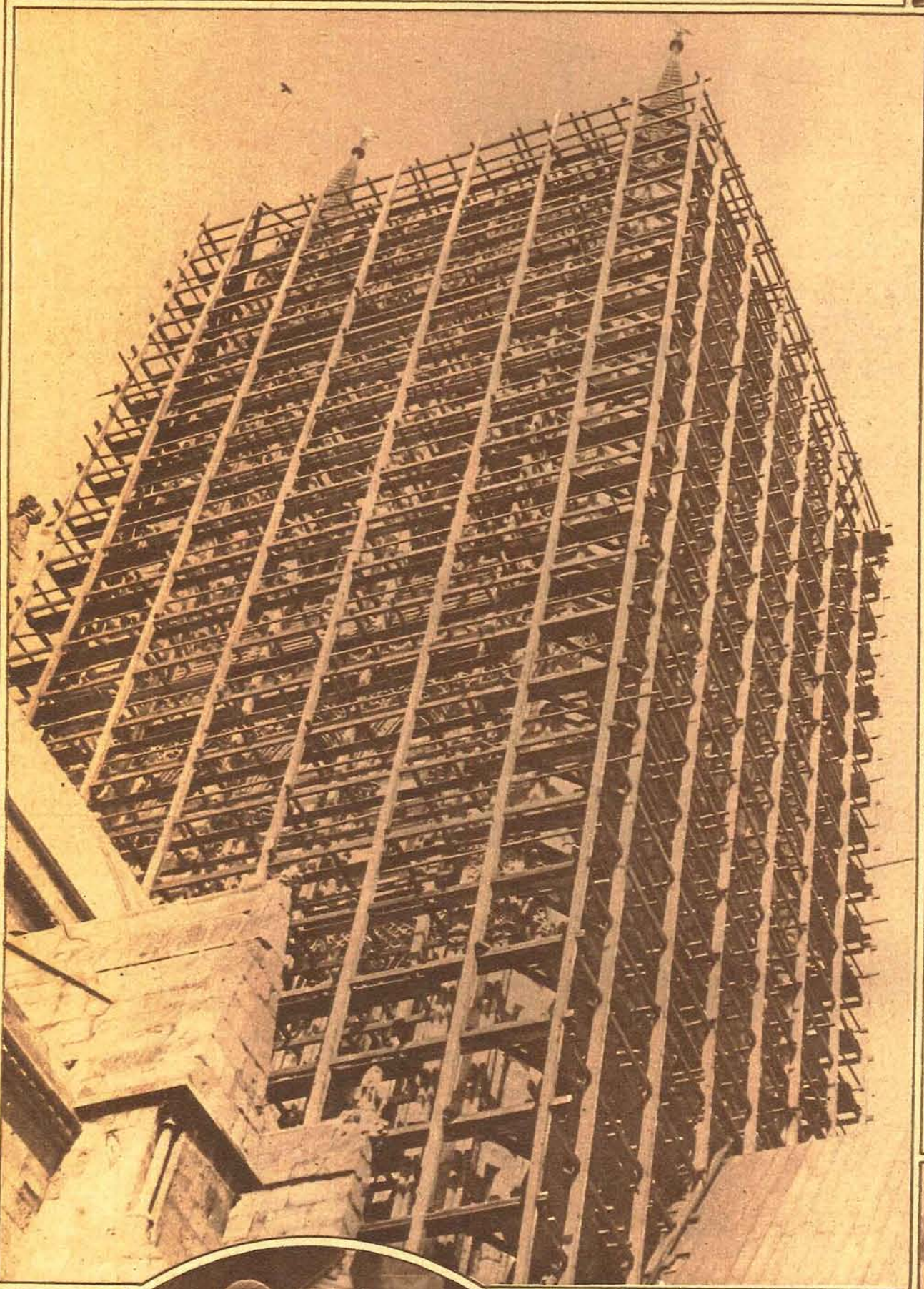
INSTANTANEAS



La mascota del crucero inglés Delhi montando guardia.



La contemplación del espectáculo deportivo es una forma de hacer más llevadera la dura obligación de la guardia.



Lita Grey, ex esposa de Carlitos Chaplin, en su hotel de París, donde reside actualmente.

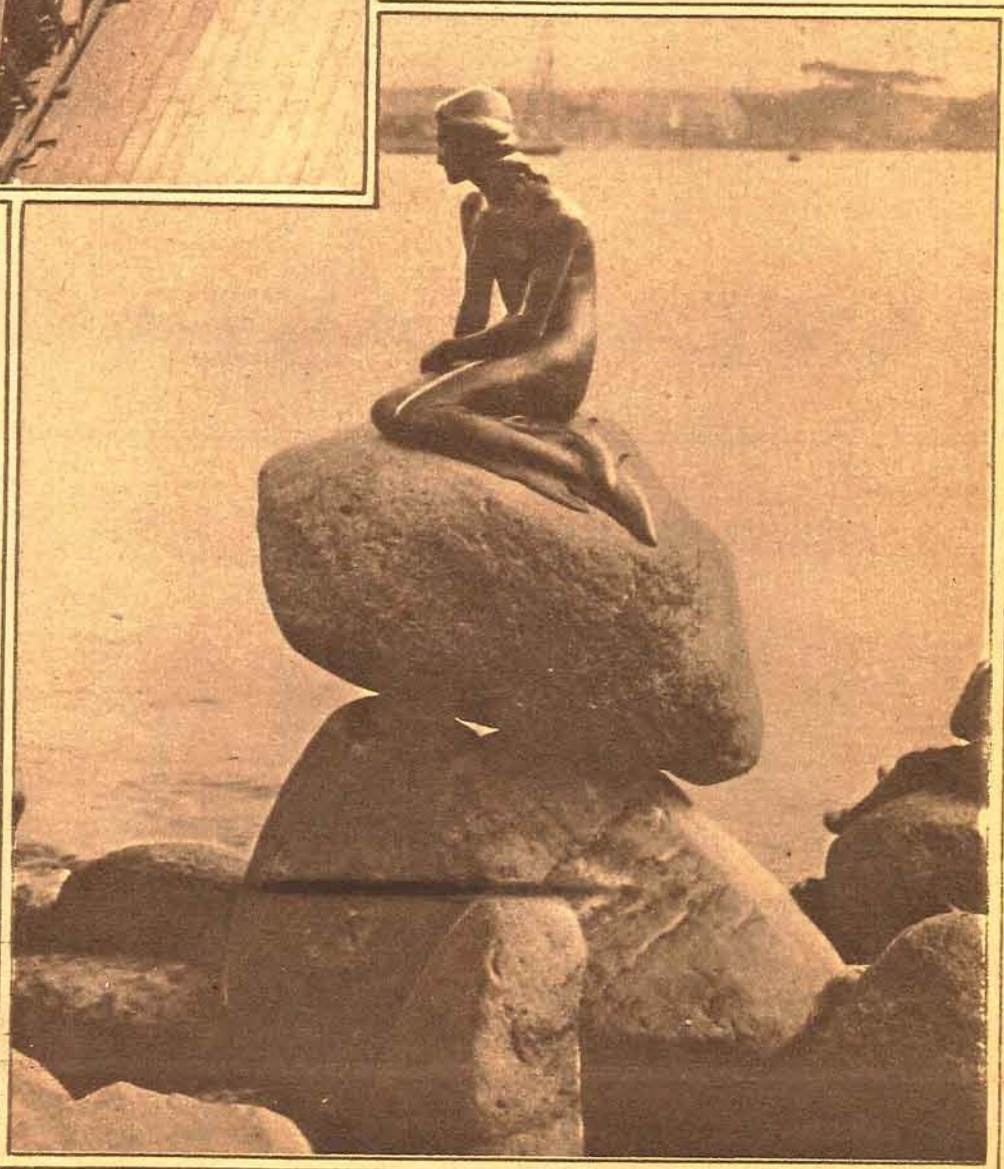
Gigantesco andamiaje colocado en una de las torres de la Catedral de Lincoln con ocasión de los trabajos de reparación del templo.



Elisabeth Keimer, renombrada pintora alemana, gusta de viajar en avión. Recientemente fué autorizada—por vez primera en la historia del Vaticano tratándose de una mujer—a hacer un retrato al Papa.

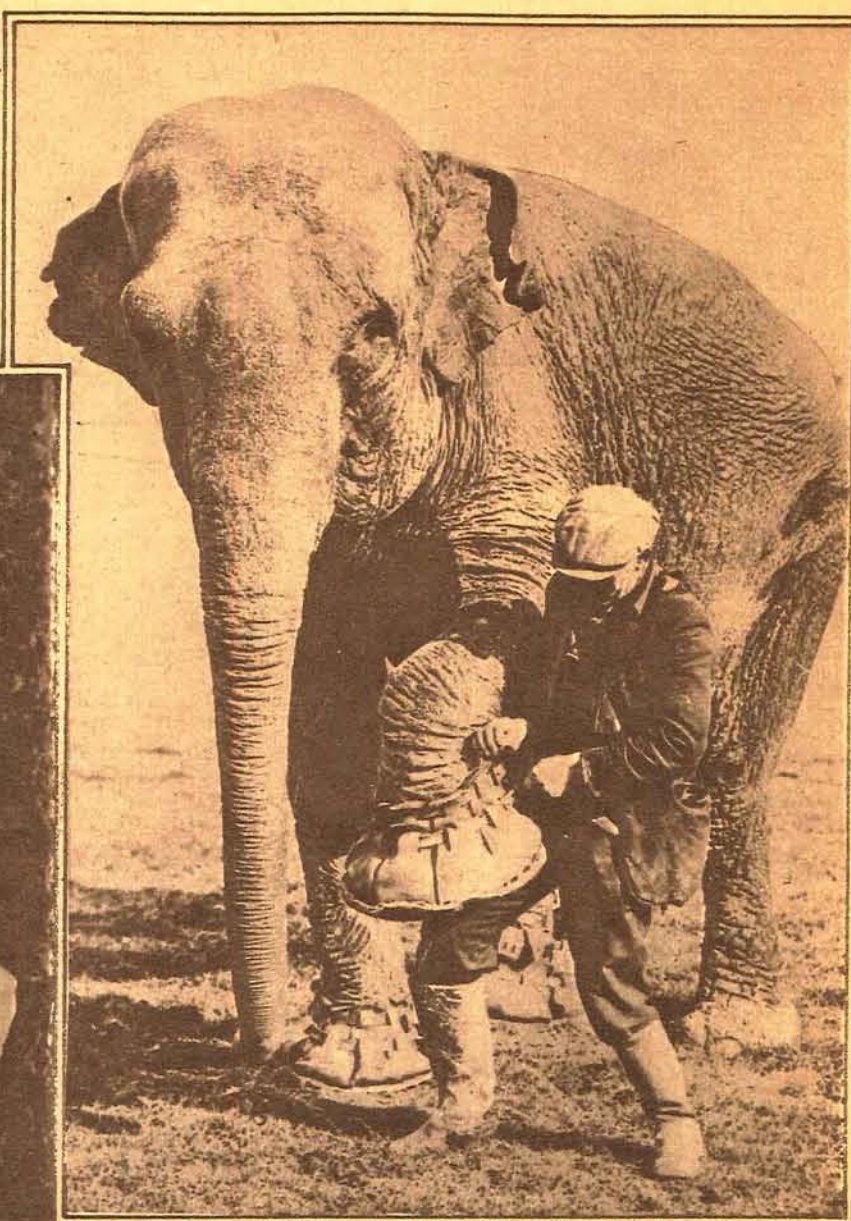


"La Pequeña Sirena", monumento erigido en el puerto de Copenhague en homenaje a la memoria del poeta y novelista danés Hans Christian Andersen.



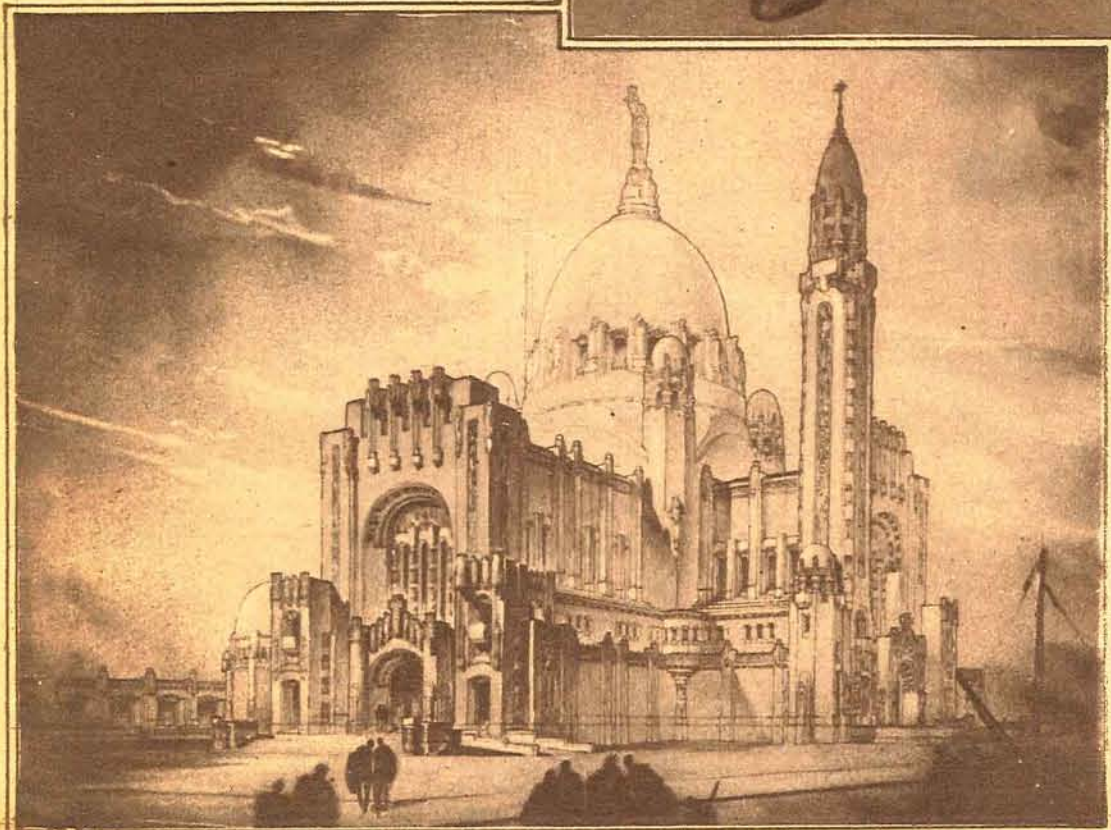


Uno de los elefantes del circo británico de Lord John Sanger en el momento de ser calzado con los botines especiales que le permitirán dar paseos por las tierras de labor sin lastimarse las extremidades.



Una pequeña asilada del "Hogar de viudas y huérfanos de los veteranos de guerras extranjeras" prendiendo una flor en la solapa del Presidente Hoover con ocasión de la colecta benéfica que aquella entidad realiza anualmente.

La señorita Jackie, bailarina del Casino de París, elegida "Reina de los Sports" de Francia.



La nueva iglesia de Lourdes que será levantada en Santiago de Chile.

ESTE JABÓN TAN EXQUISITO ERA ANTES UN LUJO -



Un jabón tan delicado como una perla, tan fragante como una flor - el Jabón "LUX" de Tocador da a su cutis el cuidado esmerado y limpieza que solamente los más costosos jabones le han proporcionado hasta ahora. En todas partes del mundo las mujeres eligen este delicioso jabón marfil como su favorito - porque su sedosa espuma conserva su cutis tan maravillosamente suave. Pruebe una de estas exquisitas pastillas hoy.

50 centavos la pastilla

LEVER HERMANOS LIMITADA - ESMERALDA 16 - BUENOS AIRES

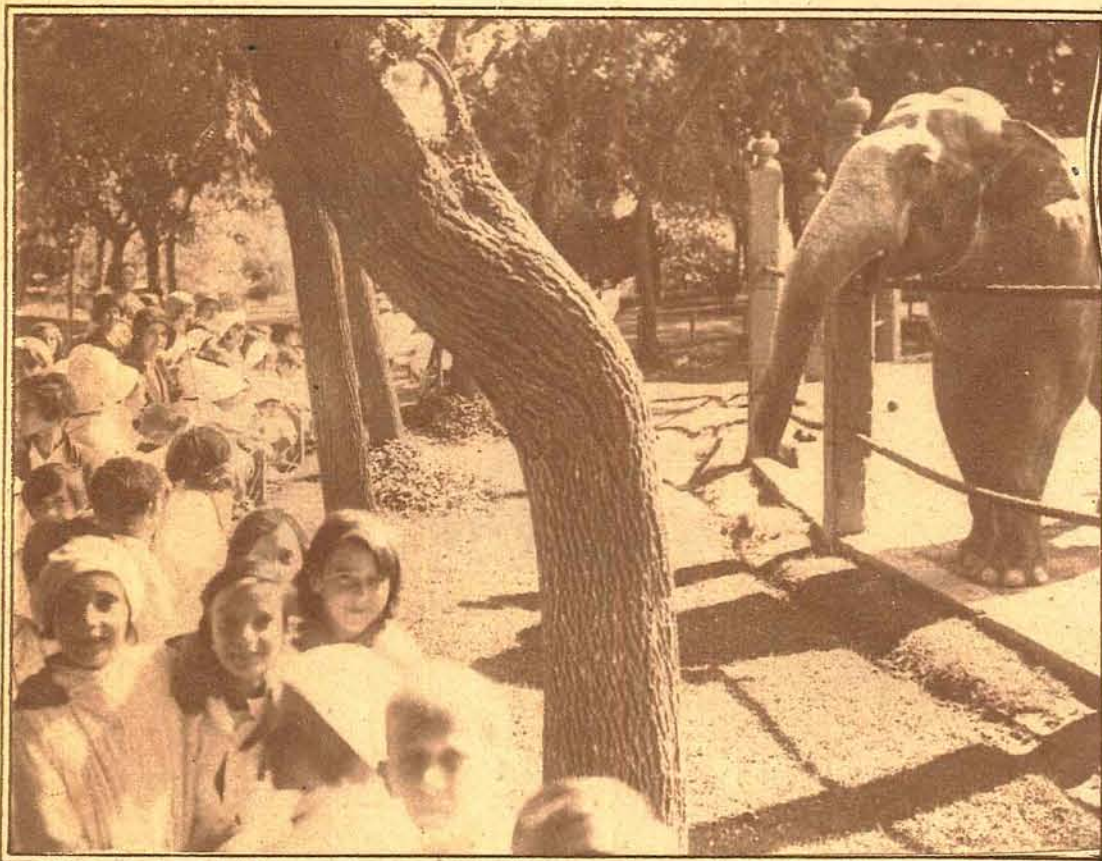
LUX JABÓN de TOCADOR

L. T. S. - 11.



LA ENSEÑANZA AL AIRE LIBRE

En el plan de estudios de las escuelas al aire libre entran las excursiones instructivas y de esparcimiento. Con tal propósito, la escuela número 6 de esa categoría realizó una visita al Jardín Zoológico. Los niños observando un trío de pelícanos.



El elefante es siempre motivo de admiración y de curiosidad.

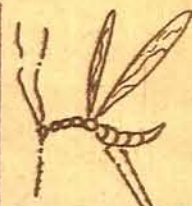


La pequeña colonia infantil recorriendo el parque bajo la mirada atenta de sus maestras.

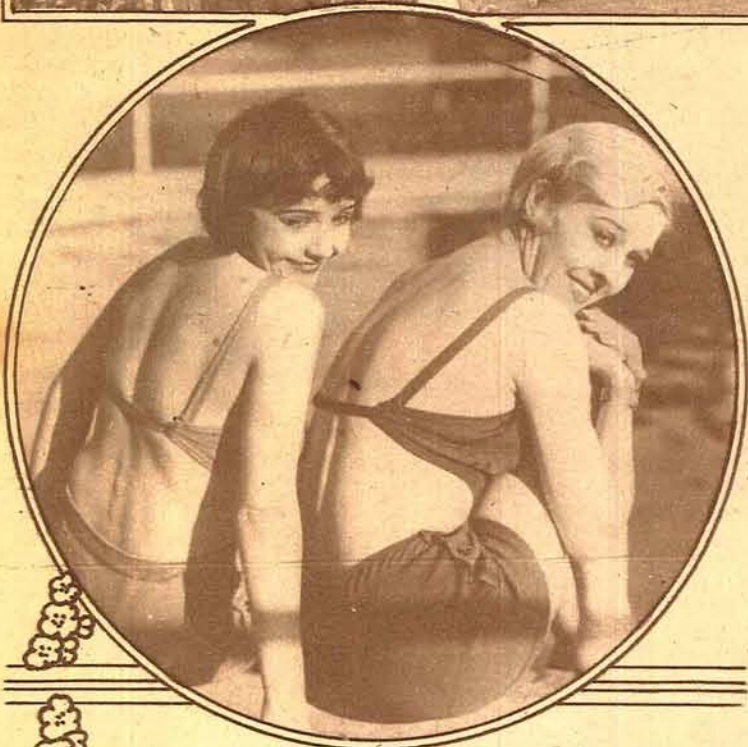


El comentario intencionado de los niños provoca una reacción extraña en el ánimo de la jirafa.





En celebración del éxito obtenido en la intensísima campaña contra la fiebre amarilla, se realizó en Río de Janeiro la parada de "los matamosquitos", en que formaron 12.000 hombres que integraron este cuerpo sanitario.



Una morena y una rubia, Rita Rozelle y Amber Norman, respectivamente, exhibiendo en Los Angeles, California, un modelo de traje de baño considerado, a lo que parece, como la última palabra de la moda en materia de indumentaria femenina de playa.

Para la belleza del rostro,

Evita Franco considera primordial el uso de Crema de Oriente Vindobona

"Se me pide mi opinión sobre la mejor manera de embellecer el cutis. Creo primordial tratar el cutis con Crema de Oriente Vindobona. He comprobado que los perjuicios causados por el viento, el sol, la tierra, el frío y los coloretes cuyo uso exige la escena, desaparecen rápidamente con aquel maravilloso producto y he visto casi milagros realizados con ella borrando arrugas profundas y manchas pronunciadas. El uso de Crema de Oriente Vindobona es habitual en mí y en muchas actrices."

Evita Franco

Ahora, descubra la belleza en el cutis de Usted

Las pecas, manchas cutáneas, barritos, arrugas, quemaduras de sol, la piel cetrina y la rojez desaparecen rápidamente,

—o le devolvemos el dinero



Evita Franco

Crema de Oriente Vindobona no es simplemente una crema más. Constituye uno de los grandes descubrimientos en cosmética de todos los tiempos. Sus componentes son distintos. Sus resultados superan todo lo que usted pueda haber ensayado, porque es la única crema de tocador que posee propiedades de vaso-constructor. Puede formar una piel nueva.

CÓMO ACLARA Y ALISA LA PIEL

La epidermis normalmente se renueva de continuo. La belleza del cutis depende de ese proceso de renovación. Haga usted penetrar la Crema de Oriente Vindobona mediante ligeros masajes. Sus científicos ingredientes evitan que en las nuevas células se repitan los defectos que ostenta la parte exterior de la piel. Así, la Crema de Oriente Vindobona, realmente construye para usted un cutis nuevo. Destruye las pecas, paños y manchas cutáneas. Refina los tejidos, contrayendo los poros. Aclara la piel y le confiere frescura y lozanía. Las arrugas se alisan, porque tonifica las nuevas capas de la piel al mismo tiempo que las aclara.

VIGILE LOS RESULTADOS

Usted verá en el espejo que la piel se aclara, que las pecas y manchas palidecen. Y puede usted seguir este encantador tratamiento en la discreción de su hogar. Nadie se enterará. De día, debajo de los polvos protege el cutis contra el frío, el sol, el viento y la humedad. Sana cualquier paspadura en seguida que se aplique.

EL TRATAMIENTO MÁS POPULAR ENTRE LAS ACTRICES

La primera actriz doña Berta Cangloff, bella esposa de nuestro actor señor Arata, dice que nunca ha visto ni oído de ninguna otra crema que reuniera tantas y tan buenas cualidades como la Crema de Oriente Vindobona. "A los pocos días de usarla—dice—al mirar el cutis en el espejo, al palparlo, parece que se viera y se sintiera el cutis de una criatura." Aplicaciones profusas de Crema de Oriente Vindobona todas las noches en el rostro, brazos, cuello y escote constituyen el secreto de su tocador de Amelia Senisterra, María Esther de Pomar y muchas otras actrices.

Crema de Oriente se vende en las casas de más prestigio:

Farmacia Franco Inglesa, Sarmiento y Florida. Casa Argentina Scherrer, Suipacha 171. Gath y Chaves, Casa Central y Sucursales. Farmacia Scannapieco, Esmeralda y Tucumán. Farmacia González, Rivadavia y Centenera. Farmacia Ferrini, Florida 820. Farmacia Chialvo, Talcahuano y Sarmiento. Farmacia Inglesa, Av. de Mayo 900. Farmacia Gibson, Alsina y Defensa y Florida 381. Farmacia Nelson, Suipacha 477. Perfumería Wislowna, Cabildo 1589. Farmacia Del Pueblo, Rivadavia 789. Tienda La Piedad, Bartolomé Mitre y Cerrito. Perfumería Oasis, San Martín 1717 y Cangallo 1180, y en la sucursal Argentina de los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA N° 8, piso 1° (Atendida por señoritas) BUENOS AIRES

Folleto explicativo gratis.
Llene y remita el cupón.

PEDIDOS DEL INTERIOR
SE ATIENDEN EN EL DÍA

En Montevideo:
Andes, 1338 (2° piso)

LABORATORIOS VINDOBONA

Florida N° 8 - Piso 1° - Buenos Aires.

L. N. O. 32

Sírvanse enviarme, gratis, folletos sobre la Crema de Oriente Vindobona.

Nombre

Calle..... N°.....

Ciudad..... F. C.....



La señorita Yamanuro, que obtuvo recientemente el grado de capitán del Ejército de Salvación en la escuela de Hackney, Inglaterra, y que colaborará con su padre, el comisionado Yamanuro, en la tarea de organizar en el Japón una rama de la entidad salvacionista.



Comience hoy a rebajar su peso

¿No ha observado usted que numerosas personas encontraron la manera de perder peso y conseguir esbeltez?

A su alrededor reina la esbeltez. El exceso de peso, la gordura, la corpulencia, son menos comunes que antes.

Algunas personas todavía se someten a dietas y ejercicios cansadores.

Pero, día a día, aumentan las adeptas al tratamiento científico más agradable: dos "Baños Sarowal" por semana.

Constituyen un deleite. En una bañadera llena de agua caliente se disuelve uno de los paquetitos contenido en cada caja de "Polvos para Baños Sarowal". En seguida usted reposa en el agua y se inicia un proceso físico fisiológico que disuelve las grasas y los tejidos adiposos, expulsándolos a través de los poros y obligando su reabsorción por el organismo.

Y los baños con "Polvos para Baños Sarowal" vivifican. La piel queda lisa y suave. Las arrugas que hubiere se alisan. Pesándose usted antes y después de cada baño, constatará que se ha librado de uno o dos kilos.

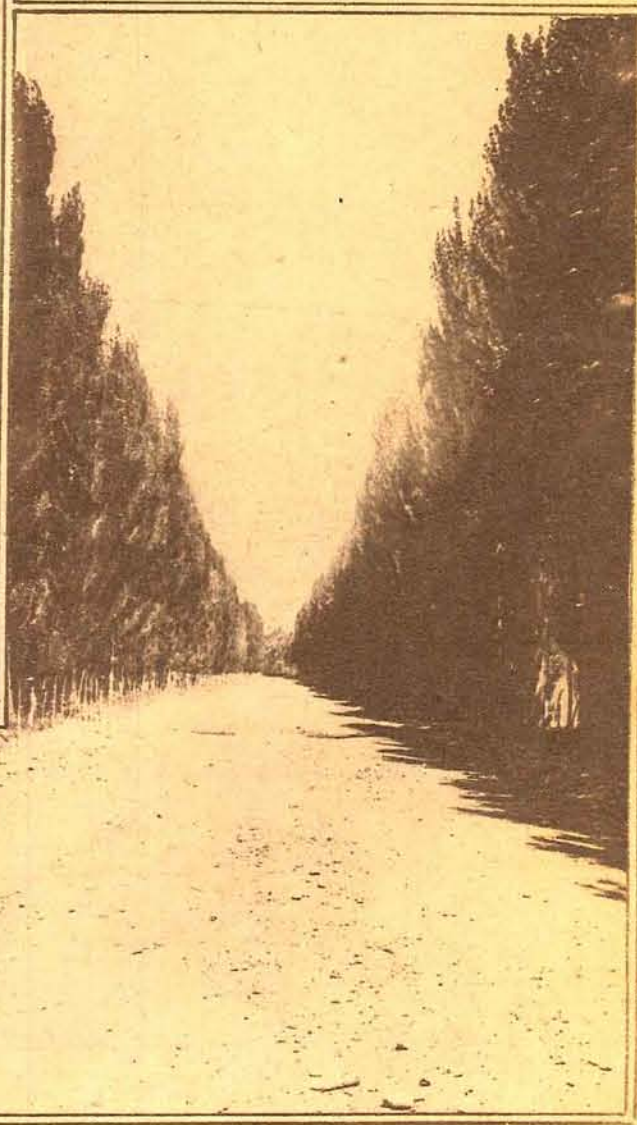
Desde luego los "Polvos para Baños Sarowal" no afectan el esmalte de las bañaderas ni las ropas de baño. Se usan en las capitales europeas desde hace más de tres años. Quienes los usaron, contaron los resultados. Esta es la razón de por qué la esbeltez se convirtió en cosa corriente. Usted deberá cerciorarse de lo que "Polvos para Baños Sarowal" pueden significar para usted. Siempre estará contenta de haberlos descubierto. Empezar hoy.

Polvos para Baños Sarowal los venden las mejores casas:

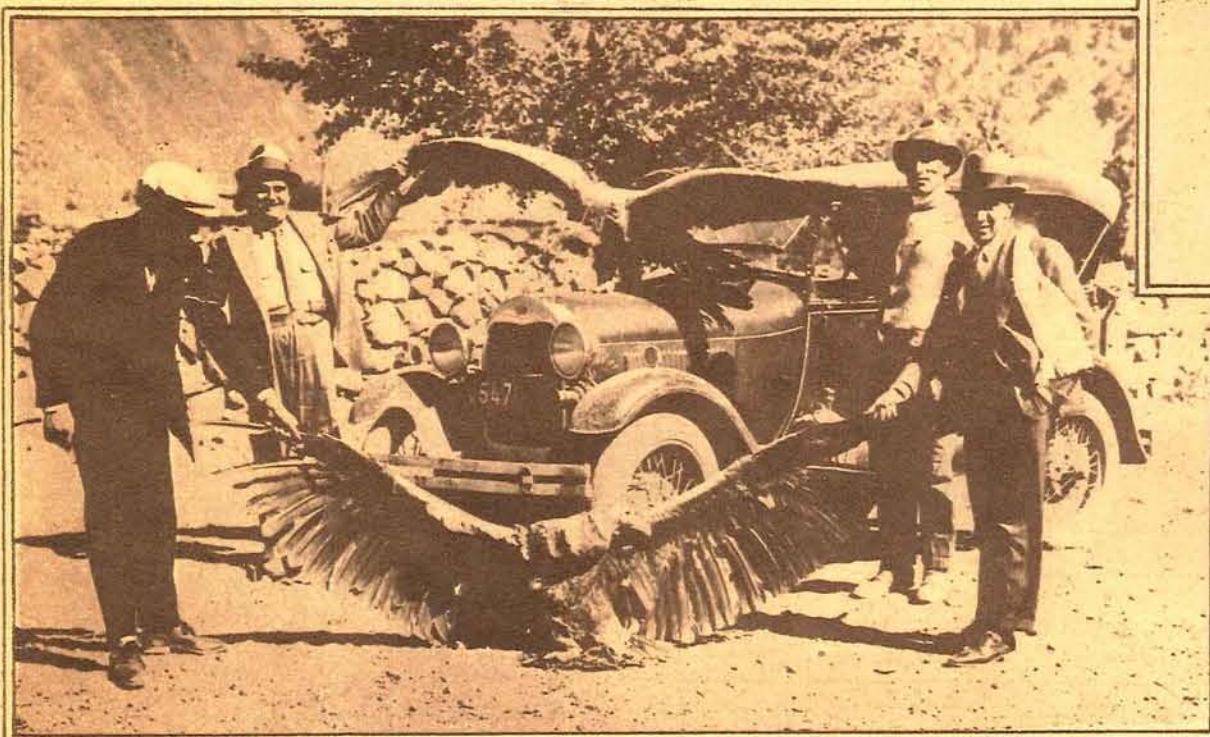
Laborator. Vindobona Florida N° 8, piso 1°	Farmacia Scannapieco Esmeralda y Tucumán	Casa Argent. Scherrer Suipacha, 171	En Montevideo: W. Ellis - Andes, 1338
Farm. Franco Inglesa Sarmiento y Florida	Perfumería Wislowna Cabildo, 1589	Farmacia L'Aiglon Callao y Cangallo	En Rosario: Farm. "Del Aguila"
Gath y Chaves Casa Central y Sucurs.	Casa Beretervide y Cia. Piedras, 170	En La Plata: Calle 7 esquina 47	San Martín, 848



El Cristo de Los Andes, monumento erigido en honor de la fraternidad argentino-chilena, es un motivo de atracción para los turistas que recorren los caminos de la cordillera en procura de la contemplación de los panoramas singularmente hermosos que aquélla suele deparar.



Un camino en las proximidades de la cordillera. Lleva a la estancia de Uspallata y en una gran extensión está flanqueado por una doble hilera de álamos.



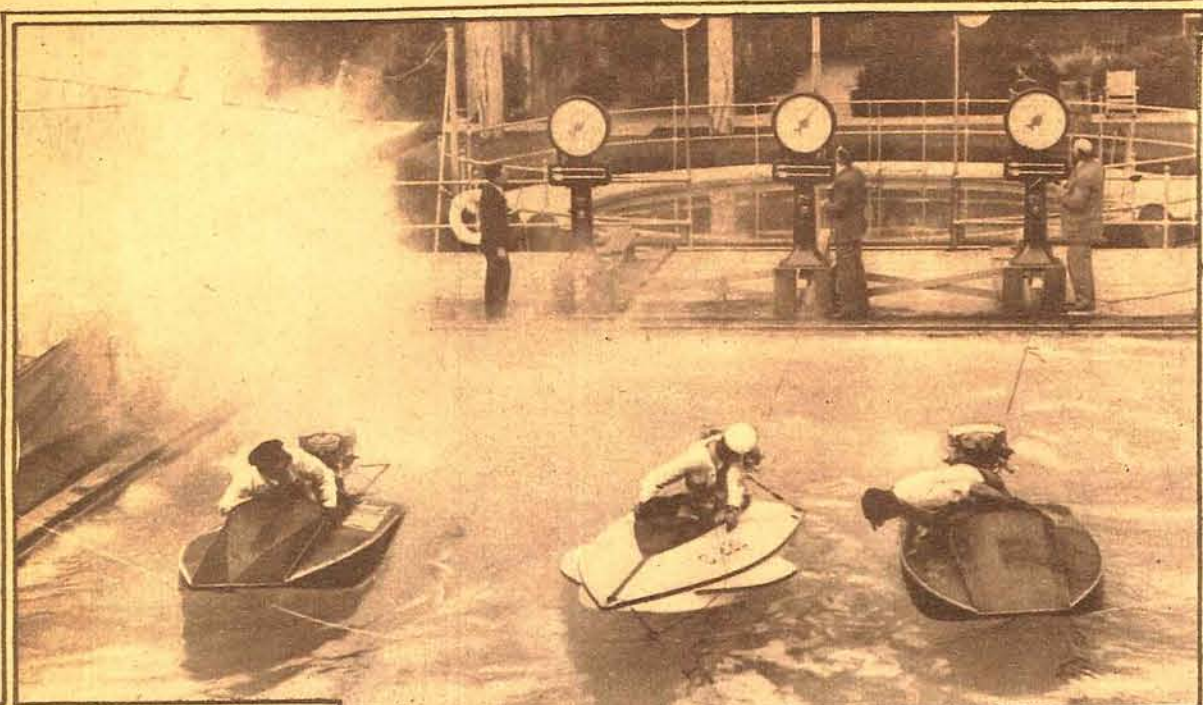
Los cóndores son presas codiciadas por los turistas y las más de las veces constituyen el mejor premio para las fatigas del viaje.



Bonito aspecto del camino en la cordillera. El zigzag del camino facilita considerablemente el viaje en automóvil a Chile.



Concurrentes a la audición de música criolla ofrecida por el ministro argentino en Colombia, doctor Atilio Barilari, en el local de la legación.



Antes de las regatas los yachtsmen establecen la velocidad de sus máquinas en la piletta fantástica que existe en Los Angeles, California



Los polistas argentinos Juan Reynal y Manuel Andrada, realizando la difícil prueba de mantenerse de pie, "bota contra bota"



Sport Extranjero

The Weaver-Jackson Company

Los más eminentes especialistas en belleza de Hollywood recomiendan el uso diario del jabón Palmolive.

"La sociedad aquí es muy cosmopolita, como también, nuestra clientela. Y tenemos que conocer todos los tratamientos de belleza que estén de moda en Europa... Entre éstos el más famoso es el tratamiento del jabón Palmolive... usado por las bellezas más renombradas de Europa."

Weaver-Jackson Co.
By Willard Hayes U.P.

HOLLYWOOD - LOS ANGELES - PASADENA

HOLLYWOOD, meca de la belleza, escucha a sus especialistas con el mismo respeto que escucharía a los doctores.

Pues, en Hollywood, la belleza indica éxito, y un cutis encantador le vale más a una mujer que cualquier otra cosa en el mundo. ¡Estas son noticias importantes de belleza!

Escuche, entonces, lo que dicen los especialistas de The Weaver-Jackson Company... quienes cuentan entre sus clientes a más de la mitad de las famosas estrellas del Cine.

El lugar donde se hermean las estrellas de Hollywood

"Entre nuestros clientes se encuentran las mujeres más distinguidas, de gustos más refinados y más prominentes de Hollywood, Los Angeles y Pasadena. Estamos orgullosos de atender a más de la mitad de las mujeres de la industria cinematográfica."

"Nosotros somos propietarios y dirigimos 10 elegantes y distinguidos salones de belleza, que forman la unidad más grande que existe en ciudad alguna del mundo, y uno de nuestros más prominentes salones se encuentra en el Hotel Ambassador."

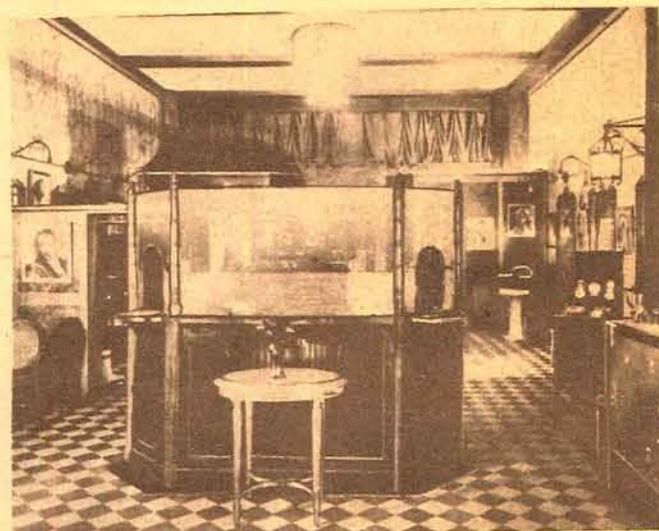
"La sociedad aquí es muy cosmopolita, como también nuestra clientela. Por lo que debemos de conocer todos los tratamientos de belleza que estén de moda en Europa."

"Entre éstos, el más famoso es el tratamiento del jabón Palmolive. Este jabón está hecho de los aceites de palma y oliva."



Frótese usted la cara suavemente con la espuma de este jabón, hasta que note usted que el cutis esté limpio. Después enjuáguese y séquese perfectamente. He aquí el tratamiento de belleza usado por las más famosas bellezas de Europa."

Numerosos especialistas de Hollywood recomiendan este famoso tratamiento del



Interior de uno de los diez famosos salones de belleza de Weaver-Jackson en Hollywood, visitado por más de la mitad de las celebridades del mundo cinematográfico. Los salones de The Weaver-Jackson Company son conocidos en todo Los Angeles, Pasadena y Hollywood.

jabón Palmolive. Y más de cuatro mil especialistas en los Estados Unidos de América les dan a sus clientes este mismo consejo.

En París, la cuna de la belleza, todos los especialistas aconsejan lo mismo. Por ejemplo, Lina Cavalieri, la que fué célebre artista de ópera, ahora les dice a las mujeres más distinguidas de París cómo deben de conservar su inapreciable belleza: Massé; Vincent; Delord et Bion; Payot — todos los especialistas de renombre en belleza en la hermosa capital de Francia recomiendan el jabón Palmolive a sus distinguidos clientes; y en Viena, Berlín, Budapest, Roma, Madrid, Londres — en todas las grandes capitales de Europa, le dan a usted el mismo consejo: "Proteja su belleza con el jabón Palmolive", Colgate Palmolive Peet Lda. S. A. Ind., Buenos Aires.

Insista en la marca **PALMOLIVE**. Exija la envoltura verde con la faja negra.

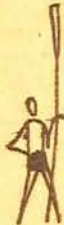


35
centavos
la pastilla

3 pastillas por \$ 1.-

JABON PALMOLIVE

El famoso ocho de Cambridge, que se adjudicó una vez más la clásica regata interuniversitaria



La ELEGANCIA FEMENINA

Al crear mis modelos tengo en cuenta todos los tipos: altas y rubias; morenas y bajas; gruesas, jóvenes, de edad, medianas; las que desean parecer más jóvenes, etc., etc.

"¿Cómo — se me preguntó hace poco — se puede estar segura de lo que sienta a cada cual? Es difícil indudablemente. Algunas lo saben por instinto.

Es curioso; pero un buen sistema es elegir con una opinión masculina que sea franca y al mismo tiempo esté interesado en que se esté bien vestida. No sabrá nada de modas, pero su instinto le dirá infaliblemente lo que queda bien o mal. Encuentran en seguida el toque que confiere encantos, aunque seguramente no saben definirlo.

Es por eso que aconsejo a mis clientes que elijan sus modelos con sus maridos; nueve veces en diez, la elección será feliz. No hay que precipitar el juicio con opiniones propias ni entusiasmos, aunque he observado que son pocos los que se dejan influir por ellas.

Aunque esta premisa resulte sorprendente, aconsejo su ensayo.

PARIS ELIGE TELAS PARA SUS MODELOS NUEVOS

HE oído decir últimamente que en París uno de cada cuatro habitantes trabaja directa o indirectamente en la fabricación de trajes femeninos. En el norte de Francia hay pueblos enteros que viven de la fabricación de telas de lana, como hay otros que se dedican a la industria de la seda. Un distrito entero se ocupa de guantes; casi todas las mujeres de otro pasan la vida haciendo lencería. Es cosa sabida que los encajes ocupan a muchas provincias. Todos estos productos llegan a París, el emporio económico del país. Se cree que un cuarto de su población se ocupa en actividades relacionadas con la indumentaria femenina. Sus grandes escritorios se interesan en la moda. Sus artistas van aún más lejos. Algunos de los pintores más conocidos crean diseños para los grandes fabricantes de telas.

Hace mucho que Raül Dufy diseña gran parte de las creaciones de Bianchini. Este año ha creado una serie original e interesante de chiffons imprimés con verdaderos diferentes. Uno de los imprimés de más efecto de Ducharme se compone de discos de fonógrafo con reflejos de luz. Otra serie de crêpe de Chine imprimé tiene un arca de Noé y juguetes. Jacqueline Marval, la artista que pinta flores y mujeres con tanta delicadeza, ha puesto su pincel a su disposición, para producir sedas de una frescura de colorido comparable solo a sus cuadros.

Coudrier tiene diseños de rosas en tonos anaranjados y marrones. "Chez Leseur", Fougère, ha diseñado caracteres japoneses, haciendo maravillas en tonos neutros.

Los chiffons nuevos de Bianchini tienen grandes flores, aunque también se ven algunos diseños florales pequeños, lirios de los valles, flores del campo, rosas grandes y chicas y cuadros hechos con flores chicas. En muchas telas aparece una estrella hecha a la manera modernista. Otras tienen corales, caracoles y pescados. Otros buscan inspiración en los vasos griegos. Los lamé tienen diseños de frondas. Los crêpes muestran los dos tipos, lunares chicos, cuadrículados, etc., como también flores, frutas, aldeas japonesas y diseños de cachemires.

"Chez Coudrier" vemos hojas muy agrandadas en una tela y muy pequeñas en otra del mismo conjunto. Todas las casas tienen la misma idea de componer dos telas con el mismo diseño para conjuntos de noche, como taffetas y chiffon o lamé y diferentes tamaños de diseños en cada tela.

DIBUJOS DE PIERRE FOSSEY



Modelo de tapado de Premet en paño marrón adornado con cuello, puños y cinturón en cuero beige. Conjunto de Premet, en lana gris; echarpe en astracán gris claro

LAS MODAS ACTUALES SUGIEREN INDIVIDUALIDAD

Por MADAME JENNY

EN toda mi carrera de "couturière" nunca me ha parecido más difícil la elección de trajes como en este momento. La razón es obvia: hay demasiado en que elegir. Es el momento de poner de manifiesto la personalidad propia, ya que la moda es tan variada. En

mi última colección he tenido muy en cuenta el conjunto. Mis tapados de invierno fueron en lanas muy suaves y flexibles, muchos con capa, otros con echarpes o con corbata de lo mismo o en piel. Tengo más de un vestido para hacer juego con el traje, repitiendo el diseño en tela más fina. Los vestidos son en kasha de lana y kasha de seda y jersey, siendo livianos y suaves.

Un bonito modelo es en azul marino con falda algo amplia a tabloncitos sueltos retenidos por el cinturón, y el cuerpo abre adelante como chaqueta, mostrando una blusa en kasha de seda champaña con botones de acero.

Hay una tela nueva, "grania", propia para tapados prácticos con mangas raglan. El rojo llama se usa no sólo para tapados, sino también para trajes de noche. He terminado uno en georgette que sigue las líneas generales con caderas ajustadas y drapés flotantes. Otro es en encaje ciré en el mismo tono; de una basquiña hasta debajo de las caderas salen los panneaux desiguales en georgette y encaje.

Para la noche es especial el tul negro y la pana, y sobre todo el terciopelo negro. Es elegantísimo el vestido escotado con muchos panneaux sueltos en la falda; tengo tapados cortos para formar el conjunto y largos terminados con un volado en forma que sube hasta un hombro. Siempre trato de hacer mis colecciones muy variadas, para que en ellas haya sólo "l'embarras du choix".

LA OPINION MASCULINA EN LA ELECCION DE LOS TRAJES

Por MONSIEUR GASTON

TODO modista parisiense está obligado a crear en cada estación tres o cuatro centenares de modelos nuevos que están a la última moda, reuniendo las condiciones esenciales de belleza de diseño y ejecución; sin embargo, todos no sentarán a la misma persona, pues unas quedan mejor vestidas con extrema sencillez y otras adornadas con volados, etcétera.

Vestido de Redfern, en paño negro con pelerina, incrustación en puntas crêpe de Chine blanca



Vestido de Martial y Armand en crêpe romain negro adornado con georgette blanco bordado en negro. Vestido de Lucile Paray, en tul marrón con flores rojas y blancas

En las colecciones nuevas los diseños se clasifican en varios tipos, según las ocasiones y las horas del día. Como en general se ve menos sencillez que los trajes cortos y rectos de la moda anterior, hay más lugar para diseños grandes. En los modelos de tarde, los más de vestir son más amplios y más femeninos, necesitando mayor cantidad de tela. Los tres largos de las faldas de la moda actual ilustran esta idea. M. Jeunet divide los nuevos diseños en varios tipos: para sport y para las horas de la mañana, hasta las doce; imprimés medianos para el almuerzo y la "prima tarde"; más grandes, con diseños florales, para la hora del "cocktail", y grandes diseños, como "a brochazos", para la noche.

Los primeros son minúsculos: diseños para tweed, lunares como puntas de alfiler, cuadrículas finas, rayas, etc. Las de la tarde, de una y media a dos en adelante, tienen, entre otros, diseños de flores y hojas muy pequeñas. Los de la hora del "cocktail" son modernistas o floreados. Para la noche hay una serie de encajes nuevos que copian a los más célebres. Un diseño muy original y que ha gustado mucho es un ramo con mucho color, envuelto en papel encaje sobre fondo negro. M. Jeunet nos dice que siempre los fondos negros tienen mayor venta. Por otra parte, oímos decir que los imprimés se van; sin embargo, creo que tienen un puesto definitivo en nuestro guardarropa. En todas las colecciones encontramos sedas para reemplazarlas, façones, broché con diseños Jacquard; sin embargo, todas estas telas cuestan más que los crêpe de Chine imprimés, se ensucian y se arrugan más fácilmente. Todos los fabricantes coinciden en afirmar que los imprimés seguirán a la moda; aunque no se vean tanto durante el día, son ideales para la moda de los vestidos largos.

Se ven algunos modelos en moaré en faya y en taffetas. Worth ha compuesto una serie de trajes en terciopelo, y Vionnet usa terciopelo y pana para sus trajes de noche.

El encaje está muy a la moda, tanto los encajes de seda, para vestidos internos, como el

Chantilly y otros tipos que se usan con chiffon para trajes de comida y para pequeñas fiestas. Un vestido en encaje negro es un traje fundamental de un guardarropa, y el encaje blanco y en color se usa aún con preferencia sobre otras telas.

El tul se lleva mucho, a veces combinado con otros géneros para ruedo de vestidos, para alargarlo y hacerlo más liviano. Premet trata muchos ruedos de esa manera.



Vestido de noche de Jenny, en satén rosa pálido con drapiers rectos, adornados con flecos



Lahuerta: Los oros

JENARO LAHUERTA Y PEDRO SANCHEZ,
PINTORES VALENCIANOS

Mucha gente moza sale de las orillas del Turia hacia la consagración general. Ahí tenemos a Manuel Benedito, con su sabio ademán de maestro siempre joven. Pero la hora de su triunfo tiene ya veinticinco años, los mismos o más tal vez que la vida entera de estos chicos que ahora se lanzan a las peleas del arte con una serie de pinturas muy celebradas, negadas o discutidas, y que se

No aparecen, pues, en ruptura con la escuela — con una escuela que, como va dicho, tiene tantas y tan distintas individualidades—, sino en continuidad con ella. Afirmanse como pintores de personalidad sincera, en contacto con el arte actual. “Luego de la intoxicación sorollista—les dice Juan de la Encina en el prólogo del catálogo de su exposición madrileña — los valencianos vuelven por un arte cuya misión es más alta que la de deslumbrar nuestros ojos con duras fulgencias y resoles meridianos”. En este camino de desintoxicación (y Juan de la Encina no alude, en mi entender, a Sorolla, sino al “sorollismo”), Jernaro Lahuerta y Pedro Sánchez tienen todavía muchas palabras que decir. Ojalá se oiga en ellas lo que dejan presentir sus primeras afirmaciones serias, tan animadamente recibidas en los círculos artísticos hispanos.



Lahuerta: Nuestra Señora de la Buena Guía



Sánchez: Rojo y blanco

PERLAS EVAX

43 E, a \$ 35.—
El más distinguido
de los adornos. Co-
llar de perlas EVAX
con broche de bri-
llantitos EVAX y
zafiros calibré.

En los actuales momentos
la corriente de la moda
impone a la mujer ele-
gante, en el arreglo de su
toilette, el uso de alhajas
que por el diseño de sus
modelos y color de sus
piedras se adapten al
conjunto de su vestir.
MONTSENY, en su es-
pléndido surtido de jo-
yas, presenta la variedad
más exquisita de creacio-
nes que contribuirán a
realzar su natural belleza.

Somos los únicos con-
cesionarios de las
PERLAS EVAX.

Exclusivamente en
nuestros salones de
venta hallará las
CREACIONES
MONTSENY.

E438, a \$ 27.—
Sencillamente
admirable es es-
te prendedor
plaquette con
perla y brillan-
titos EVAX.

O238, a \$ 25.—
Agraciado y ten-
tador par de
aros, con gan-
chos de oro y
hermosas perlas
EVAX "Oeuf"

SOLICITE CATÁLOGO
QUE ENVIAMOS GRA-
TIS AL INTERIOR.

CENTRAL
CORRIENTES 789

ANEXO
GALERIA GÜEMES

KODAK TEATRAL



Eyita Franco en una escena interesante de "Aventura amorosa"



La actriz Nita Ney, conocida en el ambiente teatral carioca, que ha tenido parte descolante en la película "Sangue mineiro", de la Phebo Brasil Film

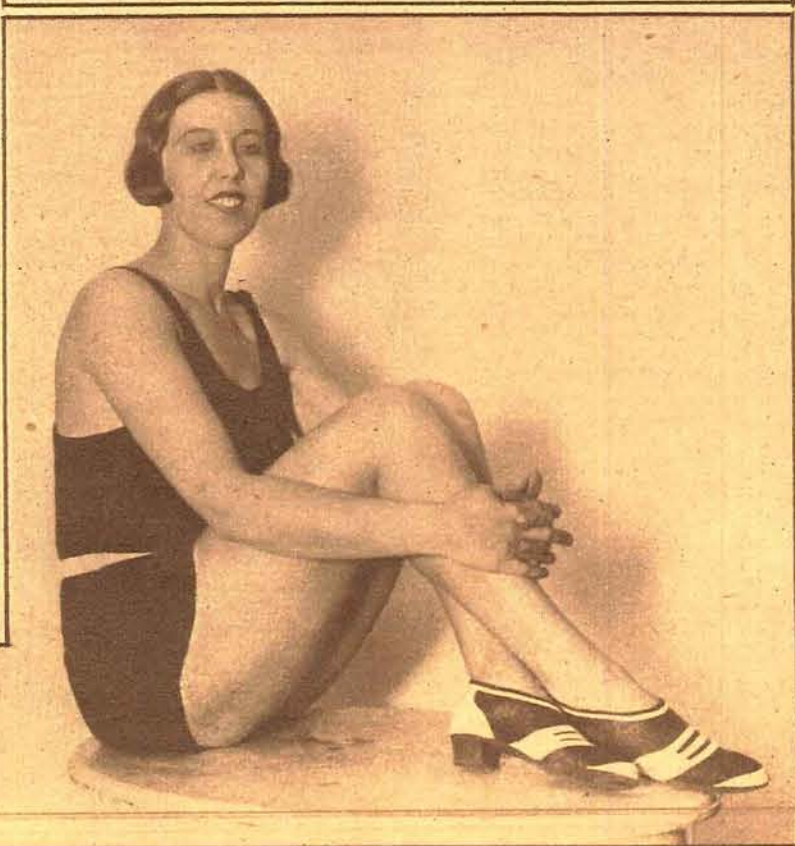


Mientras espera la llamada a escena, Pepe Ratti, como otros de sus colegas, escucha música radiotelefónicamente transmitida



De los escenarios de variedades: Ana Wandrell

Elinor de Ornos, bailarina clásica fantasista, que próximamente se presentará ante el público porteño



¿Se Quemó Ud.?

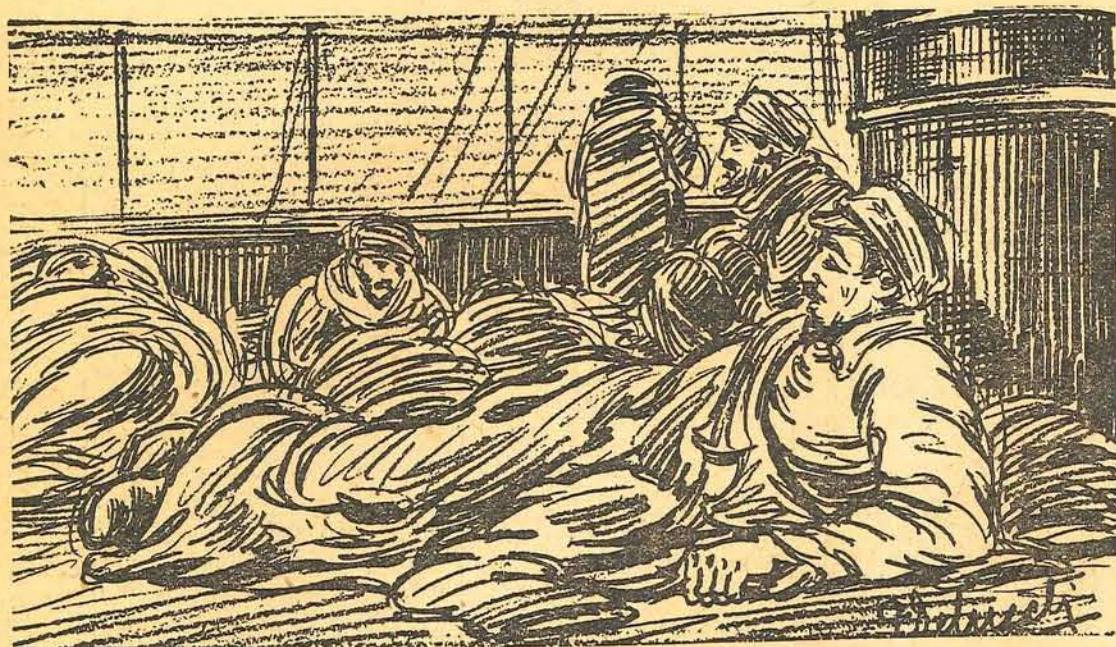
PUES aplíquese Iodex inmediatamente. Este espléndido y calmante unguento alivia el dolor y apresura la cicatrización. No hace daño usar Iodex: ni irrita la piel, ni la mancha.

Se vende en todas las farmacias. Los médicos lo recomiendan.

MENLEY & JAMES, LTD.
70 W. 40th St., Nueva York
E. U. A.



IODEX



MI PRIMERA ORGANIZACION REVOLUCIONARIA

NO obstante las diferencias habidas con mi padre, en el otoño de 1896 hice a la aldea una visita que no dió otro resultado que el de que mi familia y yo estableciéramos un corto armisticio. Mi padre quería que estudiase la carrera de ingeniero en la Escuela Técnica Superior. Yo, por mi parte, seguía vacilando entre las matemáticas puras, hacia las que sentía gran afición, y la propaganda revolucionaria, que se iba adueñando por completo de mí. Teníamos serios disgustos cada vez que el tema se planteaba. Todos se entristecían, todos sufrían, y nadie acertaba a procurar una solución.

Ocurrió que por entonces fué a pasar unos días a mi casa un tío mío, ingeniero notable y propietario de una planta en Odessa. Me convenció de que debía marcharme a vivir una temporada con él. Ello significaba, cuando menos, un remedio inmediato del mal. Estuvimos juntos varias semanas. Discutíamos acerca de beneficios y aumento de valoraciones. Mi tío se daba más arte en exponer teorías para acrecerlos.

Mi ingreso en la Facultad de Matemáticas quedó postergado. Continuaba viviendo en Odessa en busca de algo. ¿Qué era ello? Me buscaba primeramente a mí mismo. Trabé relaciones fortuitas con obreros, les proporcioné libros prohibidos, di lecciones y dicté conferencias clandestinas a los alumnos de la Escuela de Artesa-

nos y entablé polémicas con los marxistas, no dispuesto a rendirme todavía. Regresé a Nikolayev en el último barco de otoño y me fui a vivir otra vez al jardín.

Después... Realizamos esfuerzos incesantes para ponernos en contacto con los obreros. Alguien recordó a un viejo portero del Bulevar, afiliado a una secta religiosa. Le hablamos y nos presentó a su vez a otro proletario, un stundista, que acudió con dos amigos suyos a una de nuestras reuniones. Así empezó todo. Pocas semanas después, aquellas simpatías "accidentales" se habían convertido en los primeros grupos revolucionarios subterráneos. Ya no éramos nosotros los que buscábamos a los obreros, sino los obreros quienes nos buscaban a nosotros.

"Leaders" jóvenes y faltos de experiencia, nos vimos pronto acosados por nuestra propia obra. Cualquier palabra, el menor gesto, hallaban eco seguro. Asistían a los mítines y las conferencias que convocábamos en casas particulares, en el bosque o a orillas del río, veinte o veinticinco proletarios, muchos de ellos hombres curtidors, que llevaban consigo a sus hijos. Obreros prácticos en su mayoría, ganaban buenos salarios. Los astilleros de Nikolayev habían implantado ya la jornada de ocho horas. Quiere decir esto que no interesaba a los trabajadores la declaración de huelgas. Iban en pos de la verdad social. Se hacían llamar baptistas, stundistas, evangelistas, pero no tenían nada de sectarios dogmáticos. Querían separarse de la Iglesia oficial ortodoxa, y el bautismo

era para ellos simplemente un medio rápido de desarrollar actividades revolucionarias. En nuestras reuniones primeras algunos empleaban aún términos característicos de las sectas religiosas, o se comparaban con los primitivos cristianos, pero muy pronto prescindieron de todo aquel arcaísmo, que inspiraba poco respeto a los jóvenes.

Confeccionamos hectógrafos, y por las noches imprimíamos proclamas en nuestra pieza. Uno de nosotros montaba la guardia junto a la puerta del patio. Ante la estufa abierta todo estaba listo — fósforos y petróleo — para destruir el material en caso de un raid de la policía. Era aquello ingenuo en extremo, pero habrá que decir también que los gendarmes de Nikolayev tenían entonces la misma experiencia casi que nosotros. Posteriormente trasladamos la "imprenta" al domicilio de un obrero de alguna edad que había perdido la vista a consecuencia de un accidente del trabajo. Sin vacilar, puso a nuestra disposición su vivienda. "La cárcel está en todas partes para el ciego", solía decir con melancólica sonrisa. Poco a poco fuimos almacenando en el local copiosas cantidades de glicerina, gelatina y papel. Trabajamos de noche. El cuchitril destartado ofrecía un aspecto lamentable. Rozábamos casi el techo con la cabeza. Parecía aquello, en verdad, una cueva de ladrones. El ciego se movía con gran agilidad de un lado para otro y su ayuda nos era muy eficaz. Mis compañeros — un joven obrero y una muchacha — se miraban con fervor emocionado cuando yo em-

MI VIDA POR LEON TROTZKI ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

... me acomodaba en el puente del barco, todo lo cerca posible de la chimenea...

pezaba a sacar del copilador las hojas húmedas. Si una persona sensata hubiera podido ver a aquellos mozalbetes afeitados en torno a un hectógrafo de juguetería, el espectáculo le habría parecido, a buen seguro, pretencioso y grotesco. ¿Quién se hubiese atrevido a adivinar en la reunión de un tímido grupito que laboraba humildemente por la idea, el derrumbamiento de un poderoso Estado? Y, sin embargo, la idea se hizo carne en el decurso de una sola generación. Entre aquellas noches silenciosas y 1905 mediaron escasamente ocho años. Faltaban menos de dos décadas para 1917.

Nuestra obra revolucionaria marchaba ya viento en popa. Cultivé y acrecenté nuestras relaciones en Odessa. Al atardecer me dirigía al muelle de Nikolayev, adquiría por un rublo un boleto de tercera clase, me acomodaba en el puente del barco, todo lo cerca posible de la chimenea, arrollaba el saco para que me sirviera de almohada y me tapaba con el sobretodo. Me despertaba en Odessa a la mañana siguiente y en seguida visitaba a los proletarios simpatizantes, cuyas direcciones había conseguido. Pasaba de nuevo la noche a bordo, en viaje de regreso. No perdía el tiempo en aquellas excursiones. El número de mis amistades en Odessa aumentaba sin cesar. Un día me topé, a la entrada de la Librería Pública, con un obrero de gafas. Nos miramos fijamente, como intentando escrutar la mutua identidad. Era Alberto Polak, un tipógrafo que había de convertirse, con el tiempo, en el organizador de la famosa imprenta central del partido. Mi encuentro con Polak fué un acontecimiento en la vida de nuestra organización.

Poco después llevamos a Nikolayev un baúl lleno de literatura clandestina editada en el extranjero. Se trataba de los últimos folletos de propaganda aparecidos. Estaban encuadrados en vistosos colores. Durante el viaje alzamos repetidas veces la tapa del baúl para contemplar con arrobo nuestro tesoro. Lo distribuímos bien pronto entre los obreros, y nuestro prestigio se hizo mayor aun, por consecuencia.

Incidentalmente, supe de labios de Polak que el capataz de taller, Schrenzel, que decía poseer el título de ingeniero y había logrado introducirse en nuestros medios más reservados, era un antiguo agente provocador. Se caracterizaba por su estultez y su persistencia y acostumbraba usar la gorra de uniforme y las insignias de ingeniero. Instintivamente no confiamos nunca en él por completo, pero llegó a saber ciertas cosas y a conocer a ciertas gentes. Me apresuré a citarle en casa de uno de nuestros afiliados de más influencia, un electricista apellidado Mukhin, y en cuanto estuvimos todos reunidos, hice la biografía completa de Schrenzel, sin mencionar su nombre. El esbirro quedó anonadado. Le advertimos que si nos traicionaba le costaría caro, y la amenaza pareció surtir efecto, porque transcurrieron tres meses sin que nadie nos molestara. Pero cuando fuimos arrestados más tarde, las declaraciones de Schrenzel contribuyeron a agravar nuestra situación.

El núcleo proletario adquiría más importancia cada día. Le titulamos Unión de Obreros de la Rusia del Sur. Redacté sus estatutos sobre la base de las organizaciones social-democráticas. Con auxilio del hectógrafo empezamos a publicar un semanario. A veces me pasaba noches enteras "imprimiendo" letras mayúsculas. Las autoridades de la ciudad intentaron salir al paso de nuestra propaganda, dirigiendo discursos a los obreros en las fábricas y talleres. Veinticuatro horas después, respondíamos nosotros con manifiestos. El duelo causó alarma en amplios sectores de la población. La opinión pública nos señalaba ya con el dedo. Nos enteramos, sin embargo, de que los gendarmes no podían creer que los "mozalbetes del jardín" fuesen capaces de dirigir una campaña de agitación de tanta resonancia y buscaban detrás de nosotros a "leaders" más avezados. A lo que parece, sospechaban de algunos ex emigrados.

Por fin, el 28 de enero de 1898 comenzaron los arrestos en masa. Unos doscientos de nosotros caímos en poder de la policía. La organización sufrió un rudo golpe, pero no sucumbió. Otros hombres nos reemplazaron pronto. Del modo mismo que los gendarmes, los revolucionarios iban haciéndose diestros.

(Continuó.)

MACHIAVELLI

(Continuación de la pág. 8)

de los ciudadanos", y que, como decía Cosme de Medici, el Viejo, "no se gobiernan los Estados con Padres Nuestros". Hizo suyas estas palabras del fundador de la grandeza de los Medici, y las tradujo para el pueblo en otro lenguaje: aceptó y sostuvo que las vigorosas pasiones, el genio en la violencia, son sólo capaces de libertar los hombres de la barbarie y hacerlos dignos de la libertad. Sueño de todo débil, de todo fracasado, sueño de un vencido, se dirá.

No. Contemplaba el destino de Italia y se inspiraba en ello. Italia entonces estaba cansada, desengañada, agotada, despedazada en cien Estados anarquizados y enemigos, traicionada por los Papas, vendida al invasor extranjero. El sueño de Machiavelli, sueño que rescata toda la miseria de su vida, es ver a Italia unida y libre. Si se compara el capítulo VII del "Príncipe", en el cual Machiavelli descubre un borrón del designio de César Borgia, con el capítulo XXVI y último que es una elocuente exhortación a los

Medici para que libren a Italia de los bárbaros (los bárbaros son los invasores franceses, españoles y alemanes), el propósito de Machiavelli es claro.

Representa a Italia más esclava que lo era el pueblo de Israel cuando lo rescató Moisés, más que la Persia cuando se levantó Ciro a librarla de la tiranía de los Medos, más dispersa que los atenienses cuando Teseo los reunió, sin orden, abatida, despojada, destrozada; pero en la disposición más favorable para que un nuevo príncipe se hiciera honor a sí mismo con el rescate de la Nación y bien al total de sus habitantes. "Y aunque hasta ahora — dice Machiavelli en el último capítulo — se ha visto en algún príncipe alguna vislumbre para poder juzgar que fue destinado de Dios para liberar a Italia, sin embargo en lo más adelantado de su carrera se ha visto haberlo reprobado la fortuna" (aquí claramente alude al duque Valentino. Guiraudet, traductor francés, dice que alude a Savonarola). "De manera que habiendo quedado Italia como sin vida, espera quien sane sus heridas y ponga fin a los robos y saqueos de la Lom-

bardia, y a las rapiñas e impuestos del reino de Nápoles y de la Toscana (Machiavelli piensa en la unidad de Italia), y la cure así de sus llagas ya afistuladas. Se ve cómo suplica a Dios le envíe quien la redima de estas crueldades e insolencias bárbaras: se la ve también toda pronta y dispuesta a seguir una bandera, con tal que haya quien la levante. Ni se descubre al presente en quien pueda poner su esperanza, sino en vuestra ilustre casa, la cual con su virtud y fortuna (favorecida de Dios y de la Iglesia, de la que ahora es cabeza), pueda hacerse autora de esta liberación".

La catástrofe de César Borgia le había hecho poner sus esperanzas en los Medici. Los Medici vuelven a caer; son expulsados de Florencia. La esperanza de Machiavelli se desvanece; quiere quemar el "Príncipe". Italia ya no es un pueblo, es un rebaño. "El vituperio del mundo", exclama, la vergüenza de la humanidad. Nadie en su patria ha comprendido la idea de grandeza, el patriotismo de alma del viejo secretario de la señoría florentina. La mediocridad que le rodea no le entien-

de; este ex republicano, ahora adulador de los Medici, se hace a todos sospechoso; para muchos es un traidor. Le desconfían, le huyen, le temen, le odian. No le queda más que morir.

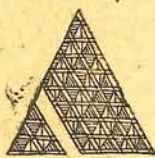
Dicen que tuvo un sueño: Vió un hacinamiento de pobres gentes, bribones, contrahechos, hambrientos, desgarrados, en desorden, y alguien le informó que eran los del Paraíso. Pasaron éstos y se presentó número innumerable de personajes llenos de gravedad y de majestad: parecían formar un Senado tratando asuntos de Estado muy seriamente: entrevió a Platón, Séneca, Plutarco, Tácito y otros de esta calidad. Preguntó quiénes eran éstos tan venerables, y le fué dicho que las almas reprobadas por el cielo... Pasaron éstos también y entonces se le preguntó a qué grupo quería pertenecer. Respondió que amaba más estar en el Infierno con aquellos grandes espíritus, que hallarse en compañía celestial con la canalla de belitres que se le había mostrado antes. Y en tanto murió y fué a ver cómo son los negocios de Estado en el otro mundo.

Su sueño se cumplió. El día de su muerte comenzó su terrible inmortalidad, ya hemos dicho al principio de qué manera. Su nombre repercutió en todos los siglos y en todos los pueblos: jesuitas, enciclopedistas, teóricos del derecho político, gobernantes y gobernados, todos los que hablan política y de ella razonan, lo comentan, lo estudian, lo refutan, lo glorifican. Le cupo el honor de inspirar a todos los tartufos de la política, a todos los hipócritas de la cátedra, a los doctrinarios empingorotados de al nuestro, ese sacro horror que se alardea aún contra él en todas las escuelas. Michelet dijo de él: "Pobre hombre de genio, sometido a transmitir y traducir el pensamiento de los estúpidos, de los tontos".

La inteligencia, demasiado realista, demasiado precisa, penetrante y clara de Machiavelli, le hizo en vida incomprendido de sus conciudadanos y calumniado por la posteridad, tan cierto es que la inmensa mayoría de los hombres sólo parece poder vivir de fantasías y de quimeras.

EL GENIO DE DAVID HERBERT LAWRENCE

LA LITERATURA INGLESA Y LA OBRA DE ESTE PROFUNDO ANALISTA



"Sons and Lovers" siguió "The Rainbow", que prontamente fué proscrito por la censura inglesa, pero su impresión fué permitida en Norte América. Lo mismo ha sucedido en 1928 en oportunidad del brillante y trágico estudio de Radcliffe Hall, denominado "The Well of Loneliness", que severamente censurado por un magistrado londinense fué poco después autorizada para su circulación libre en los Estados Unidos. No es difícil comprender la razón por la cual "The Rainbow" fué desterrado. Su objetivo es burlarse de todas las convenciones; es la más mordaz de las obras de Lawrence, quizá, a excepción de "Lady Chatterly's Lover", obra en la cual Lawrence emuló a James Joyce en lo referente a todo lo que es calificado como decencia común, siendo al propio tiempo una magnífica descripción de una extraña familia de hombres.

Los Brangwens son agricultores, establecidos en la región desde mucho tiempo atrás; los hijos de esta familia son rebeldes, imperativos y confiados. Guillermo Brangwen contrae matrimonio con Ana, la hija de unos nobles polacos que emigran a Inglaterra. El relato gira alrededor de la evolución del amor de Guillermo y Ana y luego del vital amor de Ursula, su hija mayor; su amor por un lejano pariente, el joven Skrebensky, un soldado inculto y animalizado; su pasión por Winifred Inger, directora de escuela; la realización de amor con Skrebensky y la triste realidad que en él halló: polvo y cenizas, porque el amor jamás había existido, ni aun en sus instantes de mayor éxtasis, a excepción de algo que ella misma creó en su mente con sus propios deseos, con su imaginación poderosa, con su potente deseo de amar y de conquistar. Su compromiso es roto; Skrebensky torna nuevamente a su regimiento, en la India. Ursula, después de días y noches delirantes, descubre en el símbolo del arco iris, encima de la tierra, la postrera verdad, la última promesa de los cuerpos puros, exentos de falsas vestimentas que del mundo corrompido se elevan a los claros espacios de los cielos.

"Women in Love", que sucedió a "The Rainbow", continúa la historia de los Brangwens y es una de las más notables novelas de Lawrence. En ella el autor se toma la impropia tarea de delinear los caracteres o, más bien, la subconsciencia de dos hermanas: Ursula y su hermana menor Gundrum. Son jóvenes que tienen extensa experiencia tanto del amor como de la pasión, y nos ofrece un exacto y animado cuadro de ellas en el capítulo inicial.

"Ursula y Gundrum Brangwen, sentadas una mañana sobre el borde de la ventana en la casa de sus padres en Bel-dover, trabajaban y al mismo tiempo conversaban. Ursula estaba ocupada en coser un bordado de colores vivos, mientras que Gundrum dibujaba sobre una tabla apoyada en sus rodillas. Estaban bastante silenciosas; hablaban a medida que sus pensamientos surgían en sus mentes.

"Ursula—dijo Gundrum—, en verdad, ¿no te gustaría casarte?" Ursula gustó su bordado en su falda y levantó la vista. Su rostro estaba sereno y reflexivo.

"No sé—respondió—; depende de lo que quieras decir."

El asunto principal de este libro es, más que la mujer y el amor, el matrimonio. Por matrimonio debe entenderse

una disposición mental específica más que un estado legal, ya que la legalidad o la ilegalidad eran palabras que no encerraban significado alguno para D. H. Lawrence. Le interesaba únicamente el misterioso trabajo del "yo", el desenvolvimiento de la subconsciencia, la oscura vida de la sangre, el profundo flujo y reflujo bajo el reflexivo chisporroteo de la conciencia.

Ursula, que define la palabra "matrimonio" como "el límite de la experiencia", a pesar de sus aventuras con Winifred Inger, su pasión por Skrebensky, con quien rehusó casarse debido a su decepción, es la mujer-esposa. Gundrum, por otra parte, quien declara que el matrimonio es un refugio, que estima que la experiencia del matrimonio es una necesidad, re-

II
Por HERMINE
HALLAM - HIPWELL

la celosa mujer-esposa, preguntó inmediatamente: "¿No soy suficiente para ti?" "No — le dijo—. Tú eres suficiente para mí en todo lo concerniente a la mujer. Tú eres para mí la única mujer. Pero necesito una amistad de hombre tan eterna como tú y yo lo somos". "¿Por qué no soy suficiente — replicó—. Tú lo eres para mí. A nadie quiero más que a ti. ¿Por qué no sucede lo mismo contigo?" Rupert contesta a esto: "Teniéndote, puedo vivir toda mi existencia sin otra persona, sin otra sincera intimidad. Sin embargo, para completarla, pa-

ñadora, neurótica y amable, de origen norteamericano y casada con un noble italiano. Tiene el aire sutil de una princesa poseedora de un profundo hechizo. Invitó a Aaron para que tocara una de las tardes especialmente dedicadas a la música. El accedió.

"Allá, en la obscuridad de la estancia grande, llevó la flauta a sus labios y comenzó a tocar. Era un claro, agudo, alegre andante y caer de notas; no había en todo ello un ritmo en ninguna de las acepciones de la palabra, ni aun una melodía: un sonido ligero y brillante de pura animación. Era como el gorjeo de un pájaro en que no había ni emoción humana, ni pasión, intención o significado alguno. Eran arrebatos y calmas de animadas y dispersas gamas. Pero era diferente de la

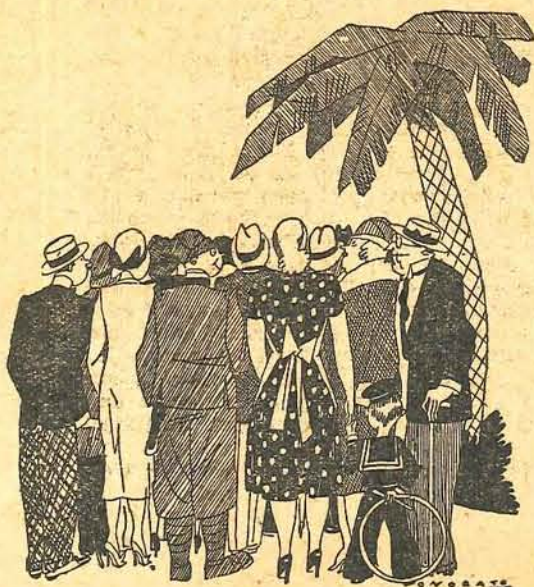
Y entonces habrá una profunda obediencia en lugar de este clamor de amor; obediencia al incalculable ansia del poder. Y los hombres deberán someterse, para su orientación, al hombre de mayor alma, y las mujeres se someterán, para su existencia, al hombre de positivo poder de alma". Entonces Aaron pregunta: "¿Y a quién debo someterme?" Y con esta última frase del libro, Lilly contesta: "Su alma se lo dirá".

"Aaron's Rod" es una concepción terrorífica, pues Lawrence expone claramente cómo lo moderno ha arrebatado el elemento esencial aplastándolo. Lo convencional, la estupidez e ignorancia crasa marchan a la vanguardia del mundo moderno. El corazón del hombre está corrompido, carcomido por los gusanos de sus deseos reprimidos, su ansia de libertad, su deseo de colmar sus perturbaciones por sí mismo, para la expresión de su alma salvaje, elemental y aislada. Aaron, recorriendo penosamente Italia con su armoniosa caña bajo el brazo, es el símbolo del hombre del mundo moderno cansado por el ansia del amor, implorando impotentemente la libertad. ¿Libertad de qué? ¡Ah! ahí precisamente yace toda la agonía, la incógnita. Aaron no lo sabe conscientemente; solamente siente subconscientemente el deseo de alejarse de su esposa, de sus hijos, de la prolija vida de su hogar; siente una fuerza extraña socavar profundamente su ser; la fuerza elemental que le arrastra a apartarse de la sofocante atmósfera de lo moderno y de la mediocridad. Aun su alma insiste en someterse, debe hacerlo; sin embargo, no sabe a quién. Por consiguiente, prorrumpen en el desgarrador grito de angustia e ignorancia: ¿A quién? En su incertidumbre, grita; y Lilly le responde: "Su propia alma se lo dirá". Este es el grito de Lawrence al actual mundo de hombres: "Hurga las profundidades de tu alma, ¡oh hombre!, y ella te dirá a quién deberás someterte".

Las novelas antes citadas fueron seguidas por algunas largas historias en las que se debate exactamente el mismo tema; el ansia de amar que doblega y tuerce la voluntad del hombre; y moviendo a constante guerra el deseo de dominar y el anhelo de someterse, anida en el corazón de sus personajes un sadismo y masoquismo espirituales. De estas historias las más conmovedoras son: "The Ladybird", "The Captain's Doll", y el extraño cuento "The Princess".

En 1926, después de una estadía en México, Lawrence escribió "The Plumed Serpent" o "Quetzalcoatl". A pesar de ser menos conocido que "The Rainbow", como ejemplo, o de "Sons and Lovers", "The Plumed Serpent" es una de sus más salientes novelas, aun más delicada que "Kangaroo", en la que analiza inteligentemente la crudeza y juventud de Australia. En ella ha desnudado el espíritu particularmente difícil de los indios. Ahondó en las profundidades de los misterios del alma india y descubrió un misticismo encantador; una creencia estática en la vuelta de los viejos dioses; un orgullo racial mayor aun que el de la época en que los conquistadores desembarcaron sobre el suelo azteca. La heroína de la obra es Kate, una viuda norteamericana, quien, cautivada por la fascinación que México invariablemente parece extender sobre todos aquellos que lo visitan y donde el espíritu del pasado aun subsiste con llama potente y tenaz. Ahí encuentra a Ramón y a Cipriano, ambos jefes del movimiento que se desarrolla en favor de la resurrección de las

LA GENTE QUE SE VE EN LOS PASEOS DE ROMA



La multitud democrática que concurre al Pincio con objeto de oxigenarse y tomar el fresco



La gente "comme il faut" que toma refrescos en la Plaza Colonna, y una parte de la cual concurre ya oxigenada

CARICATURA DE ONORATO, ESPECIAL PARA LA REVISTA DE "LA NACION"

sulta el tipo de la mujer amante. El amor llega a ambas en diferente forma. Ursula contrae enlace con Rupert Birkin, quien sostiene que el mundo se conserva unido merced a la conjunción mística, a la concordancia íntima entre la gente: un lazo. El inmediato lazo reside entre el hombre y la mujer.

Gundrum se convierte en la amante de Gerald Crich, el inteligente joven propietario de una mina, de aspecto simpático. Está poseído por el cruel deseo de arrasar y por un alma solitaria, semejante a la del lobo, que ronda por el mundo hambriento e insatisfecho.

Su amor por Gundrum es un fuego que le tortura y atormenta hasta arrastrarlo a la muerte, en los Alpes, ante los ojos de la mujer y de su nuevo amante.

Además de los amores de Ursula y Gundrum está el amor de Hemione, la mujer endemoniada, la intelectual fría y aristócrata, libertina e impúdica, doblegada por la esterilidad de su emoción; su anhelante deseo por Rupert, su diabólica exaltación y éxtasis por este hombre que, en el pasado, la amó y de quien jamás conoció el ímpetu. Su pasión se neutralizó, perdió su intensidad y consistencia después de su posesión. También hallamos el amor de Gerald por Rupert; el vínculo sanguíneo entre ellos surgió casualmente y se materializó por su afinidad espiritual. Ursula no puede comprender este amor, este lazo entre hombre y hombre, y después de la muerte de Gerald pregunta a Rupert:

"Necesitabas a Gerald." A lo cual Rupert respondió "Sí". Y la mujer palpitante en Ursula,

ra hacerla realmente feliz, he necesitado también la unión eterna con un hombre: otra especie de amor."

El año posterior a la publicación de "Women in Love" Lawrence publicó su obra "Aaron's Rod", en la que su sincera intimidad entre hombre y hombre, tendiente a la exclusión de las mujeres, es llevada aún más lejos. Aaron Sisson, un minero con un extraño talento de músico, abandona inmediatamente después de Navidad a su familia para recorrer el mundo con su flauta. La perfección de la vida familiar, la limpieza, el orden, el sentido de seguridad, desconciertan y atormentan al artista que en él vive. Entonces toma su flauta, su caña melódica que ha de florecer de armonía hechicera y perturbadora a los que a su alcance se hallen, y va a Londres, donde, entre otros, encuentra a Lilly, el hombre obscuro y feo que puede ofrecerle lo que necesita: libertarlo de la vida material, a los efectos de que se descubriera su "yo", su verdadero "yo" en la música de su flauta. Lilly, en oportunidad de hallarse Aaron malamente enfermo de influenza, salva su vida cuidándolo.

Como resultado de su intimidad mental durante los días de la convalecencia, Aaron se embarca para Italia, donde se dirigió, con anterioridad, Lilly. En Florencia encuentra la extraña y pequeña multitud de hombres y mujeres ingleses que viven ahí, no por su propia voluntad, sino por la sencilla razón de que su incapacidad y su moral peculiar no son toleradas en Inglaterra.

En medio de ellos encuentra

a la Marchesa, una mujer socanción del pájaro en que las notas se sucedían claras y solitarias, unas tras otras, en su galopar primoroso. Un ruiseñor es algo parecido: un sonido salvaje. El definir todas las pasiones humanas en el canto de los ruiseñores es una insensatez. Un vaivén, un derroche brutal de notas, hermoso, pero enteramente antiestético. Irremisiblemente Aaron y su Marchesa, que semeja a una moderna Cleopatra, sin Antonio, y abandonada, intiman físicamente. La gratificación de los sentidos es para Aaron la finalidad orientadora. Se retira, deja a la Marchesa; y su caña que florecía y desbordaba frutos tan agriales de pasión y melancolía, es rota poco después en una revuelta callejera. Aaron entonces vuelve hacia Lilly, vuelve con sus temores y esperanzas; la inquietud constante en el espíritu que rehuyendo el amor, tampoco puede impregnarse de odio y rechaza su sometimiento a la vida.

Y Lilly le dice: "Ahonde la profundidad del poderío del alma individual y obedezca implícitamente. Cada hombre debe cumplir los preceptos de su propia alma; cada mujer debe ser para sí, para sí únicamente, no algún instrumento del hombre o de alguna teoría materialista. Pero la naturaleza de nuestro ser es tal que sólo podemos vivir y disponer de él mientras estemos implícitamente en una de las grandes formas dinámicas. Nosotros debemos amar o mandar. Y cuando la naturaleza cambie, como debe cambiar, porque estamos gastados y tornamos perversos en su persistencia, entonces otra forma reemplazará en nosotros la anterior."

CORREO DEL CINE

CARTA DE HOLLYWOOD

Por WHITE SCREEN

(Para LA NACION)

HOLLYWOOD, marzo de 1930

LOS NEGOCIOS DE LOS ARTISTAS

MIENTRAS muchos de los productores, luminarias, directores, electricistas y demás personas conectadas en una u otra forma a la industria de la gelatina, tratan de ponerse al día con las oscilaciones desastrosas en la Bolsa de Comercio neoyorquina y preparar la venta de alguna que otra propiedad para hacer frente a las pérdidas, Betty Compson hace los arreglos necesarios para edificar un hotel-departamento, cerca de Out Post, y a pocas cuadras de distancia del Hollywood boulevard. El hotel que se construirá en breve, será uno de los más elegantes y confortables de la ciudad cinematográfica. En él los huéspedes encontrarán toda clase de comodidades, desde el "parking place" para automóviles en los sótanos del hotel, hasta los jardines griegos, canchas de tenis, etc., que se encontrarán en el "roof" del magnífico edificio, que será de estilo español y cuyo costo ascenderá a medio millón de dólares.

Esto me hace recordar algo muy gracioso, pero también ilustrativo, que le oí decir noches pasadas a Fatty Arbuckle, en respuesta a uno de sus amigos que se quejaba del malísimo y caro "gin", que nos está proporcionando la ley seca.

—La bodega de mi casa siempre estaba repleta de botellas de mi bebida predilecta, el "gin" — dijo en tono de superioridad uno de los del grupo.

—"Gin!" — repitió lacónicamente Arbuckle — es lo que comprábamos muchos de los que nos creíamos inteligentes, en los días en que Ruth Roland y Antonio Moreno adquirían cuanto lote de terreno estaba al alcance de sus bolsillos, y hasta a veces fuera de él.

Evidentemente que, Ruth y Antonio, no fueron los únicos que alcanzaron a vislumbrar el gran desarrollo que en pocos años transformaría al insignificante pueblecito en populosa ciudad. Norma Talmadge es propietaria de una de las más exclusivas casas de departamentos que hay en el aristocrático Wilshire boulevard, y lo mismo sucede con Ruth Roland, Pola Negri y Corinne Griffith. Cecil B. De Mille, Bebe Daniels, Joseph Schenck,

antiguas religiones aztecas, servidores e intérpretes de Quetzalcoatl. Con su ayuda confían levantar el nivel de México. ¡Cuán magníficamente y con qué conocimiento interior Lawrence describió la raza azteca, que tanto rescenso experimentó.

La siguiente es una descripción típica de un mercado mexicano. "Los aborígenes están agazapados frente a su mercadería; hombres simpáticos, silenciosos, con lenguas extremidades, mirando hacia arriba con ojos negros, descentrados ojos, hablando quedamente y tomando con sus manos sensibles, pequeñas y oscuras los diminutos juguetes que tan cuidadosamente hicieron y pintaron. Una atracción extraña, gentil y anhelante, raras voces de hombres, tan cavernosas y tranquilas como agradables. O las mujeres, las esbeltas mujeres envueltas en sus azules rebozos, que miran rápidamente con sus ojos negros y que hablan con su voz alada y suplicante. El hombre, sacando sus naranjas de sus canastos, les quita el polvo con un género, prolijamente, casi tiernamente, apilándolas luego en bonitas y pequeñas pirámides todas limpias y exquisitas. Hay cierta sensible ternura en aquellos individuos; hay un encanto paralelo de sangre ardiente en aquellas mujeres semejantes a



NOTAS CINEMATOGRAFICAS

Brigitte Helm y Hans Lederer en una escena de "La mentira de Ninna Petrowa", producción de Erich Pommer que conoceremos en breve

James Cruze, Antonio Moreno y Betty Compson, son dueños de infinidad de propiedades situadas en el Hollywood boulevard. Carl Laemmle, es propietario de una de las esquinas más valiosas de la ciudad, situada en Vine Street Argyl Avenue, cuya venta ascendería a un par de millones de dólares. El Hotel Roosevelt es propiedad de Joseph Schenck, y el

nuevo Hotel Wilshire, es de propiedad de su esposa la actriz Norma Talmadge.

NOVIAZGO, CASAMIENTO Y DIVORCIO RELAMPAGOS

Natalia Morehead, actriz del teatro y de la pantalla, ha conseguido superar todos los "records" de rapidez en lo que se refiere a noviazgo, casamiento y divorcio.

El domingo pasado, la inquieta Natalia conoció en una reunión social al actor Ray Phillips, y después de haber conversado, bailado y tomado un par de "cocktails", Ray invitó a la graciosa Natalia para tomar el "lunch" al siguiente día, en el Montmartre. El lunes, día del almuerzo, los dos amigos se encontraron en el "fashionable" restaurante del bu-

levar Hollywood, y antes de poner fin a una delicada ensalada de lechuga con mayonesa y frutas en almibar, Ray y Natalia, se confesaron un mutuo amor. Doce horas más tarde y en la madrugada del martes, en el departamento de la enamorada, los amigos de ambos celebraban el compromiso oficial de la simpática pareja. El miércoles fué el día dedicado a establecer una fecha definitiva para la boda, resolviendo que el jueves era un excelente día para acontecimientos de esta naturaleza. El viernes empezaron a brotar los desentendidos y las opiniones a chocar, y el sábado por la mañana Ray y Natalia se presentaban ante el juez para que desatara el nudo que los había obligado a permanecer juntos por un día. El divorcio les fué acordado inmediatamente.

BUSTER KEATON Y UN INCENDIO

Natalia Talmadge, esposa del actor cómico Buster Keaton, y sus dos hijitos, acaban de ser salvados por sus sirvientes y vecinos, de un incendio que destruyó la elegante mansión en que habitaba la familia Keaton. El fuego se originó en la planta baja del edificio, debido posiblemente a un corto circuito eléctrico, y el fuego se extendió a los cortinados y luego a la escalera que conduce a los dormitorios donde se hallaban la señora Keaton y sus hijos.

Buster Keaton se encontraba a varios miles de millas de distancia de su hogar, en San Francisco, haciendo escenas exteriores para su próxima película. Se calcula que las pérdidas causadas por el incendio ascienden a más de cien mil dólares.

LA RECONCILIACION DE TOM MIX

Tom Mix y su esposa Victoria Mix, han vuelto a reunirse, olvidando las pequeñas diferencias que los mantuvo separados por más de un año, y los obligó a buscar en los tribunales respectivos, de París y California, una solución satisfactoria respecto a la custodia de la hija Tomasina. Hace pocos días, Tom y Victoria tuvieron un encuentro "imprevisto" en casa de un amigo común, y después de media hora de armoniosa conversación, Tom, Victoria y el buen amigo mediador tomaban un automóvil para dirigirse al Hotel Ambassador, con objeto de celebrar la reconciliación.

Dentro de un mes Tom empezará a trabajar en las pistas del monumental circo de John Ringling, en Saratoga, durante la temporada de 1930, por un periodo de 35 semanas, recibiendo un sueldo semanal de diez mil dólares. A la terminación de este contrato Tom Mix hará una serie de películas para la Compañía Radio Pictures.

los pájaros, tan quedas, suaves y con una feminidad de capullo. Y al mismo tiempo contrastan las ropas sucias y la piel sin lavar, los piosos y el peculiar relumbro de negros ojos, a la vez atemorizadores y atrayentes".

Kate se rinde al silencioso y sanguíneo llamado de Cipriano, el pequeño general indio que se supone ser la reencarnación de uno de los dioses. Por lo tanto, ella se incorpora a los aztecas y a su causa, es iniciada en sus misterios, y se casa con él mediante los oficios de su amigo Ramón, quien se considera el dios Quetzalcoatl en persona. Toda la ceremonia de la boda con su vigoroso simbolismo fálico; el encuentro del hombre y de la mujer ante la estrella matutina; los actos de adoración y supervivencia, son maravillosamente descriptos por el autor. Es difícil describir detalladamente "The Plumed Serpent". Cada página, cada sentencia, está encendida con la palpitante sangre de los aztecas, con la creciente obscuridad de su subconciencia. En medio de ellos, Kate, la viuda norteamericana, se torna una criatura extraña de clara y sutil sexualidad, opuesta a la negrura de sus almas, al obsesionante relampagueo de sus ojos, a su piel cobriza y a sus movimientos puramente animales. Verdaderamente, "The

Plumed Serpent" es, en el concepto de los escritores modernos, la obra más completa que ha sido escrita por un extranjero acerca del México moderno.

En este artículo no hay espacio para estudiar los poemas de Lawrence, su ritmo vibrante y la fuerza de sus primeros versos, la bella imaginación imperante en "Birds, Beasts and Flowers" y finalmente, el severo poder de "Pansies" en los que el autor se apartó bruscamente de la poesía para sumergirse en la energía del pensamiento abstracto. La producción poética de Lawrence es merecedora de un artículo entero porque, al igual que su prosa, es un factor que debe ser considerado en el ambiente de la moderna literatura inglesa.

Lawrence fué un gran artista; también estaba dotado de una personalidad grata y vivida; sin embargo, tan obscura, tan desesperante fueron su manera de ver, que impulsó a uno de sus críticos, al norteamericano José Collins, a declarar sentenciosamente hace algunos años: "Ha sembrado gloria y su cosecha ha sido corrupción. Ha triunfado y su triunfo ha manchado la literatura inglesa. Ha viciado un talento poco común y consagró sus espléndidas dotes de artista a obscurar la rueda del progreso

evolucionario, y aun a moverla en dirección contraria". Estas son frases fuertes, pronunciadas más con tristeza que con enojo. Pero el Dr. Collins creía encontrarse del lado de los ángeles y miraba a Lawrence dolorosamente contraerse, mientras se quemaba entre las llamas de un infierno medieval.

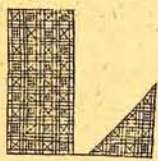
D. H. Lawrence continuó su camino imperturbable como maestro de la irradiadora y poderosa Gran Bretaña, como investigador de los intrincados laberintos de la subconciencia. Su tema ha sido siempre el elemento emotivo del hombre, la emoción negra de nuestra naturaleza física. Estudió, como si estuviera en un estado de eretismo intelectual, el alma del hombre: la misteriosa y perversa alma del hombre en esta era de maquinismo, de batallas insanas para alcanzar riquezas, de amontonamientos del lujo que representa tantas cadenas doblegándonos más y más hacia la sórdida tierra material.

Lawrence pensaba, que en la vida del hombre se distinguen tres periodos: el de la ausencia de las relaciones sexuales entre los individuos, familias, clanes, naciones; el de relaciones sexuales, con todas las consecuencias concomitantes; apasionamiento, asentimiento, culminando en la eterna órbita del matrimonio; y, finalmente,

el amor entre camaradas, el principal amor que puede crear, en la vida, una nueva era. La mayoría de las novelas de Lawrence se refieren a la segunda etapa y finalizan con una mirada terrorífica sobre el tercer estado del amor al hombre; un poder emotivo arrebatador, fuerza vital, firme e inexorable, pronunciadamente diferente del voluptuoso amor de la mujer para el hombre; enredando a éste con una trampa de la que no puede escapar; cogido en las redes de la mujer que reclama, celosamente, el "yo" del hombre; exigencias basadas en su superioridad como mujer y creadora de la vida.

Y ya que estas han sido las creencias de Lawrence, ásperamente expresadas en cada línea de sus escritos, ¿no debemos sorprendernos que las librerías inglesas prefieran no tener sus obras en sus anaqueles, o que el pueblo culto le nombre con tanta malquerencia, lindante casi con el temor? No pasará mucho tiempo sin que el trabajo del difunto D. H. Lawrence, el hijo de un minero de carbón de Derbyshire, sea reconocido por los intelectuales y pensadores del mundo entero como el creador del gran impulso dado al progreso de la literatura moderna y a la evolución del moderno pensamiento.

EL MAGNETISMO



La importancia práctica del estudio del fenómeno del magnetismo quizá no pueda ser comprendida por los que no tienen un interés directo en el asunto. El único caso en que los disturbios magnéticos afectan al público en general es cuando las grandes fuerzas del magnetismo terrestre afectan las comunicaciones telegráficas o matan todos los sonidos de la radiotelefonía, echando a perder la fiesta. Pero las llamadas tormentas magnéticas de tanta fuerza como para causar esos efectos, son muy raras.

El todo científico y correlativo que forma nuestros conocimientos acerca del universo, será incompleto mientras no se comprenda un grupo de fenómenos. Hay mucho que aprender acerca del magnetismo terrestre y de las fuerzas que hacen de este planeta nuestro un enorme imán, afectando las brújulas de los barcos que navegan por todos los mares y, en consecuencia, las observaciones magnéticas forman una parte importante del trabajo científico de las expediciones en las zonas polares. Los observatorios magnéticos en muchos países llevan continuamente registros de las variaciones de los elementos magnéticos. El hecho de que la gran cantidad de datos recogidos en esta forma nos ha permitido dar una explicación completa de los fenómenos magnéticos, demuestra cuán complejos son los problemas que abarca.

Desde que empezó el desarrollo del "broadcasting" de radio, con sus problemas de recepción en condiciones variables, la relación exacta entre las tormentas magnéticas y las condiciones eléctricas de la atmósfera, ha llegado a adquirir la más grande importancia.

La explicación de los fenómenos de las auroras está estrechamente relacionada con esta clase de investigaciones. ¿Qué es lo que causa la aparición regular de ciertos tipos de auroras y la dirección de sus movimientos? ¿Por qué ocurren con más frecuencia en algunos puntos determinados de la tierra? ¿Qué relación existe entre la aurora y los disturbios magnéticos? Los mecánicos de la radio formulan preguntas acerca de la diferencia de condiciones en el día y en la noche, entre una estación y otra, y de los efectos de las tormentas magnéticas y eléctricas en las condiciones de la recepción de las comunicaciones de radio.

El físico debe investigar todos estos problemas relacionados entre sí. Esto se está haciendo actualmente en muchas estaciones del globo. Lo hace el Instituto Carnegie, de Washington, en las estaciones que ha establecido en el oeste de Australia, en los Andes y en otras partes, y el barco no magnético Carnegie realiza la misma tarea en los mares.

Pero en las regiones polares es donde se recogen más informaciones en este sentido. Pero a causa de la inaccesibilidad de estas zonas, las observaciones en el Artico y en el Antártico son escasas, y se realizan muy de tarde en tarde. Las tormentas magnéticas son mucho más frecuentes y más intensas en el Antártico que en cualquiera otra parte del mundo.

Para comprender los problemas magnéticos debe uno acostumbrarse a considerar a la tierra como un enorme imán, cuyos polos no están en los polos geográficos del Norte y del Sur, sino en otros puntos, a cierta distancia de ellos. El

polo norte magnético está muy tierra adentro, a orillas del Océano polar, y el polo magnético sur está también en el interior, sobre una meseta cubierta de hielo, a 1600 kilómetros al norte del Polo geográfico. Entre ambos polos magnéticos pasan corrientes de fuerza magnética que varían un tanto, de acuerdo con su posición, modificándose de vez en cuando, de acuerdo con leyes que todavía no se comprenden bien, y afectando en esa forma las brújulas de los barcos.

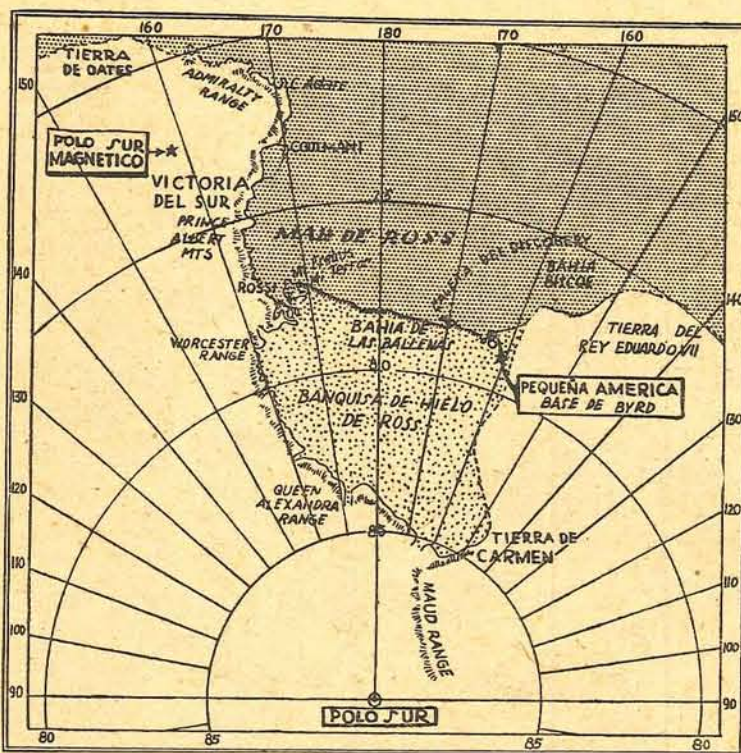
Cerca del polo magnético, las variaciones ocurren tan rápidamente que a veces es imposible registrarlas. La base de la Pequeña América está ubicada en un punto ideal para esa clase de trabajos. Se encuentra a 850 millas de distancia del Polo Sur geográfico y un poco más allá del polo magnético Sur, que se encuentra en la Tierra de Victoria del Sur, en la latitud 72 grados y 25 minutos. La Pequeña América está en los 78 grados y 34 minutos de latitud, es decir, seis grados más al Sur. Esto hace que nuestras brújulas señalen al Oeste-noroeste, en lugar del Sur. La Pequeña América se encuentra lo suficientemente lejos del polo magnético sur para permitir que se tomen medidas exactas de los elementos magnéticos que se registran continuamente. Está bien situada, además, con respecto a la faja de las mayores frecuencias de auroras en el Hemisferio Sur. En las observaciones anteriores realizadas en el Artico y el Antártico se ha descubierto que la frecuencia máxima no ocurre en los polos magnéticos sino en puntos situados a varios grados de ellos.

El año 1929 ha sido particularmente apto para las observaciones magnéticas y eléctricas por las siguientes razones: Se sabe que los valores de los elementos magnéticos tienen, además de sus variaciones por estaciones, un ciclo de cambios que ocurren en períodos de once años, aproximadamente. Están relacionados con el número de manchas del sol, o tormentas eléctricas en el sol, que ocurren en el mismo período de once años. Se cree también que esas tormentas eléctricas en la superficie del sol son la causa directa de las auroras.

Nuestros conocimientos acerca del magnetismo y de la electricidad en el Antártico se basan en las observaciones de la expedición alemana de 1901 a 1903, de las británicas de 1901 a 1904 y de 1910 a 1913, y de la australiana de 1911 a 1914. Durante esos períodos hubo una cantidad mínima de manchas del sol. Nos encontramos ahora en una época de frecuencia máxima en las manchas solares, y en consecuencia, las observaciones que realizamos serán de un gran valor cuando se realicen comparaciones con los datos recogidos anteriormente.

Se cree que ciertas diferencias observadas entre los fenómenos magnéticos del Artico y el Antártico se deben a la diversa distribución del agua y de la tierra en las dos regiones polares. El Artico es un océano rodeado por las grandes masas de tierra del globo; y el Antártico es un continente rodeado por grandes extensiones de mar, en todas direcciones. No se sabe aún hasta qué punto este hecho influye en los fenómenos magnéticos y de las auroras. Es uno de los problemas que no podrán ser resueltos mientras no se recojan más datos en el Antártico.

A doscientos metros de las torres de la radio de la base de la Pequeña América, y a setenta metros al sur del túnel



Mapa de la zona antártica en que realizó sus últimas exploraciones la expedición Byrd

principal, se levanta la choza no magnética, en la cual no existe el hierro. Cuando el carpintero "Chips" Gould levantó la choza, removió cuidadosamente todos los trozos de hierro de las maderas y utilizó solamente clavos de bronce y de cobre. El hierro afecta las agujas en los trabajos magnéticos y es necesario poner el mayor cuidado para que no haya partículas de hierro dentro de la choza o cerca de ella. Martín Ronne construyó una tienda de lona para cubrir la choza. La construcción está dentro de un hoyo profundo, y se cubre con nieve. Se encuentra además a oscuras, y los aparatos para los registros son fotográficos. Además, se ha construido un túnel desde el observatorio magnético hacia el túnel principal que comunica con los edificios principales de la base.

Los instrumentos magnéticos y eléctricos y el equipo para el laboratorio fueron donados por el departamento de magnetismo terrestre de la Institución Carnegie, de Washington. Al principio se utilizó una estufa a petróleo para mantener una temperatura uniforme dentro de la choza, pero producía más trastornos que beneficios. Era necesario remover continuamente la humedad que se helaba en la superficie de las lentes y de los espejos, y la situación empeoraba mucho más cuando se utilizaba la estufa, y desde hace tiempo los trabajos dentro de la choza se realizan sin ella.

Dentro de la choza se miden tres elementos: la declinación, la intensidad horizontal y la intensidad vertical. Los tres varían de acuerdo con la estación del año, y además tienen variaciones diarias, algunas de las cuales son periódicas y otras causadas por las tormentas.

Un instrumento registra la dirección de la aguja magnética que se hace oscilar libremente. Recibe el nombre de variómetro de declinación. La declinación es el grado en que la aguja magnética varía del verdadero Norte. Para que el instrumento sea más sensible, la aguja se suspende de una fibra muy fina de cuarzo, que parece del grueso de una telaraña. Es lo suficientemente fuerte para sostener la aguja y, además, un espejito que se mueve junto con ella, aunque es cosa difícil ajustar la aguja y el espejo en tiempo frío sin romper la fibra. La luz de una lamparilla eléctrica se refleja en el espejo y cae sobre una placa fotográfica. Al moverse la aguja, se mueve también el

espejo y el punto de luz en la placa recorre una distancia considerable. Así se registra una moción angular de la aguja y ángulos demasiado pequeños para poder ser medidos con exactitud por medio de un movimiento exagerado de la luz reflejada.

El variómetro de intensidad horizontal funciona en una forma parecida, arrojando un punto de luz sobre una hoja fotográfica. Este punto se mueve cuando ocurren cambios en la composición del campo magnético de la tierra, paralelos al suelo. En la Pequeña América estos movimientos son mucho más débiles que los de la intensidad vertical, que se registran por medio de otro instrumento.

McKinley maneja todos estos instrumentos que registran los elementos magnéticos y, además, la hora y la temperatura del día. Los cambios que se registran son mucho más violentos y frecuentes que los que se observan en otras latitudes.

Es todavía demasiado temprano para exponer reglas generales acerca de los resultados obtenidos. Los períodos tormentosos no se limitan a ninguna hora determinada del día. Los más grandes disturbios ocurren de noche, mientras que suele reinar más tranquilidad a una hora avanzada de la tarde.

La temperatura más baja registrada dentro de la choza durante el invierno pasado fue de 35 grados Fahrenheit, bajo cero, mientras que afuera la temperatura había bajado a 70 grados bajo cero.

Se utiliza un segundo observatorio magnético para tomar medidas de los valores absolutos de los elementos magnéticos en intervalos regulares. Esta tarea completa la del registro fotográfico y permite tomar medidas absolutas de la declinación de la aguja y de la intensidad de la fuerza magnética en intervalos dados, haciendo posible la fiscalización de los registros hechos fotográficamente. Estos trabajos se han realizado durante todo el invierno, gracias a la ayuda prestada por Larry Gould.

Este segundo observatorio está formado por una casa de nieve con un techo de lona y está sobre el nivel del suelo. Cada serie de observaciones tarda de cuatro a cinco horas. La calefacción dentro de esta casa produjo los mismos efectos que dentro de la choza de los variómetros y tuvo que ser suspendida.

Dos de los instrumentos que se utilizan en el observatorio

Por FRANK T. DAVIES

(Para LA NACION)

tienen una larga historia. El magnetómetro fué utilizado por Amundsen y Sverdrup en la expedición Maud. Ha sido transportado en los trineos tirados por renos de las tribus del norte de Siberia. Aquí en la Pequeña América ha encontrado un viejo amigo en Martín Ronne, quien fué miembro de la expedición Maud. El teodolito ha prestado también servicios en el Artico. Pertenecía a W. J. Peters, director científico de la expedición polar Ziegler, y fué utilizado por él en la Tierra de Francisco José.

El trabajo con Larry Gould ha sido muy divertido. Nos turnamos como observadores, y mientras tanto, Gould impide que los cachorros se nos acerquen. Por fortuna, el techo es bastante fuerte, porque resiste el peso de los perros, que muchas veces saltan sobre él. La última vez que nos visitó el comandante Byrd casi recibe un sopapo en la nariz al salir del túnel, pues creíamos que se trataba de alguno de los numerosos cachorros del campamento. El comandante se interesa vivamente en las observaciones magnéticas, como en todas las fases de los trabajos de carácter científico. Prestó gran parte de su existencia de ropas abrigadas a los que tienen que trabajar a la intemperie.

He descrito en forma breve los trabajos magnéticos de la expedición. En el programa de las investigaciones están incluidos los experimentos eléctricos, las observaciones continuas de la temperatura en alturas diferentes de la Barrera de Ross, y el estudio de la conductividad de la nieve. Parte de los aparatos para estos trabajos nos fueron prestados por la Universidad de McGill, de Montreal. Se ha determinado, con la ayuda del Dr. F. D. Comán, la cantidad de calor que pierde la piel en medio de una tormenta de nieve, y en tiempo calmoso y frío.

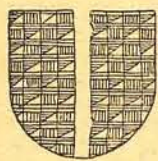
Una de las características más importantes del invierno es la que se refiere a las auroras australes. El más bello fenómeno del cielo, la aurora, ha intrigado la imaginación del hombre desde tiempo inmemorial. Ha figurado en los mitos y leyendas de los pueblos del Norte, desde los días de los Vikings, y los hombres de ciencia noruegos, más que cualesquiera otros, han estudiado las luces boreales y estudiado su origen.

Cuando la gente dejó de creer que las bellas cortinas luminosas eran un indicio del humor de los dioses, se empezó a explicar el fenómeno diciendo que se trataba de los reflejos de la luz solar. Además, el sol ofrece otros bellos espectáculos, tales como el arco iris y las salidas y puestas del astro. Se llegó a pensar que al ponerse el sol en el Artico, sus rayos, al herir las superficies elevadas, se reflejan en las nubes para formar las auroras boreales. Pero ahora no creemos eso. La ciencia explica las auroras como relacionadas con los electrones, los campos magnéticos y las manchas del sol, pero los rayos solares continúan desempeñando un papel decisivo en el fenómeno. Además de su luz, el sol arroja rayos de pequeñas cargas eléctricas que llevan el nombre de electrones. Los centros de tormentas en la superficie del sol, desde los cuales parten estos rayos, son visibles a través del telescopio. Cuando esos electrones hieren la atmósfera terrestre, su impacto sobre las partículas de gas produce la luz. En las auroras se produce un gran número de esos rayos luminosos.

“MASCARA BLANCA”

POR
EDGAR WALLACE

CAPITULO X



UNA fotografía con marco no es cosa difícil de hallar y están lejos de ser rarezas las cajas negras en donde guardan las señoras sus tesoros bajo sus camas. A Mason le hubiera gustado ir acompañado por Elk, pero el flaco sargento se había ido a reunir con Bray. Se puso una guardia en la cuadra de la casa de Louis Lander. Entretanto, Bray había telefonado que ni el señor ni la señora Lander estaban aún en casa. Evidentemente, algo anormal ocurría allí, pues la mucama que, ya de regreso, esperaba la vuelta de sus patrones para entrar, dijo a Bray que éstos la enviaron fuera muy de mañana y que ese matrimonio, hasta entonces dichoso, tuvo un altercado. Le dijeron que no volviese hasta tarde. Bray la halló esperando, desconsolada, a la puerta del departamento, y la persuadió a que pasase la noche en casa de una hermana que vivía en la vecindad.

—Una cosa me dijo—refirió Bray por teléfono—; el piso está atestado de curiosos sudafricanos. Si es cierto lo que dice esta mujer, hay dos puñales semejantes a aquel con que se cometió el asesinato: cuelgan de un cinturón en el vestíbulo. Ella describió la vaina exactamente y dijo que ambos llevaban las iniciales de Lander y que éste los recibió como premios en Sud América, donde residía algunos años.

—Quédese allí—fueron las instrucciones de Mason—. Elk va a acompañarlo. Infórmele aquí o en Scotland Yard. Yo estoy haciendo una investigación por mi parte.

Sobre su escritorio tenía el contenido del saco de la señora Weston, incluso el estuche hipodérmico usado que el doctor Marford entregara. El estuche le intrigaba por su vez, y la jeringuilla evidentemente acusaba mucho uso. Y no obstante, Marford opinó que la mujer no era toxicómana y que la aguja no había sido usada sino dos veces.

Veíanse unas cuantas cartas, una cuenta o dos de una modista de West End. Evidentemente, Lorna Weston, a pesar de la pobre vecindad en que vivía, no ahorra dinero en el adorno de su persona. Mason halló dos cheques por cinco libras, media docena de bonos del Tesoro, algunas monedas de plata y un llavero con llaves, con las cuales, en compañía del sargento Shale, se encaminó al departamento de la mujer misteriosa.

Lo que la señora Albert describiera como “la mayor parte de Tidal Basin” no eran sino dos o tres calles de “villas” bien construidas, donde se abrían varias tiendas, y sobre una de éstas, un gran almacén, hallábase el departamento de la señora Weston, al que se llegaba por una puerta lateral y un breve pasadizo. De aquí arrancaba una escalera de gradas empinadas que remataba en un descanso superior.

El departamento estaba provisto de alumbrado eléctrico y tenía teléfono propio, como lo vió Mason. Este subió por la empinada escalera y sorprendióse al advertir que el descanso estaba pintado y decorado al estilo de West End. Las paredes tapizadas de cuero, los brazos de lámpara de metal blanco y las lámparas de luz atenuada daban a la entrada del departamento un aspecto lujoso.



La primera habitación era el vestíbulo, amueblado con gusto, lo mismo que las demás piezas, inclusive una cocinita instalada a todo costo.

Mason era, en el fondo, un hombre de mundo. Sabía que ese estilo no correspondía a los ingresos de una profesión, honorable o no. O la señora Weston vivía de su renta o bien... Recordó que la mujer que declaró en la comisaría había hablado de que aquélla recibió una suma de dinero. Esta podía ser una explicación. Pero, ¿por qué escogió para vivir tan horrible vecindad?

Había un pequeño escritorio en la sala, pero la rebusca de sus cajones que estaban sin llave no reveló nada que no fuera absolutamente satisfactorio para el pesquisa. Fué en el dormitorio donde éste y su ayudante decidieron hacer el más minucioso escrutinio. Esa habitación seguía a la sala y era la última pieza a visitarse. No bien encendió las luces, Mason se dio cuenta de que algo anormal había sucedido. Los cajones del tocador estaban afuera y la puerta de espejos del guardarropa, abierta de par en par. En el suelo hacínabase una mezcla de ropa de calle y de casa y entre ella Mason vió asomar la esquina de una caja negra, y se dirigió rápidamente hacia ésta. Estuvo con llave, pero alguien quebrantó la cerradura. Veíanse desparramados en el suelo objetos varios y papeles, pero ninguna fotografía con marco. Lo que observó fué una caja de tarjetas de forma cilíndrica: la recogió y la revisó, pero estaba vacía.

El cilindro le interesó, pues sabía que era el estuche en que se guardaban los certificados de matrimonio, y por desgracia, que pueda ser un matrimonio, ese trocito de papel es de los que no se desprende una mujer con facilidad.

—Haga venir al hombre y empolvaremos el lugar para tomar las impresiones digitales—dijo.

Apenas dijo esto, cuando vió sobre la cama un par de guantes blancos de algodón. El intruso no se había arriesgado. Examinólos cuidadosamente, pero no supo más sino que eran guantes blancos de algodón, minuciosamente lavados, probablemente por su dueño.

¿Cuándo entró el ladrón y cómo logró entrar? La puerta de abajo no había sido forzada; solamente la caja negra, que él supuso que estuviera en el último cajón del escritorio, pues en éste todo se veía en orden, y quedaba allí un espacio que aquella caja podía haber ocupado.

Indicios que arrojaran luz acerca del tiempo de la fechoría, no había ninguno.

—Llaman abajo en la puerta—dijo Shale—. ¿Quiere que vea quién es?

—No, espere; yo iré.

Mason bajó rápidamente la escalera y abrió la puerta. Encontró allí a una mujer, cubierta la cabeza con un chal para resguardarse de la lluvia. Miró recelosamente a Mason, a quien alumbraba la luz, y retrocedió oblicuamente. A Mason le pareció dispuesta a echar a correr.

—¿Marcha todo bien?—preguntó nerviosamente.

—Todo marcha mal—respondió Mason. Y luego, advirtiéndolo su timidez y sospechando la causa, añadió:—No se alarme: soy un funcionario de policía.

El vió que ella se tranquilizaba.

—Soy la cuidadora de la casa de enfrente; la señora ha salido al campo, y yo me preguntaba si debía ir en busca de la policía o no.

—Entonces, ¿vió usted a alguien entrar en este piso anoche?—preguntó Mason rápidamente.

—Vi salir gente—repuso ella.—Ello no me hubiera llamado la atención a no ser por la cosa blanca...

—¿Qué cosa blanca? ¿Quiere usted decir que había alguno con máscara blanca?—le asestó Mason.

—No juraría quién era; pero lo que sí juraría es que tenía algo blanco en la cara. Lo vi tan claro como puede verse a la luz de un farol de la calle. Toda la noche estuve con dolor de muelas y la pasé sentada en el vestíbulo de la casa...

Mason le cortó de golpe la palabra.

—¿A qué horas vió usted salir a esa persona?—preguntó. Hacía menos de un cuarto de hora. Ella también vió entrar a Mason en compañía de Shale y creyendo que eran funcionarios de policía, se aventuró a venir a llamar a la puerta. El la interrogó sobre la indumentaria del ladrón, y la descripción fué la consabida: el largo abrigo que llegaba a los talones, el sombrero negro de fieltro y la máscara blanca; pero se enteró de una característica que hasta entonces pasó inadvertida, y era que el hombre cojeaba penosamente. Ella estaba segurísima de esto. El sujeto no vino en automóvil, se fué caminando y se perdió de vista en la esquina de la cuadra, en dirección opuesta a la seguida por los dos pesquisas en camino al departamento.

Shale entró y tomó un apunte taquigráfico de la declaración de la mujer, y luego los dos hombres regresaron al departamento, donde hicieron una rebusca, todavía más minuciosa, con la esperanza de que Máscara Blanca pudiera haber dejado alguna prenda más que sus guantes.

—Ni siquiera sé si éstos nos darían algún indicio.

Mason metió cuidadosamente los guantes en una bolsa de papel y la deslizó a su bolsillo.

UN PESQUISA Y UN REPORTE DIVAGAN EN EL LIMBO

ILUSTRACION DE LUIS MACAY

—Entonces es verdad que “Máscara Blanca” “es” aquí una institución.

—Todos lo creen así—respondió Shale—. ¡Los ladronzuelos del barrio lo glorifican!

Mason regresó a la comisaría sumamente desconcertado. Tenía dos piezas de prueba, guardadas bajo llave en la caja de hierro. Sacó de ésta el anillo y la cápsula y los llevó al cuarto del inspector. El parlanchín Rudd podría decirle algo al respecto. Abrió la puerta y llamó al sargento de comisaría.

—¿Supongo que el doctor Rudd se habrá acostado?

—No, señor; me llamó hará un cuarto de hora y me dijo que tenía entre manos una hipótesis bastante sensacional. Estas fueron sus palabras: “una hipótesis bastante sensacional”.

Mason gruñó:

—¡Será completamente sensacional! Llámelo por teléfono y pregúntele si puede venir ahora mismo, sin hablar de la hipótesis. Quiero que me identifique una droga.

Examinó el anillo con una lupa, pero nada pudo revelarle ni la vigésima parte de lo que Michael Quigley le hubiera podido decir.

—Ese Quigley sabe algo—refunfuñó Mason—. Casi me lo confesó.

—¿Qué podía saber, señor?—preguntó Shale.

—El sabe a quién pertenece el anillo—afirmó Mason.

El sargento de comisaría abrió la puerta y miró dentro.

—El doctor Rudd salió hace cinco minutos, señor—dijo—, y hay un mensaje para usted de Yard.

Era de la Oficina de Informaciones. Se había localizado al misterioso Donald.

—Se llama Donald Bateman—dijo el pesquisa informante.

—Llegó de África hace tres semanas y se aloja en el Little Norfolk Hotel de Norfolk Street. Sus datos concuerdan con los que usted nos proporcionó, señor Mason.

—¿No está ahora en el hotel, por casualidad?

—No, señor; salió esta tarde, vistiendo traje de etiqueta, y dijo que no volvería hasta medianoche. Desde entonces no se le ha visto. Tiene una cicatriz bajo la barba, que corresponde también a la descripción que usted hizo de él, y es casi de la misma estatura que el hombre asesinado.

—Pase su nombre a la Oficina de Identificación—dijo Mason—. vea si tenemos algún prontuario de él, y no se vaya todavía, amigo, aposte un hombre en el hotel. Si el señor Donald Bateman no ha regresado hasta las siete de la mañana a su hotel, traslade sus baúles a la comisaría de Cannon Row y téngalos allí hasta que yo vaya a revisarlos.

Colgó el tubo.

—¿Donald Bateman, eh? He aquí una pista a seguir. ¿No llamó el señor Bray?

—No, señor.

Mason regresó a la oficina del inspector y reanudó su examen del anillo y la cápsula.

Si, Michael está enterado de todo lo concerniente al anillo o yo soy holandés. El joven diablo casi se desmaya al encontrarlo.

—¿De dónde pudieron venir el anillo y la cápsula?—preguntó Shale.

—¿De dónde podrían haber salido sino del bolsillo de Donald Bateman? Usted ha oído a todos los testigos examinados: concuerdan en que al caer Bateman metió la mano en el bolsillo del chaleco y procuró sacar alguna cosa. Probablemente sacó esas dos cosas, que

rodaron de la acera al canalé y no habrían sido halladas sino por Michael. Yo diré esto del mozo; tiene buena instintos.

Consultó su reloj.

—¿A qué distancia de aquí vive el médico?

—Ni a cuatro minutos de camino—dijo Shale, que había ido en busca del cirujano de policía, al informarse del asesinato.

—Entonces ya debería estar aquí. Llámelo de nuevo.

—Pero la doméstica de Rudd insistía en que su amo había salido hacía diez minutos.

—Vaya y procure dar con él.

De pronto Mason se puso serio. Desconfiaba de las hipótesis del médico y más aun de su garrulería. Un hombre que habla sin cesar y cuyos temas son pocos, necesariamente tiene que decir cosas que la policía no querría que dijese. Esperaba que no se hubiera encontrado con un amigo en el camino.

Al cabo de unos diez minutos Shale regresó. Había ido hasta la casa del médico sin ver rastros de Rudd. Era un recorrido relativamente corto y directo.

—Puede que esté con el doctor Marford. Llámelo.

Pero Marford no pudo facilitar indicación alguna, salvo que encontrándose en su departamento de cirugía, pasó Rudd por la calle y le dió las buenas noches con unos golpecitos en la amplia ventana.

—Y buen susto que me llevé—se lamentó el Dr. Marford—, porque no tuve la menor idea de quién era hasta que me levanté y miré por detrás de las mamparas.

La distancia que separaba el consultorio de cirugía del doctor Marford de la comisaría era menor de doscientos metros, pero había otro camino por Gallows Court, un atajo mal sano, que acortaba aquélla en unos cincuenta. Como nadie se aventuraba jamás por allí, excepto los desesperados que iban a terminar en el siniestro paraje su sombría existencia, era de presumir que Rudd había tomado el camino más largo.

El extremo inferior de Gallows Court desembocaba por un pasadizo en forma de túnel al nivel y algunos metros al norte de la puerta del doctor Marford. En los tiempos en que los marineros borrachos de los muelles y desembarcaderos eran tan frecuentes como los postes del alumbrado, Gallows Court tenía caracteres de lugar de criminalidad pintoresca; pero hoy ya no resultaba pintoresco.

Allí poseía un chino una posada en la que alojaba a increíble número de compatriotas. Cuatro o cinco familias italianas vivían en otra casa y otras familias menos fáciles de describir ocupaban las demás. Decíase que la policía no se aventuraba allí más que por parejas, lo cual no era cierto. No se aventuraba jamás, y en caso de hacerlo, sólo con grandísimas precauciones, y cuando gritos sinceros de “¡Asesinato!” exigían su atención.

El Dr. Marford era una de las pocas personas que cruzaban por ese callejón voluntariamente, de día o de noche, sin ser molestado. De haber querido, habría podido relatar historias espeluznantes de lo que había visto y oído en aquel pasaje maloliente; mas resultaba, deliberadamente, un mal cuentista.

—No creo que Rudd vaya por ahí—dijo en respuesta a la averiguación del superintendente—. De todos modos, si usted tiene alguna duda, iré yo mismo.

Transcurrió media hora, y a

EL PATINAJE ESTA DE MODA EN LONDRES

SE baila poco en Londres hoy en día. Este cambio radical en los pasatiempos de los londinenses se atribuye principalmente a la gran popularidad que ha alcanzado el patinaje sobre hielo. Se patina de mañana, de tarde, de noche, sobre todo de noche. Las orquestas son buenas, el ambiente muy agradable, pero más importante aun, el "skating" está en pleno furor.

Hace años que existió la pista del Club Prince's, cuyo local es ahora un garage, y más tarde se formó el Ice Club en un amplio salón en Grosvenor Road, situado en el barrio de Victoria. El primero de estos "rinks" se convirtió en restaurante durante el período de transformaciones sociales y financieras de la guerra, pero el Ice Club siguió siendo patrocinado por un grupo pequeño y muy escogido.

La generalización del patinaje sobre hielo se debe a la apertura, en primer lugar, de dos pistas, la de Grosvenor House en Park Lane y la de Richmond. Al terminarse la edificación de Grosvenor House, el suntuoso hotel erigido en el sitio que ocupaba la mansión señorial de los duques de Westminster, se inauguró la pista de patinaje destinada a los socios del International Sports Club y del Park Lane Ice Club. El sitio no obligado de convertirse en punto de reunión social para la gente que "anda" en Londres. "To go about" (andar) se interpreta en Buenos Aires por "gente conocida", y aquí son los "andadores" miembros de la aristocracia, diplomáticos, intelectuales, artistas y, en especial, las mujeres bonitas o las mujeres célebres por su talento, por su reputación (buena o mala) y, sobre todo, por su "savoir vivre", arte llevado a un alto grado de perfección por muchas damas en este país. Tan grande fué el entusiasmo al comienzo de la "season" de patinaje, que los devotos se dirigían al club mucho antes de la

hora a que comenzaba la sesión. Se nos ofrecía entonces el espectáculo, típicamente londinense, de una "cola" que esperaba la apertura de las puertas, con el objeto de procurarse un buen lugar, para practicar las figuras recién aprendidas, y perfeccionar el estilo sin ser molestados por numerosos entusiastas con dominio igualmente inseguro sobre el rumbo y ritmo de piernas aun rebeldes.

Una mañana, antes de las nueve, al dirigirme a Hyde Park, recuerdo haber visto a la eximia patinadora, la princesa George Imeretinsky, sin sombrero, encabezando dicha cola y llevando en sus manos botas con patines. Supongo que ya no madura tanto.

Las celebridades abundan diariamente en la pista de Grosvenor House, pero me limitaré a hacer alusión a varios diplomáticos sudamericanos, entre ellos algunos excelentes "performers", y el joven duque de Norfolk. Hay días en que se podría creer que el Club es una sucursal de la Unión Panamericana, tan grande es el número de latino-americanos, entre los cuales hay, naturalmente, muchos argentinos. El ambiente es muy a nuestro gusto.

Es un hecho curioso que en Londres no exista un salón de té o un hotel donde se encuentre el ambiente del Ritz en París a la hora del té o cocktail, ambiente muy familiar para nosotros en ciertas grandes confiterías y tiendas porteñas que sirven de marco para reuniones sociales y desfile de modas. Este vacío ha sido llenado hasta cierto punto por el "rink" de Grosvenor House. No sólo se patina allí, sino que, además, se disfruta del espectáculo encantador de las que patinan, realizando con sus rítmicos movimientos, muy bonitos trajes de sport, expresamente creados. e interesa también observar a las espectadoras. Estas bellas y elegantes personas cios del Ice Club de Grosvenor Road, éstos han regresado a su

se acodan en los palcos, y a la hora del té se reúnen con la gente que patina. Se fuma, se charla y se comenta muchas cosas.

Tan es así, que después de un abandono temporario por los so-



pista, donde se practica la alta escuela del patinaje, siendo el ambiente allí menos social y más deportivo.

Está, también, el Richmond Ice Rink, que, para el gran

LUCIE WALKER LEIGH

(Para LA NACION)

LONDRES, marzo de 1930.

público a lo menos, surgió repentinamente a fines del año 1928, como un fénix, de las cenizas de una fábrica caída en desuso. Como no se incendió la fábrica, las cenizas de la imagen son puramente ilusorias.

En ese año alguien concibió la idea genial de convertir la fábrica, que ya no tenía nada que fabricar, en pista de patinaje, y en poco tiempo se terminaron los trabajos necesarios y se inauguró el Richmond Ice Rink Club, con un éxito inmediato y enorme.

Este club tiene una comisión directiva muy prestigiosa, encabezada por el ex rey Manuel de Portugal, que reside en el barrio cercano de Twickenham. Figuran, además, en esa comisión, la duquesa de Bedford, célebre por sus hazañas de aviación, el duque de Devonshire, el duque de Newcastle, el conde Lytton y Sir Samuel Hoare, este último conocidísimo también en los círculos de aviación y como ex Ministro del Aire del gobierno conservador.

Cuando visité el "rink" por primera vez, fui recibida muy atentamente por el secretario D. Basilio J. Williams, ex campeón de aficionados, nacido y criado en la Argentina. Su padre fué estanciero en la provincia de Buenos Aires, pero hace ya más de veinte años que la familia reside en Inglaterra.

El Ice Rink de Richmond, me dijo, es la pista techada o cubierta más grande del mundo. La extensión de hielo mide 286 pies de largo por 85 de ancho, o sea 24.300 pies cuadrados. El edificio resultó ser ideal para el uso que el destino le tenía reservado, y patinan allí no menos de dos mil personas diariamente. Además de las muchas ventajas que tiene esta pista, está situada entre jardines al borde del Támesis. Tiene grandes ventanas que dan sobre el río, y el patinador disfruta de un panorama deliciosamente pintoresco.

Además de los "rinks" nom-

brados, hay otros en distintos barrios de Londres, como ser en Hammersmith y Golders Green. El conocido Palais de Danse de Hammersmith se llama hoy el Icedrome y tiene unos 16.000 pies cuadrados, como superficie helada. Green tiene su pista instalada en un lujoso edificio nuevo y mide unos 2000 pies cuadrados menos que el Hammersmith Icedrome. También se ha construido un gran "rink" nuevo en Brighton, el divertido balneario.

En todos estos salones dedicados al patinaje se celebran frecuentes fiestas carnavalescas y exhibiciones de baile y otras proezas sobre el hielo, de ejecución sumamente difícil. Se dice que la mejora en el estilo de los patinadores es sencillamente extraordinaria, considerando el tiempo bien corto durante el cual se ha popularizado tanto este pasatiempo en Londres.

Merece citarse también una pequeña "cuna" de patinadores que se ha abierto en Londres, es decir, una escuela de patinaje sobre hielo, instalada en el ex estudio de un conocido pintor. Hay que felicitar a la propietaria y directora por su espíritu de empresa al haber convertido una idea original en un negocio que rinde excelentes beneficios. La pista es chica, pero se llena de entusiastas diariamente, y las lecciones, bien caras, por cierto, se suceden sin interrupción.

El decorado de la sala de patinaje es, sin duda, un legado del artista que antes la ocupó como estudio. Los muros están pintados de un subido color anaranjado cerca del piso—del hielo, más bien dicho—y este tinte va aclarándose, hasta que se esfuma en un amarillo pálido, que se pierde, finalmente, entre las pesadas vigas de roble que sostienen al techo. En una plataforma al lado de la pista hay un plano de cola que sirve de pedestal para dos inmensos perros de trapo, que parecen vigilar gravemente las evoluciones y piruetas de los que patinan. Quizá son mascotas...

Una gente decente de Gallows Court con el viejo Gregorio!

—Me pregunto de qué viven. —Quisiera saberlo — repuso Mason.

Regresaron por el camino que habían seguido.

—Voy a destacar a Bray a otra casa y en seguida me dirijo a Yard.

—Lo llevaré si quiere. No hay ya nada que hacer aquí.

La figura sombría que vieron emergió de la abertura, envuelta en un viejo sobretodo.

—Dicen que Máscara Blanca anduvo por aquí anoche, Mr. Mason.

—¿Dicen eso? — preguntó Mason cortésmente.

—Usted no nos trata bien, Mr. Mason. Usted baja por aquí y quiere que nosotros olfateemos para usted, y todo el mundo en el barrio sabe que estamos olfateando para usted.

Si usted nos tratase bien e hiciera como debe, oiría algo.

¿Qué tiene que ver el viejo Gregorio, eh? Este es un asunto que usted no sabe, ni tampoco nadie. ¿Qué hay con Gregorio?

Y tras esta observación enigmática, desapareció.

—Está loco, loco de remate. No, no sé quién es; pero está loco en la forma más benigna. ¿Qué diablos quiere decir con Gregorio?

Mike no acertó a responder. Conocía al viejo Gregorio: todo el mundo en Londres conocía al hombre que guardaba su coche en el patio del Dr. Marford y vivía solo en la única casa decente de Gallows Court.

—Daría algo por saber lo que ese loco sabe de él, y a dónde iba.

Mason estaba trastornado, irritable. Un funcionario de investigaciones tiene el instinto de la sinceridad: constituye las dos terceras partes de su estructura mental, y el demente fantasma no divagaba. Hablar mal o despertar sospechas contra Gregorio Wicks era como una traición.

—¡Diablos de borrachines! — exclamó, dando rienda suelta a su desazón.

las dos menos cuarto Mason reunió todas sus reservas y las envió a investigar. Una llamada telefónica hizo acudir veloces lanchas de policía al muelle fronterizo, con disgusto de los alteadores, que se entregaban al contrabando cuando llegaron las embarcaciones. Pero no había rastro ni noticia alguna de Rudd. Por el momento se había evaporado de la faz de la tierra.

Tal era la situación cuando Michael Quigley apareció en el teatro de los sucesos. Pidió una entrevista con el superintendente y le contó francamente, como le indicara Janice que lo hiciera, toda la historia del anillo. Mason escuchó malhumorado.

—¡Ocultación! — dijo lamentándose. — ¿De qué ha servido? ¿Por qué no me lo dijo desde un principio, no porque ello hubiese cambiado las cosas, como no fuese el revelarme antes el nombre de la víctima? Si, ese es su nombre: Donald Bateman. Nos estamos acercando... ¡Hola, doctor!

Era Marford, que llegaba en busca de noticias de su colega.

—Ninguna. Probablemente descubrió que el asesino era irlandés y se ha embarcado esta noche con rumbo a Irlanda para empaparse en el ambiente. Siéntese, doctor y tome un poco de café.

Alcanzó a Marford una taza humeante, y éste sorbió apenas el líquido.

—Adonde ha ido Rudd no lo sé, ni me importa — dijo Mason bostezando—. Tengo experiencia y esperaba que este asesinato se descubriese lindamente. Si Louis Lander volviese a su casa como un buen muchacho, a la mañana siguiente deberíamos tener en nuestras manos todos los hilos; pero si ha tomado su pasaporte y sus tres mil libras y se ha marchado en un aeroplano particular al Continente, este asunto va a ser uno de esos conocidísimos misterios inextricables de Londres en que se ocupan los reporteros cuando llegan a

hacerse demasiado viejos para el oficio.

El médico terminó su taza de café y se marchó en seguida. Su segundo caso estaba cumplido.

Mason lo acompañó hasta la puerta.

—¿No ha pensado en nuevas hipótesis?

—Sí, he logrado no una hipótesis, sino una convicción absoluta, ahora — respondió Marford tranquilamente—. Y por la simple circunstancia de que no estoy en situación de aportar pruebas, creo que puedo decirle quién es el asesino.

Mason asintió con la cabeza.

—¿No pensará usted en la misma persona que yo, doctor? Marford sonrió.

—Por su bien, no lo espero.

—¿Lo cual significa que usted no nos va a aportar el auxilio de su lógica y sus deducciones?

—Soy médico y no pesquise — repuso el otro.

Mason volvió al lado de la chimenea de la sala y se calentó las manos al fuego.

—¿No hay nada de Bray o de Elk?

Miró el reloj; eran las dos y cuarto. Empezó a dudar de si Luis Lander volvería a su departamento.

Acompañado por el reportero salió en dirección a Gallows Court. La lluvia había cesado, pero todavía el viento azotaba crudamente.

—Y si usted escribe sobre esto — dijo — no incurra en el error propio de todos los reporteros pimpollos: de decir que Gallows Court se extiende en el lugar del Muelle de Justicia. No es así. Su nombre proviene de un sujeto Gallors, que posee una propiedad cerca de aquí; y si en lugar de invertirlo en sostener su sencilla clínica, el médico invirtiese sus pingües ingresos en comprar estos terrenos y en desear estos conventillos, haría un servicio al mundo... y a la policía.

La entrada de Gallows Court parecía tenebrosa y formidable. A los pocos metros se hallaban

las empalizadas del patio del médico. Era un patiecillo, en una de cuyas esquinas había un cobertizo, que aquel alquilara al famoso Gregory Wicks, el cochero veterano. Resultaba, por otra parte, un lugar de espera útil para la clientela del médico en procura de sus recetas. Casi todas las tardes podía verse una hilera de hombres y mujeres pobremente vestidos, aguardando turno para entrar en el angosto pasadizo que flanqueaba la sala de cirugía y recibir por un ventanillo de manos del doctor la medicina que él recetara y entregara.

—Se parece más a la sala de espera de un hospital que a un consultorio privado—dijo Michael.

Mason gruñó.

—¿A qué dejar que vivan?

—preguntó con tono desesperado.

Un muro separaba Gallows Court del patio del médico, pues las casas de aquel pasaje sólo estaban construidas a un lado del patio.

Mason miró arriba y abajo y experimentó de nuevo una inexpressable sensación de amenaza.

El camino era un cañón negro y las lámparas de arco que lo constelaban ponían de relieve su desolación. Calle de tumbas; tumbas negras, repugnantes, vulgares, enlazadas, pegadas y cimentadas una al lado de otra. Los vidrios empañados de las ventanas reflejaban apenas las luces; ninguna chimenea humeaba; ninguna ventana despedía brillo humano. A lo largo de Gallows Court, en donde los tableros de las puertas habían servido de combustible, hombres y mujeres dormían al aire libre, agazapados en las esquinas de los dinteles, dormían en medio de la lluvia y del viento suspirante, cubiertos hombros y rodillas con viejos sacos.

Cuando Mason y su acompañante se aventuraron por un sendero por entre los guijarros resbaladizos, una voz cantaba en la obscuridad: una voz de mujer ronca de sueño:

DE COMO PLURIBUS JONES LLEGO A SER DUEÑO DE SI MISMO

(CONCLUSION)

HE aquí, no obstante, que ahora como antes comenzó a sentir la influencia de la mirada tranquila y confiada de Mr. Barstow.

Los ojos de Pinky lo miraban una vez más en forma tal que diríase que tenía la más absoluta confianza en él. Paulatinamente fueron tiñéndose de rojo las mejillas del buen Pluribus.

—Tal vez, amigo Jones — dijo Barstow —, haya usted menester de esa artillería que tan bien sabe manejar. Conviene que comience a valerse de ella.

Mr. Barstow hablaba con evidente despreocupación, cual si todos los obstáculos hubieran sido afrontados y salvados. Extendió el brazo, metió la mano debajo de la almohada, sacó tabaco y papel y comenzó a liar un cigarrillo. Mientras tenía en su mano izquierda la hoja de papel de arroz, miró fijamente a Pluribus y volvió a sonreír placidamente. Era una sonrisa alentadora por demás, cual si con ella quisiera expresar toda la confianza que le tenía.

Entonces Jones dejó decididamente de cavilar. Marchó hasta su litera, abrió una valija y sacó dos revólveres de largo caño y gran calibre — amenazadoras armas de acero empavonado — y con todo el aspecto de máquinas útiles para acarrear súbita muerte al más reacio. Luego se colocó un cinturón materialmente atiborrado de cartuchos y marchó de nuevo hacia la escalera que lo llevaría a cubierta.

Ya trabajaban los marineros en la tarea previa para arrojar al mar los molestos tubos de acero. Una grúa de pescante había sido colocada en el puente, y los engranajes comenzaban a rechinar mientras la máquina izaba media docena de tubos de seis pulgadas de diámetro. El capitán Andersen miró con los ojos bien abiertos a Jones, que subía en ese momento; frunció el entrecejo y pareció acortar su nuca de toro. Evidentemente esperaba que se produjeran nuevas discusiones, pues todavía empuñaba la barra de hierro.

Empero, el Jones que llegaba ahora parecía un personaje completamente distinto del que muy poco tiempo antes había escapado escaleras abajo. Y tampoco puede decirse que la diferencia estribara únicamente en los dos grandes revólveres y el cinturón pletórico de cartuchos. Todo su continente era formidable. Sus ojos tenían ahora una mirada harta amenazadora.

Mr. Jones no perdió ni un momento. Elevó una de sus armas hasta un ángulo de cuarenta y cinco grados, directamente por encima de la cabeza del capitán y tiró del gatillo. El revólver habló cual un dios del trueno, y una bala de calibre 45 fué a aplastarse contra la chimenea del vapor.

El pánico que provocó aquello fué inmediato y general. La grúa dejó de rechinar. La tripulación buscó refugio. El capitán Andersen se dirigió vertiginosamente a buscar un parapeto tras uno de los tanques de agua y se echó boca abajo sobre cubierta. Nuevamente Jones disparó un tiro y la bala pasó por entre los aparejos de proa. No hubo la mínima respuesta a semejante provocación. Es que la tripulación del King Olaf no contaba entre sus miembros con ningún héroe improvisado. Esta formada totalmente por marineros noruegos, contratados para trabajar por salarios mensuales ridículamente reducidos, y no había ni uno solo de ellos que tuviera el mínimo deseo de servir de blanco. Pluribus, pues, era dueño de la situación.

Tras un cuarto de hora de plática entre Mr. Jones y el capitán Andersen, éste salió con suma precaución desde su escondite y dió órdenes para que la embarcación avanzara de nuevo. Pesado y enorme, el King Olaf se puso en movimiento y enfiló hacia la negra boca de la entrada del puerto, bordeada por luces que hacían constantes guiñadas. Cuando la nave hubo transpuesto las primeras luces, la gente que se hallaba a popa divisó un cañonero que estaba anclado frente a los muros de

la distante fortaleza. Era cierto, entonces, todo cuanto se decía. El cañonero tenía luces a bordo; en sus cubiertas se oía el funcionar de las grúas que izaban municiones, y también pudo oírse el pito que enérgicamente tocaban los oficiales. Evidentemente estaba a punto de entrar en acción.

En el buque bananero reinaba el terror... o por lo menos una buena imitación del mismo. La mayoría de la tripulación se había reunido en el centro del buque; todos los índices señalaban a la nave de guerra y los hombres miraban como pidiendo clemencia. Justamente delante del camarote de popa se hallaba de pie el capitán Andersen acompañado por sus oficiales; todos ellos cambiaban opiniones, pero lo hacían en secreto. Jones estaba apoyado en una baranda y empuñaba uno de sus grandes revólveres en cada mano. Tenía la mirada fija en el timonel. Mr. Jones también comenzaba a sentirse nervioso.

En este crítico momento se oyó en la cubierta del cañonero un agudo grito de alerta. Instantes después el blanco dedo de un faro se extendió a través de las oscuras aguas y se posó en la cubierta del King Olaf. Cuando Mr. Jones apartó la vista de la engeguacedora luz se encontró ante Pinky Barstow, quien vestía un traje de blanco immaculado y acababa de subir por la escalera. Entonces uno de los cañones del buque de guerra rugió y casi simultáneamente se oyó el chapaleo del agua un poco a sotavento. Todos los marineros noruegos se agacharon sincrónicamente.

—Los muy granujas tenían el propósito de obsequiarnos con eso, ¿no le parece, amigo Jones? — observó Mr. Barstow.

—Yo... yo creo que sí — reconoció Jones con voz apagada.

—Pues sería bueno que no vuelvan a hacerlo. Nos aproximaremos un poco más, mi querido Jones; y entonces usted bajará a un bote e irá a pedirles que no nos molesten. Dígalos que si no se sosiegan les mandaremos toda la marina de guerra de los Estados Unidos.

—Sí, señor; se los diré. Voy a prepararme ahora mismo.

Había en la voz de Pluribus Jones un no sé qué de alivio. Una vez más concebía la noción de responsabilidad. Lo único que quedaba por hacer era obedecer órdenes. Y eso era cosa fácil en comparación con la tarea que representaba el tener que obrar por cuenta propia.

Con paso presuroso descendió hasta el camarote. Cuando volvió a aparecer sobre cubierta iba maravillosamente aderezado. En su cuerpo enjuto lucía los amplios pliegues de un abrigo de "policeman" cuyo peto tenía de arriba abajo dos hileras de botones de bronce. Además, llevaba en la cabeza un enorme casco de bombero (casco de cuero brillantemente barnizado, en cuya parte anterior iba incrustado un escudo y coronado por una cabeza de águila).

—Veo que se ha puesto usted el traje de visita, estimado Jones — comentó Mr. Barstow. — ¿Está listo para entrar en funciones?

—Sí, señor; completamente listo.

Entonces el King Olaf detuvo su marcha. Jones ordenó que echaran un bote al agua, y cuando la pequeña embarcación estuvo lista, eligió un marinero para que lo acompañara. Este descendió a regañadientes; con aire de desgano empuñó los remos. Jones se alejó bañado por la tenue luz de unos rayos de luna filtrados a través de densos nubarrones. Iba en cumplimiento de su audaz cometido.

IV

En realidad, aquello era más que mera audacia. Para la mayoría de la gente de a bordo del King Olaf, semejante empresa era ni más ni menos que un acto de locura.

Jamás podrá saberse por qué motivos envió Pinky Barstow al pobre Jones a acometer una tarea tan descabellada. Y a decir verdad, el propio Mr. Barstow la ignoraba a la sazón, pues así lo confesó ulteriormente. Quizá haya sido tan sólo un impulso nacido de la tremenda desesperación; acaso fuera guía-



do por el insensato deseo de descubrir hasta qué grado tenía dominio sobre el sumiso Pluribus. Para quienes mejor lo conocían, este Pinky Barstow sólo podría ser calculado en términos algebráicos: Llamemos X a la incógnita... Y esa incógnita era el buen Pinky.

De todos modos, los acontecimientos que luego se desarrollaron pusieron de manifiesto el hecho de que Mr. Barstow no tenía ningún plan definido y que su único paso había sido el de enviar a Jones en son de parlamentario hasta el cañonero de los insurrectos.

El ruido de los remos se hizo cada vez más débil hasta que por último cesó por completo. Pasaron cinco minutos... diez. En las tinieblas del puerto de Guanica reinaba un silencio sepulcral. Allí estaba la cañonera cuyas luces brillaban todavía; pero ni una sola bala de cañón volvió a cruzar sobre las aguas. Hacia el lado de babor y a una distancia aproximada de dos millas, se adivinaba la silueta del fuerte sumido en silencio; y más allá, elevándose cada vez más, con calles que ascendían por las faldas de las colinas, se divisaba la capital de Guanica.

Transcurrió media hora sin que se recibiera señal u orden alguna del cañonero. ¿Qué pensaría hacer esa gente? ¿Tendrían el propósito de volver a disparar contra el vapor o comenzarían su duelo con el fuerte? ¿Y qué le ocurriría en esos momentos a Jones?

Por último se oyó un grito en la bahía; una voz llegaba desde lejos, apagada en tono pero claramente comprensible.

—¡Ea, Barstow!

Aquella era la voz de Pluribus Jones.

—¿Qué ocurre? — gritó Pinky a voz en cuello, llevando ambas manos a la boca a guisa de trompeta o megáfono.

—Vengan hacia acá... Ya tengo al cañonero — contestó el invisible Jones.

Por muy inverosímil que pudiera parecer aquella declaración, no podía haber error alguno al interpretarla, tanto más cuanto que la voz de elevado timbre de Pluribus llegaba con bastante claridad.

—¿Que tiene usted la cañonera! — repitió Pinky Barstow como un eco, mientras miraba con los ojos muy abiertos al fornido capitán Andersen. — ¿Qué cree usted que querrá decirnos con eso?

—A mí me parece que el pobre hombre se ha vuelto loco — gruñó el viejo marino.

—Pues está usted muy equivocado, señor capitán. Si Jones dice que tiene la cañonera, no cabe dudar de que está en lo cierto. Me parece que lo mejor que podríamos hacer es marchar hacia allá para ver qué ocurre. Avancemos, capitán.

El comandante del King Olaf refunfuñó unos instantes, pero luego dió la orden y pocos minutos más tarde el buque ba-

nanero llegaba hasta el costado del buque de guerra y Mr. Barstow subió a éste. Fué recibido por Pluribus Jones, quien sin haber sufrido la mínima molestia era dueño de la situación. Avanzó resueltamente, con el casco de bombero hundido hasta las orejas, con aire de conquistador.

—Tengo un buque de guerra, señor Barstow, y me gustaría saber qué puedo hacer con él — fueron las palabras con que recibió al recién llegado.

—¿Qué demonios quiere usted decirme al declarar que tiene el cañonero? ¿Dónde está la tripulación?

—Lo ignoro en absoluto. Cuando yo llegué hasta el costado del barco no había ni un alma a bordo. Sólo pude oír el ruido de los remos de botes que se alejaban hacia el puerto. Cuando subí no había ni un solo hombre. Claro está que no pude decirles lo que usted me ordenó y por eso subí a bordo y tomé posesión de la nave.

■ ■ ■

Eso era todo. Misterio: profundo misterio, misterio enorme. Por mucho que buscaran una explicación, no podían encontrarla; no había ni la mínima pista. En las cubiertas había señales de confusión y de una marcha apresurada. Los cañones de seis pulgadas estaban listos para entrar en acción. Había montones de balas y varios escobillones, exactamente como los habían dejado los artilleros. En los camarotes aparecían tirados por el suelo artículos de vestir y piezas de uniforme; el desorden de los armarios decía bien a las claras con cuánta precipitación habían marchado los hombres de a bordo.

Empero, ¿cuál había sido la causa? ¿Por qué razones tenían que abandonar su presa los rebeldes de Guanica, en el momento mismo en que se aprestaban a dirigir el fuego de los cañones contra la vetusta fortaleza? Mr. Barstow se dió por vencido.

En cuanto a Jones, no le interesó para nada el resultado de tal rompecabezas. El único hecho importante para él era este: que sin ayuda de nadie y por sus propios medios había logrado capturar un buque de guerra. Nadie le había indicado cómo debía proceder. Ni siquiera se le había insinuado la posibilidad de llevar a efecto semejante hazaña. Pero él lo hizo. Y allí estaban las pruebas de su proeza. Paulatinamente iba irguiéndose lleno de orgullo. Ahora echaba la cabeza hacia atrás y al hablar la movía con aire harto significativo. Sus pasos parecían saltos. Con aires de propietario, condujo a Pinky Barstow por todos los rincones del cañonero, para llevarlo por último hasta el puente de mando.

—Quiero darle un vistazo al fuerte — declaró, mientras movía el faro y daba vuelta a los conmutadores eléctricos.

Por S. FORD

ILUSTRACION DE
JUAN CARLOS HUERGO

De pronto encontró la llave adecuada y un potente haz luminoso inundó la bahía. De las sombras brotaron los muros del bastión semiderruido y las mohosas barbacanas del morro centenario de Guanica. Cuando el círculo luminoso se elevó por las paredes, apareció la torre central y entonces pudo verse que en el mástil flameaba una bandera.

—¿No le parece, amigo Jones — preguntó Mr. Barstow — que esa es una bandera blanca?

—Claro que es blanca.

—Entonces eso quiere decir que el fuerte se ha rendido.

—Sí — admitió Jones con grandes infusas —; supongo que también lo he capturado yo.

Jamás hubo un general romano que, mientras avanzaba seguido por sus victoriosas legiones a lo largo de la vía Apia, sintiera una satisfacción más honda que la que experimentó Pluribus Jones mientras permanecía de pie en la cubierta del único buque de guerra de Guanica. Introdujo una mano por entre la doble hilera de botones de bronce del abrigo de "policeman", se irguió todavía más que antes y miró como en éxtasis el trapo blanco que ondeaba sobre la vieja torre.

—¿Sabe usted, señor Barstow, que éste es el primer buque de guerra que yo capturo, y que esa es la primera fortaleza que ha caído en mi poder? Le aseguro que uno experimenta una sensación indescriptible en casos iguales.

Sin siquiera sonreír, sin la mínima alteración en su semblante, Pinky Barstow se volvió hacia Pluribus y extendió su diestra.

—Permítame que lo felicite, señor Jones. Tarde o temprano tenía usted que llegar a esto. Yo lo sabía desde hace mucho tiempo.

—¿Habla usted en serio, señor? ¿Me creía usted capaz de la hazaña?

—¡Creer! Mucho más que eso; estaba seguro de ello desde el primer instante.

Un profundo suspiro de satisfacción ensanchó el tórax de Mr. Jones. A partir de aquel instante, había dejado de ignorar lo que es tener confianza en sí mismo. Desde entonces él mandaba en su alma.

V

El misterio de la captura no fué aclarado sino cuando la claridad del alba del día siguiente fué descorriendo la cortina de sombras. En efecto, Jones se valió de los conocimientos del primer ingeniero y segundo oficial del King Olaf para avanzar con el buque de guerra hasta atracar en el muelle principal de Guanica para hacer una inspección. Y he aquí que entonces apareció en la costa un grupo de personas encabezado por un imponente personaje que vestía frac y que llevaba encima de su reluciente chistera una caña con un pañuelo atado en la punta.

Un grupo de parlamentarios — observó Barstow, mientras procedía a encender un cigarrillo y miraba con interés a la gente —. Tal vez ahora podamos saber qué significa todo esto. Le ruego que hable usted, amigo Jones; usted es el más indicado para ello.

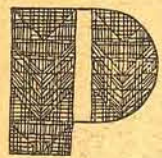
El imponente personaje se expresó primero en español. Lo hacía con elocuencia y pronunció un discurso bastante largo. Pero Jones sólo movió la cabeza. Entonces el hombre de la chistera habló en francés, aunque con idéntico resultado.

—¿No hay alguno de ustedes que hable inglés? — preguntó Jones con aires de autócrata.

—¿Qué bueno! ¡Los americanos! — exclamó lleno de alegría el personaje del frac. — Esto es excelente, señores, excelente. Deseamos que comprendan que venimos a protestar contra una barbaridad. Su Excelencia el señor presidente y todos sus consejeros han huido hacia las montañas. El ejército también ha huido. Tenemos la esperanza de que ustedes se abstendrán de disparar con fines puramente mercenarios, sus granadas entre mujeres y niños inocentes y pacíficos ciudadanos. ¿Verdad? ¿Verdad que no destruirán nuestra preciosa ciudad con su buque dotado de equipos modernos?

¡Buque dotado de equipos bélicos modernos! Al escuchar aquellas palabras en inglés, Mr.

EL CONGRESO DE LA CRITICA EN BUCAREST



OR tercera vez las asociaciones de la crítica musical, dramática y literaria se han reunido en congreso. La primera de estas asambleas se había celebrado en París. La segunda se realizó en Salzburgo. Esta vez los congresistas se reunieron en Bucarest.

Rumania había rodeado esta manifestación con solemnidades particulares. El Gobierno rumano supo mostrarse para sus visitantes internacionales como huésped fastuoso y delicado. En Siania, pintoresca residencia veraniega de la Reina, se realizaron las primeras sesiones de labor, que se terminaron luego en la capital. La soberana quiso recibir a los congresistas en su magnífico castillo de Polishor, rodeada de la princesa Helena, la princesa Ileana y acompañada del pequeño Rey, que había estrenado ese día sus pantalones largos. Tuvo para todos sus visitantes una palabra amable y cordial. Yo tuve el honor de conversar largamente con ella, y pude comprobar el interés vivísimo que prestaba a todas las cuestiones musicales, y en particular a los problemas que plantea la técnica de la música mecánica, desde el punto de vista de la educación universal.

Las naciones representadas en el congreso eran Alemania, Inglaterra, Austria, Bélgica, Dinamarca, los Estados Unidos, Francia, Hungría, Polonia, Portugal, Rumania, Suiza y Checoslovaquia. Cada delegación estaba compuesta de uno o de varios miembros. La delegación francesa era particularmente numerosa.

La gran cuestión a decidir era la de la internacionalización de las asociaciones críticas del mundo entero. En los dos congresos precedentes no había sido posible llegar a resolver las proposiciones de esta naturaleza. Esta vez los trabajos de los congresistas han tenido completo éxito. Todos comprendían la necesidad de crear una federación internacional de las agrupaciones profesionales encargadas de ciertas misiones de policía intelectual en los diferentes países. La federación ha quedado fundada. Por unanimidad los delegados han aclamado su nacimiento.

He aquí el texto que constituye el acta de nacimiento de la Federación Internacional de la Crítica:

1o.—Las asociaciones regularmente constituidas de las diversas naciones representadas en el congreso fundan su Federación Internacional.

2o.—La sede provisoria de la Federación será en París.

3o.—Para subvenir a los gastos del nuevo organismo se dispone que cada asociación de la crítica pedirá a cada uno de sus miembros una cotización mínima e indispensable de un franco oro.

4o.—Se instituye una comisión provisoria encargada de preparar en plazo de seis meses los estatutos y los servicios de la nueva Federación. Se constituirá en París bajo la presidencia honoraria de M. Paul Ginisty, y estará compuesta de los señores profesores Springer (Alemania), Dunton Green (Inglaterra), Stan Golestan (Rumania), Lejeune (Bélgica), Irving Scherke (Estados Unidos) y Fortunato Strowsky (Francia).

Cierto número de informes se depositaron de parte de los representantes de diferentes naciones. Los unos nos pusieron al corriente de los estatutos locales de las asociaciones de la crítica. Pudo verse así que los estatutos eran bastante semejantes. En ciertos países las relaciones entre críticos, autores, directores de teatro y actores están asaz tirantes. En otros, por lo contrario, las asociaciones han sabido conquistar el prestigio y la autoridad necesarios para hacer respetar los derechos de sus adherentes.

Se ha discutido largamente la cuestión de las localidades de favor. ¿Un crítico es el invitado del director del teatro y por consecuencia tiene que quedarle grato o el representante de un

POR EMILE VUILLERMOZ

(Para LA NACION)

PARIS, abril de 1930.

diario al que se reconoce espontáneamente un defecho de observación en una creación artística? Esta cuestión delicada no tiene la misma solución en todos los países.

Bélgica ha obtenido resultados prácticos muy interesantes en lo que concierne a los derechos de la crítica. Cuando un periodista cualquiera dirige un pedido de localidades a la dirección de un teatro, ésta lo comunica inmediatamente a la Asociación de la Crítica, y esta organización es la que acuerda o niega las localidades pedidas. Además, la Asociación de Bruselas ha fundado una escuela de crítica con ejercicios prácticos. Se habitúa a los futuros magistrados de la estética a redactar una crónica en las condiciones en que se encontrarían cuando fueran profesionales. En otras capitales, por el contrario, los críticos son tratados como parias, y se debaten entre directores de teatros miserables

que no perdonan sus artículos restrictivos, y los directores de los diarios, a quienes interesa más la publicidad que el arte dramático o musical.

Personalmente encargado de formular un informe sobre la situación de la crítica musical en Francia, he creído de mi deber hacer que los congresistas escucharan un grito de alarma que les causó viva emoción. Les hice observar que la vida musical se orienta en un sentido que tiende a revolucionar por completo el equilibrio actual de las artes en que se divide la estética. La fuerza de vulgarización de la música mecánica en forma de discos o de "films" sonoros crea problemas absolutamente nuevos que sería criminal tratar con desdén. Quieras o no quieras, las grandes secciones musicales de mañana serán éstas y no las crónicas de conciertos y recitales.

¿De qué sirve, en efecto, discutir largamente la interpretación que una cantante ha dado de una melodía en una sala de conciertos ante quinientas personas, cuando la misma cantante unas horas antes cantaba la misma melodía en un taller para fijar en la cera o en la película una interpretación que va a llegar a millones de auditores? La crítica, entonces, debe poner todo su esfuerzo esen-

cial en ese disco o en esa película.

Pero hasta ahora estos dos géneros no han sido tomados a lo serio por las autoridades musicales. En muchos diarios estas secciones se agregan a las de publicidad y se encargan a redactores de segundo orden. Grave error, que toda la crítica ha de pagar caro algún día. Estamos en vísperas de una revolución en este dominio. Todo lo que los conciertos y los teatros podrán hacer en lo sucesivo para la difusión de la música sobre la tierra representará un esfuerzo ridículamente insignificante en comparación con el que realizarán en breve las máquinas parlantes.

La potencia de embrujamiento—buena o mala—del mecanismo musical bajo estas formas no tiene límites. Es indispensable, por lo consiguiente, fiscalizar y vigilar esa fuerza gigantesca de la que se puede esperar todo y temerlo todo. Jamás tendrá la crítica una tarea más importante que la de establecer esos puestos de guardia en las fábricas donde se encajona la música en conserva para alimentar a los habitantes del planeta.

Insté a mis colegas para que comprendieran ese peligro. Si el maquinismo musical logra apartarlo de su camino, la crítica musical, transformada en un jugueto delicado y confidencial, perdería todo su valor social y educativo.

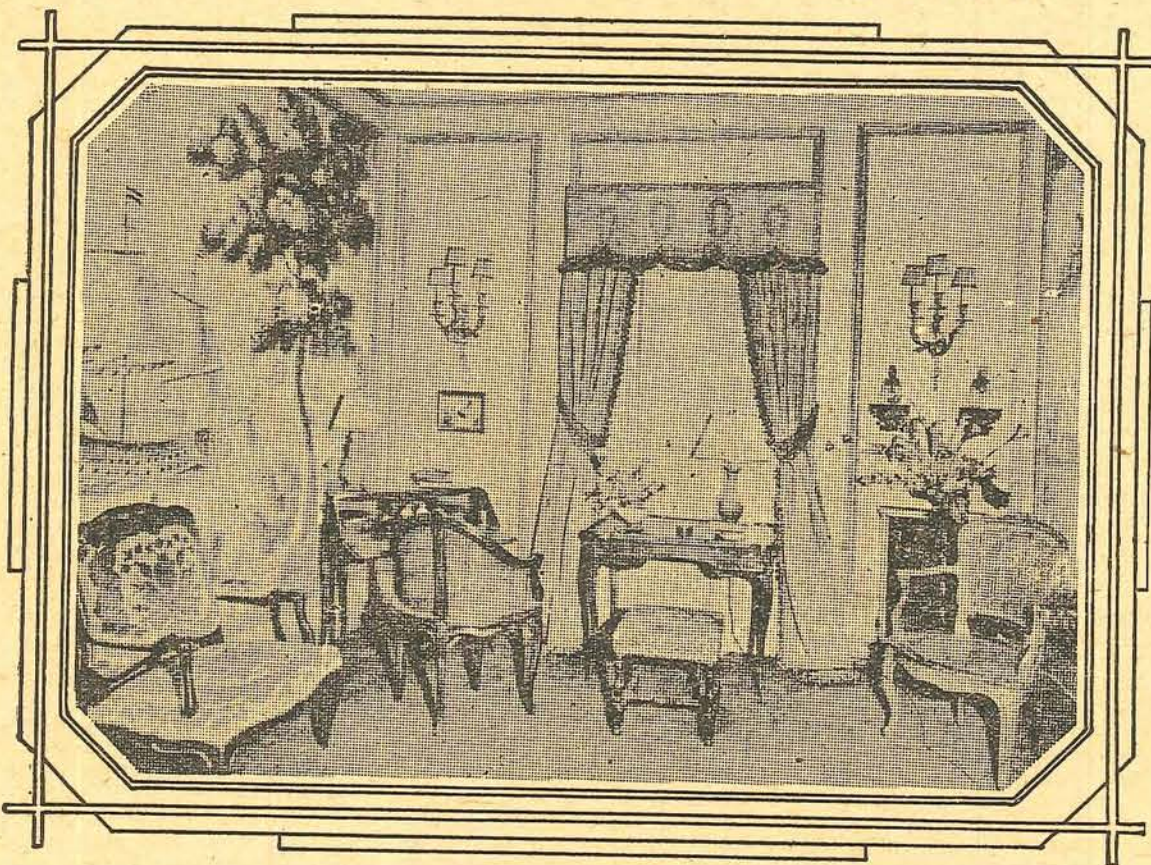
A consecuencia de esta observación, el delegado inglés hizo adoptar por el congreso la siguiente moción:

"El Congreso de Crítica dramática y musical de Bucarest llama seriamente la atención de las asociaciones de todos los países sobre la importancia considerable y creciente de los medios eléctricos y mecánicos de reproducción y propagación de la palabra, de la música y de la mímica, sobre la necesidad de confiar la crítica de estas manifestaciones del arte moderno solamente a los críticos calificados, en interés conjunto de la educación artística del público y de los propios críticos".

Es evidente que el nacimiento de la Federación Internacional de la Crítica representa en esta lucha un acontecimiento de importancia. Sólo el entendimiento y la solidaridad perfectos de todos los que todavía poseen el gusto de los valores intelectuales ha de poder defender el Espíritu contra la Materia en la sociedad de mañana.

Al disolverse la reunión, se fijó la ciudad de Praga, en el mes de septiembre próximo, el lugar y la data del cuarto Congreso Internacional de la Crítica. Es probable que para entonces muchas cosas estarán cambiadas en el mundo de la música y del teatro. La internacionalización de la crítica ha llegado, por lo tanto, a su hora.

ARTE Y DECORACION



LAS DECORACIONES MURALES

Sala estilo francés con decoración mural, en tonos antiguos sepia rosados, cortinas en muaré cobrizo

Jones quedó más desorientado que cuando los extraños le hablaban en idiomas para él desconocidos.

En cambio, Pinkey Barstow no se asombró tanto. Al seguir con sus ojos en la dirección que señalaba el índice del personaje de la chistera, Mr. Barstow se encontró con el King Olaf que todavía se mecía pausadamente en el puerto donde estaba anclado. Jamás hubo un buque bananero que tuviera menos aspecto comercial que aquél. Es que tanto a babor como a estribor sobresalían, con un diámetro de diez y ocho pulgadas, las bocas de los caños. Aquello le daba un aspecto asaz bélico desde cierta distancia.

Unas cuantas preguntas formuladas al jefe del grupo de parlamentarios permitió aclarar diversos puntos. En efecto, la gente de la isla esperaba un buque corsario perfectamente armado. Tanto el gobierno como los revolucionarios habían amenazado con obtener los servicios de tal buque; más aun,

tanto uno como otro bando habían enviado agentes para hacer negociaciones en los Estados Unidos. El caballero del frac manifestó la esperanza de que los insurrectos se darian por satisfechos con lograr una victoria pacífica y se abstendrían de ensayar las cualidades mortíferas de su improvisado destructor.

Mr. Barstow sonrió y habló en voz baja con Pluribus Jones.

Cuando el presidente de Guanica, sus honorables consejeros y el exhausto ejército regresaron de las montañas; cuando todos esos valerosos señores se enteraron de que habían abandonado su puesto ante la sola presencia de un buque bananero harto castigado por la tempestad y tan sólo cargado con caños de hierro, se sintieron más o menos molestos. Sin embargo, experimentaron algún alivio al saber que los victoriosos insurrectos habían tenido un susto igual o mayor, con la agravante de perder el cañonero robado.

Lo primero que hicieron fué reír a mandíbula batiente durante largo rato. Hubo múltiples abrazos, a la manera de los pueblos latinos y por último miraron el rostro nada hermoso de Pluribus Jones; observaron el aire de confianza en sí mismo con que procedía en todo momento; admiraron el aire de autoridad con que hablaba, y, realmente maravillados, lo recibieron como a un héroe, como al salvador de Guanica. Jones no se opuso al afectuoso recibimiento: no negaba los hechos.

Lo primero que se hizo en la ciudad fué celebrar en la plaza pública una gran recepción en su honor. Luego se le entregó una bolsa de oro juntamente con un pergamino escrito en latín y en el que se detallaban las proezas de su heroísmo y se manifestaba la gratitud del país. Unos cuantos entusiastas clamaban pidiendo una estatua de bronce que perpetuara la memoria del héroe y que debía erigirse frente a la de Bolívar; pe-

ro Jones se opuso a esto. Lo único que él deseaba, según propia declaración, era que le dieran suficiente número de obreros para colocar las cañerías en las calles de Guanica con el fin de cumplir con el contrato. El ministro de Guerra dispuso inmediatamente que todo un regimiento fuera destinado para tales menesteres e hizo alojar a Jones en el Palacio de Gobierno mientras se llevaba a efecto la obra. También al amigo de Pluribus, el honorable Barstow, se le trató de igual manera.

Y cuando todo el trabajo estuvo terminado — con un mes de ventaja sobre el límite de tiempo establecido en el contrato — los altos funcionarios acompañaron al viajero Jones y su amigo hasta la salida de la bahía, conduciéndolo a bordo de la cañonera reconquistada, y mientras la nave avanzaba lentamente, la mejor banda del gobierno tocaba canciones norteamericanas de jazz, en tanto que los cañones disparaban sus

salvas de despedida a razón de dos por minuto.

Por fin "se apagaron el tumulto y la gritaría". Los dos viajeros se alejaron hacia la popa del vapor de cabotaje, en donde no había otros pasajeros que los importunaran.

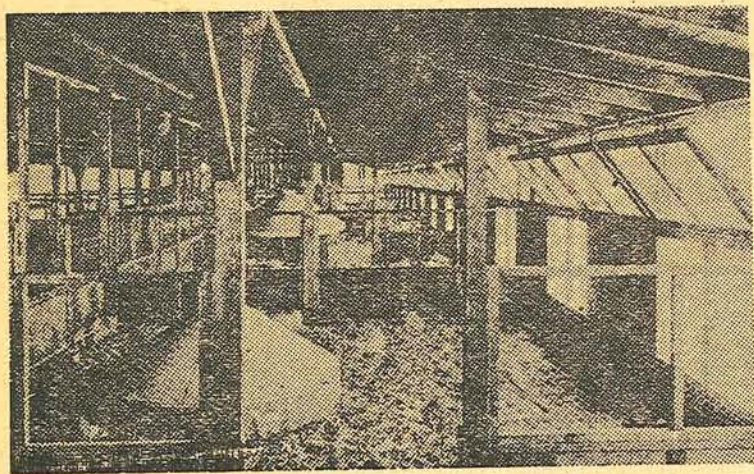
—Tiempos hubo — observó Mr. Jones reflexivo mientras contemplaba la lejana bahía — en que yo no me habría creído capaz de realizar las proezas que he hecho desde que por primera vez vi las costas de la isla: la captura de un buque de guerra, y otras cosas por el estilo.

Mr. Barstow apoyó una mano sobre el hombro de su interlocutor y se expresó como quien da a conocer una convicción inveterada.

—Pero usted tenía fatalmente que hacer algo parecido, mi estimado Jones; usted tiene pasta de héroe.

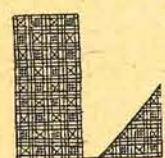
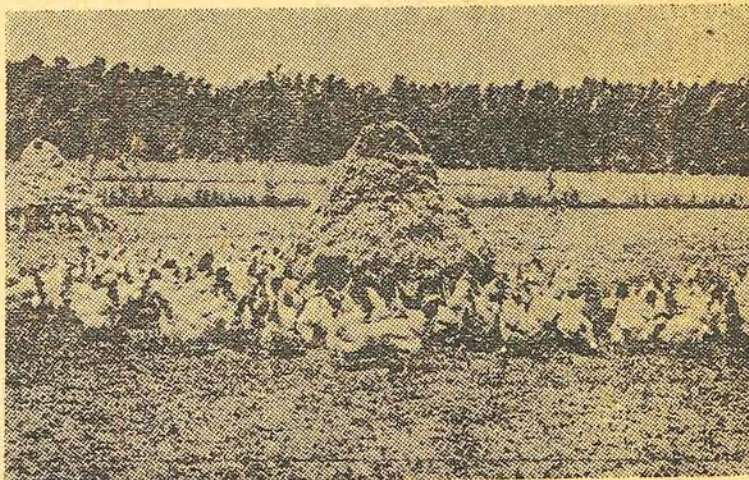
—Sí; supongo que usted tiene razón — asintió Pluribus Jones.

LA CRIANZA DE LAS AVES DE RAZA



POR
JOSE LUIS
DOMINGUEZ

Por considerarlo menos costoso y de menor cuidado estimamos la conveniencia de dedicarse a la crianza de una sola raza, cualquiera que ella sea, siempre buscando el doble fin de producir huevos y carne, lo que se conseguirá con planteles puros. Criando una sola raza, el trabajo es considerablemente menor, puesto que no hay necesidad de evitar los posibles "entreviros".



La cria de aves es una de las industrias más incomprensibles. De la teoría a la práctica, existe una diferencia tal, que generalmente lo que aquella aconseja con carácter general, en lo que a la crianza, alimentación e higiene se refiere, no resulta en todos los casos conveniente al convertirla en hechos; deben, pues, siempre llevarse a efecto, encuadrándose dentro de las enseñanzas, derivadas de un estudio y de una práctica conjuntas.

Para su aplicación se requiere, pues, una serie de conocimientos previos, los que sólo se adquieren con una constante observación dentro de un criadero ya formado, y una vez efectuada, recién se debe pensar en la instalación de un establecimiento de esta índole; de lo contrario se corre el riesgo de experimentar en carne propia los sinsabores que acarrea un aprendizaje.

La raza, el sexo, la edad, el clima, son factores todos ellos que obligan a una diferente forma de crianza para cada caso, según el medio ambiente; de ahí que sea ésta una industria que, a la vez de ser una de las más productivas, sea también una de las más complejas; por ejemplo: dos piezas atacadas de la misma enfermedad, aun cuando pertenezcan a una misma raza, edad y sexo, el tratamiento debe ser distinto en infinidad de casos y distinto también su régimen alimenticio.

Estos conocimientos, son indispensables para la instalación de un establecimiento amplio, en el que se produzcan toda clase de razas y se críen aves para la venta de reproductores, a la vez que de postura; para la mayor producción de carne;

Criadora artificial con calefacción central

para la exportación; para la venta de huevos de procreo, etc.

Siendo esencial como dejamos dicho, una preparación especializada, la que no está al alcance de los pobladores de la campaña, es lo que nos lleva a referirnos a lo que como fuente de entradas, significa la crianza de aves en las chacras, tambos y demás establecimientos rurales en pequeña escala, tratando así de aumentar sus beneficios, sin mayor trabajo ni erogaciones.

Criar aves dándoles una relativa libertad, dentro de pequeños cuadros de alfalfa, provistos de árboles para librarse del sol los adultos y de arbustos semileñosos para los pequeños; la continuada limpieza de las casillas y la higiene sobre todo en el agua, la que debe ser provista por medio de bebederos que la renueven constantemente en caso de poseer molino, son indicaciones quizá ociosas por lo conocidas.

Casi no existe ya gente en el campo que ignore lo que podríamos llamar el A. B. C. de esta industria, como también está en la conciencia de todos, que a cierta edad deben separarse las aves de distinto sexo, en caso de no mediar una castración previa, como también que los dormitorios deben ser bien aereados mirando siempre al naciente y que deben constar de angostas alfajas separadas entre sí por una distancia prudencial y todas paralelas a la superficie; la antigua costumbre de construir los dormitorios oblicuamente y en forma de escalera, tiene la desventaja de provocar inútiles peleas, ya que las aves eligen siempre el lugar más alto para pasar la noche.

Hay mucho de moda en lo que a la elección de razas se refiere, y es así como a la Catalana del Prat, le sucedió la Wyandotte y luego fueron substituyéndose, la Leghorn blanco, la Sussex arañada, Orpington blanco y Rhode Island Red.

Siendo la Leghorn una raza que se distingue por sus cualidades de ponedora, no es la madre más indicada para un criadero reducido a una sola raza, y su escasez de carnes hace que con ella sólo deba pensarse en la producción de huevos. La Orpington, la Sussex, la Rhode Island Red y algunas otras, en cambio, reúnen las dos condiciones, pues seleccionando en cualquiera de estas razas, buenos planteles, sin buscar para ello el tipo de exposición, se conseguirá buenas ponedoras y abundancia de carne.

Esta explotación mixta es, como decimos, la más adecuada, y limitándola a una raza, sólo se hará necesario separar los planteles y los pollos para la venta, dejando a las ponedoras libres de gallos por considerar inútil su intervención. Los huevos "del viento" como les llaman en el campo a los desprovistos de galladura, son mucho más duraderos, sobre todo en las estaciones en que prevalece el calor.

Creemos de interés consignar la opinión del agrimensor don Oscar Vivas Arrufó, exteriorizada en "Páginas Rurales", en lo que se refiere a la elección de los planteles para su explotación en una chacra. "Nosotros creemos — dice el señor Vivas Arrufó — que el triunfo o el fracaso del avicultor está sufriendo en muchos casos a la clase de aves que haya elegido para principiar. Este mal o buen comienzo será el responsable de las futuras manadas de ponedoras, y no hay duda que en las razas puras encontrará mejo-

Conjunto de pollas, rodeando un reparo artificial

res condiciones, mayor desarrollo de la postura, precocidad, buena carne, alto aprovechamiento de los alimentos, etc.

"Teniendo todo esto en cuenta, no está ganada la partida, naturalmente, pues en la generalidad de los casos, y concretándonos a la facultad de poner, no es predominio de raza, sino de familia. Felizmente, el avicultor tiene en sus manos el remedio, puede echar su suerte en el control con nido trampa, y si de un principio lo hace, elevará considerablemente el promedio de postura de su plantel, que se transmitirá a las descendencias venideras.

"¿Comenzar — agrega — con aves puras, requiere mucho capital? Esta es una pregunta — dice — que el lector se habrá hecho muchas veces. Queremos indicarle cómo puede formarse un plantel de pura raza a bajo precio. Los medios son tres, a saber:

"Compra de cuatro gallinas y un gallo. Compra de huevos para incubar en criadero serio. Compra de pollitos bebés. De los tres, el que reúne más ventaja es el primero, sin que por ello sean malos los dos restantes. Comprando cuatro gallinas y un gallo, cuidándolos en la mejor forma posible, apartados del resto de la población, tenemos a la vista los productos, pues habiendo mediado una buena selección, los resultados, los hijos no pueden salir muy inferiores.

"Por la compra de huevos para empollar, debemos confiar, solamente, en la honradez y seriedad del vendedor, y si éste es consciente, no le convendrá engañar. El tercer medio no es muy popular que digamos, pero un zapatero, le dará a usted las llaves, y podrá estar usted el tiempo que quiera..." No resultó así. La predicción falló, en parte. El guardián no era zapatero, sino sastre. Y cojo y seco de gesto; casi antipático. Y, además, se estuvo "como un clavo", sin quitarnos ojo, durante la buena sesión que le di con mi escudriño minucioso. Tan sólo hizo una mueca — sonrisa infusoria — cuando le puse la propina en el cuenco de la mano.

Podría haceros unos comentarios propios, personalísimos, aderezados con algunos conocimientos sobre las escuelas locales catalanas románicas y góticas; sobre las influencias francesas; distintas épocas y estilos de la fábrica de este monasterio. Os podría hablar de sugerencias nacidas de la observación de su claustro; de sus capiteles, incluso haciendo comparaciones con los silenses. De la iglesia; del ábside de ella; del efecto maravilloso de su rosetón, interiormente, y de su sinfonía cromática quintaesenciada. Del efecto sobrio, ele-

los resultados son tal vez más seguros que con la compra de huevos. Los pollitos de un día se pueden remitir a largas distancias sin temor a que sufran, y entregados a una buena madre, el trabajo es bien reducido".

Un gran porcentaje de las aves y huevos que se consumen en la Capital, proviene de las chacras, pero es del caso que como la explotación se lleva a efecto en la manera primitiva, la mercadería resulta inferior. La falta de interés en el mejoramiento de los planteles de aves, radica en gran parte en la forma en que se realizan las ventas en los mercados proveedores, y es así que entran a plaza gran cantidad de huevos que no llegan a dar un peso mayor de treinta y cinco gramos, por los que se paga el mismo precio que aquellos que pesan más de cincuenta y cinco.

Es urgente que, como sistema, se implante la venta de huevos al peso, excluyéndose aquellos que no tengan un mínimo de 47 gramos, el que constituiría el tipo inferior, de segunda los de 47 a 57 gramos, y de primera a los de mayor peso.

Este sistema, ya muchas veces repetido, traería como consecuencia el mejoramiento del producto y por lo tanto, la selección de planteles, ya que la aspiración general del productor consistiría en reunir la menor cantidad de huevos en el mayor peso.

Otro tanto ocurre con la venta de aves: hoy no es de aconsejar la castración de los pollos; es esta una tarea que no da el rendimiento que debiera: a un capón de cinco o seis kilos de peso no se le da la importancia que en sí tiene, y según la clasificación actual y el sistema de venta por unidad, no compensa el sacrificio que se requiere para obtener dicho rendimiento.

TARACEAS

(Continuación de la pág. 9)

bellón de Artistas Reunidos de Barcelona. Son muchos. Me aterra la confección de censos. Felicito a todos y me felicito de haber hallado un revulsivo contra tanta joya artística inventariada como hay en el Palacio Nacional.

SAN CUGAT DE VALLES

No he dicho nada de mi excursión a Monserrat, pero es que el tema se iría esponjando con los mil detalles pintorescos o divertidos ofrecidos por la naturaleza o por los hombres — y mujeres, sobre todo — y absorberían por sí solos la extensión de una crónica. Que de ello para otro momento.

No sucederá otro tanto con San Cugat. Por mucho que admiraba la espléndida floración de su rosa sobre el apuntado derrame del pórtico, a través de los grabados, no pude sospechar nunca que bajo la ad-

vocación de un santo tan humilde como San Cucufate pudiese erigirse un conjunto arquitectónico tan acabado. Poco Santo este San Cugat para tan espléndido baluarte devoto.

Mongrell, el conocidísimo pintor valenciano-barcelonés, mientras mesaba con la mano su barba negra de levantino, espoleó mi curiosidad artística una noche, rodeado de toda la simpatía que derrocha su familia — esposa, hijas, hijo, él mismo... — y decidió mi visita a San Cugat.

La estación subterránea del ferrocarril de Sarriá, en la plaza de Cataluña, es un alarde constructivo. Ya en la exposición, cuando visité el pabellón de la ciudad condal, me detuve largo rato ante la maqueta de esta obra de una extraña belleza subterránea, nacida, indudablemente, de su eficacia misma. Cuando iba a tomar el tren de Manresa que estaba para salir, inminentemente, sentí conmigo un aplomo de viajero cuotidiano.

El acento catalán se expandió por el largo convoy y tres

perros atraillados por un cazador escapado del lápiz de Picarol se frotaban a contrapelo contra mis pantorrillas, hasta que unos leves golpes secos, maestros, con mis dobles suelas, fueron ladeando a mis confianzudos vecinos. Cruzamos pinares espléndidos casi hasta que la estación de San Cugat nos hizo señas de bajar, con su letrero.

Calles de tipo mediterráneo, con casas de un solo piso, radiantes. Doblamos mi compañero y yo a la derecha, después hacia la izquierda, y en el fondo, el magnífico rosetón gótico dibujaba neta su tracería a la luz limpia de un sol acogedor.

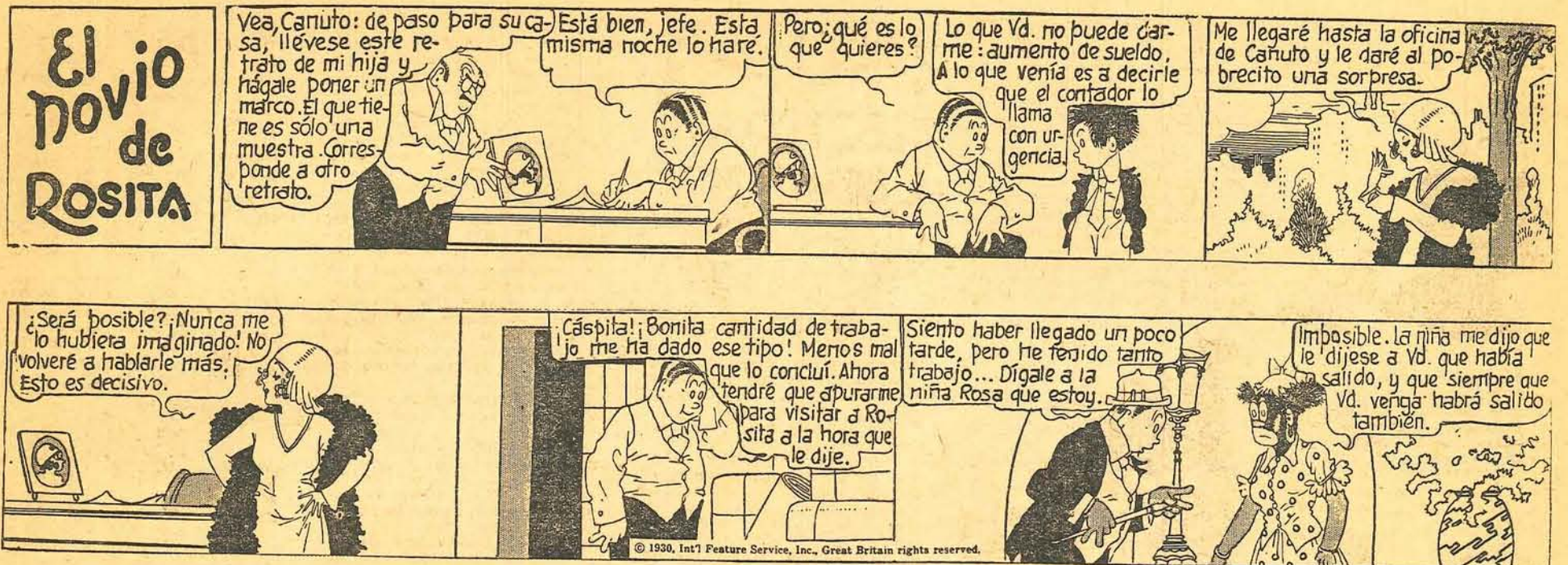
En la glorieta que se extiende ante el monasterio, los mozos cabalgando sobre los caballos enjaezados se preparaban a celebrar la fiesta de San Antón y rodeaban un enganche de cuatro briosos caballos adornados con madroños y cintas multicolores, guiados por manos orgullosas de su tiro.

Mongrell me había hecho la siguiente predicción: "El guardián del claustro, que creo es

gente del exterior absidal, desde la carretera de Sarriá... Pero si esto lo hiciese detenidamente tendría que continuar en otra crónica sobre San Cugat y el arte catalán medieval, para terminar citando el nombre de Puig y Cadafalch.

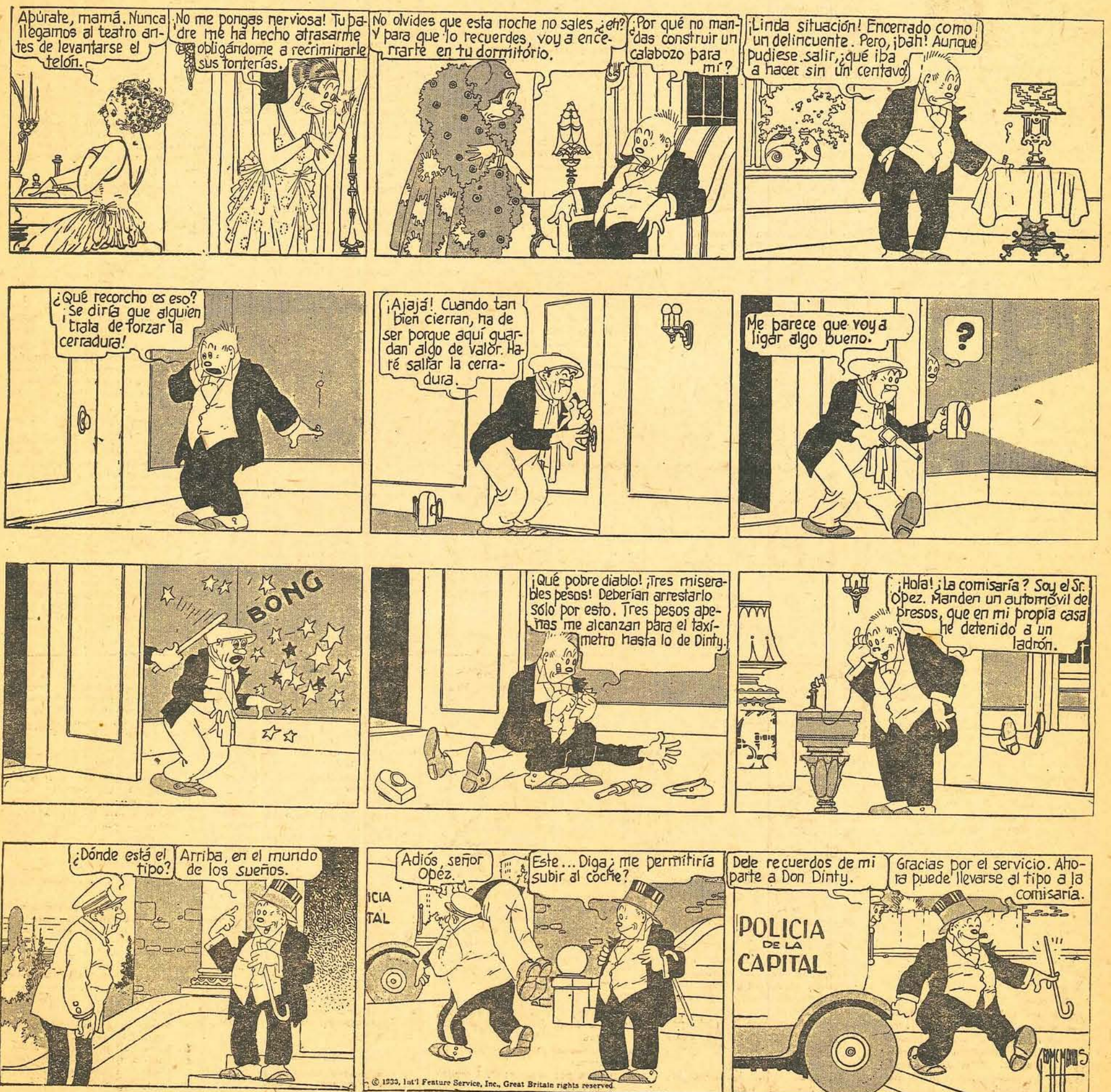
Cuando volvíamos a la estación, una cabalgata bizarra emprendía la marcha en una jira llena de optimismo. Un caballero de frac y sombrero de copa abría marcha, llevando una bandera — reminiscencia de "Els Tres Toms" barcelonés —, siguiéndole muchachos en burros, mozos a caballo, el coche que vimos en la glorieta — ahora cargado de vituallas — y una banda de músicos vestidos ciudadanamente de fiesta y tocados de fieltros y sombreros hongos, llevados con sorprendente naturalidad.

El sol se mostraba tan complaciente que nos dejamos calentar por sus rayos a la puerta de El Petit San Cugat, mientras un plato de rodajas de embutido, adornadas de aceitunas, iba, lentamente, vaciándose...



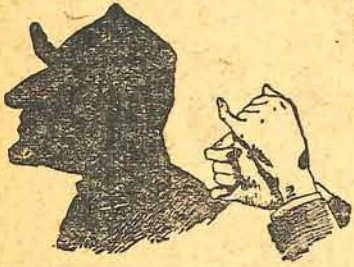
EL LADRON OPORTUNO

Dibujos de GEO McMANUS



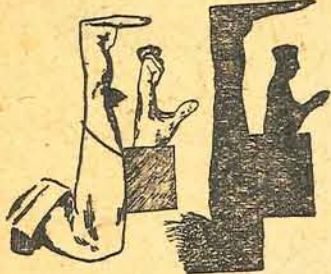
SOMBRAS CHINESCAS

Este valiente soldado parece realmente encontrarse observando al enemigo, y cualquier aficionado a las sombras chine-



cas que tenga cierta experiencia en ellas, no le costará mucho hacerlo cambiar continuamente de expresión, moviendo imperceptiblemente los dedos de su mano derecha.

De los cuarteles pasemos ahora a la iglesia. He aquí un púlpito que se conseguirá atando



un cuadrado cualquiera en el brazo izquierdo del ejecutante. Los movimientos del dedo pulgar de la mano derecha, demostrarán el entusiasmo del predicador.

LOS ANIMALES EN EL INVIERNO

YA llega el invierno, el frío y triste invierno!

Esto parece despertar en las grandes ciudades una actividad que había disminuido durante los fuertes calores. Los colegios inician sus cursos, los grandes teatros abren sus puertas. ¡Todo parece alegría! Sin embargo, en el campo, la situación es bien diferente. Infinidad de pájaros desaparecen y con ellos los insectos y toda clase de animales pequeños.

Las liebres y los conejos se

LOS AMORES DE FRANCIA

(Continuación de la pág. 10)

cho más que sus defectos, y, una vez aclimatados a nuestra corteza de aspecto rudo, pero de fibra noble y generosa, no se encuentran a gusto cuando están lejos de ella.

En Canfranc vive en el ambiente el estrecho apretón de manos que se dieron los dos jefes de Estado cuando se inauguró el tren que va de Pau a Zaragoza; vive el beso que allí se dieron también una bella bearnesa y una gentil navarresa. En Canfranc se pintan en su cielo, cuando el sol se pone, aquellos tapices del castillo de Enrique IV en Pau, en los que siempre están unidos los escudos de Navarra y Francia entre colores de una finura soñada. El amor más sano que hay entre franceses y españoles se filtra por Canfranc en ambas direcciones.

¡Qué bella la silueta de Zaragoza sobre el Ebro! ¡Qué graciosa y elegante la de Pau sobre su Gave! ¡Qué dos puntos terminales tan llenos de vida, de historia y de emoción!

No hace mucho que los bearneses depositaron en tierra aragonesa bellísimas rosas de Francia en un monumento que conmemora la heroica defensa y el triunfo de España contra Napoleón.

Los Pirineos con sus facetas de plata y de esmalte, han sido un tiempo la diadema de un reino feliz. Hoy son muro gigante que separa dos mitades que fueron de un mismo cuerpo. Esas mitades tienen un fondo común de historia; por eso, en los Bajos Pirineos, en el Bearn, hay siempre atisbos de amor a España.

ven obligados, para encontrar alimentos, a salir de sus cuevas, lo que significa tener que soportar el rigor del frío y exponerse a los dientes de los lobos o a las balas de los cazadores. Otros roedores más previsores, tienen la precaución de almacenar alimentos durante la buena estación, guardándolos en un buen escondite.

La ardilla, por ejemplo, no es en realidad tan atolondrada como parece cuando se le ve saltar de rama en rama; antes de terminar el verano, cuando los alimentos son abundantes, ella cosecha granos, brotes, frutos



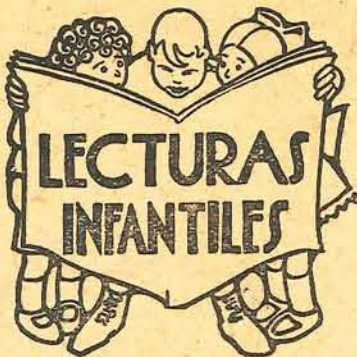
y los acumula en cavidades naturales que encuentra en los troncos de los árboles.

Hasta tiene la precaución de no ponerlo todo en un solo lugar, lo que demuestra su extraordinario instinto. Muy sensible a los cambios de temperatura, se retira con los primeros fríos a su nido, donde, cerrando cuidadosamente la entrada se acomoda para dormir. A veces se reúnen unas cuantas ardillas, beneficiándose entonces del calor común. Pero estos curiosos animalitos no entienden el proverbio que dice "Quien duerme come". La ardilla no tarda en despertar con tanto apetito, que se traslada inmediatamente en busca de los alimentos que había guardado, y después de comer satisfactoriamente vuelve a su nido, repitiendo la operación varias veces durante el invierno.

Este sistema no resulta a veces muy práctico, pues si el invierno es riguroso y hay mucha nieve, la mayoría de las ardillas encuentra gran dificultad en trasladarse hasta su almacén de comestibles, muriendo en grandes cantidades.

ESTRATEGIA DE UNA GAVIOTA

PARECE que los animales también han resuelto abandonar sus antiguas costumbres.



Nada más extraordinario que un espectáculo que pudieron contemplar los veraneantes de Hayburn Wyke, cerca de Scarborough, al ver que una gaviota emprendía el vuelo llevando un gato sobre su lomo.

Indudablemente la gaviota se encontraba en unas rocas, cuando un gato audaz saltó sobre ella. Es de imaginar la sorpresa que habrá tenido el felino al ver que lo que él creyera su presa emprendía el vuelo llevándolo por el aire. La gaviota recorrió un corto trayecto mar adentro y los espectadores pudieron ver que el gato caía de repente al mar, donde no tardó en ahogarse.

EL ULTIMO COMBATE EN EL COLISEO

EN la Roma antigua el cristianismo vencía día a día al paganismo, y llegó el día en que fue profesado por el emperador mismo. Cesaron entonces las persecuciones y los mártires dejaron de ser presas de las bestias feroces en el Coliseo.

En este grandioso edificio sólo tenían lugar carreras sencillas en las que no se derramaba ya la sangre de las víctimas. Esto duró unos cien años, después de la conversión de Roma al cristianismo.

Sin embargo, sus enemigos adelantaban continuamente. Alarico conducía las fuerzas y llegó a amenazar la ciudad. Honorio, su emperador, era un joven débil y casi idiota, pero su general, el valiente Estilicon, reunió las tropas y venció al enemigo en el año 403, salvando así a Roma.

Esta victoria fue celebrada con toda clase de fiestas y después de una entrada triunfal y visitas a los templos, la muchedumbre se aglomeró en el Coliseo, donde debían tener lugar los juegos. Estos fueron al principio inocentes, carreras a pie,

en carros, luego una cacería de bestias salvajes, y por fin, el baile de espadas. Pronto éste degeneró en un verdadero combate de gladiadores. El pueblo enloquecido, sentía renacer su furor sangriento.

De repente el espectáculo fue interrumpido; un hombre solo, vestido pobremente, descalzo y en cabeza, saltó a la arena e hizo señas a los gladiadores para que suspendieran la pelea. Luego, con palabras elocuentes, hizo un llamado al pueblo, rogándole renunciara a estos juegos sangrientos y no ofendieran la misericordia de Dios, cometiéndole asesinatos. Unos gritos le cortaron la palabra. No era ese el momento de predicar.

— ¡Fuera, viejo! ¡Adelante, gladiadores! — gritaba la muchedumbre.

Estos últimos hicieron retroceder al anciano y siguieron la lucha. Pero el pobre hombre se interponía entre ellos y trataba de todas maneras de impedir los asaltos. Los gladiadores, furiosos, atacaron entonces al anciano con sus espadas, y las piedras que le lanzaban de todas direcciones acabaron con él, cayendo muerto en la arena.

Pero inmediatamente comprendieron la atrocidad de su obra.

La vestimenta del anciano demostraba que era uno de esos eremitas que en medio del desierto se dedicaban a la oración. Todos le profesaban gran veneración. Sabían que era un santo hombre, aunque no estaban bien seguros de si su nombre era Alymaco o Telémaco. Había muerto, pero no en vano. El pueblo comprendió por fin la horrible crueldad a la que se entregaba, y desde ese día, no se volvió a hacer nunca más combates de gladiadores.

Estos quedaron abolidos no sólo en Roma, sino en todas las provincias del imperio, y una costumbre horrorosa desapareció así de la superficie de la tierra, por la abnegación de un solo hombre, pobre, desconocido y casi sin nombre.

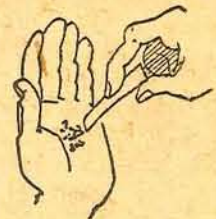
EMPLEO DE LA ELECTRICIDAD PARA EL CRECIMIENTO DE LOS FRUTOS

LA fría Escandinavia ha encontrado un procedimiento para competir con los cálidos países del trópico, y gracias a la aplicación de corrientes eléctricas, esperan conseguir flores y frutas, que requerían hasta ahora fuertes soles. Pa-

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

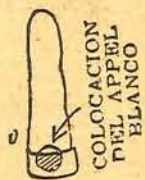
La reaparición de un papel quemado

Queme un papel de cigarrillo y ponga las ce-



nizas dentro de su mano izquierda. Retire luego el mis-

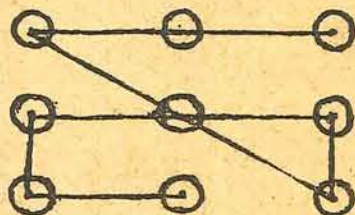
mo papel, perfectamente blanco.



El secreto consiste en doblar otro pedazo igual de papel escondiéndolo dentro de un anillo, y retirándolo cuando llegue el momento.

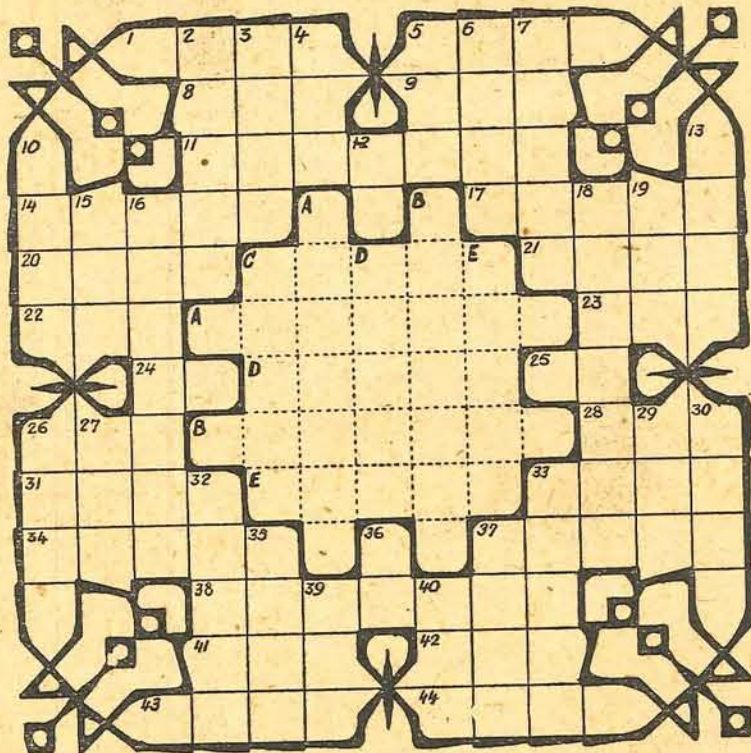
ra esto, colocan en el suelo unos alambres calentados por medio de electricidad, habiendo conseguido así, últimamente, que las cebollas crecieran, no sólo mucho antes de lo que acostumbraban, sino llegando a un tamaño para ellos desconocido.

ROMPECABEZAS



La figura que reproducimos muestra nueve anillos ligados entre sí por seis líneas derechas. La prueba consiste en ligarlos con sólo cuatro líneas.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales y verticales

- A. Embarcación pequeña, que suele tener cubierta y dos palos para velas.
- B. Abertura más o menos redonda, en alguna cosa.
- C. Mata a las plantas el exceso de agua.
- D. Sucesión continuada de olas.
- E. Conjunto de instrumentos y demás cosas necesarias para la labranza.

Horizontales

1. Porción muy pequeña de tiempo o de lugar.

5. Aparato y prevención de las cosas necesarias para un viaje o expedición.
8. El río más largo de Siberia, que desagua en el océano Glacial.
9. En el gnosticismo, inteligencia eterna emanada de la divinidad suprema.
11. Charco que deja un río en la orilla al retirar sus aguas, o en el fondo cuando se ha secado.
14. Familiarmente, moneda o dinero.
17. Maltratáis una cosa manoseándola.

Verticales

20. Intento, proyecto, estructura.
21. Instrumento músico de viento, semejante a la dulzaina.
22. Atender los ruegos, súplicas o avisos de uno.
23. Nombre de una cifra.
24. Preposición inseparable que indica unión o compañía.
25. Dativo y acusativo del pronombre personal vosotros.
26. Planta herbácea anual, solarácea, cuyo fruto es muy usado como alimento por su sabor.
28. Yerno de Mahoma, califa de 656 a 661.
31. Río de Francia y Bélgica, que pasa por Sedán, Namur, Lieja y Rotterdam, desaguando en el Mar del Norte.
33. Máquina compuesta de un engranaje de piñón y cremallera, que sirve para levantar grandes pesos a poca altura.
34. Cantidad exigua con que se contribuye para un fin determinado.
37. Tierra muy húmeda o de regadío, en la cual se deja crecer o se siembra la hierba para pasto de los ganados.
38. Acción de fatigarse corporalmente con algún trabajo u ocupación, o yendo y viniendo de una parte a otra.
41. Todo fluido aeriforme a la presión y temperatura ordinarias.
42. Composición poética de grande elevación y arrebatado.
43. Lenguaje o dialecto de los gitanos adoptado en parte por la gente del pueblo bajo.
44. Instrumento músico de cuerdas, usado por los antiguos.

2. Caballo de mala traza, basto y de poca alzada.

3. Ave zancuda que veneraban los antiguos egipcios.
4. Mineral terroso, deleznable, de color amarillo, que es un óxido de hierro hidratado, frecuentemente mezclado con arcilla.
5. Agarra, mantén, sostén.
6. Piedra o vena de ella, muy dura y sólida.
7. Movimiento del ánimo, que suscita ira contra una persona.
10. Blancura resplandeciente.
12. Interjección con que se expresa aflicción o dolor.
13. Limpieza, curiosidad.
15. En sentido figurado, conocer o adivinar una cosa que se juzgaba oculta.
16. Por alusión al personaje mitológico, hombre que cuida demasiado de su adorno y compostura, o se precia de galán y hermoso, como enamorado de sí mismo.
18. Usará mal, excesiva, injusta, impropia o indebidamente de una cosa.
19. Radical simple o compuesto que se disocia de las sustancias al disolverse éstas.
26. Dios egipcio del Sol.
27. Personaje bíblico, patriarca célebre por su piedad y su resignación, y, por antonomasia, hombre de mucha paciencia.
29. Combate, pelea.
30. Nombre que suele darse al humor que secretan las llagas.
32. Especie de trigo, muy parecido al fanfarrón, que produce un grano largo y amarillento.
33. Cantar la rana.
35. Agujero que atraviesa de parte a parte algunas cosas.
36. Antiguo nombre de la primera nota de la escala musical ordinaria.
37. Exigí una cosa como necesaria o conveniente.
39. Pronombre demostrativo.
40. Galicismo por: parte de la obra dramática que ha de representar cada actor.

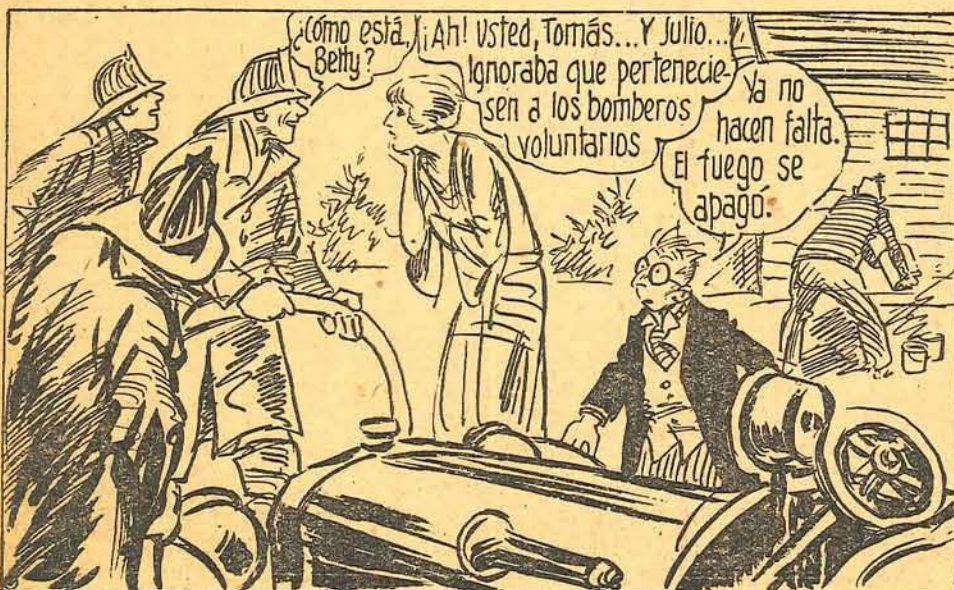
BETTY

por C.A.Voight

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

RACHAS OTOÑALES

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCIÓN DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAÍS DEBE CONSIDERARSE ILEGÍTIMA).





Negro Castaño Rubio

*... se volverán
negros, se volverán
castaños, se volve-
rán rubios: tal
como eran a los
veinte años.*

En forma gradual: ni demasiado aprisa, ni con mucha lentitud, los cabellos canosos vuelven a su color natural y primitivo, con gran sorpresa de la propia interesada.

Unas gotas de agua de Colonia "La Carmela" aplicadas como loción en el momento de peinarse mantendrán sus cabellos como los tenía a los veinte años. Y así continuarán toda la vida.

Ni aún las amigas más íntimas se explicarán el milagro, porque el cabello aparece natural, sedoso y brillante y no con los matices metálicos que se le notan a simple vista a las personas que se tiñen el cabello.

El Agua de Colonia "LA CARMELA" NO ES TINTURA

"LA CARMELA" se usa como loción al peinarse. No mancha la piel ni la ropa y extirpa radicalmente la caspa.

En venta en todas las tiendas, farmacias y perfumerías.

CUPON

Si, por casualidad, no encontrara el Agua de Colonia "LA CARMELA" en esa localidad, remítanos \$ 8.— y \$ 0.50 para gastos de envío y usted recibirá un frasco a vuelta de correo.

Nombre

Dirección

.....

Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA"

Pavón 1088 - J. L. CONDE & Cía. - Buenos Aires

En CHILE: Drog. del Pacífico, S. A., Valparaíso. — En MONTEVIDEO:
Cía. Uruguaya de Rep. e Imp., Paraguay 1393 - R. O. del Uruguay.

...lo antiguo y lo moderno

Todo cambia..., pero lo bueno siempre es bueno.

El Jabón Fino de Tocador DUC tiene de antiguo: lo clásico, y de moderno: lo perfecto.

En millares de hogares aprecian diariamente las cualidades benéficas del DUC porque tiene en sus esencias la

Fórmula al BENJUI de Dubarry
que rejuvenece el cutis.

Perfumeria
Dubarry

Fundada en 1903

70 centavos la pastilla de 115 gramos.

Las Damas antiguas echaban en el agua gotas de BENJUI para mejorar su cutis.

Observe la espuma del DUC cómo se transforma en seguida, en una verdadera crema, por el Benjui que contiene

Las Damas modernas usan el Jabón DUC porque tiene la fórmula más perfecta de BENJUI.